



CARMEN RO

MIENTRAS
TÚ NO
ESTABAS

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria

Citas

I. Mientras tú no estabas

II. Todos quieres ver a la Greta Garbo española

III. Estreno de la película *Never the Twain Shall Meet*

IV. Leslie Howard

V. Conchita Montenegro

VI. La memoria tiene momentos de cuchillo

VII. Escapar de Hollywood

VIII. La boda de Conchita

IX. El telegrama

X. El día de la cita

XI. Como quien huye

XII. El reencuentro

XIII. La Montenegro ha muerto hace cinco días

XIV. Un conde con bugatti

XV. Conchita. Domingo. Muerte

XVI. La carta de Edgar Neville

XVII. Marcos

XVIII. A bordo del transatlántico *Île de France*

XIX. Los precipicios de la mente

XX. La mentira es un vicio de las personas sin imaginación

XXI. La Montenegro ha muerto hace seis días

XXII. La libertad es lo contrario al amor

XXIII. La lectora

XXIV. Rumbo a Los Ángeles

XXV. La Montenegro ha muerto hace siete días

XXVI. Por fin en Hollywood

XXVII. La Montenegro ha muerto hace ocho días

XXVIII. El extraordinario recibimiento

XXIX. La colonia española

XXX. La tiranía del atuendo

XXXI. Los lectore

XXXII. *No trespassing*

XXXIII. El mejor día de mi vida

XXXIV. La primera prueba de cámara

XXXV. La Montenegro no quiere besar a Clark Gable

XXXVI. Los enredos de Chaplin

XXXVII. Chaplin y la gárgola

XXXVIII. La mujer más buscada

XXXIX. Una extraña amistad

XL. El triunfo no se indulta

XLI. El contrato

[XLII. Pelayo](#)
[XLIII. La impaciencia](#)
[XLIV. El regalo](#)
[XLV. Juanita](#)
[XLVI. Joan Crawford y la sastrería coincidente](#)
[XLVII. El profesor de inglés](#)
[XLVIII. El regreso de Neville](#)
[XLIX. La verdad sobre Chaplin](#)
[L. La mentira](#)
[LI. La fiesta de Dolores del Río](#)
[LII. La ruptura](#)
[LIII. El apodo](#)
[LIV. El mar de San Sebastián](#)
[LV. De Madrid a París. De París a Hollywood](#)
[LVI. La Montenegro ha muerto hace diez días](#)
[LVII. *De frente, marchen*](#)
[LVIII. Los gigantes se doblegan](#)
[LIX. El rival de Valentino](#)
[LX. La hoguera de los egos](#)
[LXI. El rancho de William Randolph Hearst](#)
[LXII. Cumpleaños de Marion Davies](#)
[LXIII. La sorpresa](#)
[LXIV. Hearst, Chaplin y la pistola](#)
[LXV. Buster Keaton](#)
[LXVI. La Montenegro ha muerto hace once días](#)
[LXVII. El gran amor](#)
[LXVIII. El mensaje](#)
[LXIX. Mirarle a los ojos era una intimidad](#)
[LXX. El beso](#)
[LXXI. La Montenegro ha muerto hace doce días](#)
[LXXII. El fotógrafo de las divas](#)
[LXXIII. El cuarto de invitados](#)
[LXXIV. La misión de Pelayo](#)
[LXXV. La cura](#)
[LXXVI. El eslogan](#)
[LXXVII. No eres una cobarde](#)
[LXXVIII. La gran idea](#)
[LXXIX. Un primer amor](#)
[LXXX. El periódico](#)
[LXXXI. La Montenegro ha muerto hace trece días](#)
[LXXXII. En busca de Greta Garbo](#)
[LXXXIII. Dentro de un abrazo](#)
[LXXXIV. Lo cálido es vulgar](#)
[LXXXV. Salir de dudas](#)
[LXXXVI. Lluvia de rosas](#)
[LXXXVII. Vivir sin él](#)
[LXXXVIII. Celebrando *Never the Twain Shall Meet*](#)

[LXXXIX. Oficio de valentía](#)
[XC. Que siga la fiesta](#)
[XCI. Nada de melena, nada de rubia](#)
[XCII. El viaje inaplazable](#)
[XCIII. La Montenegro ha muerto hace catorce días](#)
[XCIV. El cine no espera a los tristes](#)
[XCV. La Montenegro ha muerto hace quince días](#)
[XCVI. Muy desnuda](#)
[XCVII. Una nueva vida](#)
[XCVIII. Gánsteres en las ruedas de prensa](#)
[XCIX. El ángel del parecido](#)
[C. Un hombre casado](#)
[CI. El nombre](#)
[CII. La dentadura postiza y la cláusula de moralidad](#)
[CIII. *Nomen est omen*](#)
[CIV. El mar es el ánimo](#)
[CV. La decisión](#)
[CVI. La Montenegro ha muerto hace dieciséis días](#)
[CVII. Solo hay tiempo para el cine](#)
[CVIII. Una idea fantástica](#)
[CIX. Spencer Tracy](#)
[CX. El baúl](#)
[CXI. Una habitación propia](#)
[CXII. El desnudo](#)
[CXIII. Un cálculo del encanto](#)
[CXIV. La leoparda de Joséphine Baker](#)
[CXV. El álbum de los recuerdos](#)
[CXVI. Mujeres, mujeres](#)
[CXVII. Un león de compañía](#)
[CXVIII. Ni putitas, ni Monalisas](#)
[CXIX. Con la pistola al cinto](#)
[CXX. *Le pantin*. El pelele](#)
[CXXI. En la vida no hay ensayos](#)
[CXXII. Un último clavel de papel](#)
[CXXIII. El final de la pesadilla](#)
[CXXIV. Una alegría pendiente](#)
[CXXV. La esquila](#)
[CXXVI. De la duda no se vuelve](#)
[CXXVII. El guardajoyas](#)
[CXXVIII. Una flor de otro mundo](#)
[CXXIX. Amaneció la felicidad](#)
[CXXX. La Montenegro ha muerto hace diecisiete días](#)
[CXXXI. Jean Harlow](#)
[CXXXII. La verdad del bígamo](#)
[CXXXIII. Los matrimonios de Conchita](#)
[CXXXIV. Vivien Leigh y el electroshock](#)
[CXXXV. Las escapadas misteriosas](#)

[CXXXVI. Nunca quinientas noches](#)

[CXXXVII. La Montenegro ha muerto hace dieciocho días](#)

[CXXXVIII. El disfraz](#)

[CXXXIX. Huidos de la fama](#)

[CXL. La misión secreta de Leslie Howard](#)

[CXLI. Empezó la catástrofe](#)

[CXLII. Tarea de amargura](#)

[CXLIII. La muerte de Leslie Howard](#)

[CXLIV. Un bumerán envenenado](#)

[CXLV. El mal del abandono](#)

[CLXVI. El titular](#)

[CXLVII. Una buena noticia para mañana](#)

[CXLVIII. La Montenegro ha muerto hace diecinueve días](#)

[CXLIX. La habitación 109](#)

[CL. El adiós](#)

[The End.](#)

[Créditos](#)

A José Luis y Carmina, mis padres.

«Aprende a hacerte el que eres».

PÍNDARO

«Sé que un cisne es un récord».

A. A. HERRERA

«Somos los que se van».

J. L. BORGES

I

Madrid, lobby del hotel Ritz. Lunes, 10 de mayo de 1943

Mientras tú no estabas

Mientras esperaba a Conchita, Leslie Howard había firmado la docena larga de autógrafos preceptivos, o quizá más, como le ocurría siempre en el tránsito de los hoteles. Era el peaje de costumbre, desde que su popularidad apabullante se extendiera por el mundo entero, tras ser Ashley Wilkes, el galán que conquistó a Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*. Ahora estaba en Madrid, en una orilla del bar fastuoso del hotel Ritz, entre aristócratas de champán y con la música navegante de un piano de cola al fondo.

Leslie se levantó de su asiento, dio unos pasos adelante y cumplió la bienvenida tomando de la mano a Conchita, para así acompañarla hasta el sofá previamente escogido, con algo de rincón íntimo que no llegaba a serlo del todo. En todo el ceremonial, el actor puso una elegancia de lentitud, que es la que practican solo algunos dandis, y aún más si los dandis son ingleses, como él. Antes de sentarse juntos, con sus manos anudadas todavía, Leslie y Conchita se miraron a los ojos. Se miraron durante un instante quieto, y en ese instante se vieron la vida entera. Porque juntos habían sido una vida entera, años atrás, un amor verdadero, desafiante y devastador, que de pronto se detuvo.

—Nunca encontré maravilla mayor que tú, Conchita. Ni entonces, ni después. Nunca.

Conchita concedió el apunte de una media sonrisa, apenas una insinuación de sonrisa donde se incluía algo de ansiedad, algo de tentación, algo de miedo, algo de dicha. Era también la vida entera, aquella vida inolvidable, cuando juntos fueron salvajes, e inocentes, y felices, lo que se iba represando en esa sonrisa que no alcanzaba a serlo. Era el futuro de tanto pasado lo que cabía, o no cabía, quizá, en aquel gesto tímido.

Miró Conchita a Leslie, y no se creyó capaz de pronunciar una sola palabra. El actor, tirando de una astucia no exenta de eficacia mundana, probó a destensar la emoción del reencuentro llamando al camarero. Y el camarero vino, pero Conchita no quería tomar nada, o quizá no podía tomar nada.

Estaba Conchita ante el hombre de su vida.

De modo que Leslie optó por el atajo de la pregunta natural y directa, buscando antes la naturalidad urgente, entre ambos, que cualquier otra cosa.

—Dime, Conchita, ¿qué has hecho en estos ocho años en los que yo no estuve contigo?

Ella bajó los párpados, lentamente. Y así se repitió para sus adentros la pregunta. ¿Qué había hecho ella mientras Leslie no estaba? ¿Qué había hecho ella durante ocho años sin Leslie? En rigor, había fingido la felicidad. Había convertido la vida en un simulacro de la vida, y el amor en la espera del amor desbordado que con Leslie tuvo, y que con él se perdió. Así se contestó en lo íntimo, para sí misma. De inmediato, miró desde la sinceridad a Leslie, y logró soltar las palabras que daban la síntesis de sus largos años últimos:

—Mientras tú no estabas, he sido actriz. Mientras tú no estabas, solo he sido actriz.

II

Hollywood Boulevard, Chinese Theatre de Sid Grauman.

Sábado, 16 de mayo de 1931

Todos quieren ver a la Greta Garbo española

Era una noche de oro en el Hollywood de las estrellas, cuando al fin la vida se vuelve idéntica al cine. Era la hora mágica en que los galanes de guion bajan a la tierra, con pajarita de cóctel, y las diosas de la cartelera alternan un momento entre mortales, mientras hacen la pasarela preceptiva de los autógrafos, o los saludos, hasta pararse al fin ante el frenesí de los flashes, como si posaran componiendo la propia estatua eterna, sexual y casi mitológica.

No era una noche, sino la noche. Había estreno en Hollywood.

Frente al número 6925 de Hollywood Boulevard, se agolpaban los mitómanos, y los cinéfilos, y los curiosos, en asamblea de crecido desorden. Se respiraba expectación, y estaba en la atmósfera esa inquietud parada que prologa todo acontecimiento extraordinario entre los bullicios abiertos. Podrían ser sesenta, o más, los focos que iluminaban en hilera la alfombra azul cobalto que iba a morir en el umbral mismo de la espaciosa sala de cine. Al tiempo, los reflectores giratorios disparaban ramos de colores de fantasía diversa hacia el cielo. Junto a la entrada del Chinese Theatre, una orquesta de noventa y dos músicos llenaba el espacio de una bella melodía triunfal. Alineados de jaleo, en romería medio deshecha, habían tomado un frente de preferencia los fotógrafos. Los periodistas, plumillas en la jerga gremial, habían improvisado un podio populoso, y desde ahí estiraban un poco a cada rato el cuello de la impaciencia, a ver si aquello daba al fin comienzo, o bien hacían cháchara de esparcimiento en grupo, entre el chisme y la maledicencia.

Una multitud de admiradores bullía en torno a la entrada de aquel edificio magnífico, casi museal. Había forcejeo, incluso, entre los más fanáticos, y hasta había algún rifirrafe de codos, en media reyerta con el vecino, por lograrse un sitio mejor, y auparse hasta los dorados cordones que ajustaban la exclusiva senda dispuesta para los notorios invitados de aquella *première* inolvidable.

Allí, todos empezaban a desesperarse, casi, a la espera de la llegada de las grandes estrellas anunciadas.

A la espera de la llegada de los dos protagonistas de la película.

A la espera de verla a ella.

A la espera del momento inolvidable de contemplar de cerca a Conchita Montenegro, la Montenegro, la Greta Garbo española.

III

Hollywood Boulevard, Chinese Theatre de Sid Grauman.

Sábado, 16 de mayo de 1931

Estreno de la película Never the Twain Shall Meet

Los numerosos agentes de la policía de Hollywood se resituaron estratégicamente frente al público. Allí estaban para cumplir todas las garantías de seguridad del momento, y casi quedaban como figuración activa del *show*. Mientras, iban componiendo un convoy de lujo los automóviles de los protagonistas. Ahora sí comenzaba la función.

El primero en desembarcar fue Louis B. Mayer, el padre de la Metro Goldwyn Mayer, el león implacable del *star system*. Mayer bajó de un Rolls Royce apabullante, como corresponde al magnate mayor de aquella industria de las fantasías. Gastaba un traje impecable, y se emboscaba en gafas negras. Mayer era bajito, y más bien robusto, pero le daba mucho brío al andar en público, como si así se hiciera un poco más alto y hasta un poco más apuesto. No prestó ni mucha ni poca atención al auditorio de calle, y se adentró en la sala. Era, de algún modo, la consigna de costumbre para que empezara el desfile del resto.

De modo que unos subalternos, uniformados de rigor, empezaron a abrir las puertas de los automóviles que ya iban guardando fila. De un Buick Skylark plateado descendió la altiva Bette Davis. Llevaba un imponente vestido de gala verde esmeralda. Recorrió unos metros de la alfombra, se giró hacia aquí, se giró hacia allá, se quedó de pronto quieta ante los fotógrafos, y mostró en todo trance una segura e infalible sonrisa. Tras ella, Clark Gable bajaba de su Sport Coupé bermellón. Las mujeres del público gritaron piropos eufóricos al galán. Gable enarcó su ceja derecha y lanzó besos al aire en varias direcciones, como soltando un confeti sentimental para gozo de aquella emocionada tropa de fans. La puerta de un Chevrolet Tourer se abrió, dejando paso a la pareja de poderío que componían Douglas Fairbanks, el Rey de Hollywood, y su esposa deslumbrante, la actriz Mary Pickford.

La entrada de Joan Crawford fue atronadora. La diva despilfarró un glamur de musa suprema, mientras se gustaba enfundada en un vestido plateado, casi intimidante, por ceñido, que se completaba con una cola de dos metros. Los encendidos aplausos a la Crawford se prolongaron hasta el recibimiento de una soberbia Norma Shearer, que exhibía, con elegancia vampírica, un fastuoso y ajustado vestido negro.

Los cómicos Laurel y Hardy no desaprovecharon su llegada para regalar una pantomima que divirtió enormemente a los espectadores. Por la puerta de un Packard Twelve, que era el automóvil escogido por la pareja, se asomaba al tiempo una pierna del Gordo y un brazo del Flaco, la cabeza de uno y el zapato del otro. Montaron tal enredo de cuerpos que por un momento no se sabía dónde empezaba Laurel y dónde terminaba Hardy. Fue aquello un soplo de relajo en medio de la caravana suntuosa de las diosas de la pose.

Tras las alborotadas risas del público, llegaron los suspiros sentidos de las muchachas. La aparición de Ramón Novarro, un latino guapo, según los cánones clásicos, se disputó las febriles lisonjas de las jóvenes con la llegada de Johnny Weissmüller, que irrumpió como lo que era: un tarzán con buen traje de ceremonia.

El impasible Buster Keaton, la desafiante Myrna Loy, el carismático Lionel Barrymore, la diminuta Lillian Gish, el irónico Spencer Tracy, la cautivadora Anita Page, la enérgica Marie Dressler, el seductor Charles Boyer, la dulce Marion Davies, y el distinguido director de la película W.S. van Dyke, todos, más algún secundario de poco alarde, fueron desfilando por la alfombra de las vanidades. Y para todos hubo acaloradas ovaciones y alegres elogios, al menos por parte del gentío, porque la prensa competente, y hasta la incompetente, suele acudir a estos espectáculos a ajusticiar a los protagonistas, según es

costumbre sabida, desde siempre, en el encanallado oficio de la crónica social.

La admiración es un énfasis, y la mala leche también.

De modo que ya solo faltaban por comparecer los protagonistas. Pasaron quince largos minutos de parado crescendo, de quietud casi sólida, mientras ningún automóvil se orillaba a la entrada de la sala. La pareja de estrellas se hacía esperar. El público miraba entretanto el gran cartel del estreno de la película, que presidiendo la entrada del cine, presidía la noche entera.

Conchita Montenegro y Leslie Howard

en

NEVER THE TWAIN SHALL MEET

Así rezaba la cartelería promocional del film, bajo una gigantesca y sugestiva fotografía de los protagonistas. En aquella imagen publicitaria, el actor, con atavíos de aventurero explorador, se dejaba retener entre los brazos de una joven nativa de hipnótica belleza imbatible.

A una clara orden del director, la orquesta dejó de tocar, con lo que un vertiginoso silencio lo invadió todo. La noche, al fin, quedaba quieta y espaciosa para la más deseada bienvenida.

IV

Hollywood Boulevard, Chinese Theatre de Sid Grauman.

Sábado, 16 de mayo de 1931

Leslie Howard

Un bedel ceremonioso abrió la puerta del automóvil, un exclusivo Cadillac V16 que llegó hasta la alfombra misma de la velada. Con destreza de protocolo, el protagonista de la película descendió del vehículo. Era Leslie Howard. Leslie Howard, el del cine, pero en persona. El actor se giró hacia el público, dibujando una variación de reverencia. Las mujeres del auditorio aplaudieron casi con urgencia. Algunas muchachas parecían coquetear con el desmayo. Otras directamente lloraban. Las que conseguían sacar el habla del ahogo emocionado, dedicaban al actor palabras de amor y arrebatos de júbilo.

Aquel hombre parecía, en verdad, dibujado por el ángel de la elegancia. Pero de una elegancia no exenta de fortaleza. Diríase que era su porte de otro universo, de un universo refinado y esbelto donde la palabra galán es cosa incluso de órbita inferior. Pudiera adornarse como el actor más inglés entre los ingleses. Era la suya una delicadeza cultivada, pero viril. Tenía unos ojos perdidamente azules, el perfil de línea, los cabellos con algo de suave oro, y una lámina, en general, que corregía, por lo alto, la estampa directa y usual de los adonis o los titanes ejercientes de su gremio. Era un imán de la perdición.

El actor se giró en dirección a la puerta del automóvil y extendió su mano hacia el interior. El público contuvo la respiración, y fue como si la respiración la contuviese de pronto la noche misma.

Ella, al fin, estaba a un instante de aparecer. Ella.

Hollywood Boulevard, Chinese Theatre de Sid Grauman.

Sábado, 16 de mayo de 1931

Conchita Montenegro

Primero asomó por la puerta del Cadillac una mano de largo guante rojo, que Leslie Howard tomó como el que acaricia un tesoro o un regalo. Después, la actriz salió de aquel vehículo de película, con algo de indiscernible paso de baile en la maniobra. Ya estaba allí, en pie de majestad. Ya estaba allí Conchita Montenegro. La Montenegro.

Valdrían para ella aquellas palabras definitivas del poeta: «No dudaríamos nunca de su mágica hermosura, pero sí de su existencia». Solo que Conchita Montenegro era una mágica hermosura que sí existía. Como que estaba allí, escoltada por Leslie, en medio de un gentío de sentimiento que se repartía entre la devoción y la envidia.

En Conchita se cumplía la belleza despiadada que solo respira en algunas mujeres escasas. Era la suya una belleza de radical lozanía, por lo estival de la edad, pero era asimismo una belleza de logradas armonías, por lo afinado y hasta afilado de la genética.

Llegaban a menudo a Hollywood muchas mujeres hermosas, algunas tocadas de una gracia espontánea, decididamente carnal, otras adornadas de un magnetismo frío, casi vertical, pero todas dispuestas a triunfar en el cine, en los cócteles, en las mansiones, en la vida de champán de la fama. Unas pocas lograban algo de lo soñado, pero la mayoría se perdía de nuevo de vuelta a su pueblo de infancia, o aguantaban un rato más en el sitio, de figuración más bien lujuriente, a la caza del marido de yate, o pluriempleadas, a deshoras secretas, o no tan secretas, en la prostitución de buena ropa y restaurantes caros.

Llegaban a menudo a Hollywood muchas mujeres hermosas, incluso demasiadas mujeres hermosas, pero solo unas pocas alcanzaban su propósito de éxito entre las trampas del cine, la mafia de los hombres y la maldad de las compañeras de reparto. Así, entre esas elegidas, Conchita Montenegro.

La suya era una belleza quieta, de pulcra perfección morena, pero con mucho imán de salvaje inocencia, empezando o acabando por los ojos oscuros, muy cargados de mirada. Se comprendía, al contemplarla, que en aquella mujer estaba el riesgo extremo del amor. Se comprendía enseguida que en ella estaba la perdición y la delicia, una mitad de tortura y otra mitad de paraíso.

Leslie le miró un momento a Conchita la boca frutal, que era un convite para el beso. Le miró la boca, y rápido dejó de hacerlo, mientras la orquesta entró de nuevo en escena, interpretando ahora una de las melodías de la película del estreno.

Conchita Montenegro, imperturbable, sin mirar al público, avanzó por la alfombra del brazo de su *partenaire*. Había elegido un vestido de rojo terciopelo, que lograba la conjunción difícil de la tentación y la elegancia. Conchita Montenegro vestía la ropa, y no al revés, como pasa con todas las grandes de la distinción y del estrellato.

El cuerpo sólido y deseable se transparentaba al caminar, pero sin transparentarse. Un descarado escote vertical dejaba al aire la espalda entera, como un susto de desnudo en aquel trapo fastuoso de diosa muy vestida.

—Verdaderamente, es igual que Greta Garbo, pero lo que se dice igualita a la Garbo —comentó una espectadora a su compañera.

—A mí la Montenegro me parece todavía más guapa.

—Más guapa, sí. Eso es porque es más joven. He leído en el *Vogue* que aún le faltan unos meses para cumplir los diecinueve.

—¡Solo dieciocho años! Pues parece más mayor. Eso sí. Es, cómo te diría yo, demasiado elegante

para ser tan joven. Pero, mírales, mira qué pareja tan perfecta hacen los dos. Son maravillosos. Estoy deseando verles en la película.

—Te recuerdo que Leslie Howard tiene casi veinte años más que ella.

—Pero es tan refinado ese hombre, tan perfecto, que realmente no tiene edad. Me encanta.

La pareja de protagonistas llegó al umbral de la sala, ahí donde los periodistas ya habían compuesto su coro de interrogatorio urgente. Había que pillar a los actores al vuelo, para sacarles unas palabras, una respuesta, algo, en lo que dura un flashazo.

—Mister Howard, para *The Hollywood Reporter*, dígame, ¿cómo ha sido el rodaje de *Never the Twain Shall Meet*? ¿Es esta su mejor película?

—El rodaje ha resultado maravilloso. Y sí, espero que esta sea mi mejor película. Hasta que ruede la siguiente, claro —añadió el actor con una cortés sonrisa.

—Miss Montenegro, para *Variety*, ¿está usted nerviosa ante tanta expectación?

—Sí. Un poco, gracias —contestó en corto la actriz, sin que en su rostro hubiera el menor asomo de nerviosismo.

—Míster Howard, para *Vogue*, ¿es cierto que son ustedes pareja en la vida real?

Leslie Howard mantuvo el gesto cordial ante la directa pregunta de descarado. Pero no entró al atrevimiento, porque nunca fue costumbre en él la confirmación o el desmentido de algún aspecto de su vida privada. Es más, jugó a atajar la curiosidad desatada.

—Caballeros, me temo que no tenemos tiempo para más preguntas. La proyección debe comenzar. Espero que disfruten del film —remató el actor.

—¿Y es cierto, señor, que el flechazo ocurrió durante el rodaje? —arriesgó un último reportero atrevido.

Leslie Howard volvió a ofrecer galantemente su brazo a Conchita Montenegro.

Como dos amantes de cine entraron en la sala.

Hollywood, 17 de mayo de 1931

Mi querida hermana Juanita:

Ayer estrenamos la película. Cómo me hubiera gustado que estuvieras allí conmigo. Fue algo prodigioso, babilónico, cegador. Quizá el momento se repita, pero nunca será igual. Anoche, tu hermana se convirtió en una estrella de Hollywood.

Me siento tan afortunada que apenas atrapo las palabras para darte explicación de mi sentimiento. Soy rotundamente feliz, Juanita, y no solo por el estreno. Algo más me ha ocurrido. Es algo inesperado y sin razón: me he enamorado.

Sí, lo sé. Siempre te he dicho que no creo en el amor. El amor, para mí, no pasaba de ser una majadería en la que dos personas se ponían de acuerdo. Una ceguera de mirarse mucho a los ojos. Hasta que apareció él. Y con él, el amor se apoderó de mí, el amor encendido y verdadero, ese que viene de un lugar que nadie controla, y nadie conquista.

Te imagino abriendo mucho tus ojos al leerme, como si no me creyeras. Pero, es cierto. Es desconcertantemente cierto, maravillosamente cierto. Soy una mujer enamorada.

Ni yo misma distingo bien cómo ha ocurrido. Ni yo misma me entiendo, ni me explico. Solo sé que mi mejor sueño es estar a su lado.

Él, mi amor, es Leslie Howard. Le conoces bien por sus películas.

Apenas llevamos un par de semanas juntos y ya siento que ese hombre es la mitad de mi todo.

Conchita

P.D. Besa a los padres y cuéntales de mi gran éxito con la película. De Leslie, mejor no les digas nada. Todavía.

VI

Madrid, barrio de Salamanca. Sábado, 8 de mayo de 1943

La memoria tiene momentos de cuchillo

Leslie venía a Madrid. Se lo había anunciado a Conchita, vía telegrama, y a esta se le habían parado las ganas de comer. Las ganas de comer, y también las ganas de hablar, y hasta las ganas de respirar. Ya solo deseaba verle. No había en ella otra desgana, ni otra apatencia. Verle. Volver a verle. Besarle, tocarle, sentirle.

Venía Leslie a Madrid, con el deseo de que se reunieran. Le urgía un encuentro donde abordar, y resolver, un asunto de importancia máxima. ¿Por fin Leslie se habría dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro? ¿Por fin Leslie iba a dejar a su mujer? ¿Por fin tendrían un futuro juntos?

Ahora, de nuevo, aquellas preguntas volvían a voltear su mente, a veces como un suplicio, a veces como un desengaño. Dolían todas aquellas incógnitas, que enseguida se avivaban, tan nuevas, tan antiguas.

La memoria tiene azúcares de fiesta, pero también momentos de cuchillo.

Estaba en vísperas de verle, pero había transcurrido mucho tiempo desde la última cita. Quizás demasiado.

Conchita llevaba la cuenta minuciosa. Faltaban diecisiete días para que se cumplieran exactamente ocho años desde aquel 25 de mayo de 1935, el día en el que se separó de él, beligerantemente colérica. El día en el que rompió con el hombre de su vida. El día que tomó sin recapacitar la más dolorosa de todas sus decisiones. Desde aquella mañana de primavera en la que Conchita se marchó, ebria de furias, se había consumido para ella una vida entera. Y de la misma forma, no parecía haber transcurrido sino solo un instante. Un largo instante incurable.

Ahora, sus pensamientos volaban hasta aquel luminoso sábado del pasado, sábado en el que Leslie consiguió con sus palabras que el abierto azul primaveral de Hollywood se le antojara a Conchita un cielo tenebroso. «En una semana debo regresar a Inglaterra para pasar de nuevo los meses de verano con mi mujer», le había dicho el actor mientras paseaban por la playa. ¡Debía regresar! ¿Debía regresar? Nada de regreso, sino todo lo contrario. Lo que sí debía hacer Leslie era dejar sin miramiento a su mujer, había pensado Conchita, entre la indignación y el quebranto. Eso mismo, dejar a su mujer, era lo que Leslie le había prometido, lo que Leslie le llevaba prometiendo mucho tiempo. Y eso era lo que ella había estado esperando que Leslie cumpliera, al fin, desde hacía más de cuatro años. Cuatro años, sí, cuatro años. Ese era el tiempo que habían estado juntos. Durante aquel tiempo, Conchita se sintió la mujer más dichosa del universo, pero aquella dicha desmedida solo lo era durante nueve meses al año. Luego, llegaba el 1 de junio, atroz e inaplazable. Odiaba el 1 de junio. Detestaba de corazón ese día primero de mes, cuando Leslie regresaba junto a su familia, junto a su mujer, para pasar el ocio del trimestre veraniego. Era un día de tormento mayor en el calendario, casi un día de raro luto ingobernable, porque se alejaba de ella, y regresaba a Ruth, la paciente y plácida esposa de siempre.

El primer año, le sorprendió su partida. El segundo año, su partida la defraudó. El tercer año la hirió. Y el cuarto año, directamente, no la soportó.

En un arrebato de insensatez altiva, o de repentina clarividencia, Conchita rompió drásticamente su relación con Leslie en ese mismo instante. Entre la ira y la angustia, escogió la ira, que es un sentimiento con dinamita.

Ya no estaba dispuesta a esperar más. Ya no iba a ser la otra, y no iba a sufrir por ello ni un verano más, ni un día más, ni un minuto más. Ni un maldito 1 de junio más.

Leslie era el amor de su vida, el hombre de su vida, ella lo sabía. Pero él no parecía darse cuenta.

El amor, en Conchita, nunca fue algo más que un pasatiempo. Y, como tal, un recreo pasajero, un

enredo venial, un afán prescindible. Hasta que conoció a Leslie. Y el amor entonces, sí, el amor, la llevó por precipicios de delicia, y por refugios de sorpresa, y por corduras de perder a dúo la cabeza. Fue otra, porque es siempre otro el que ama. Tuvo el amor, sí, pero quien tiene el amor tiene también su quemadura, más tarde, o más temprano. De eso no hay quien se libre.

Como que el 25 de mayo de 1935 Conchita Montenegro decidió volver a coger de manera imperiosa el timón de su corazón maltrecho. Al día siguiente del estallido de su disputa amarga con Leslie, Conchita se fue a ver al actor Raoul Roulien, y le disparó la novedad al corazón: «Sí. Me casaré contigo, Raoul. Pero, vámonos de Hollywood. Ya».

VII

Madrid, residencia de la Montenegro. Sábado, 8 de mayo de 1943

Escapar de Hollywood

Raoul Roulien, Conchita recordaba ahora a Raoul Roulien. Raoul fue su marido, y lo fue por esos desvíos que a veces toma el despecho.

Conchita había rodado con él dos películas en Hollywood, durante 1934. Durante la primera, Raoul vivió una fiebre de fascinación rotunda por la actriz española. Ni dos semanas habían transcurrido desde que se conocieron, cuando el actor ya había pedido a Conchita matrimonio. Raoul era un extraño ejemplar en Hollywood. Brasileño, actor, y también cantante, era un hombre chapado a la antigua. Nunca buscó romances de tránsito o capricho, ni tampoco amoríos de espuma, tan frecuentes en el gremio, sino una compañera cabal y duradera, para el resto de una existencia serena y poco bohemia. En Conchita vio a la mujer que sin duda él venía soñando. «Tú eres para mí todas las mujeres», le había declarado, con un lirismo fácil, pero con una sinceridad devastadora. Solo faltaba que Conchita hubiera visto en él al hombre que reunía a todos los hombres.

No tenía otro afán Roulien que el compromiso del matrimonio, y hasta el «sí» de Conchita, que nunca llegaba, vivía sin desesperarse. La reiterada proposición de matrimonio la llevaba manteniendo un año entero. Cuando Raoul y Conchita concluyeron el rodaje de su segunda película juntos, el actor rearmó sus ahíncos, bajo la promesa renovada, que en él era convicción, de que su compañía era la garantía de la felicidad matrimonial para Conchita. Lo de siempre, en él, pero un poco más. Bastante más. Mucho más.

Conchita siempre se vio halagada por el tozudo romanticismo de aquel brasileño, pero no creció en ella otro sentir mayor a la tibia complacencia por el desvelo de un pretendiente tenaz como ninguno. Ella nunca se había parado a pensar qué sentía, en rigor, por aquel hombre de aguante desconcertante, seguramente porque solo sentía el latido venial del aprecio casi fraterno.

Pero cuando Leslie optó por regresar de nuevo junto a su esposa, Conchita decidió decirle que sí al brasileño. Raoul no daba crédito a su buena ventura. Antes de que ella cambiara de opinión, cumplió sin reparo, y sin esfuerzo, la única condición que le imponía la actriz: había que irse de Hollywood. Ya. Mañana mismo.

VIII

Madrid, residencia de la Montenegro. Sábado, 8 de mayo de 1943

La boda de Conchita

Naturalmente, Conchita y Raoul abandonaron de inmediato Hollywood. Cruzaron el océano y desembarcaron en París el 26 de junio de 1935. Conchita llevaba un afán profesional en el viaje, protagonizar la película *La vie parisienne*, y quizá algunas otras películas futuras, y tenía un único anhelo íntimo y secreto, olvidar a Leslie Howard. De modo que aquel viaje era más bien una huida, aunque Raoul nunca llegó a detectar tal extremo. Él vivía en el embeleso de ir a casarse con Conchita Montenegro, según promesa de ella misma, la mujer entre las mujeres. Y su embeleso tuvo al fin el gran premio pretendido, porque el 19 de septiembre de ese mismo año, en un receso de los compromisos abundantes de la actriz, Raoul y Conchita contrajeron matrimonio. La boda pudo haberse celebrado aún antes, pero a la novia se le agolparon proyectos, fiestas, promociones.

Fue una rápida ceremonia civil, con más trámite que oropel, en la alcaldía del XVII distrito parisino. De testigos del enlace, ejercieron el embajador del Brasil, Souza Dantas, y el doctor Bandelac de Paricute.

La película *La vie parisienne* resultó un nuevo éxito, y sirvió a Conchita para volver a tratar de cerca aquel París donde ya vivió como una adolescente ambiciosa, osada y feliz. Se valía de un francés tan perfecto que llegaban a dudar que fuera una actriz extranjera.

Recogidos los laureles del trabajo, y ya marido y mujer, con todas las de la ley, la pareja partió hacia Madrid, porque era deseo de Conchita visitar a su familia. Hacía más de siete años que no pisaba su patria. La prensa española recogió abrumadoramente la visita a España de los astros del cine americano como parte de su luna de miel. La estancia duró lo justo, apenas una semana, aunque hubo tiempo holgado para repartir abrazos de sentida emoción sincera, y presentar entre íntimos, y no tan íntimos, al marido reciente. Conchita abrazó a su madre, tras muchos años, y también abrazó a sus hermanas, Justa y Juanita. El reencuentro con Juanita fue un colmo de entusiasmo, porque ejerció de generosa cómplice, también artista, en los inicios de Conchita, y después nunca perdió para esta un carácter irremplazable de consejera cálida y consoladora sin réplica. Era, Juanita, la mitad de su alma.

Conchita cumplió su deseo de regresar a España, y quedaba por cumplir el deseo posmatrimonial de Raoul, ya concretado el matrimonio, que era el deseo de regresar a su patria brasileña. Ahí quería probar la suerte de director de cine, orillando su futuro de actor o cantante. Conchita vislumbraba Brasil, en general, y Río de Janeiro, en particular, donde iban a poner el nido conyugal, como un único antídoto de olvido contra Leslie Howard, que seguía ahí, calladamente, como una obsesión, como una herida, acaso como un anhelo. En París, Conchita no había logrado olvidarle. Acaso era Río de Janeiro el sitio benéfico donde al fin lograr el propósito.

Pero Río a Conchita solo le trajo un par de películas, ambas bajo la batuta debutante de su esposo Raoul, un desencanto conyugal progresivo, y la previsible petición de divorcio a Raoul, tras veinte meses mal cumplidos de mutua aventura brasileña.

Conchita se divorció, sin hijos, y regresó a París. Esta vez, de nuevo sola. En la capital francesa trabajó sin descanso. Durante dos años, rodó tres películas. *Lumières de Paris*, *L'or du Cristobal*, y *Le Danube Bleu*. Tres películas, y tres éxitos.

Regresó a España, tras un periplo italiano, donde firmó media docena de interpretaciones más. Regresó, y quiso quedarse.

De modo que aquí, en España, estaba ahora, en medio de un coro de recuerdos que se anudaban en un solo nombre, Leslie, Leslie, Leslie. Leslie Howard. Porque, naturalmente, a Leslie nunca lo había olvidado. Y aquí, en Madrid, ahora, de pronto, iba a volver a verle. Ahora, cuando ya menos lo esperaba,

tenía a su alcance el reencuentro con su amor único, y auténtico. Ocho años después, Leslie la había citado.

El lunes, después de tanto tiempo, Conchita iba a conocer de frente si Leslie y la felicidad podían ser, de nuevo, una misma cosa.

IX

Madrid, residencia de la Montenegro. Domingo, 9 de mayo de 1943

El telegrama

Querida Conchita. Lunes 10 de mayo llego a Madrid. Tengo que verte. Es muy importante. Te espero en el hotel Ritz a las 7 pm. Tuyo siempre, Leslie Howard.

Conchita había pasado la noche en vela leyendo y releiendo aquel telegrama. Podía ser el telegrama de la dicha. O acaso lo contrario.

La noche resultó un laberinto donde se daban todas las conjeturas, cabales o no tanto, que pudieran provocar aquellas palabras de Leslie. Conchita quería encontrar propósitos, o verdades, que acaso aquellas letras de trámite nunca insinuaban o encubrían. En todo caso, las dudas entorpecían enseguida sus deseos. Ella no estaba sopesando un telegrama, sino un hombre.

«Querida Conchita». Querida era un término demasiado cumplidor, demasiado insípido. Un término casi distante. ¿Por qué no había escrito «Mi amada Conchita»? Después de tantos años sin contacto entre ellos, después de ocho largos años, ¿solo se le ocurría encabezar la urgente misiva con un «Querida Conchita»? Sin embargo, recapacitó. Ella misma había utilizado esa fórmula, de un modo natural, para escribir durante años a su hermana. «Mi querida hermana Juanita», esa era la frase que encabezaba todas sus cartas. Y Conchita amaba con locura a su hermana menor.

Además, Leslie decía «Tengo que verte». No había escrito «Me gustaría verte» o «Podríamos vernos». No. Leslie utilizaba el verbo «tener», fruto de una imperiosa necesidad. No podía ser de otra forma. No había otra explicación. No debía haber otra explicación. Esa necesidad por verla era la manera de decirle que no podía ya seguir sin ella por más tiempo. Era la manera de decirle que tenían que poner fin a su separación. Era la manera de decirle que seguía amándola. Claro que sí.

«Es muy importante», remachaba en el mensaje. Solo podía tratarse de una cosa: Leslie, al fin, habría abandonado a su mujer. Eso era lo importante, que ya nadie se interponía en su amor. Lo único importante.

Y luego venía la firma, la duda a propósito de la firma. Leslie Howard. ¿Por qué incluía el apellido? No hacía falta. Para ella solo había un Leslie en el mundo que importara, que era como decir que solo había un Leslie en el mundo. ¿Para qué el apellido, el inútil apellido? Quizás él reservara dudas sobre la supervivencia de los sentimientos de Conchita. Si era así, mañana, cuando se vieran, ella borraría por completo sus recelos.

Y se repitió para sí misma, casi en susurro, lo que tantas veces se decía en silencio: «Todos los días de mi vida, Leslie, vuelvo a elegirte. Todos los días aprendo a esperarte».

Madrid, residencia de la Montenegro. Lunes, 10 de mayo de 1943

El día de la cita

—¡María! ¡María! ¡Ven! ¡Ven aquí! ¡Ven rápido!

—Sí, señora. Aquí estoy. ¿Qué desea? —preguntó la doncella, solícita a los encargos de la actriz.

—Prepárame el traje de cóctel de Dior, el de color azul, no el de color caramelo. Y me traes también el de Balmain. Me pondré uno esta tarde, pero quiero probármelos otra vez, ahora mismo.

—Sí, señora, enseguida los traigo.

—¡Espera! Acércame también el vestido de Jacques Fath. Sí, ese quizás sea el más adecuado. ¡Tráeme los tres!

Conchita Montenegro se atareaba, muy nerviosa, en su alcoba.

—Pero, señora, disculpe que se lo recuerde, el coche que la lleva a los estudios de grabación debe estar a punto de llegar. No sé yo si tendrá usted tiempo ahora para tantas probaturas.

—¡Uf! Sí. El rodaje, claro, el rodaje. Pero el rodaje puede esperar. Si viene el chófer, le dices que espere. Primero quiero verme con esos trajes. ¡Vamos, María, no te quedes ahí mirándome! ¡Date prisa, mujer!

La señora estaba muy nerviosa, casi fuera de sí. La doncella nunca la había visto de esa forma. Era una gran dama, toda una diva del cine, y los altibajos de humor entraban dentro de su conducta voluble y previsible. A menudo era difícil entenderla. Pero ahora estaba distinta, jamás se había comportado de una forma tan entusiasmada. Ni tan entusiasmada, ni tan obsesiva, ni tampoco tan histérica. María trabajaba para ella desde hacía algo menos de dos años, y había llegado a sentir por la señora no solo admiración irreductible, sino también un cariño sincero.

A la doméstica no se le olvidaría nunca el día que la llamaron para trabajar en la casa de la actriz. Ese día se volvió loca de contento. María, que acababa de llegar a Madrid estrenando sus dieciocho años y su primer empleo, iba a trabajar con la más importante de las actrices españolas. Ella, María, resultaría el tema de tertulia de todas sus amigas, y quizá la causa de una envidia casi comprensible. María tenía vistos, y muy vistos, los titulares en los periódicos y en las revistas, como cualquier mortal que se asoma a las vidas espejeantes de las famosas: «Conchita Montenegro, nuestra actriz más internacional regresa a España», «La Greta Garbo española vuelve a casa», «La estrella cinematográfica Conchita Montenegro llega a Madrid». Había visto aquellos titulares y había visto las fotografías a las que prestaban letra, unas fotografías donde la Montenegro bajaba de un avión, esbeltísima de lámina, con un ramo de flores en los brazos, y recibida a pie de escalera por una comitiva de honor. María, viendo aquellos reportajes, pensó que aquella mujer era la más importante de todo el país. Qué lujo, qué aventura y qué envidia la vida de gran actriz, de estrella de Hollywood, allí lejos, en Estados Unidos. Y, encima, aquella actriz tan internacional era de San Sebastián. Del mismísimo San Sebastián, como María. Eso hinchaba siempre de orgullo a la doncella.

Al principio, se asustó un poco. ¿Sería la actriz una loca excéntrica, llena de rarezas, como cuentan los chismes del cine? ¿Podría ella estar a la altura del puesto que le ofrecían? ¿Sabría atender bien a una mujer tan famosa, y tan importante? María llegó enseguida al atajo de una rápida determinación: estaba segura de que se las apañaría bien. Las dos eran vascas, y eso es buen principio para entenderse, o buen final. Un buen vínculo de diálogo, al fin y al cabo.

Al poco de entrar a trabajar en la mansión, ocurrió que ya le parecía conocer en profundidad a la dama. La doncella presumía de ver rápido en las personas lo que otros apreciaban tras años de atención, o no apreciaban nunca incluso. Era cierto, María tenía buen ojo para las almas. Los demás, pensaba María, cuando miraban a la actriz se quedaban solo en la envoltura deslumbrante, que en Conchita era

también coraza, como en todas las tímidas de muchabrega de salón. Su aspecto era tan imponente que pocos se fijaban en su interior. Obviamente, la Montenegro era una mujer extraordinariamente hermosa. Y su belleza era distinta a la belleza común o rutinaria. Era una belleza de aristocrático dibujo, una belleza acaso fría, casi oscura, con algo de estatua de su propio porte. La actriz, además, era muy consciente de su atractivo magnético. Y su actitud era decidida, inteligente y dominante. Por eso, María entendía que resultara una mujer perturbadora. Perturbadora e inquietante. A su misterio, a su poderío, a su imán, había que agregar su juventud, porque la señora apenas sobrepasaba la treintena. Sin embargo, pese a las muchas majestades de la Montenegro, María también distinguía en ella a una mujer muy vulnerable. Casi frágil, a veces. Eso era lo que los demás no veían. Estaba segura de que su señora se sentía muy sola. Tenía miles de admiradores que le escribían a diario. Los periodistas no dejaban de buscarla, perseguirla y elogiarla. Los galanes irresistibles del cine la iban codiciando en silencio, o no tan en silencio, a la búsqueda de la oportunidad de la cita, el romance, el noviazgo, quizá. Pero nada de eso parecía tener importancia para la actriz. En Conchita Montenegro siempre anidaba una especie de febrícula de melancolía. Y esto María lo veía. María lo apreciaba. No importaba cuántas noches se vistiera de gala la actriz para ir a las grandes fiestas. No importaba cuántas sonrisas dedicara a los fotógrafos. No importaba cuántos regalos recibiera, ni cuántas epístolas de amor la ensalzaran. Conchita, Conchita Montenegro, la Montenegro, no era feliz, y María lo sabía. Lo sabía, aunque no entendía el porqué.

Ahora, además, tenía un buen novio reciente, un alto cargo del régimen de Franco, don Ricardo Giménez-Arnau. Todo un señor, según las habladurías de quienes saben, o dicen que saben. Pero a los ojos de María ese noviazgo tampoco llenaba a su señora.

De regreso del mundo, de vuelta del éxito, Conchita Montenegro traía a casa lo de siempre, el secreto corazón infeliz de la solitaria. Y María estaba ahí, sabiéndolo en silencio.

Madrid, Compañía Industrial Film Español S.A., plató 1.

Lunes, 10 de mayo de 1943

Como quien huye

El rodaje de la película *Ídolos* enfilaba su final. Sin embargo, en aquellos últimos días de grabación, se remataba una escena correspondiente al principio de la película. El argumento de *Ídolos* llevaba a Clara Bell, famosa actriz francesa, que interpretaba Conchita Montenegro, a enamorarse de Juan Luis, un guapo y famoso torero español. A Juan Luis lo encarnaba el actor Ismael Merlo. Clara y Juan Luis se conocían en un tren y allí se ocultaban el uno al otro sus verdaderas identidades.

La producción del rodaje tuvo que trasladar un vagón de ferrocarril a los estudios. Hubo que introducir el vagón dentro del plató y colocar dos cámaras con *travellings* en paralelo para simular el movimiento del tren. De no ser por estas dificultades técnicas, el director Florián Rey habría asegurado que la filmación de la película había sido un plácido paseo profesional. Todo había salido bien. Bien o muy bien. Rey estaba resueltamente satisfecho con el trabajo de los actores. Además, estaba encantado de contar con la estrella internacional, Conchita Montenegro, y de que esta lograra clara sintonía con Ismael. Ismael y Conchita ya habían coincidido el año anterior en la película *Rojo y negro*, el film que supuso el retorno de la Montenegro a los platós españoles.

—¡Corten! —gritó el director—. Bien, muchachos. Por hoy hemos terminado.

Según oyó las palabras de Florián Rey, Conchita se levantó precipitadamente del vagón de rodaje. Estaba deseando irse a casa a prepararse para su cita ansiada.

A las siete de la tarde, a las siete de esa misma tarde, volvería a ver a Leslie.

—Espera, Conchita. ¿Dónde vas con tanta urgencia, mujer? —la atajó el director.

—Tengo prisa, Florián, hoy tengo mucha prisa. Y, de nuevo, disculpa mi retraso de esta mañana. No he podido evitarlo.

—No te preocupes. Ya quisiera yo que todas las actrices se retrasasen solo un día durante todas las semanas del rodaje. Solo quería decirte que los productores me han enseñado el boceto de la cartelera de la película. Y estás fantástica. Han escogido una imagen tuya con el vestido negro ribeteado en madroños que Balenciaga diseñó para ti y el gran tocado de tul. Y estás fantástica. Preciosa, estás preciosa. Y, por supuesto, tu nombre se destaca de nuevo por encima del título de la película. Eres nuestra Greta Garbo, Conchita, eres nuestra Greta Garbo.

A Conchita aquella eterna comparación con la Divina no le agradaba. Pero sabía que Florián lo había dicho con la mejor de las intenciones. No era el piropo que Conchita prefería, pero era el piropo habitual.

—Florián, te agradezco que me cuentes todo esto, pero tengo que irme ya. Lo siento, otro día hablamos. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Sin más rodeos, Conchita aceleró el camino hacia su camerino, donde cambiarse de ropa, para luego salir corriendo hasta su casa, casi como quien huye. En la puerta de los estudios, se topó con su pareja cinematográfica, Ismael Merlo, mientras este saludaba muy cariñoso a su mujer y a su hija, que habían ido a recogerle. A Conchita no le quedó más remedio que entretenerse unos minutos.

—Conchita, conoces a mi mujer, María Luisa, ¿verdad?

Las dos mujeres se saludaron con cortesía.

—Tengo que darte la enhorabuena, Conchita, me ha contado Ismael que ya has firmado tu próxima película. No paras mujer. ¡Qué éxito tienes!

—Sí, muchas gracias. Esta semana terminamos aquí y el lunes próximo ya empiezo a rodar a las órdenes de Antonio Román. No paro, es cierto. Estoy muy atareada. Atareada y contenta. Va a ser una

película sobre la famosa bailarina Lola Montes. Me hace ilusión, porque ese personaje me trae muchos recuerdos. A Lola Montes ya la interpretó Marlene Dietrich cuando yo estaba en Hollywood, y fue todo un escándalo porque Marlene enseñaba los muslos desnudos en el film. ¿Pero quién es esta princesita? —preguntó Conchita, cambiando de tema y agachándose a la altura de una pequeña niña que sujetaba con fuerza la mano de su madre.

—Es nuestra hija. Se llama María Luisa, como su mamá. ¿Verdad, María Luisa? —preguntó Ismael a su hija.

—Vamos, preciosa, contesta a tu padre —añadió la mujer de Ismael al ver que la niña se mantenía callada—. Bueno, pues ahora le ha dado por no hablar. Y mira que es parlanchina. Parlanchina y actriz. Porque nos ha salido muy actriz, ya lo creo. Nuestra pequeña María Luisa, María Luisa Merlo para el escenario, nos va a retirar cuando sea mayor —apostó la madre, riendo.

Conchita se despidió de aquella escena familiar y se subió a su coche. Al chófer le habló con casi atropello:

—Rápido, a casa. Rápido.

XII

Madrid, lobby del hotel Ritz. Lunes, 10 de mayo de 1943

El reencuentro

Eran las siete en punto de la tarde. Conchita hubiera querido llegar un poco más tarde a la cita. Hubiera querido hacerle esperar, pero le resultó imposible postergar el momento de volver a verle. El corazón manda más allá del pensamiento. Sobrepasó la puerta giratoria del hotel Ritz y atravesó la lujosa entrada del edificio.

Varias personas miraron a la actriz, en un dulce sobresalto de sorpresa. «Mira, esa es la Montenegro», cuchichearon varios de los huéspedes allí presentes.

Conchita se acercó a las elegantes butacas del *lobby*, buscando con la mirada a Leslie. El espacio se multiplicaba poliédricamente en la muchedumbre de espejos. En un reflejo de los cristales espejeantes, le vio.

De pronto, se le antojó un espejismo, un sueño, pero no. Su corazón pareció precipitarse por un acantilado de emociones. Conchita se detuvo. Apoyó su mano en el respaldo de una primera butaca vacía. No conseguía avanzar, estaba paralizada. Las piernas le temblaban sin querer responder a sus deseos acuciantes. Sus pies probaban a moverse, pero no lo lograban.

La quietud sobrevenida de la actriz llamó enseguida la atención de varios de los parroquianos del refinado salón. No pocas señoras aparcaron su taza de café para murmurar sobre la presencia de la estrella de cine. Varios caballeros dejaron en suspenso sus correspondientes copas de coñac para unirse a los comentarios. El creciente bisbiseo puso alerta a Leslie. El actor, sentado en un rincón de espaldas a la concurrencia extrañada, se giró.

Entonces, Leslie vio a Conchita.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 27 de abril de 2007

La Montenegro ha muerto hace cinco días

—Y tú, muchacha, ¿qué haces aquí?

—Eso mismo le iba a preguntar yo a usted, ¿qué hace aquí?

Aquel hombre había desconcertado a Inma nada más entrar en la habitación. Ella no esperaba una pregunta así, tan directa, de arranque, a modo de saludo imprevisible. Se sorprendió a sí misma siendo casi ofensiva en su respuesta. Casi ofensiva y seguro estúpida. También ella le fue a preguntar a aquel hombre qué hacía él allí. La ocurrencia resultaba hasta cómica, por patética. ¿Qué iba a hacer allí aquel anciano? Pues estar enfermo, naturalmente. Y tratar de curarse. O, más bien, esperar no ya la curación, sino quizá la muerte. ¿Por qué, si no, estaría un hombre metido en la cama en aquella zona del hospital? En habitaciones como estas, solo encontrabas a personas con dolencias muy graves. Y quien dice dolencias muy graves, dice dolencias terminales. Aquel paciente, además, parecía soportar una agotada biografía de siglos.

—¿Estás bien, chiquilla? —preguntó el anciano.

No. Inma no estaba bien. Claro que no estaba bien. Estaba destrozada. Por eso había ido allí. En aquella planta del hospital podía encontrar a alguien con peor pronóstico que el suyo propio. Aunque el mal de Inma no fuera físico, ver a los enfermos le ofrecía una oportunidad de alivio o mejora. No era la primera vez que su vida se orillaba en el daño, no era la primera vez que su vida naufragaba. Ahora necesitaba de nuevo ese recurso, el recurso de tratar a otros derrotados, pero a derrotados de herida acaso incurable.

De modo que ahí estaba ella, en la habitación 109 del hospital La Paz. Ahí había entrado con la idea de presentarse de forma rápida al paciente que encontrase dentro, azarosamente. Después, tocaba proceder con la misma costumbre que ya practicó la vez anterior. Sentarse y ponerse a leer al paciente un buen libro. No había que hacer nada más que leer y leer y leer. Y, muy de cuando en cuando, mirar al enfermo. Tenía que mirar de frente al dolor, en la cara del paciente, visitando, por un momento, su sufrimiento imaginado. Sentir el dolor. Sentir ese dolor, sí, y su miedo, y su vértigo, y su desamparo. Tenía que mirar al enfermo, y luego pensar en sí misma.

Mirarle, y seguir leyendo. Nada más. Hacer eso, leer y leer y leer. Inma sabía que al final de este hábito ella tenía su sanación.

—¿Me oyes, muchacha? Que si estás bien, digo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no. Si soy yo quien está aquí para ayudarle a usted.

—Pues no te veo yo pinta de doctora, la verdad.

—No soy doctora, no. Soy lectora.

—Una lectora. No está mal como alternativa a la farmacopea.

—Bueno, precisando, soy voluntaria. Estoy en el programa rotatorio social sanitario.

—Muchas palabras son esas. Las muchas palabras son siempre demasiadas palabras. Me gusta más lo de lectora. Lectora, qué curioso. No es una profesión muy extendida, no.

—Mi profesión es la de periodista. Estoy acabando la carrera, todavía, pero ya tengo trabajo en un periódico. Lo de lectora es un voluntariado.

—Periodista. Bien, bien. Exótico oficio ese del periodismo. Muy interesante, según los casos, claro. Entonces, a ver. Tengo ante mí a una periodista en formación, pero ejerciente, que es también una lectora de vocación, que dice que me viene a ayudar. ¿Y puede saberse dónde están tus facultades curativas?

—En un libro. En un buen libro. Aquí lo traigo. Se lo leo a pacientes que están, bueno, que están como usted. Y eso les viene bien —dijo Inma mientras pensó que realmente lo que venía pretendiendo

era su propia cura.

—Un libro, un buen libro. Nunca diré nada contra un libro. Pero, la verdad, no creo que puedas ayudarme. Ya no hay mucho que hacer. Ya no.

—Me han dicho que le dio un infarto.

—Un infarto te han dicho. Un infarto. Es una manera de llamarlo.

—¿Cree que no ha tenido un infarto?

—Muchacha, yo he tenido muchas cosas, y con muchos nombres, incluido el infarto, el dichoso infarto. Pero te seré franco: definitivamente estoy aquí por una mujer.

—¿Quiere decir que le ha dado el infarto por culpa de una mujer?

Mientras hacía la pregunta, Inma pensó en sí misma. Y resolvió rápido. Ella estaba allí por culpa de un hombre. Por culpa de un hombre, sí.

—No, joven, no. No estoy aquí por culpa de una mujer. Estoy aquí gracias a una mujer. Si no es por ella, cómo iba yo a llegar a los noventa años bien cumplidos. Por ella, por esa mujer, me he quedado en esta vida tanto tiempo, esperándola. Por esa mujer, he ido ganando la batalla a todas esas cosas a las que van poniendo nombre los médicos. Pero ahora ya nada me hace falta. Mi pelea se quedó sin causa, porque ella murió el domingo. La noticia la traía ayer el periódico. Estaba desayunando como hago cada mañana en el café, y vi su esquila en el diario. Te hablo de la peor noticia de mi existencia. Se me heló la vida entera. Luego desperté aquí.

La joven se sobresaltó. ¡El domingo! Precisamente el domingo fue el día que a Inma también se le acabó el mundo. El domingo todo cambió. El domingo todo murió. Hubo un domingo del mal.

—Pero ¿de verdad que estás bien, chiquilla? Te has puesto muy pálida. ¿Llamamos a un médico?

—El domingo —susurró sin darse cuenta en voz alta Inma—. Perdona. Pensaba, pensaba en el domingo. Le acompañó en el sentimiento. Veo que era una mujer muy querida por usted. ¿Cómo se llamaba?

Inma no sabía muy bien lo que estaba diciendo. Tenía un segundo en el despiste, y un segundo siguiente casi en el delirio. Aún no conocía el nombre de aquel anciano poco común, y le estaba preguntando cómo se llamaba una desconocida que ni estaba allí. Una desconocida que había muerto. Una desconocida que había muerto aquel domingo funesto.

—Se llamaba Conchita Montenegro —contestó el anciano—. Entre otras cosas, fue la mujer que no quiso besar a Clark Gable.

París. Barrio Latino. Martes, 6 de mayo de 1930

Un conde con bugatti

La película *La femme et le pantin* se estrenó en París el 5 de mayo de 1929. La cinta, que jugaba el naipe de la provocación, había creado muy altas expectativas. Y ni defraudó la película, ni tampoco Conchita Montenegro, su protagonista, una joven fatal que bailaba desnuda para gozo de atrevidos y elogio de la crítica. Fue un gran éxito aquel trabajo. Desde aquello, había transcurrido un año, y la actriz, jovencísima, se había logrado un nombre ambicioso en el catálogo de cine del momento. Conchita estaba ahí, en la tribu del gremio, en el tuteo de los artistas de París, y solo tenía diecisiete años.

Aquella mañana de mayo se había despertado temprano. Tenía pendiente, desde días atrás, el capricho de darse un paseo demorado por los Jardines de Luxemburgo. Sabía que los senderos cercanos al estanque apenas estarían transitados a primera hora del día. Conchita se hacía a la idea de que aquel parque era su lugar secreto. Un sitio propio, y clandestino, para pensar, para leer, para aislarse. Venía de cumplir unos meses agotadores. Mágicos, y provechosos, pero agotadores. Tras el estreno de la película todo habían sido celebraciones, fiestas, y alguna borrachera, porque el equipo de la película era un equipo alegre, vividor, y siempre dispuesto. Conchita, los actores de la película y su director, Jacques de Baroncelli, empezaban la noche en Le Dôme, La Rotonde, o en Le Select, y prolongaban la velada por los distintos clubs nocturnos de Montparnasse, a ritmo de jazz. El penúltimo champán solía caer en Jockey, que era el club de moda.

No había sosiego para el triunfo, la juerga era el exceso de la juerga.

Mientras se incorporaba en la cama, Conchita notó en la cabeza cierto malestar sobrevenido sin duda por las alegrías de alguna copa de más del champán de la noche anterior, noche celebratoria del aniversario del estreno. Notó cierto asomo de malestar, y enseguida un hambre naciente, de fondo. Estaba ahí el afán de irse a los Jardines de Luxemburgo, pero se le antojó prioritario un desayuno en el café Les Deux Magots. Los cruasanes recién hechos del sitio eran una delicia, y solo pensar un momento en ellos le puso a Conchita la prisa en el cuerpo. Fue entonces cuando descubrió que la casera había deslizado una carta por debajo de la puerta de su apartamento.

—Pero, bueno, Neville, qué sorpresa. Hacía tiempo que no recibía carta tuya —dijo Conchita en voz alta mientras miraba el remite del sobre—. Te leeré. Pero te leeré mientras desayuno.

Edgar Neville era joven, apuesto y escritor. Ejercía a menudo de conde de Berlanga de Duero, porque lo era, y tenía un bugatti irresistible. Neville jugaba una simpatía natural, casi efervescente. Se cumplía en él ese raro y fascinante ejemplar del aristócrata bohemio, con la biografía siempre hambrienta de emociones mundanas. Tenía un ingenio de mucha esgrima, y una personalidad de carisma, con lo que iba reuniendo siempre por ahí amistades memorables, ilustres y únicas. Era un ocurrente de oficio, un conversador de prestigio, y enseguida le tenían aprecio, y hasta apego, los más singulares personajes. Entre sus amigos frecuentados, igual estaba Manuel de Falla, Federico García Lorca, o la Chelito. Neville era un *bon vivant*, por riguroso convencimiento, y era el suyo el calendario de los placeres de la vida. Cultivaba la pasión por la farándula insomne, las tertulias literarias y las mujeres hermosas. Ni los más íntimos sabían si por ese orden. Y acaso él tampoco.

El joven Neville se paseaba en su descapotable rojo, siempre a la caza dulce de las actrices y bailarinas talentosas, o no tan talentosas. Neville siempre estaba pendiente de las actrices y las bailarinas, en general.

En uno de sus paseos rituales a la búsqueda de nuevos talentos femeninos, por los viejos teatros y los nuevos espectáculos de Madrid, Neville descubrió a una jovencísima bailarina con un rostro inolvidable y un cuerpo emocionante. Era Conchita.

Neville, su bugatti irresistible, y Conchita congeniaron enseguida. Neville, su bugati irresistible, y Conchita, fueron enseguida una pareja de tres. Era difícil no entenderse rápido con Neville. Era más bien imposible. Se frecuentaron, aunque no en exceso. A él le gustaba tener libertad para repartir su tiempo entre los literatos y las mujeres. La única cita que consideraba obligada el escritor era la que tenía los sábados en la tertulia de «La Sagrada Cripta de Pombo». Aquella reunión de intelectuales, faranduleros y otros circenses del ingenio, la había iniciado, años atrás, el escritor Ramón Gómez de la Serna y se mantuvo durante décadas en el café Pombo, una de las botillerías más antiguas de Madrid. Neville no faltó ningún sábado a las reuniones de aquel café situado en la calle Carretas, a tres soplos de la Puerta del Sol.

No faltó ningún sábado. Hasta que se fue a América. El conde se había convertido en diplomático. Varias veces le habían ofrecido destinos diversos, pero él los fue rechazando casi de oficio, porque no encontraba que fueran lugares de algún interés. Prefería Madrid. Sin embargo, cuando le propusieron la embajada de Washington, le dieron una alegría. Y partió para allá inmediatamente. Aunque hizo vida al otro lado del océano, Neville no perdió jamás el contacto epistolar con sus amigos y tampoco con sus musas. Conchita, en concreto, recibía puntualmente, cada mes, carta de aquel vividor irredento. Él le contaba sus andanzas. Y Conchita siempre le contestaba, aunque más impuntual, dando detalle al amigo de sus progresos o pesares en el mundo duro y difícil del cine.

Conchita terminó satisfecha su desayuno, recogió de la mesa el libro que había elegido para la mañana de asueto, y se dirigió a los jardines.

Se sentó en uno de los bancos situados frente al espléndido estanque. Contemplar el vaivén ensimismado de las aguas la relajaba. Conchita necesitaba rescatar un poco la serenidad. Un poco, o mejor un mucho. Decidió que esa tarde les diría a sus compañeros que se encontraba algo indispuesta para seguir con los convites. Pensaba ir sola al cine. Le gustaba ir sola al cine. Así nadie la distraía de su afán por centrarse en las actuaciones de los mejores actores y actrices. Veía la película, pero sobre todo estudiaba a los protagonistas. Ir sola al cine era la mejor manera que se le ocurría de ver una película. Bueno, salvo cuando iba con su hermana Juanita. Ella era su mejor acompañante, la única acompañante que mejoraba su soledad. Pero su hermana ahora estaba muy lejos, en Madrid.

El plan de solitaria sería acudir al bulevar Magenta y entrar en el Louxor. El Louxor no era un cine cualquiera. Era un exótico espectáculo en sí mismo. Parecía un palacio egipcio, decorado con esfinges y majestuosas columnas. Sus paredes te trasladaban al mundo de Cleopatra con llamativos dibujos de escarabajos y cobras, y con coloridos mosaicos. Solo por tomar algo en su bar con sus nueve vidrieras, ya merecía la pena ir al Louxor. Pero, además, Conchita sabía que esa misma tarde proyectaban sesión doble de Buster Keaton. A Conchita le apasionaba Keaton. El talento de ese actor la excitaba.

Tendría que ir con bastante antelación a la taquilla. Las entradas para ese templo del cine se agotaban enseguida. Y con películas de Keaton en su programación, aún más rápido. Definitivamente, eso haría.

Resueltos los planes de la tarde, se dispuso a pasar ahora un buen rato con la lectura que tenía pendiente. Se trataba de *Nadja*, un libro donde André Breton cantaba el sacerdocio de adorar a la mujer única y urbana. Le gustaba a Conchita pensar en aquello, la mujer como sacerdocio, o la mujer como ciudad, y en eso estaba cuando reparó en la carta de Neville, que venía guardada entre las páginas de aquel libro parisino. Casi se había olvidado de la carta de Neville. Aplazó un momento la lectura del libro, y abrió el sobre.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 27 de abril de 2007

Conchita. Domingo. Muerte

Inma abrió pesadamente los ojos. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? Enseguida empezó a recordar, y a situarse un poco. Estaba en el hospital. Estaba hablando con aquel paciente. Pero no entendía por qué ahora permanecía tumbada en otro sitio. Se sentía aturdida. Y se encontraba muy cansada.

—Doctor, mire —observó la enfermera—. Su hermana empieza a volver en sí.

—Inma, no te preocupes. Estoy aquí contigo —tranquilizó Cristóbal a su hermana—. Te has desmayado. Pero estás bien, no pasa nada. Dame un momento tu brazo, voy a tomarte la tensión de nuevo.

Inma se sintió reconfortada al ver allí a su hermano Cristóbal. Pero seguía sin entender nada. ¿Cuándo se había ido de la habitación del anciano? ¿Cómo había llegado hasta aquella otra sala? Se había desmayado, según Cristóbal.

—¿Qué me ha pasado?

—Has tenido una lipotimia y has perdido el conocimiento. Pero todo está ya mucho mejor —le dijo él mientras le retiraba el manguito del tensiómetro—. Nos avisó el paciente al que estabas visitando. El hombre se asustó mucho al ver que de pronto te caías redonda al suelo, y llamó corriendo a la enfermera. Dime, ¿recuerdas si te fuiste encontrando mal poco a poco o fue de repente?

—No. Bueno, no lo sé, en realidad. Debió ser de pronto. Yo creo que estaba bien. Más o menos bien. Recuerdo que el anciano dijo que me veía pálida. O me parece que lo recuerdo. No sé, sinceramente. Estábamos hablando, eso sí. El anciano me estaba contando...

Inma se detuvo. La conversación le vino de pronto nítida a la mente. Y comprendió por qué se había desmayado. La causa había sido el susto que le provocaron las palabras del anciano. Un susto, sí, un shock. Pero Inma prefería no entrar en detalles con su hermano. Era mejor no preocuparle. No preocuparle más por ella de lo que Cristóbal ya estaba.

—Solo conversábamos, nada más —resolvió Inma rápidamente.

Aquel anciano le había hablado de una mujer que se llamaba Conchita. Conchita. Ese era el nombre que Inma no quería escuchar. El anciano se refirió al domingo pasado. Ese era el domingo que Inma quería borrar de su mente. Y también el anciano habló de muerte.

Conchita. Domingo. Muerte. Esas tres palabras se levantaron, vivas de daño, en la mente de Inma.

Conchita. Domingo. Muerte. El anciano no lo sabía, pero esas tres palabras hablaban de ella misma.

Conchita. Domingo. Muerte. Aquel anciano dijo precisamente esas palabras. Esas tres palabras.

Tenía que ser todo una casualidad. Una escalofriante y dolorosa casualidad, pero una casualidad al fin y al cabo. No podía tratarse de otra cosa. Inma no creía en el destino.

Ya no.

XVI

París, Jardines de Luxemburgo. Martes, 6 de mayo de 1930

La carta de Edgar Neville

«Mi querida *prima ballerina*». Así empezaba la carta. Como siempre. Conchita sonrió. Neville nunca llamaba a ninguna mujer por su nombre. A ninguna mujer que le gustara. Siempre buscaba cariñosos apodos. Conchita comprendió pronto que era una astucia de Neville para protegerse de embarazosas situaciones. Si en un momento de pasión, Neville trocaba el nombre de la joven elegida por el de otra, la catástrofe era irremediable. Sin embargo, resultaba mucho más fácil salir airoso del embrollo si lo permutado era un apodo. El joven Neville se excusaba en su escrito de llevar varios meses sin dar noticias. No había tenido tiempo de escribir a nadie. Pretextaba que había estado muy ocupado porque se había ido de vacaciones. «Ni te imaginas la de cosas que te pasan cuando dejas de trabajar», apuntaba el diplomático, en uno de sus naturales alardes de ironía ingeniosa. Contaba cómo había atravesado Estados Unidos en tren, de costa a costa. Y ponía un énfasis de entusiasmo al narrar su llegada a Hollywood. A propósito de Hollywood, ofrecía a Conchita una información ilusionante. Neville había aparcado su labor como diplomático para ocuparse de establecer el Spanish Department de los estudios de cine de la Metro Goldwyn Mayer. «Aquí tienen que contratar actores y actrices españoles para hacer los *talkies* en español. Necesitan a alguien como yo que les eche una mano. Alguien que ponga orden en esto de la colonia española, vaya», remataba Neville.

Conchita abrió mucho los ojos al leer el último párrafo de aquella epístola: «Yo no me olvido de mi *prima ballerina*. Ya he hablado de ti a las personas que corresponde. Y les he hecho saber de tu sobresaliente interpretación en la película francesa *La femme et le pantin*. Y se han interesado. Te lo repito: se han interesado. Los estudios de Hollywood están enviando representantes suyos por toda Europa en busca de nuevos talentos. Puedes estar atenta. Debes. Te buscarán».

XVII

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 27 de abril de 2007

Marcos

—Inma, ¿en qué estás pensando? Te has quedado muy callada —la espabiló su hermano.

—No estaba pensando en nada concreto —mintió Inma—. Solo que me encuentro muy cansada.

—Es lo habitual después de perder el conocimiento. Debes descansar. Me alegro de que estos días no tengas que ir a trabajar al periódico. De momento, hoy te vienes conmigo a pasar la noche en casa. A Silvia y a tus sobrinos les gustará verte. Y yo me quedo más tranquilo. No, no me mires con recelo, porque en esto no tienes voto. Es prescripción médica, y no orden de hermano. Rigurosa prescripción médica.

Lo cierto era que la propuesta de Cristóbal, que él había envuelto de exigencia médica, le venía muy bien a Inma. En ese momento era mejor estar acompañada. El simple pensamiento de recluirse ahora sola en su buhardilla la espantaba. Sabía que vendrían de nuevo a su mente, como un tormento, aquellas frías palabras de su novio Marcos.

Su novio. Su novio, eso era lo que le gustaba pensar a Inma que era Marcos. Su novio. Pero, realmente, Marcos era solo su amante. Aunque ahora ya no era nada. Todo se había terminado.

Todo lo había destruido Marcos el domingo con sus crueles, escuetas y definitivas palabras.

XVIII

Nueva York. Martes, 3 de junio de 1930

A bordo del transatlántico Île de France

Conchita daba un último vistazo a su camarote. No había resultado difícil recoger sus pertenencias. En el gran baúl había guardado la ropa, los zapatos y las joyas, que eran escasas. Contando deprisa, un collar de perlas, obsequio de un productor de cine, los pendientes de plata con circones y rubís, que le regaló Agustín de Figueroa, el marqués de Santo Floro, y el broche camafeo de su abuela, que le entregó su madre antes de partir hacia París. El resto eran abalorios. En una maleta más pequeña, Conchita reunía sus libros, más el Chanel N° 5, obsequio del director Baroncelli. El corto equipaje lo cerraba una sombrerera que albergaba sus cloches. Volvió a mirar los tres bultos. Los cierres metálicos estaban bien clausurados. No, no quedaba nada fuera. Aun así, temía olvidarse de algo. En cuanto saliera de aquel barco su vida cambiaría para siempre. Eso lo sabía. No quería empezar su nueva biografía perdiendo algo. Aquel barco desmesurado, y de sonoro nombre, *Île de France*, la iba llevando al futuro.

Conchita no había cumplido los dieciocho años, pero ya se sentía adulta, que es como decir que se sentía madura. En ella sentir siempre fue saber. Ya había aprendido mucho. Muchísimo. Y se sentía preparada para cualquier cosa. Se sabía preparada para cualquier cosa.

Sin embargo, lo que había ocurrido hacía una semana la había pillado por sorpresa, aunque ya Neville la había avisado al respecto. Quizá no se había tomado muy en serio su misiva. En cualquier caso, Conchita nunca habría sospechado que todo ocurriría tan rápido. Y de modo tan contundente.

Un hombre americano se presentó en los estudios parisinos de Joinville. Se identificó como un ejecutivo de Hollywood que venía buscando nuevas actrices. Y, entre ellas, estaba Conchita Montenegro. Conchita Montenegro, sí, la actriz que bailaba en *La femme et le pantin*. Dijo que era una actriz maravillosa. Y la visita no se quedó en el halago. Le ofrecía un contrato para que trabajara en Hollywood, en las versiones hispanas de las películas. El representante americano fue imperativo: «Tiene usted que salir inmediatamente para Estados Unidos».

Al principio, a Conchita le parecía que todo tenía que ser una bufonada que le habían preparado sus compañeros. Pero no, no era ninguna broma. Aquel hombre le había entregado su tarjeta de visita, en cuya cartulina se leía en letras elegantes: «*Manager* de la Metro Goldwyn Mayer». ¡La Metro Goldwyn Mayer! ¡Era cierto, entonces! ¡Ella, Conchita, se iba a ir a Los Ángeles! ¡Ella, Conchita, iba a codearse con las grandes estrellas de Hollywood a las que siempre había admirado! Se apoderó de la joven un vértigo de entusiasmo, aquel mismo vértigo de algunas otras veces, pero más. Resultaba todo increíblemente excitante. De nuevo, no había nada que pensar. Su vida tomaba un nuevo rumbo. Volvía a marcharse.

Apenas tuvo tiempo para despedirse de sus compañeros y amigos franceses. Telefonó a su familia en Madrid para darles la gran noticia. Mandó un telegrama a Neville para informarle de lo sucedido, y darle cuenta de su parada en Nueva York, antes de proseguir el viaje. Al director Baroncelli prefirió dejarle una cariñosa nota de despedida. Si se citaba en persona con él, seguro que insistía, embarazosamente, para que reconsiderara la decisión de su gran viaje, acaso el viaje definitivo.

Conchita hizo las maletas, bajo un nerviosismo alegre, y al día siguiente ya se había instalado en el tren que la llevó al puerto de El Havre. Después, embarcó en el *Île de France*, según las indicaciones que le había dado el americano, rumbo a Nueva York. Allí se hospedaría unos días en el hotel señalado por el contrato. Luego tomaría el tren expreso hacia California. La ciudad de Los Ángeles la esperaba, el dorado Hollywood la esperaba.

Estaba Conchita todavía abandonada al placer de esos pensamientos intensos cuando la sirena del barco volvió a rugir.

Había llegado la hora de desembarcar.

Madrid, casa de Cristóbal. Viernes, 27 de abril de 2007

Los precipicios de la mente

—Ya sabes, hermanita, que estás en tu casa —apuntó Cristóbal, tan acogedor como siempre—. Ni falta hace que te lo diga. Haz lo que quieras. Eso sí, cenamos a las nueve en punto. Si no, los críos se ponen muy pesados, y se acuestan tarde. ¿Vale? Por cierto, antes de dormirse seguro que tus sobrinos querrán que les cuentes uno de esos sorprendentes relatos tuyos. Y, sí, ya sé que los próximos días me va a tocar oír sus quejas sobre que su padre no les cuenta cuentos tan buenos como su tía Inma, ya lo sé. Yo jamás tendré tu don para el relato y mis hijos, aunque sean pequeños, lo saben. En fin, instálate a tus anchas en el cuarto de invitados, hermanita, y relájate. Luego, te tomaré la tensión de nuevo.

Cristóbal desconocía los motivos del nuevo quebranto de Inma, pero no iba a indagar en el asunto, porque si la afectada no hablaba, convenía dejarla en la holgura de su silencio, en las razones íntimas de su ensimismamiento. Mejor no preguntar nada, porque el auxilio, con Inma, pasaba por la atención a distancia, y no por la faena del atosigamiento. Nada de preguntas, nada de insistencias. Había que ir poco a poco. Ella hablaría cuando estuviera preparada. Entretanto, Cristóbal quedaba en la retaguardia. Pero atento. Muy atento a su hermana pequeña.

Cristóbal era cirujano torácico, pero tenía un sexto sentido para atender también los precipicios de la mente. Sabía que su hermana de nuevo necesitaba ayuda. Ya le había ocurrido en una ocasión anterior. Hacía dos años cuando murió su padre. Inma se había partido en dos. Entonces, su hermano mayor le ofreció un ancla emocional. Cristóbal propuso a Inma una terapia para su mal.

Se trataba de acudir al hospital en el que él trabajaba, y ayudar ahí a los enfermos graves o terminales. Enfermos que, además, estaban sin compañía alguna. Cristóbal pensaba que si su hermana visitaba a alguno de esos pacientes, la experiencia resultaría beneficiosa para ambos, paciente y visitante.

Conocía bien a su hermana. Sabía de su pasión por la lectura y de su pasión por contar historias. Cualquier pequeño acontecimiento diario, Inma lo convertía en un relato. Y mientras iba hilando sus narraciones, se la veía radiante. En la lectura, o en la fabulación, ahí es donde se encontraba a la más fuerte de todas las Inmas que en ella había, y acaso la mejor. «Deberías dedicarte a escribir», le había repetido su hermano incontables veces. Pero ella, por lo general, tomaba el camino contrario al camino sugerido. Esa tozudez, cruzada de rebeldía, se había hecho costumbre reiterada en su vida casi porque sí, como un vicio inercial. Sin embargo, de manera extraordinaria, Inma sí aceptó aquella propuesta de Cristóbal de entrar, por un tiempo, en el programa de voluntarios del hospital. Aquello la salvó. Cristóbal había acertado. Ser voluntaria resultó una gran terapia para su desconsuelo. Su empleo era sencillo y eficaz. Entraba en las habitaciones de los pacientes con un buen libro. Previamente, había que escoger algún enfermo de los varios que convalecían solos, sin familia o amigos que les visitasen, porque esos, muy por encima del resto, agradecían casi desde la conmoción la compañía impensable y generosa. Inma miraba al enfermo mientras iba leyendo, y se repetía silenciosamente que ella tenía que enfrentarse a la vida.

Enfrentarse a la vida debía resultar más fácil que enfrentarse a la muerte. Aquellos enfermos, sin saberlo, se lo estaban diciendo. O se lo estaban recordando. Quizá todo aquello era una forma extravagante de resucitarse a sí misma. Una forma extravagante, y hasta algo macabra. Pero le funcionaba. Al menos, le funcionó aquella primera vez, cuando se sintió tan perdida por la muerte de su padre. Ahora, dos años después, ahora, después de lo ocurrido el domingo pasado, Inma necesitaba de nuevo esa cura. Cristóbal advirtió enseguida que Inma volvía a extraviarse, con lo que puso un empeño urgente en que su hermana regresara de nuevo al hospital con aquella misión esperanzadora, la de leer a

los pacientes.

Puerto de Nueva York. Martes, 3 de junio de 1930

La mentira es un vicio de las personas sin imaginación

El puerto de Nueva York tenía un bullicio hipnótico. Conchita miraba con asombro creciente los cientos de personas que se movían a su alrededor, todos aquejados por una prisa inaudita. Los pasajeros que descendían de los barcos, los familiares que venían a recibirlos, los mozos que bregaban con los equipajes, los marineros que terminaban su faena, los marineros que la comenzaban, los taxistas que buscaban clientela, los bribonzuelos, en fin, que andaban al quite de algún paquete olvidado, todos parecía que iban a todas partes, y que a todas partes llegaban tarde. Eran una revuelta y amena tribu de la prisa. Conchita se quedó cerca de la pasarela de salida de su barco, para que la divisara con facilidad aquel que tuviera el encargo de recogerla. Junto a ella, el mozo que había cargado en un carro su equipaje se impacientaba por descargar, cobrar y marcharse. Entretanto, la joven buscaba con atención entre toda aquella gente en tránsito quien traía para ella la misión de bienvenida. Pero no veía a ningún hombre que pudiera identificar como representante de la Metro Goldwyn Mayer. Nadie, entre el gentío, parecía ir buscando a una actriz de desembarco. «Creí que me vendrían a buscar, pero quizá debí de entender mal», pensó. Conchita se alegró de haber sido precavida. Previamente a desembarcar, la joven había apuntado el hotel en el que, según detallaba el contrato, se alojaría los días en Nueva York, antes de coger el tren para Los Ángeles. Abrió su bolso de mano, y sacó un papel en el que ella misma había escrito «Hotel Algonquin. 59 West, 44th Street». Estaba ya dispuesta a dirigirse por su cuenta allí, cuando alguien, suavemente, la agarró desde atrás por la cintura. Conchita se giró, rápidamente, para deshacerse del asaltante.

—¡Neville! —gritó ella, y ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Qué hace esta belleza aquí tan sola?

—¿Qué haces tú aquí? Esa es la verdadera pregunta.

—Vine a buscar a mi *prima ballerina*, qué si no.

—Yo esperaba a alguien de la Metro Goldwyn Mayer.

—Yo soy ese alguien de la Metro Goldwyn Mayer. He sobornado al que mandaron los estudios para que me dejara ocupar su lugar —bromeó Neville—. Y no creas, el tipo cobraba caro.

—Eres incorregible, pero te adoro —dijo Conchita, y volvió a abrazar al diplomático.

—Ya me contarás luego de cuánta adoración estamos hablando. De momento, te voy a llevar al hotel. ¿Es este tu equipaje? Viajas ligera, *ballerina*.

Ya en el automóvil, Neville le explicó a Conchita que había postergado su viaje desde Hollywood hasta Washington, donde debía acudir para rematar el papeleo de su excedencia en la embajada para poder dedicarse en exclusiva a la Metro. Neville había sabido de la fecha en la que llegaría Conchita a Nueva York, y había aplazado todo para estar con ella allí, en esos pocos días de tránsito.

Llegaron al Algonquin, y Neville ayudó a Conchita a registrarse en el hotel, bajo su pulcra caballerosidad de siempre.

—Te dejo tiempo suficiente para que te instales cómodamente, y descanses un poco del viaje, *ballerina*. En estos días intentaré que conozcas el Nueva York que importa, porque aquí tienes al mejor guía de la ciudad. La ciudad es inabarcable, pero te haré una síntesis. No te molestes en buscar otro cicerone. Tienes uno insuperable. Mañana visitamos Broadway, que está a tiro de piedra de nuestro hotel. Esta noche cenamos en el restaurante más antiguo de la Gran Manzana. Ahí celebraremos tu llegada a los Estados Unidos de América. Brindaremos por tu seguro triunfo.

—Un momento, mi querido Neville, un momento. ¿Nuestro hotel, dices? ¿Tú también te alojas aquí, precisamente? ¿Es que la Metro Goldwyn Mayer nos instala aquí a todos?

—No, qué va. Mi viaje y, naturalmente, mi alojamiento, corre de mi cuenta. La Metro a mí no me instala en ninguna parte. He sido yo quien ha elegido el Algonquin para mi residencia de estos días.

—Intuyo que el cicerone es también insuperable como donjuán.

—No, no me digas esas cosas, *prima ballerina*, que no hay ninguna doble intención, ni tampoco un truco donjuanesco, en la elección de nuestro hotel común. Me explico. Mi elección no pretendía buscar una habitación vecina a la tuya, entre otras cosas porque no sabía yo que los de la Metro te iban a alojar aquí. Ni idea, créeme. Adoro el hotel Algonquin, porque aquí, en su Pergola Room suelen reunirse en singulares tertulias los escritores de mayor fuste de la ciudad. Qué gratísima sorpresa, por otra parte, que los de la Metro eligieran para ti el mismo hotel que yo he elegido para mí.

—No estoy segura de creerte. Pero da igual. Jamás distingo cuando mientes, si es que alguna vez no lo haces.

—¿Mentir, yo? En absoluto. La mentira suele ser un vicio de las personas sin imaginación. Y mis vicios podrán tener algún reproche, pero imaginación nunca les falta. Vamos a lo importante, *ballerina*. A las siete y media nos vemos. En el *hall* estaré, puntual como un novio.

Madrid, casa de Cristóbal. Sábado, 28 de abril de 2007

La Montenegro ha muerto hace seis días

Inma se despertó con una energía renovada. Había descansado bien en casa de su hermano. Hacía días que apenas pegaba ojo, pero esa noche había dormido profundamente, y del tirón. Además, su cuñada Silvia le preparó un desayuno reparador, y su hermano Cristóbal le realizó un reconocimiento médico rápido, pero solvente. Estaba bien.

—Bueno, Inma, dime, ¿qué quieres hacer? ¿Te quedas a descansar aquí en casa, o prefieres que te lleve a tu buhardilla?

—Me encuentro animada. Me voy, Cristóbal, me voy. Quiero ir al hospital. Seguro que me vendrá bien.

—¿Cómo vas a ir hoy al hospital? Pero, si hoy es sábado. Déjalo ya para el lunes, chica. Tampoco te lo tienes que tomar como una férrea obligación.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero quiero empezar de una vez mi terapia de lectora. Ayer se truncó la cosa.

—Como quieras. No entiendo esas prisas, pero te acerco enseguida, si es lo que prefieres.

Claro que Inma quería ir al hospital. Lo estaba deseando. Lo cierto era que sentía un extraño interés, y hasta una impaciencia creciente, por volver a ver a aquel enfermo de la habitación 109.

El primer encuentro con el anciano había resultado muy singular. Un encuentro singular y hasta un poco sobrecogedor, incluso. Inma ni siquiera había tenido la oportunidad de presentarse. No había llegado ni a decirle su nombre. El anciano tampoco había dicho el suyo. Y luego, tras aquella conversación, tan breve como insólita, ella se había desmayado.

Desde que se había despertado esa mañana había un nombre que le rondaba en la cabeza. Clark Gable. ¿De verdad aquel anciano había dicho algo de Clark Gable? La conversación había resultado extraña, pero qué vínculo tenía con todo lo hablado Clark Gable, el antiguo actor. Quizá el anciano no dijo nunca ese nombre. Quizá Inma solo se lo había imaginado. No estaba segura de nada. Pero cómo iba a estar segura de algo, si había perdido el conocimiento.

Resolvería su curiosidad. Pero, sobre todo, y antes que nada, hoy quería leer el libro que llevaba al paciente. Esa era su verdadera misión. Leer. Leer era la clave para su propia cura. Esa mañana Inma iba dispuesta a que las cosas salieran de otra forma.

—Vamos, niños, venid y despediros de vuestra tía —dijo Silvia a sus hijos.

—Tía Inma, ¿te vas ya? Yo quería que me contaras otra historia como la de anoche —dijo su sobrino mayor, haciendo un mohín.

—Mañana vuelvo, Martín, no te preocupes. Y, después de la comida, te cuento un cuento, ¿vale?

—¿Me traerás un regalo mañana, tía Inma? —preguntó la pequeña Julieta.

—¿Un regalo? ¿Es que es tu cumpleaños y yo todavía no me he enterado?

—No, no es mi cumple.

—Entonces, ¿por qué te tengo que traer un regalo, princesita?

—Porque me quieres mucho —contestó Julieta, y se abrazó a su tía.

—Menuda zalamera nos ha salido esta niña. Anda, anda, deja ya de engatusar a tu tía, que nos tenemos que ir —dijo Cristóbal, meneando la cabeza.

Nueva York, Delmonico's Restaurant. Martes, 3 de junio de 1930

La libertad es lo contrario al amor

—¿Te gusta este sitio? ¿Te parece que inicio con brillantez mi oficio de cicerone neoyorkino, mi *prima ballerina*? Estamos en el primer local que se abrió en Nueva York como restaurante propiamente dicho. Se trata del restaurante de lujo más antiguo de la Gran Manzana. Aquí, en Delmonico's, más de cien años de cenas nos contemplan. Y te advierto que cien años de historia en un local es, para un norteamericano común, casi como si en España te llevo a cenar a las cuevas de Altamira —puntualizó alegremente Neville.

—Es un restaurante con carisma. ¿Te vale la expresión? Te seré sincera: los sofás de terciopelo, las lamparitas rojas y los espejos me recuerdan un poco a los locales de París, siempre inimitables, por otra parte.

—Es muy posible. Pero aquí, en lugar de *escargots* y *tournedó*, vamos a tomar la langosta Newberg y el Delmonico steak. Pero, cuéntame, cuéntame, que estoy impaciente por saber cómo te ha ido en la ciudad del amor. Además de triunfar como actriz, ¿se ha enamorado en París mi *ballerina*?

—París no es la ciudad del amor. Eso es un error de mucho consenso.

—París no es la ciudad del amor. Bien, bien, *ballerina*. Es muy estimulante escuchar una sentencia que tira por tierra lo establecido. ¿Y se puede saber por qué crees que París no es la ciudad del amor? ¿No será quizá porque alguien allí te ha roto el corazón?

—No. Nada de eso. Simplemente es el diagnóstico de la observación.

—¿Solo la observación?

—Bueno, la observación con algún otro descuido, pero observación al fin y al cabo. París me parece una ciudad formidable por nocturna, por sensual, por libre o libérrima. París es la libertad. Y la libertad es lo contrario al amor. Yo sospecho que estarás de acuerdo, querido y sabio Neville.

—Sospechas bien. Y eso en ti no es nuevo.

—París es una ciudad maravillosa para escribir, o para pintar, o para bailar, y para hacer el amor. Es una ciudad maravillosa hasta para enamorarse. Pero no para amar. Porque enamorarse y amar no es lo mismo. De eso tú sabes bastante, querido Neville. París tiene demasiado glamur para perderlo en la vulgaridad del amor. Demasiado glamur, y también demasiado descaro.

—Ya veo que no has perdido osadía, mi pequeña *prima ballerina*. Más bien, al contrario. Siempre me gustaste mucho, aunque yo creo que ahora me gustas más. La palabra siempre mejora la belleza.

—Pero, Neville, mejor cuéntame tú. París es ya el pasado. Háblame de mi futuro. Háblame de Hollywood. Por cierto, y antes de nada, muchas gracias —dijo Conchita dibujando su sonrisa más cautivadora—. Sé que te debo a ti mi oportunidad allí.

—Nada que agradecer, mi *prima ballerina*. No he sido yo el culpable. El culpable ha sido tu talento —afirmó Neville, besando la mano de la joven—. ¡Hollywood! —continuó el diplomático—. ¡Hollywood es una fiesta! ¡Cielo santo, qué lugar más bello! ¡Qué clima! ¡Qué mujeres! Pero ninguna como tú, *prima ballerina* —puntualizó Neville mientras volvía a besar la mano de Conchita—. Ninguna como tú, pero muy simpáticas todas, eso sí.

—No cambiarás nunca, mi Neville. Lo de las mujeres podía intuirlo. Cuéntame otras cosas.

—Verás, en mi primera noche en Los Ángeles, me pasó algo extraordinario. Cené en el hotel Ambassador con Charles Chaplin, un tipo genial, el gran productor Douglas Fairbanks, y Mary Pickford, su mujer, que es una actriz de poderío. Prescindiré de la modestia, porque uso poca, entre otras cosas. Conquisté a los tres enseguida.

—Tú conquistas a todo el mundo, Edgar. No me estás dando ninguna novedad.

—El caso es que me invitaron a pasar el *weekend* en la mansión de los Fairbanks —continuó entusiasmado Neville—. Qué palacios se gastan estos millonarios, por cierto. Chaplin se apuntó también a la invitación, y estuvimos rodando una película de broma, con un guion mío.

—No creo que hayan conocido mucho ingenio como el tuyo.

—Bueno, también ayuda mi título de conde, ¿sabes? —dijo Neville, adoptando una postura estiradamente cómica—. Allí la única aristocracia que conocen es la aristocracia de las estrellas de cine. Lo de codearse con un conde de verdad les resulta muy estimulante, por novedoso. Muy original, muy chic.

—Y, por supuesto, no vas a desaprovechar tú la oportunidad para lucir el título.

—Claro que no, querida. Uno debe jugar siempre todas las armas que le han sido dadas. De eso también sabes tú mucho, mi *ballerina*. Pero a lo que íbamos. Resulta que enseguida me hice íntimo de Chaplin. Me abrió muchas puertas. Y me contrataron en los estudios de la Metro. No trabajo mucho, esa es la verdad. Y la holganza es asunto muy importante. Voy a casa de Chaplin a jugar al tenis. Voy a la sauna de la mansión de los Fairbanks. Y voy conociendo a todo el mundo. He alquilado una casa de lo más aparente. No es la mansión de Chaplin, con su cohorte de criados japoneses, pero tengo un mayordomo nipón, que no deja de ser un exotismo. Me lo recomendó el propio Chaplin. Creo que es primo segundo, tercero, o cuarto, no sé, de uno de sus criados. En Hollywood tener japoneses en el servicio es la moda. Y son exquisitamente eficaces.

—Eres un absoluto esnob.

—Contemporizo, mi bella *prima ballerina*, contemporizo.

Durante la cena, Neville continuó dando detalle a Conchita de cómo era la vida en Hollywood. La animada charla tuvo anécdota, complicidad, consejo incluso. Sin apenas darse cuenta habían acabado el postre.

—¿Quieres que pidamos café o prefieres que nos vayamos ya a tomar una copa? A pesar de la ley seca, aquí hay miles de sitios donde disfrutar de todo. Te voy a llevar a un lugar perfectamente delirante —aseguró Neville.

—Un café primero, por favor. O dos. No suelo renunciar a mis malas costumbres.

La pareja prolongó la noche en Harlem, en el Cotton Club. Neville no bebía, era un abstemio empedernido, pero sabía que Conchita disfrutaría de la música de jazz en ese famoso club. Cuando llegaron al hotel, ya estaba inaugurada la madrugada. Neville acompañó a Conchita a su habitación, y ya no llegó a pisar la suya propia. En la misma puerta de la alcoba, sus bocas se ataron en un beso urgente.

Los días siguientes sucedieron en un dulce encierro de los sentidos. De modo que, finalmente, Neville no desplegó sus dotes de anfitrión, o cicerone, ni hubo el prometido recorrido turístico. Apenas unos breves paseos nocturnos por Broadway les sacaron del dormitorio.

Todo era pasión, risas y *room services*.

Madrid, hospital La Paz. Sábado, 28 de abril de 2007

La lectora

Cuando Inma llegó al hospital, se preocupó de volver a mirar, y esta vez con atención fija, el escueto informe que le ofrecieron de aquel paciente. Lo primero era saber cómo se llamaba el anciano. Esa mañana iba a hacer las cosas bien.

—Buenos días, señor Veleiro.

—¡Hombre, la lectora! Buenos días. Pero, prefiero que me llames Pelayo. Lo de señor Veleiro me hace mayor —bromeó el anciano.

—Yo me llamo Inma. Y siento mucho el numerito de ayer. Al desmayo, me refiero. Pero, tranquilo. Hoy vengo a hacer mi trabajo sin sustos ni contrariedades.

—Nada, nada. Me alegro mucho de verte recuperada. Aunque ya me lo adelantó la enfermera. Le pregunté por ti esta mañana, cuando venía con sus jeringuillas y sus potingues. Me dijo que estabas a salvo en casa de tu hermano. O sea, que eres la hermana del cirujano, ¿eh? Eso sí es tener un buen contacto. Y entonces, dices que sigues empeñada en leerme un libro, ¿no?

—Le va a gustar, ya lo verá. Aquí traigo *Lo que el viento se llevó*. Su autora es Margaret Mitchel.

—¡*Lo que el viento se llevó*! —interrumpió el anciano—. Vaya. ¿Y tenía que ser ese libro, precisamente?

—¿Qué pasa? ¿No le gusta?

—No, no es eso. Es por la casualidad. Y como las casualidades no existen...

—¿Qué casualidad? ¿Cómo que las casualidades no existen? ¿Pero es que no hay forma de empezar con usted una conversación de manera normal?

Inma respiró hondo para tranquilizarse. Esta vez no debía dejar que nada entorpeciese su misión. Tenía que conseguir ponerse a leer.

—A mí no me queda tiempo ya para conversaciones banales o de trámite, chiquilla. Pero, dime una cosa, ¿has traído ese libro porque ayer mencioné a Clark Gable?

—¡Ah! Entonces, ¿es verdad que usted me habló ayer de Clark Gable!

—Claro que sí. Pero, contéstame, por favor. Me gustaría saberlo. ¿Has elegido hoy esa novela porque nombré a Clark?

—No, qué va. Esta novela ya la traía ayer.

—Ya veo. Resulta muy interesante la coincidencia, digámoslo así, por ahora. Y cuéntame otra cosa, muchacha, ¿te pasó algo el domingo pasado? Cuando mencioné ese día te quedaste pálida y asomó el pánico en tu rostro.

—¿El domingo? No, no me pasó nada, nada —contestó Inma, dando, inquieta, un paso atrás.

—Para ser lectora de oficio, mientes muy mal. Pero, vale, está bien. Ya que, como dices, eres tú la que has venido a ayudarme a mí, seré yo quien empiece a sincerarse. Te lo digo sin ningún rodeo: el domingo pasado murió el amor de mi vida. El domingo pasado, dejó de existir la mujer por la que he hecho todo desde que era un chaval de catorce años. Y ahora te toca a ti. Cuéntame qué te pasó a ti ese domingo que dices que no te pasó nada.

Inma se quedó callada y agachó la cabeza para ocultarse de la mirada del anciano.

—Vamos, chiquilla. Habla. Piensa que nada va a ocurrirte si hablas. Tu secreto quedará completamente a salvo conmigo. Yo solo me trato contigo, y con esa enfermera que me molesta a cada rato. Y a ella no le voy a decir ni una palabra. Es un sargento. Bastante tengo con tragarme dócilmente las pastillas que me da. Como ves, lo peor que te puede pasar es que me lleve tu secreto a la tumba. Y la tumba no es algo que me quede muy lejos —sentenció el anciano con una mueca amable.

—El domingo pasado también murió el amor de mi vida. —Inma se sorprendió a sí misma diciendo repentinamente aquellas palabras en voz alta.

—¡Cielo santo! Lo siento muchísimo. Pero muchísimo. Y comprendo que estés tan destrozada. La muerte es un golpe muy duro para alguien tan joven como tú. Y lo lamento enormemente por tu novio. Debía de ser muy joven también. Vaya vida esta. Soy un bruto. Lo siento. Sinceramente, lo siento. Ayer abrí sin querer tu herida al hablarte del domingo. Ahora lo entiendo. Discúlpame. De verdad que no podía imaginarlo.

—No, no. Él no está muerto —balbuceó Inma—. Su amor por mí es lo que ha muerto. El domingo rompió conmigo. Rompió para siempre. Se ha acabado todo. Yo soy la que me siento muerta desde el domingo.

Inma no sabía muy bien por qué le contaba esas intimidades a aquel desconocido. Pero las palabras salían de su boca con abrumadora facilidad insospechada.

—¡Ay, muchacha! ¡Pero qué susto me has dado! Entonces no es para tanto. Hay solución. Hay muchas soluciones, incluso. La vida y el amor se pueden recomponer, pero la muerte no. La muerte nunca. Y tú de muerta no tienes nada. Todo lo contrario. Ahora empiezas a vivir. Si quizá ni has cumplido veinte años.

Inma se había desplomado sobre la silla que había junto a la ventana de la habitación y no paraba de llorar.

—A ver, Inma. Ven aquí conmigo. Ven, niña. Deja que te dé un abrazo este viejo que te ha obligado a abrir el corazón. Ven, ven, te digo —insistió cariñosamente el anciano.

Casi autómatas, Inma obedeció. Se acercó a la cama del anciano y apoyó su cabeza sobre el hombro de Pelayo. El llanto no la abandonaba. Aun así, se sentía extrañamente reconfortada.

—Está bien. Te pondrás bien, Inma. Ya lo verás —le decía Pelayo mientras acariciaba la larga melena rubia de la joven—. Te pondrás bien, te lo prometo. Eso sí, a ver cómo le explico yo ahora a la enfermera sargento que me he empapado la bata esta que me han puesto. Menuda bronca me va a caer.

Inma levantó la cabeza. Al ver que sus lagrimones habían mojado el pijama del anciano, pasó de pronto del llanto a una risa nerviosa.

—Lo siento, lo siento —titubeó entre la risa y el llanto—. No sé lo que estoy haciendo. Perdone. Perdóneme, señor.

—Bueno, bueno. No hay nada que perdonar, chiquilla. Y de momento, te has reído un poco. No es mal comienzo. Y ahora que nos hemos revelado el principio de nuestros secretos, te propongo un pacto. Me gustaría mucho que siguieras viniendo a visitarme. Pero en lugar de leerme el libro ese que has traído, nos contamos nuestras vidas. ¿Te parece? Tú me dices qué ha pasado con el amor de tu vida, y yo te relato qué pasó con el mío. Si lo que querías es ayudarme, esto es lo que más me conviene. Y, a lo mejor, a ti también. ¿Hay trato?

—Es usted un hombre extraño —apuntó Inma, sorprendentemente tentada por la propuesta del anciano.

—Extraño no. Lo que soy es mayor. Muy mayor. Y eso me da permiso para pedir cosas extrañas. ¿No crees?

Inma volvió a sonreír. Sí, claramente ese anciano resultaba para ella un bálsamo inexplicable. Era un hombre raro, misterioso y hasta desconcertante, pero ella se sentía extrañamente bien con aquel anciano desconocido. Se sentía casi viva.

—He cumplido los veinticuatro —dijo de pronto Inma.

—¿Cómo dices? —preguntó Pelayo.

—Que no soy tan joven como usted cree. Aunque hoy me esté comportando como una cría tonta, tengo ya veinticuatro años.

—Bien, bien. Veinte o veinticuatro. Es exactamente lo mismo. Lo que yo decía: estás empezando a

asomarte a la vida. Eso puede asustar, pero te aseguro que es un momento mágico. Te lo digo yo, que de momentos de la vida sé un rato. Entonces, ¿qué me dices? Estamos de acuerdo, ¿no?

—No sé. Bueno. Si usted quiere eso... —Inma no estaba segura de cuál era el compromiso, pero curiosamente se veía incapaz de darle una negativa rotunda al anciano.

—Perfecto. Tenemos un pacto, entonces. Nos vamos a contar nuestras respectivas historias. Nos vendrá bien a los dos. Ahora, eso sí —siguió diciendo el anciano—, la novela de *Lo que el viento se llevó*, mejor la dejamos guardadita en tu mochila. Ese es buen sitio. No me apetece recordar más de lo necesario al Orejas, ni a nadie más.

—¿Al Orejas?

—Al Orejas, sí. A Clark.

—¿A Clark? ¿Le llama usted Clark y también Orejas? ¿Con esa familiaridad? ¿Es que conoció a Clark Gable?

—Claro que sí. Le conocí mucho antes de que se operara esos separados pabellones auditivos para convertirse en el galán por el que todas morían de amor. O casi todas.

—¿Me va a contar cosas de él?

—De lo que te voy a hablar es de mi amor, de mi gran amor. Te voy a hablar de Conchita Montenegro, que fue la primera actriz española que conquistó Hollywood. Sí, como lo oyes. La primera actriz española que triunfó en Hollywood. Pero, bueno, tendré que mencionar al Orejas en mi narración, sí. No queda otro remedio que hablar de ese mentecato. Clark jugó un papel importante en la historia de Conchita. Por lo menos, al principio. Pero creo que, por hoy, hemos tenido ya suficientes emociones. Ven mañana, y empezamos a intercambiarnos nuestros relatos. Será emocionante, ya verás.

—Mañana. Resulta que mañana es domingo. No puedo venir. Tengo comida con mi familia —dijo Inma, y se arrepintió enseguida de haber pretextado un almuerzo familiar ante aquel hombre que vivía en una soledad absoluta, y acaso lacerante.

—Domingo. Claro, claro —contestó resuelto Pelayo—. No sé ya ni en qué día vivo. En los hospitales los calendarios se desvanecen. Por supuesto, muchacha, mañana es domingo, y tienes que comer con tu familia. Faltaría más. Eso es fantástico. Mucho mejor plan que andar con pacientes ancianos, ya lo creo. Te espero el lunes entonces. Sin falta.

Inma guardó el libro en la mochila y se fue hacia la puerta. Antes de abandonar la habitación volvió a mirar fugazmente a aquel extraño anciano amabilísimo.

Había en su sonrisa enigma, y había complacencia.

XXIV

Nueva York, Grand Central Station. Jueves, 5 de junio de 1930

Rumbo a Los Ángeles

Llegó el día en que Conchita debía coger el tren para Los Ángeles. Neville quería acompañarla en aquel viaje ferroviario hasta California, dejando para otro momento la burocracia que tenía pendiente en Washington. «La burocracia siempre hay que dejarla para el día siguiente», aseguraba él. Pero Conchita insistió en que era mucho mejor que no demorara más por su culpa la cita de gestiones en Washington.

En el mismo andén de la estación, minutos antes de que partiera el tren, Neville seguía dispuesto a irse con ella.

—Te digo que no pasa nada, mi *prima ballerina*. Ya iré más adelante a Washington. Ahora prefiero acompañarte a Hollywood.

—No hace falta, de verdad, Neville. Solventa tranquilamente tus asuntos contractuales. Eso es lo primero. Además, ni siquiera tienes aquí equipaje, ¿cómo vas a venirte? —dijo Conchita, riendo.

—No tengo mi maleta, malvada *ballerina*, porque tú te has ocupado de que no me la trajera —se quejó amable Neville.

—Nos vemos en Hollywood. Pronto. Muy pronto. Yo te espero allí —aseguró ella, dispuesta ya a subir a su vagón.

El beso de despedida a Neville le supo a poco. A muy poco. Y, por un instante, aunque solo fue por un instante, Neville sintió que a Conchita ese beso ya le sabía a demasiado.

Madrid, casa de Cristóbal. Domingo, 29 de abril de 2007

La Montenegro ha muerto hace siete días

Desde que murió su padre, Inma había aceptado de buen grado el ritual que venía proponiendo Cristóbal. Los domingos se reunían a comer en su casa todos los hermanos. No había excusa para nadie. Cualquier otro plan debía quedar relegado. Si era invierno, el menú consistía en un abundante cocido madrileño. Silvia, la mujer de Cristóbal, era una excelente cocinera. Podría decirse que Silvia era excelente en todo. Inma no imaginaba una cuñada mejor. Tenía un prestigio de arquitecta, porque la arquitectura era su oficio, y como mujer era una criatura dulce y hermosa. Silvia y Cristóbal vivían en un pequeño y coqueto chalé pareado. Cuando el tiempo empezaba a permitirlo aprovechaban el jardín recoleto para hacer barbacoas. Entonces era Cristóbal quien se hacía cargo del menú.

En aquel domingo, el sol acompañaba lo suficiente para inaugurar la temporada de la parrilla. Las brasas estaban en su punto mejor, y la mesa puesta. Solo faltaba que llegara uno de los comensales.

—No hay remedio con tu hermano Álvaro. Él siempre tan tardón —dijo Cristóbal, simulando una cara de enfado.

—Ya le conoces. Le estará costando más de la cuenta librarse de algún ligue de ayer —respondió Inma con una traviesa sonrisa.

—Te veo animada. Eso me gusta.

—Me siento un poco recuperada. Un poco, sí. Gracias. Y gracias por todo, hermanito. Me ayudas mucho.

—Qué va. Si no he hecho nada. ¿Qué tal te van sentado tus lecturas en el hospital?

—De momento, no estoy leyendo.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Tengo a un paciente extraño. Es el paciente de la 109, y no quiere que le lea. Prefiere hablar. Lo que le gusta es hablar, y anda empeñado en contarme cosas de su vida.

—Bueno, los ancianos, cuando no tienen familia, pueden llegar a resultar un poco agobiantes para quien les haga un poco de caso. Es normal. Llevan tanto tiempo solos que cuando encuentran a alguien que les escucha viven casi para esa persona. Y sin casi, yo diría. Pero imagino que sabes, Inma, que hay otros hospitalizados en similar situación a la del paciente de la 109. Si quieres leer, visita a otro, cambia de enfermo.

No. Naturalmente que no. Inma no quería visitar a otro paciente. El anciano había despertado hábilmente la curiosidad de la joven y se sentía bien con él. La joven deseaba conocer la historia de aquella actriz que fue la primera española en conquistar Hollywood, según le había dicho Pelayo. Y si fue la primera, y fue tan importante, ¿por qué no se sabía nada de ella? Había que resolver aquel misterio. Inma quería resolver pronto aquel misterio, que acaso era también injusticia. Pero, además, el anciano se había enamorado apasionadamente de aquella enigmática Conchita Montenegro, «la mujer por la que he hecho todo desde que era un chaval de catorce años». Así lo había confesado él mismo. Eso sí era amor. Eso era lo que quería Inma. Eso era lo que necesitaba. Eso era lo que ella no tenía ya.

Aunque, allí, junto a su familia, se encontraba a gusto y cobijada, estaba deseando que llegara el día de mañana para ir al hospital. Si tenía que ser franca, casi tenía prisa porque llegara el momento en que Pelayo avanzara con su relato.

—¡Pero, bueno! Mira quién está aquí. El mismísimo lord Álvaro. Por fin se digna a honrarnos con su presencia —señaló Cristóbal al ver entrar a su hermano.

—Menos coñas, Cristóbal. Que no me he acostado hasta las cinco de la mañana. Estoy muerto, lo que se dice muerto.

—Un sábado *la nuit* duro, ¿eh? No sabes qué pena me das. Pobre hermano mío. La vida social te mata. Llevas una vida agotadora, muy agotadora, ya lo creo —remarcó Cristóbal con ironía.

—¡Qué sábado *la nuit*, ni qué ocho cuartos! Anoche tuvimos zafarrancho en el periódico. Ese ha sido mi sábado *la nuit*. Ayer por la noche hubo un atentado en la ciudad iraquí de Kerbala. Murieron sesenta personas y hubo centenares de heridos, con lo que tuvimos que rehacer la portada y cambiar las páginas de internacional. Unas prisas, un sobresalto, un jaleo. Acabamos cerca de las dos de la madrugada, y entonces Julián, el jefe, me pidió que me fuera por ahí, a tomar una copa con él. No podía decirle que no. Pero, claro, no fue solo una copa. Julián se desahogó a fondo conmigo. El hombre está fatal con lo de su divorcio. No es momento para desairarle, y además se está portando muy bien con Inma. Por cierto, hermanita —dijo a Inma cogiéndola por la cintura—, y tú, ¿cuándo vas a volver al periódico? No te despistes, no te despistes. Mira que los puestos de prácticas están muy codiciados. No veo yo muy seguro andar ahora de vacaciones.

—No inquietes a tu hermana —le increpó Cristóbal—. Tu jefe le permitió que adelantara sus vacaciones. Pues ya está. A Inma le viene muy bien tener ahora unos días para hacer lo que quiera. Para lo que necesite hacer. Ya volverá al periódico cuando le toque —sentenció Cristóbal mientras con la mirada reprendía a Álvaro sin que Inma lo advirtiese.

—¿Y no podíamos comer mejor dentro? Este sol me está matando los ojos —sugirió Álvaro para cambiar de tema.

—El sol de abril te está matando. Vaya, vaya, qué delicado. El sol de abril y los *gin-tonics* de ayer, que algo ayudarán.

—Si tú lo dices, Cristóbal. Y ya puestos, podrías lucirte un poco, doctor, y darme algún remedio milagroso para la jaqueca.

—¡Hola a todos, familia! —saludó Silvia, irrumpiendo en el jardín—. Aquí os traigo a los pequeñuelos. Vamos, Martín, Julieta, dadles un gran beso a vuestros tíos.

Los dos niños se fueron corriendo directos a besar a su tía Inma.

—Pues vaya éxito tengo yo con los críos —dijo Álvaro.

—Claro, cuñado. Es que tú les vienes a ver poco —aseguró Silvia—. Inma estuvo aquí ayer mismo.

—¿Que vengo poco? ¿Que vengo poco, dices? Pero si estoy en vuestra casa cada domingo al mediodía. Como un soldado.

—Anda, soldadito de plomo, ven a echarme una mano con la barbacoa —le dijo Cristóbal.

—Julieta, ¿le has contado a tu tía que mañana te vas a disfrazar de india para la función del cole? —le preguntó su madre.

—¡De india! ¡Qué guapa vas a estar con tu pelo moreno recogido en trenzas! —dijo Inma a la pequeña mientras la sentaba sobre sus rodillas.

—Yo tengo el pelo moreno —afirmó la niña.

—Ya lo creo. Tienes un pelo precioso, sobrinita.

—¿Y tú? ¿Por qué tú no tienes el pelo moreno? Mi mamá lo tiene moreno, y mi papá también, y mi hermano, y el tío Álvaro —dijo Julieta, acariciando la larga melena rubia de Inma.

—Porque yo llevo el pelo rubio.

—Pero ¿por qué? —insistió la niña.

—Misterios de la humanidad, Julieta. Y quien dice misterios de la humanidad dice misterios de las peluquerías —contestó Cristóbal entre risas, y acercó a la mesa una fuente de brochetas de pollo bien hechas.

—Me gustas más si tienes el pelo moreno —aseguró Julieta a su tía.

—Haz caso a tu sobrina, Inma —apuntó Cristóbal—. Con solo tres años, ya tiene un gusto infalible.

—Tengo un busto infalible —reinventó en traspies la pequeña.

Y todos rompieron a reír.

Los Ángeles. Domingo, 8 de junio de 1930

Por fin en Hollywood

Conchita disfrutó del viaje en el tren expreso de Nueva York a Los Ángeles. Aquel largo recorrido dio a la pasajera un provechoso tiempo para pensar. Tiempo para pensar, tiempo para leer, y tiempo para admirar una variedad desmedida de paisajes. Y, sobre todo, le dio tiempo a la pasajera para nutrirse de soledad. Para hablarse a solas. Durante cuatro días largos, casi sólidos, el ferrocarril enhebró Nebraska, Wyoming, Utah, Nevada, cruzó el Mississippi y el Missouri, bordeó el Gran Lago Salado, se arrimó a las Montañas Rocosas y saludó el territorio indio. Mientras el ferrocarril iba devorando todas aquellas rutas, Conchita comprobó el placer de la quietud, el auxilio de la calma, la sutura del silencio. Llevaba mucho tiempo bebiendo del torrente mismo del bullicio. Su estancia en París había sido un sueño vibrante, pero también un continuo ajeteo. El viaje en el trasatlántico no dejó de ser un episodio sin duda memorable, pero las cenas de gala eran obligadas cada noche, y los caballeros insistentes. Los caballeros suelen salir insistentes ante una mujer hermosa, pero en los viajes todavía más.

El tren resultaba mucho más pacífico. Los viajeros solo tenían el pasatiempo único de bajarse un rato a tierra, cuando sucedían las paradas en las estaciones de las reservas indígenas, donde unas previsibles tiendas de artesanía ofertaban objetos tribales. Aquello no había despertado ningún interés en Conchita.

Se alegraba de haber evitado que Neville la acompañase en ese viaje. Los días con él en Nueva York habían resultado exageradamente divertidos. Pero ahora, ella tenía que estar en otros afanes.

El riesgo del oficio de actriz es la fiesta. El champán es su veneno. Tenía que centrarse en sí misma.

Mientras el tren devoraba los incontables kilómetros, Conchita había pasado el tiempo imaginando su próximo futuro. Franqueó las horas, y los días, pensando continuamente en cómo sería su vida allí, tan lejos, en la catedral del cine. A ratos, sentada en su correspondiente asiento del tren, se daba el gozo de colocar, una y otra vez, sobre la mesita supletoria, el contrato que había firmado con la Metro Goldwyn Mayer. Había releído un centenar de veces aquel papel. Era un sueño. El documento acreditaba su fichaje por un año para hacer películas en aquellos modernos estudios de Hollywood. Pero incluía un montón de enrevesadas cláusulas por las que la productora podía rescindir el contrato. Conchita pensó una vez más que debería ser muy cuidadosa y cumplidora. Aquellos yanquis no la pillarían en ningún cepo legal con el que devolverla a casa. Un año podía parecer mucho tiempo, pero ella pretendía lograr que su estancia en Hollywood fuera mucho más duradera. Mucho más. Después de haber dado aquel gran salto, la aventura americana tenía que resultar definitiva para su futuro.

El sonido. El sonido, ese era su principal miedo. Y en eso pensaba a menudo. El sonido, el sonido, ahí estaba su inquietud. La llegada del cine sonoro era lo que llevaba a Conchita hasta Hollywood. El cine sonoro se había convertido en su gran oportunidad como actriz, pero también podía tornarse en su tumba. Ella se veía solvente en la interpretación. Lo tenía demostrado. O eso pensaba. En cualquier caso no era lo que la inquietaba. Además, si aquellos americanos la habían querido fichar para sus películas, sería por algo. Pero todas las películas en las que había trabajado hasta entonces eran películas mudas. ¿Y si ahora no gustaba su voz?

Conchita recordaba en aquellas horas de tránsito, muy frecuentemente, el caso del actor John Gilbert, que cayó víctima de un fracaso estrepitoso. Gilbert había sido toda una estrella superior del cine mudo. Era adorado por el público, sobre todo por el público femenino. Gilbert encarnaba al perfecto galán. Al actor le codiciaban como pareja todas las divas del cine. Pero cuando se estrenó su primera película sonora, en las escenas de amor el público no paraba de reírse. La voz del galán sonaba ridículamente aguda. Fue un desastre. La prensa le desprestigió en un par de párrafos letales. La brillante

carrera de la estrella se había hundido de la noche a la mañana.

Conchita, como todos los actores que ahora pasaban al cine sonoro, tenía muy presente el descalabro de Gilbert. Pensar en que a ella pudiera ocurrirle lo mismo le daba mucho desvelo. Pánico.

Por la megafonía del ferrocarril dieron el aviso de que quedaba solo una hora para llegar a Los Ángeles. Su destino ya estaba tan solo a sesenta minutos. Conchita terminó el café, y se levantó de la mesa del vagón restaurante. Aunque su equipaje estaba bien abrochado desde hacía horas, la joven tenía que arreglarse un poco antes de llegar a la estación. Allí la recogería alguien de los estudios y quería tener un aspecto bien presentable. En su cabina dormitorio había dejado preparado, fuera del baúl, uno de sus vestidos favoritos. Sabía que con aquel traje lucía muy favorecida. Era un seguro acierto. Deslizó por sus piernas esbeltas unas medias de seda negras, y se colocó despacio, casi ceremonialmente, sus zapatos de tacón. La joven tenía la costumbre, o más bien la necesidad, de ponerse los zapatos antes que los vestidos. Para ella el calzado era otra lencería. Entendía los zapatos como ropa interior. Sin subirse a los tacones no sabía vestirse. «Los tacones son lo primero que hay que ponerse, y lo último que hay que quitarse. Siempre». Bajo ese credo llevaba viviendo Conchita un tiempo. Luego, se enfundó en un vestido negro adornado con unas geométricas líneas blancas que formaban ramilletes de hojas. Las mangas eran ligeramente drapeadas, la cintura entallada, y unos pequeños y sutiles pliegues daban movimiento a la parte inferior del vestido. Después cogió el neceser con sus cosméticos y se dirigió al fondo del tren, donde quedaba la *toilette-saloon* para mujeres. Conchita tenía comprobado que la luz allí semejaba la de un camerino, con lo que la prefería antes incluso que la que ofrecía el baño de su propia cabina. Se retocó el maquillaje de los ojos, afinó el rojo de los labios y se aplicó un ligero toque de colorete. Una última maniobra con el cepillo dejó listo su cabello de breve melena. Ya estaba casi preparada. Regresó a su compartimento, deslizó sus manos hasta el brazo en unos largos guantes blancos y se colocó con destreza el más recogido de sus sombreros. Ahora sí. Ahora ya estaba lista para llegar a su destino.

Unos minutos después, el tren, ya rendido, se detuvo por fin en la estación de término. Conchita miró por la ventana y distinguió el emocionante letrero: «Los Ángeles».

Había llegado.

Se trasladó a la parte delantera de su vagón, hacia la salida. Algunos pasajeros bajaron antes que ella. Un gentil caballero le sujetó la puerta para que pasara. La actriz se asomó al exterior del vagón. Y entonces fue cuando Conchita quedó completamente desconcertada. Lo que ocurría en el andén la dejó perpleja. No podía creer lo que veían sus ojos. No podía creer lo que estaba escuchando. Pero ¿qué era todo aquello, qué disparate era todo aquello?

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

La Montenegro ha muerto hace ocho días

Inma entró a mirarse en el espejo de los aseos más próximos a la habitación 109. Quería presentarse ante el anciano con un buen aspecto, y un ánimo resuelto, remediando el encuentro anterior, tan desdichado. Aquellos dos primeros días fueron un perfecto desastre, y aquel hombre debió pensar que estaba ante una frágil niñata. Primero vino el repentino desmayo. Al día siguiente de visita, los nervios la desmadejaron, y de remate le sobrevino el llanto. Una niñata, sí, una débil niñata. Eso quizá creyó aquel hombre, pero ella no se creía ninguna niñata. Aunque se encontraba frágil, o muy frágil, eso sí. Y mucho. Durante las épocas en que Inma se sentía deprimida, su padre le repetía la misma frase, invariablemente: «Cuando uno se encuentra más apagado por dentro, es cuando tiene que estar más luminoso por fuera. Eso decía siempre tu madre». A Inma aquella sentencia nunca la convenció. Le parecía un recurso de cobardes. Arreglarse el aspecto externo cuando uno estaba decaído. Aquello era como disfrazarse de persona que se encuentra bien. Así no se solucionaba nada. Aquello era, en el fondo, un elogio del disfraz, un disfraz que quería ocultar tus miedos. Era una cobardía al fin y al cabo. O eso le parecía a ella. O quizás precisamente eso le parecía a ella porque le decían que era una frase de su madre. La madre, su madre. Siempre salía su madre en todas las conversaciones. Estaba harta de aquello.

Sin embargo, hoy había decidido seguir aquel consejo suyo que consideraba tan banal. Total, tampoco tenía nada que perder. Inma sabía que, en realidad, ella misma era una cobarde, aunque le doliera reconocerlo. Le faltaba el coraje para sobreponerse a sus propios abismos. Siempre acababa necesitando el auxilio de otras personas para cerrar sus heridas. Precisamente por eso había regresado hoy al hospital para ver a aquel anciano. Estaba convencida de que ese hombre podría ayudarla. No alcanzaba a descifrar aún cómo, y sin embargo intuía con certeza que hablar con él podía aliviar, o suturar incluso, su propio sufrimiento.

No había que darle más vueltas a la cabeza. ¡Vamos allá! —se animó—. Y de una forma casi diligente, se fue hacia la habitación 109. Tocó fuerte con los nudillos en la puerta, con una fingida resolución de haber sobrevivido a todos los naufragios.

—¡Adelante!

—Hola. Muy buenos días, Pelayo —saludó, mientras pasaba al interior de la habitación—. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

—Pues con una noche más y un día menos.

—No sé si eso suena muy bien, la verdad —dijo Inma, haciendo una mueca.

—Que estoy bien, muchacha. Que estoy bien. Estaba esperándote. Esperándote como agua de mayo.

—Como agua de mayo. Qué frase más antigua —dijo la joven, sonriendo y volvió así a comprobar que aquel anciano tenía una espontánea facilidad para ponerla de pronto contenta, o casi contenta.

—Frase antigua, ¿eh? Claro. Ya te lo he dicho. Resulta que soy muy mayor, pero muy mayor, y por lo tanto soy muy antiguo también. Pero yo también fui joven, aunque ahora soy una momia para cualquiera que me mire.

—Una momia es algo exagerado.

—Muy amable por tu parte. Pero momia. Aunque fui joven, como tú. Y, antes, fui hasta más joven que tú. La verdad es que, cuando quiero, soy más joven que nadie. A esos milagros llega la buena memoria. De eso precisamente quería yo hablarte hoy, de cuando tenía solo catorce años y vi por primera vez a Conchita Montenegro. ¿Te parece bien? ¿O quizá prefieres empezar tú contando tu propia historia de amor y desamor?

Por supuesto que no era eso lo que prefería. No quería empezar ella. No sabía ni cómo iba a

hacerlo, si llegara el caso. Inma parecía haber aceptado la insólita propuesta que le había hecho el anciano. Él le contaría aquella historia antigua de una actriz de Hollywood, y de su amor febril por ella. Esa parte del trato sí la tentaba. Pero le daba pánico contarle al anciano su propia experiencia. A decir verdad, esa parte del «trato» no pretendía llevarla a cabo. Inma no quería hablarle de Marcos. No quería hablar de Marcos a nadie. Solo así lograría serenar un poco su dolor. Tenía que guardar su propia historia en el lugar más recóndito de su corazón y dejarla allí escondida, oculta, dormida.

—No, no. Qué va. Empiece usted. No me parece mal el tópico de que las personas mayores van primero —dijo Inma, pretendiendo ocultar sus reticencias con un poco de soltura, y hasta con un poco de gracia.

—Está bien. Ya sabes que las alusiones a la edad no me molestan. Cuando uno es mayor, todo da igual. Como cuando eres joven, solo que al revés. Voy a arrancar mi relato desde el principio, y así comprenderás luego todos los detalles. De entrada, tienes que saber que yo nací en Hollywood, en el mismísimo Hollywood dorado.

—¡Ah! ¿Sí? No sabía que era extranjero. Nunca lo habría sospechado. Su nombre y su apellido son españoles, y como habla usted, bueno, como habla como un español, pues lo último que habría imaginado es que no era usted de aquí, sinceramente. Disculpe la interrupción. ¿Y entonces, dice que nació en Los Ángeles?

—Te lo repito, porque me gusta: en el mismísimo Hollywood dorado. En concreto, nací en una sala de costura de los estudios de la Metro.

—¿Dentro de los estudios de cine? ¡Pero eso es alucinante!

—Alucinante, sí. Eso debió pensar mi madre al parirme allí. Aunque entonces no se utilizaba esa palabra. No, al menos en ese sentido, claro. Verás, mi padre era español, gallego concretamente. Por eso mi nombre es español y por eso hablo como un español, como dices tú. Mi padre era un hombre que sabía construir y reparar casi cualquier cosa. Fue electricista, carpintero, obrero. Digamos, por abreviar, que fue un hombre con unas manos de oro, así en general. Viajó mucho buscándose la vida y un día desembarcó en los Estados Unidos. Tras unos cuantos trabajos aquí y allá, en 1915 se fue a Hollywood. En ese año fundaron los estudios de la Metro Pictures Corporation y aquello exigía contratar a mucha gente, sobre todo a mucha gente inmigrante. Mi padre era un hombre al que nunca le asustó el mucho trabajo, todo lo contrario, y además enfrentaba la vida con un humor abierto, y un encanto de cordialidad casi fraterna. De modo que enseguida le dieron faena en aquella naciente industria del cine hollywoodiense.

—¿Y su madre? ¿Su madre también era española?

—Mi madre era americana. Nació allí, en Los Ángeles, en el seno de una familia de agricultores. Al ver cómo su tierra se llenaba de estudios de cine y llegaban en tropel actrices y actores, y aspirantes a actrices y actores, mi madre intentó probar fortuna en aquel mundo tentador y fascinante.

—Seguro que era una mujer hermosa.

—Era una mujer muy bella. Sí. Muy bella, muy dulce y muy pobre. Se presentó a todas las pruebas de cámara que pudo, pero no terminaban de escogerla nunca para ningún papel. En su familia necesitaban el dinero de manera urgente. Mi madre nunca pudo gozar de los lujos de la espera, ni tampoco podía permitirse los privilegios de la reinsistencia, con lo que pronto renunció a la idea de ganarse la vida como actriz por un trabajo seguro de costurera en los estudios.

—Y ahí coincidió con su padre, el de las manos de oro.

—Allí se conocieron mis padres, efectivamente. Y ahí se enamoraron enseguida. Y fueron felices, lo sé. Aunque tenían poco tiempo para estar juntos porque trabajaban un par de eternidades al día. Un año después de conocerse mis padres y en una de esas eternidades de trabajo, a mi madre le sobrevino el momento del parto. No hubo oportunidad de trasladarla a ningún sitio. Yo llegué al mundo interrumpiendo el horario laboral. A mi madre la asistieron sus compañeras de costura, y me trajo a la vida entre mesas,

agujas y telas de colores.

—Qué bonita manera de nacer —exclamó Inma emocionada.

—Bonita manera, no lo sé, pero peligrosa seguro que sí.

—Claro, eso también.

—Allí nunca hubo duda de que había sido casi un milagro que sobreviviera al parto improvisado.

Aquello me confirió un estatus único, y privilegiado, de hijo de los estudios. Me amadrinaron todas, y me apadrinaron todos. Yo fui un poco el hijo de todas las costureras, y de todas las actrices, un poco el hijo de todos los electricistas, y de los obreros, y de los carpinteros, y de los cámaras, y de los actores, y hasta fui un poco el hijo de los directores y los productores. Mientras mis padres hacían sus faenas, a mí me cuidaban entre unos y otros, en sus ratos libres.

—Lo que me cuenta es de novela. Bueno, de cine.

—De cine, sí, pero de cine rigurosamente. Porque el cine crecía, y yo crecía con el cine. Cuando unos años más tarde se fusionó la Metro con la Goldwyn y con el señor Louis B. Mayer, aquello sí que se convirtió en algo alucinante, como dirías tú. Se crearon los estudios modernos de la Metro Goldwyn Mayer. Esas sí eran unas soberbias instalaciones.

—¿Y qué edad tenía usted entonces?

—Cuando la inauguración de la Metro yo era un chaval de ocho años, y me pasaba el día correteando por aquellos estudios míticos. Los decorados fueron mi vida real. Tan pronto me daba la merienda un hombre vestido de faraón, como un vampiro me curaba la herida que me había hecho al caerme de lo alto de una pirámide.

—¡Su vida ha debido de ser fabulosa! —exclamó Inma sorprendida.

—Pues si te parece fabulosa mi vida, espera a conocer la historia de Conchita. De mi Conchita Montenegro. Que es a lo que vamos. La suya sí es una biografía fabulosa.

—Sí, me dejó usted muy intrigada, pero muy intrigada, cuando afirmó que fue la primera actriz española que triunfó en Hollywood. Pero si fue tan importante, ¿cómo es que no se conoce su historia? No soy en absoluto una experta en cine, pero, la verdad, yo ni siquiera había oído nunca su nombre.

—No quieras empezar la casa por el tejado, Inma. Aunque entiendo tu extrañeza y hasta tu perplejidad. Conchita Montenegro llegó a ser la actriz española internacional más importante de todos los tiempos, pero luego se olvidaron de ella. Se olvidaron de ella porque así lo quiso la propia Conchita. Así lo dispuso, y así se lo peleó, incluso, ella. Con solo treinta y dos años, cuando estaba en lo más alto de su carrera, desapareció. Se ocultó de todos hasta ahora, hasta su muerte. Sesenta y tres años escondida son muchos años para que ahora alguien la recuerde.

—Pero ¿por qué se escondió? Por qué pelear por triunfar para luego pelear para que te olviden. No lo entiendo. No entiendo nada.

—Ya te he dicho, Inma, que no quieras empezar esta casa por el tejado. Paso a paso. De momento, confía en mí. O confía en mi relato. Y no adelantemos los acontecimientos de su singular historia.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación. Y asomó la enfermera, escoltada por un camillero.

—Tiene usted que acompañarnos. Hay que hacerle unas pruebas —le dijo la enfermera de manera enérgica a Pelayo.

El hombre acató la exigencia, en completo silencio. Lo alojaron en la cama móvil, y le cubrieron con una sábana de trámite. Así enfilaron los tres, enfermera, camillero y paciente, el pasillo adyacente. Antes de abandonar la habitación, con una urgencia que era casi pasión, Pelayo giró su cara hacia Inma, y le dejó el recado ilusionante:

—Espérame aquí, si quieres. No creo que tarde mucho en volver. Mi relato nos espera.

XXVIII

Los Ángeles, andén de la estación. Domingo, 8 de junio de 1930

El extraordinario recibimiento

—¡Miss Montenegro, mire aquí!

—*Here, here, please!*

—*Here, miss Montenegro!*

—¡Aquí, por favor!

—*Look here, please!*

Los flases se sucedían y multiplicaban, en loco enjambre, en parpadeo creciente. Conchita no había terminado de bajar los escalones de salida de su vagón, cuando se encontró rodeada de fotógrafos. Aquellos hombres no dejaban de gritar su nombre, mientras disparaban los flashes de sus máquinas, como fusileros de la fama. Todos la requerían, aquí y allá, en español y en inglés, en ese largo y dulce mareo que es la pose de las estrellas ante el pelotón de los objetivos.

Conchita estaba desconcertadamente sorprendida. Era todo un disparate. Pero era un disparate maravilloso. Acababa de llegar, y ya la trataban casi como a una actriz célebre. No sabía de qué iba todo aquello, pero daba igual. Se sentía pletórica.

Enseguida se acercaron a ella dos personas. Y ambas se presentaron. Eran Carlos Borcosque, un director de cine chileno, y María Alba, una actriz catalana. Era la primera vez que les veía, pero se comportaron como si fueran unos viejos amigos que acudían a recogerla. María Alba entregó a Conchita un coqueto ramo de flores. Y entonces los tres posaron juntos para nuevas fotos del inmortal momento. «Menos mal que me he arreglado un poco», pensó Conchita. Sonrió hacia una cámara, según la iban solicitando, sonrió hacia la otra. Enseguida se completaron muchas fotos más y, en un abrir y cerrar de ojos, los reporteros desaparecieron, entre la magia y la estampida. Borcosque y Alba se despidieron cordialmente y también desaparecieron.

Entonces, en el andén, un hombre se destacó, presentándose como representante de la Metro Goldwyn Mayer. Invitó a Conchita a subirse en un opulento coche y pusieron rumbo a Hollywood.

Conchita cerró unos minutos los ojos dentro del automóvil. Se cercioraba así de que lo ocurrido no era soñado. Era increíble, pero real, lo que le estaba sucediendo.

Según se acercaron a su destino, el americano improvisó algunas descripciones en un correcto español, pero español mechado de acento yanqui.

—Estamos ahora en Sunset Boulevard —explicaba amablemente el representante de la Metro Goldwyn Mayer—. Por allí está Pico Boulevard, y hacia ese lado es Hollywood Boulevard. Aquella colina que puede ver al fondo es la zona exclusiva de mansiones de Beverly Hills. —Conchita miraba emocionada cada lugar por el que iban pasando—. Al principio, orientarse aquí resulta un poco complicado —apuntó el americano—, pero ya se familiarizará con todo, miss Montenegro. Seguro que le gustará la ciudad. Mire, por allí están los estudios de la Paramount, hacia ese lado están los de la Fox, y más allá se encuentran los nuestros, los estudios de la Metro. En breve los conocerá. Ahora vamos a su hotel.

Conchita contemplaba asombrada la ciudad por la ventanilla abierta del automóvil. Le impactó mucho el panorama. Ella se esperaba una metrópoli ruidosa, ajetreada y llena de rascacielos. Se había imaginado algo parecido a Nueva York. Pero aquel lugar no tenía nada que ver con eso. Era una ciudad plana y deliciosa. Sus calles resultaban amables, serenas, pacíficas y convidadoras. Los viandantes, con su relajado caminar, parecían estar todos de paseo. Allí no había prisa. Los hombres llevaban suéteres en tonos cálidos, pantalones blancos y livianos zapatos de lujo. Las mujeres parecían todas bellísimas con sus atuendos desenfadados, muy al estilo de la ropa *pour le sport* y sus sombreros a la última moda. El

auto atravesaba barrios muy tranquilos, gratuitos a la contemplación, salpicados a menudo por coquetos chalés, grandes mansiones y hoteles de postal. Las calles estaban muy limpias y resplandecientes. Parecía que les sacaran brillo a diario. Había coches extraordinarios por todas partes. El sol daba en sus carrocerías brillantes, y el día tenía entonces algo de tesoro. Los magníficos comercios de ropa con sus grandes escaparates se alternaban con las salas de cine y teatro. Se respiraba un ambiente de fortuna clara, una atmósfera de repartido bienestar.

Llegaron a la entrada principal del hotel Plaza.

—Miss Montenegro, este es su hotel —anunció el americano.

El hombre se bajó para abrir la puerta a Conchita. Un botones, muy bien uniformado, se aproximó raudo al automóvil, y se encargó del equipaje. El representante de la Metro Goldwyn Mayer ayudó a Conchita a realizar el *checking* en la recepción.

—Mañana, lunes, a las doce del mediodía vendré a recogerla para llevarla a su presentación oficial en los estudios. Espero que pueda instalarse con la mayor comodidad, y que descansa de su viaje, naturalmente. Ha sido un placer conocerla, miss Montenegro. *See you soon* —soltó de remate el americano, dibujando una obsequiosa sonrisa en su rostro de despedida.

Conchita contempló la ciudad desde el balcón de su habitación. El clima era perfecto. En el cielo estaba cuajado ese azul claro, limpio y hospitalario de la juventud del mundo. Respiró hondo.

Ya estaba allí. Se vio la dueña del principio de su gran sueño.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

La colonia española

Algo más de media hora se había consumido, desde que se llevaron a Pelayo de la habitación, cuando el hombre reapareció por la puerta, dentro de la cama rodante de costumbre. Inma aguardaba sentada en la butaca.

—Ya estoy aquí, muchacha. No ha sido para tanto —dijo el anciano mientras el camillero situaba de nuevo la cama en su sitio. La enfermera, que apareció de pronto, volvió a colocar las vías colgantes en el brazo de Pelayo.

—Señorita, usted debería irse. El paciente tiene que descansar —dijo de forma seca la enfermera a Inma. Luego se acercó a la ventana, cerró resuelta la cortina, y se marchó sin despedirse.

—Como verás, no me invento nada: la enfermera es un sargento inmejorable. Hasta tú has dado un brinco de susto en la butaca, al verla.

Inma se rio con ganas. Le gustaba volver a tener a ese hombre allí.

—Anda, anda, vuelve a abrir las cortinas. La luz del sol es ya de los pocos lujos que me puedo permitir —dijo Pelayo.

—Pero puede que la enfermera tenga razón. Razón de sargento, pero razón. Quizá debiera irme para que descanse un poco —señaló Inma dubitativa.

—En absoluto. ¿Te vas a marchar ahora, cuando voy a empezar con mi verdadero relato? No hace falta que te repita que todo lo que te he contado hasta el momento era solo para que te hicieras cargo de mi singular situación en los estudios de cine. Venga, venga, a la enfermera ni caso. Anda, siéntate de nuevo, muchacha.

Inma obedeció al anciano, retiró las cortinas, y volvió a acomodarse en el asiento. Estaba deseosa de seguir escuchando el relato impredecible de Pelayo.

—Como te decía antes, yo era un pobre muchacho, pero era un muchacho privilegiado. En los estudios conocía a todo el mundo y todo el mundo me conocía a mí. Me movía por donde quería, y nadie daba relevancia a mi presencia, porque era un chaval. No incomodaba, y, por tanto, nadie se protegía de mí. Por eso conocía los secretos de todos. Esto iba a resultar fundamental en mi relación con Conchita. Eso, y que yo hablaba bien el español, con lo que tenía mucho trato con la colonia española.

—¿La colonia española? ¿Cómo la colonia española? —se extrañó Inma—. ¿Es que había más actores españoles en Hollywood en esa época?

—Sí, claro. Por supuesto que había más actores españoles. No vayas a creer que Conchita fue la única que llegó en aquel momento a Hollywood. Qué va. Entre 1929 y 1930 desembarcaron allí un puñado de actores y actrices de todas partes de España. Y también de toda Hispanoamérica. Todos querían probar suerte. Era la época más indicada. El momento preciso. Los estudios necesitaban con urgencia intérpretes para las versiones en español de sus películas dialogadas. Se había pasado del cine mudo al sonoro. Y aquello fue una revolución. Una revolución y también una locura. Las compañías productoras temieron que, al tener diálogos hablados las nuevas películas, los espectadores que no entendieran el inglés dejasen de asistir a las salas de cine. Eso les supondría una grandísima pérdida de recaudación. Y el dólar, Inma, es siempre lo que mueve el cine, no lo olvides. El cine y tantas otras cosas. Todo, si nos ponemos serios. Antes del cine sonoro, no había problema. Una película de Charlot se entendía igual en Japón que en Canadá. Pero ahora había que hacer versiones de las películas americanas más taquilleras. Y no solo versiones en español, sino en todos los idiomas. Así podía seguir la distribución en otros países y así el negocio seguía en claro crecimiento.

—Pero para eso está el doblaje, ¿no? ¿Por qué tenían que ir hasta allí los actores españoles? ¿No se

podían doblar las películas en cada país? —preguntó extrañada Inma.

—Eres joven, Inma, eres muy joven y estás acostumbrada a la tecnología de ahora. Qué va, el doblaje no existía todavía. La verdad es que no tardaron en inventarlo, pero, mientras tanto, solo se les ocurrió una manera de hacer películas en otros idiomas. Grababan la misma cinta varias veces. Se rodaba cada estreno americano en distintos idiomas.

—¡Madre mía! ¿Quiere decir que se repetían los rodajes de las películas enteras? Eso no lo sabía, claro que no. Un trabajo así debía llevarles muchísimo tiempo.

—No tanto, no tanto. Primero, se grababa la versión original. Eso sí llevaba varios meses de rodaje. Luego, se filmaba la película versionada. Se trataba de hacer un calco de la película, pero sustituyendo a los actores principales por los actores de cada país. Los extras eran los mismos, y los actores sin frase, también. Ten en cuenta, además, que los mismos decorados servían en cualquier versión, y eso ahorra mucho tiempo.

—Y lo mismo también servía el mismo vestuario.

—Pues sí, por lo general, sí. Si acaso, se modificaban con unas rápidas puntadas los atuendos de los protagonistas, para adecuarlos a los actores sustitutos. Además, durante la grabación de la película original, los *cameraman* habían aprendido de memoria cuáles eran los planos que quería el director, por eso las escenas repetidas se rodaban rápidamente. Todo se hacía sin perder el tiempo. En ocasiones, hasta se filmaba una escena por la mañana con las estrellas de Hollywood, y en esa misma noche se repetía la grabación pero ya con los actores de las versiones. Con los españoles.

—¡Qué pasada! Y para eso querían contratar a los actores de aquí.

—Lógicamente. Ten en cuenta que el mercado del cine en habla hispana era el más grande. Fue el primer mercado por el que se apostó en Hollywood. Aunque, al principio, no contrataban a actores, precisamente.

—Ah, ¿no? ¿Y a quiénes contrataron si no?

—A lectores. O a lectoras, como tú.

—¿Cómo que contrataban a lectores? ¿Contrataban a lectores para hacer de actores? Pero eso no puede ser. ¿Lectores dice? ¿Y de dónde sacaban lectores?

Hollywood, hotel Plaza. Lunes, 9 de junio de 1930

La tiranía del atuendo

Quedaba un cuarto de hora largo para las doce en punto, y Conchita ya estaba completamente lista para que vinieran a buscarla. Se había esmerado en el maquillaje, porque convenía ocultar los signos de cansancio. No había dormido absolutamente nada en toda la noche. El hotel era fabuloso y su habitación soberbia. Pero no logró el sosiego. Solo algún momento de relajación pasajero, como cuando se regaló un baño de sales en la monumental bañera inolvidable de aquella estancia de estrella. La angustia empezó nada más abrir su equipaje. Quiso colocar pronto sus cosas para sentirse bien instalada. El orden le daba seguridad. Paz. Sacó el primero de sus vestidos para colgarlo en el armario de su alcoba, y al verlo pensó de inmediato en qué traje se pondría para su presentación oficial del día siguiente. ¿Qué atuendo debía elegir para una ocasión tan importante? Sacaba otra prenda, y una prenda más, y las iba sometiendo a examen, antes de colgarlas. Esta no, esta tampoco. No, aquella tampoco. Ninguna. Nada de su vestuario la convencía. La joven empezó a descolgar lo colgado, a probarse una y otra vestimenta. Se ponía un vestido y lo descartaba enseguida. Lo mismo ocurría con el siguiente. Combinaba una falda con una blusa y no le agradaba el resultado. Cambiaba de blusa, y volvía a pasar lo mismo. Cambiaba de falda y quedaba de nuevo insatisfecha. Nada, nada. No había manera de que encontrase el atuendo perfecto, entre su ropero variado de pasajera. Lejos de haber dejado colocadas sus pertenencias en el armario, ahora su alcoba parecía un caótico mercado de textiles.

Estaba claro. Tenía que comprarse algo nuevo. Debía encontrar el traje perfecto. Tenía que irse de compras ahora mismo.

De modo que bajó rápidamente al *hall* del hotel, ansiosa por preguntar dónde podía encontrarse una buena boutique. Intentó explicarse, y entenderse, con uno de los recepcionistas, pero resultó imposible. Luego, probó con otro, y resultó igualmente inviable. No conseguía dar con alguien que la comprendiera. Se estaba poniendo ciertamente nerviosa. Muy nerviosa. Entonces, se le acercó un joven botones.

—Señorita, no se preocupe. Yo hablo español. Soy mexicano. Dígame. ¿Qué es lo que desea?

—Ay, por fin. Quiero saber dónde puedo encontrar por aquí, cerca del hotel, un buen comercio de moda.

—Justo en esta misma calle del hotel hay muy buenas tiendas de ropa. Encontrará seguro lo que busca.

—¡Estupendo! Voy para allá. Muchas gracias —dijo Conchita, tranquilizándose, y se giró para encaminarse hacia la puerta del hotel.

—Pero, señorita. Señorita, espere —dijo el botones.

—¿Sí, dígame?

—Hoy los comercios están cerrados, porque es domingo. Pero no se preocupe. Mañana lunes podrá hacer usted todas las compras que quiera. Aquí cerca, o algo más lejos. Hollywood está lleno de tiendas muy bonitas.

¡Mañana lunes! ¡Pero si mañana era el día de su presentación oficial! —pensó aterrada—. Conchita volvió a subir a su dormitorio. Se tendió vencida encima de la cama. ¡Qué desastre!

Intentó calmarse. Se estaba obsesionando innecesariamente. Seguro que todo era fruto del cansancio del viaje. Al día siguiente vería las cosas de manera diferente. Se levantaría temprano y encontraría un atuendo adecuado entre sus propias ropas.

Cenó algo ligero en el restaurante del mismo hotel, y se acostó enseguida. Pero el sueño no la atrapó esa noche. Una y otra vez encendía la luz y volvía a probarse sus vestidos. Cada vez se sentía más insegura. Y más nerviosa. Y más preocupada.

A primera hora, bajó al bar del hotel. Desayunó rápido. Se echó a la calle antes de que abrieran las tiendas. Aprovechó para ir investigando a lo largo de varios escaparates. Y entonces, tras la cristalera de una boutique en la esquina del boulevard, lo vio. Era el traje perfecto. Se sentó en un banco de madera muy cercano a la tienda y esperó a que abrieran aquel comercio providencial. Cuando por fin se probó el atuendo, respiró tranquila. Parecía hecho a su medida. Le quedaba insuperable.

Sí, ahora sí. Estaba salvada. Al hotel regresó corriendo.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

Los lectores

—Sí, Inma, sí. Contrataron a lectores para hacer de actores. Así fue. El cine sonoro supuso para todos los actores una nueva asignatura. Y no bastaba con ser maravillosos en sus gestos e interpretaciones. Ahora había que hablar. Y había que saber hablar.

—Bueno, los actores siempre saben hablar. Es parte de su oficio.

—No siempre. Y no, no me mires así, Inma, no te extrañes tanto. No todos los actores sabían vocalizar en condiciones. Ni mucho menos. De hecho, pocos se manejaban bien en los diálogos. Te diré más: varios de los actores y actrices ya consagrados en el cine mudo fueron despedidos. Se quedaron en el paro por no saber decir bien las frases. Como lo oyes. De ahí que cuando los americanos empezaron a buscar intérpretes para sus películas versionadas, al principio contrataron, sobre todo, a personas que tuvieran una buena dicción. Esa era la primera cualidad que buscaban.

—Vale, lo entiendo. Pero sigo sin comprender de dónde sacaron lectores, y varios, muchos, para hacer de actores.

—A la hora de tener ideas prácticas y rápidas, no sé si buenas, pero prácticas y rápidas sí, los productores yanquis son únicos. Se les ocurrió ir a reclutar personal a las fábricas de puros habanos de Florida.

—¿A las fábricas de puros? Esto sí que no lo comprendo. ¿Por qué fueron a las fábricas de puros para buscar actores?

—Es que no buscaban actores, te digo. Buscaban lectores. Personas que hablaran bien, que pronunciaran correctamente, que vocalizaran con fluidez. Y en las fábricas de puros había muchos españoles empleados como lectores. En las fábricas, los trabajadores pasaban horas y horas y horas, liando el tabaco. Los españoles que llegaban a Florida en busca de un sustento se dedicaban a menudo a leer novelas y cuentos a estas gentes para que las jornadas de trabajo en aquellas fábricas fueran más llevaderas. Así se sacaban unos dólares. Esos españoles, a base de horas, días o meses de lectura en público, llegaban a un dominio virtuoso de la articulación de las palabras. Y cuando llegaron los hombres de Hollywood ofreciéndoles convertirse en actores, todos se sumaron encantados a la aventura. Pero aquello no funcionó demasiado.

—Porque no sabían actuar.

—Efectivamente. Porque no eran actores. Tenían muy buena dicción, una buena vocalización, pero no había quien grabara con ellos una escena en condiciones. En síntesis: no tenían ni remota idea del oficio de interpretar. Ni esperanzas de llegar a tenerla algún día. Pronto los americanos se convencieron de que tenían que emplear a profesionales. Y ahí empezó la búsqueda apremiante y un poco alocada de actores españoles.

—Y de ahí la colonia española, claro.

—Así es. Hollywood empezó a contratar un buen montón de actores y actrices de distintas partes de España. Sin embargo, la aventura americana de aquellos actores fue breve. En poco tiempo se inventó el doblaje, ese doblaje al que tú te referías antes, y los actores de las versiones dejaron de ser necesarios. La mayoría acabaron regresando a España, a sus casas, porque los estudios no les renovaron los contratos. Algunos se quedaron en América, pero dedicándose a otras cosas. Solo Conchita Montenegro triunfó y se quedó en Hollywood. Ella sí logró lo que parecía imposible. La contrataron como actriz principal para las películas americanas. Conchita fue protagonista en las películas originales. Se convirtió en una verdadera estrella de Hollywood. En una diva. Fue la única española que lo consiguió.

—Alude usted a ella como el que alude a una diosa.

—Claro que sí, Inma. Porque lo fue.

—¿Recuerda la primera vez que la vio?

—Como si fuera ayer mismo.

Y entonces Inma pasó de la curiosidad al ruego:

—Cuénteme cómo fue ese momento. Por favor.

Hollywood, estudios de la Metro Goldwyn Mayer.

Lunes, 9 de junio de 1930

No trespassing

A las doce en punto sonó el teléfono de la habitación.

—*My apology for interrupting you, miss Montenegro. Mr. Clayton from the Metro Goldwyn Mayer is waiting for you at hotel lobby.*

—Sí, sí. *Yes, yes.* Bajo enseguida. Gracias. *Thank you, thank you* —contestó Conchita, y colgó el auricular. No había entendido las palabras en inglés, pero le bastó con distinguir Metro Goldwyn Mayer. Era la señal. Era la hora. La hora de ir a los estudios.

Conchita se subió al automóvil que la aguardaba. En unos minutos, se adentraron en las instalaciones desmedidas de la Metro. Miraba todo sin perderse ni un detalle. Los estudios eran una ciudad en sí mismos. Una ciudad irreal, pero asombrosa. Mágica. Lo mismo atravesaban un poblado indio, como circulaban junto a una pirámide egipcia, o recorrían una perfecta réplica de una calle de París. De pronto se detuvieron. Enfrente, se aupaba un letrero: «*No trespassing*». El representante de la Metro que llevaba a Conchita salió del coche y le indicó a la joven que ella debía bajarse también. El americano se dirigió al agente de seguridad que quedaba junto al letrero de prohibición. Después de intercambiarse unas breves palabras, el hombre uniformado levantó la barrera y les dejó pasar a pie. En pocos pasos, Conchita se encontró en el centro mismo de los estudios.

Estaban rodando una película, pero parecían cumplir un receso de la faena. Conchita seguía el camino que el americano iba marcando, y así pasaron junto a una especie de set. Se trataba de un reservado. La protagonista estaba allí. Conchita la miró, y la reconoció enseguida, como en un delirio, o en un espejismo. ¡Era Joan Crawford!

Pocas cosas podían resultarle más emocionantes que la cercanía de una estrella, y aún más la cercanía de una estrella como Joan Crawford, a la que tanto admiraba. Casi no se lo podía creer. Y, entonces, se dio cuenta del desastre clamoroso. Era imposible, pero no. Era cierto, era terriblemente cierto.

Joan Crawford, la famosísima, llevaba puesto un traje azul y rosa, de forma y color idénticos al suyo. Habían coincidido en el modelo, y eso era siempre imperdonable, pero sobre todo era imperdonable para una recién llegada.

En ese momento, Conchita reparó en algo que ya sabía. En su oficio había que luchar sin descuido para llegar a distinguirse. Pero en su oficio, en Hollywood, había que ser única. Empezando por el armario.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

El mejor día de mi vida

—El momento en que conocí a Conchita Montenegro lo he recordado a menudo, a lo largo de mi vida. Por temporadas, casi a diario. Cómo olvidar el día en que la vi por primera vez —el anciano cerró dulcemente los ojos como para trasladarse allí, y allí fijarse, en la eternidad de su gran recuerdo—. Fue el 12 de junio de 1930. Era el día que ella hacía su primera prueba de cámara para una película en Hollywood, y precisamente, el día que yo cumplía catorce años. Conocerla fue el mejor regalo de cumpleaños que he tenido jamás. El mejor de mi vida. Iba yo ese día charlando con Charles Chaplin. Charlie insistía en enredarme en una de sus peripecias más o menos surrealistas, como siempre. Él se metía constantemente en algún enredo.

—Espere, espere un momento —le interrumpió Inma—. ¿Charles Chaplin? ¿Pero también conoció a Charles Chaplin?

Pelayo no pudo contestar a Inma. De improviso, la enfermera sargento apareció en la habitación. La inesperada y casi brusca entrada de la intrusa segó el diálogo, y la atención a Inma se le mudó en sobresalto. Se acabó el relato fabuloso. Y en lo mejor.

—Señorita, ahora se lo digo por última vez, y muy en serio —señaló la sanitaria con voz de gobernanta—. Tiene usted que irse. El enfermo debe dormir y descansar. Debe marcharse ya —ordenó la enfermera, mientras indicaba con la mirada la puerta abierta de la habitación.

—Vuelve luego, muchacha. Vuelve. Luego te cuento —le dijo Pelayo, guiñándole un ojo a Inma—. A ti y a mí nos espera Conchita en Hollywood.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer. Jueves, 12 de junio de 1930

La primera prueba de cámara

El set de la prueba recreaba un rincón idílico de las islas de Hawái. Había una frondosa vegetación de bosque tropical. Unas pequeñas flores blancas y amarillas, típicas de las islas, salpicaban armoniosamente el espacio. El fondo del set lo ocupaba la fachada de una evocadora casa de madera de bambú. De no ser por el ajetreo que cundía alrededor, aquel decorado resultaba en verdad poético. Pero el ruido y el trasiego de personas complicaban el sitio de manera casi inquietante. Una docena de cámaras delimitaban el set. Por el suelo crecían cientos de cables y no menos clavijas, todo disimulado con una capa no sobrante de fina arena blanca. Unos focos gigantes subían mucho la temperatura, que por momentos era agobiadora. La temperatura se elevaba a causa de los focos, pero también por las tribus diversas que allí se había reunido. Podrían llegar a doscientos los congregados, entre operadores, técnicos y también curiosos. Todos seguían fijos la escena. Se trataba de unas pruebas de cámara, y en principio, pudiera parecer poco creíble que hubiese en aquel gremio, tan habituado por oficio a momentos parecidos, una alta curiosidad creciente, pero la había. La curiosidad era también interés, y había dos razones de fuerza para comprender enseguida la excepcionalidad de la convocatoria. La primera, que el *partenaire* de la prueba era Clark Gable. Galán entre todos los galanes, el actor movía siempre mucho *show* de expectación. La segunda razón, o acaso la primera, era, que se presentaban al mismo examen de cámara cuatro bellas mujeres, cuatro mujeres de cruel belleza incandescente.

Las mujeres hermosas eran siempre un reclamo para todos, daba igual que deambularan muchas, a diario, por los estudios, daba igual que los hombres del gremio tuvieran como hábito perpetuado el trato o la contemplación de los más hermosos animales de cámara. Los hombres del estudio, y por encima de todos ellos los actores, se acercaban para saborear en la imaginación nuevas posibilidades de romances, de aventuras, de sexo. Las actrices se aproximaban entre ellas, con mirada casi homicida, para medir en secreto a las nuevas rivales. A su alrededor, las coristas querían presenciar las pruebas de aquellas mujeres ambiciosas, y cómo resolvían o no el desafío, soñando que en el futuro serían ellas las elegidas. Todos tenían un motivo para estar allí. Todas.

Conchita, sentada en una silla cerca del set, esperaba su turno para realizar la prueba. Llegaba a sentirse cohibida, incluso, por el silencio sólido, casi violento, que invadía el estudio cuando el director daba la orden de empezar el rodaje. Era un silencio duro, inmenso, inquisitorial. Se echaban a volar, en un grito de tres tiempos, las palabras «¡Silencio! ¡Cámara! ¡Acción!», y el bullicio promiscuo del lugar se ahogaba de un solo tajo, sin ecos siquiera. Aquel mutismo de desierto, lejos de ofrecer sosiego, colmaba el espacio de una atmósfera de inquietud, o incertidumbre, o ambas cosas juntas. Aquello no se parecía en nada a los rodajes en los que Conchita había participado. En las películas mudas, mientras los actores grababan las escenas, unos músicos amenizaban siempre el set. El resto de los actores, los que quedaban fuera de escena en ese momento, jaleaban a los compañeros que estaban actuando, poniendo ánimo en la faena, entusiasmo, fiesta incluso. «Muy bien, Conchita», «Estás preciosa, sigue así», «Eres la mejor. Pero la mejor», «Te comes la cámara, muchacha, te comes la cámara». Aquellas eran algunas de las frases que Conchita estaba acostumbrada a escuchar, mientras grababa una escena. Y echaba ahora de menos tanta resuelta algarabía.

La primera en cumplir la prueba fue Lupe Vélez, una actriz de corta estatura, pero de sexualidad feroz. No en vano la llamaban la Pantera Mexicana. Conchita observó su actuación, y le pareció muy convincente. Tras Lupe, se arriesgó ante las cámaras Raquel Torres, otra hermosa actriz de México. Enseguida se delataba su condición de actriz principiante, pero Conchita descubrió en ella gran soltura y, sobre todo, un nítido encanto, una gracia melosa y quizá irresistible. En tercer lugar, probó suerte María

Alba, la bella actriz nacida en Barcelona, que había ido a recoger a Conchita en la estación. Ahora no se habían cruzado ni un saludo siquiera. Así era la dulce jungla del oficio.

Por último, por fin, le llegó el turno a Conchita. El director de la prueba se acercó a ella antes de empezar la grabación, igual que antes hiciera con el resto de las aspirantes.

—Señorita Montenegro, recuerde que en esta escena tiene usted que convencer a su amante de que no le ha sido infiel. Él tiene muchas dudas, todas las dudas. Usted tiene que pasar su brazo por el cuello de Gable y, con sus mejores armas, debe convencerle de su inocencia.

Conchita estaba nerviosa. Muy nerviosa. Sentía las miradas de toda aquella gente encima de ella, como un peso, como un jurado. Su corazón palpitaba al galope, esperando escuchar aquellas palabras voceadas del director que bañaran el set con el silencio implacable.

Había llegado el momento, sí. Después de tanto esperar, después de tanto soñar, ahora se iba a enfrentar a esos minutos donde se arriesgaban las mejores ilusiones. Debía dar lo mejor de sí misma. Lo sabía. Se lo jugaba todo a una carta, y también lo sabía. Si esta primera prueba de cámara no resultaba bien, o muy bien, su carrera prometedora quedaría relegada, desde el principio, a papeles secundarios. O, aún peor, pudiera forzar la suerte amarga de volver de inmediato a casa.

El éxito o el fracaso estaban ahí, en la misma prueba de cámara.

Conchita caminó con un zigzag de orgullo, y se situó en el centro del set. Iba a empezar su prueba.

Hollywood, estudios, exteriores, plató 6.

Jueves, 12 de junio de 1930

La Montenegro no quiere besar a Clark Gable

A Conchita la habían vestido poco. Apenas nada. El vestuario exiguo constaba de unos soplos de retal, que daban para cubrir lo justo en el sitio exacto de los senos y del sexo. Clark Gable también estaba medio desnudo.

El rubor se apoderó de Conchita. Pero una energía interior replicó a la vergüenza, y se alentó a sí misma: «Tranquilízate. Tienes que hacerlo. Tienes que hacerlo, y lo harás mejor que ninguna». En un instante, su rostro y su actitud cambiaron. Conchita se había metido en el papel. De pronto parecía una diosa capaz de manejar a su antojo a aquel hombre. Desplegó, con facilidad natural, sus embrujos de sensualidad, sus artificios de seducción. La joven miraba tiernamente a su *partenaire*. Y ponía frases de amor al oído de Gable, como quien pone la miel de un susurro hipnótico. Luego, cargaba los ojos con la mirada de la provocación, y exhibía con descaro el cuerpo poderoso. Al amante se le derretían todas las dudas ante tanto encantamiento. Clark Gable ya deseaba con desespero a aquella mujer. Aquella diablesa de delicia tenía que ser suya. Se ahogaron las dudas, la pasión pujaba urgentísima. La escena cumplía todas las temperaturas de la verdad, y a Clark Gable solo le ocupaba devorar a aquella criatura de febril belleza.

Por fin, acuciaba el momento del beso de la reconciliación ardorosa. Conchita pasó su brazo por el cuello del actor, mientras acercaba su rostro insinuante al de Gable. La actriz se rendía a recibir con espíritu sediento los labios del actor. Clark, metido en el papel imparable, loco de ansias, abrió por completo la boca. Iba directo a besarla de verdad. Pero Conchita sintió de pronto una repulsión profunda, y esquivó la consumación, y amortiguó un respingo. Gable probó entonces a robarle el beso negado, pero ni así. Gable insistió, y Conchita se negó, entre la aversión y la terquedad.

Nadie podía creerse lo que allí venía sucediendo. Aquella recién llegada estaba rechazando a Clark Gable en una prueba.

La murmuración creció, entre el asombro y la inquietud. La prueba acabó donde nadie hubiera imaginado nunca. La escena del beso concluyó sin beso.

Era increíble. Inaudito. Un escándalo.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

Los enredos de Chaplin

Inma entreabrió con cautela y parsimonia la puerta. Asomó la cabeza por el breve espacio libre, y se llenó de contento. Sí, Pelayo estaba despierto.

—¿Se puede? —dijo en voz baja, con más protocolo que pregunta.

—Claro que se puede. Adelante. ¿Por qué has tardado tanto en venir, muchacha? Llevo mucho rato esperándote —replicó el anciano, simulando una divertida mueca de enfado.

—Pero si yo estaba deseando volver. Me dejó intrigadísima con su primer encuentro con Conchita y también con los enredos de Chaplin. Porque nos quedamos en Chaplin, seguro que lo recuerda, y también en que usted tenía que descansar. Llevo ahí en el pasillo un buen rato. He esperado a que la enfermera sargento terminara su turno. Prefería que no me echara una bronca, si me pillaba de vuelta.

—La bronca la echa de todos modos. Hay gente así de generosa.

—Y dígame, ¿podemos continuar con el relato?

—Podemos, y debemos.

—Pues hábleme entonces de Chaplin. Ahí nos habíamos quedado. ¿De verdad conoció a Charles Chaplin?

—Naturalmente. A ver, Inma, ya te lo dije. Yo los conocí a todos. Y los trate a todos. A todos —remarcó Pelayo— los que estuvieron por allí. Y a la mayoría les hice encargos, recados y favores. Me utilizaban, lo sé, pero también sé que me apreciaban. Y la verdad es que yo disfrutaba mucho atrapado en sus líos. Porque, eso sí, *Oh, my God!* Hollywood era muy mundano y muy promiscuo.

—Chaplin vino a cuento porque estaba usted recordando el día que vio por primera vez a Conchita.

—Sí, sí, eso es. Quieres decir que no me disperse.

—Más o menos.

—Bien, pues voy a ello. Resulta que el día que yo vi por primera vez a Conchita me encontraba en un rincón de los estudios, de cháchara suelta con Chaplin. Que, por cierto, era un genio. Era un genio, y era un creador inabarcable. Si en cada persona inteligente convive una tropa de personalidades, en un genio conviven dos tropas, sin ponernos excesivos. Y en una de esas dos tropas, Chaplin, ese monstruo emocionante, incluía su esencia estrafalariamente caprichosa. Cuando se le metía algo raro en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. Charlie acudía a mí muy a menudo, porque muy a menudo estaba enredado en asuntos de faldas. Era un apasionado incurable de la mujer. No concebía la vida sin perseguir a una muchacha o sin dejarse atrapar por otra. Yo le resultaba una compañía de entretenimiento, y un auxilio de eficacia cuando le tocaba quitarse de encima a alguna jovencita de la que ya se había aburrido. Que era con mucha frecuencia. Esos encargos eran fáciles. Yo en eso tenía maña, y tenía compás, y tenía costumbre. Porque no solo él me arrastraba a esos empleos de cómplice de donjuán. Yo bregaba en asuntos de faldas por encargo de más de uno de los actores de los estudios. En eso tuve una cátedra. Pero a lo que iba. Recuerdo que Chaplin, aquel día, me estaba intentando embarcar en un tema muy distinto. En síntesis, quería que le consiguiera sacar de los almacenes de la Metro una pieza de decorado de la que se había encaprichado. Se trataba de una gárgola, y pretendía que la robara para él. Pero yo no quería hacerlo. De modo que nos traíamos esa discusión. Y en ella estábamos cuando, de pronto, se escucharon unos gritos. Alguien voceaba desde un set exterior: «¡Venid, venid a ver esto! ¡La española está rechazando a Clark Gable! ¡Venid! ¡Corred!».

Y, claro, aproveché para huir de Charlie.

»Me fui a toda prisa, directo para el sitio de la alarma y el estrépito, a enterarme de cerca qué pasaba.

»Entonces la vi.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer. Jueves, 12 de junio de 1930

Chaplin y la gárgola

Unos metros detrás del set de la prueba, y ajeno al revuelo que se estaba organizando, Charles Chaplin iba conversando con un chaval despreocupado. Se diría, a primera vista, que andaban ambos metidos en el litigio de alguno de los muchos propósitos excéntricos del actor.

—Te digo, mi querido Pelayo, que no corres ningún riesgo. Pero ninguno. ¿Crees que yo te pediría algo que te pusiera en un serio aprieto? Eso no lo haría nunca, ya lo sabes.

—Que no, señor Chaplin, que no. Que le digo que no quiero hacerlo. Que una cosa es hacer sus encargos habituales, y otra cosa muy diferente es el robo. Porque un robo, al fin y al cabo, es lo que me viene pidiendo.

Pelayo sabía que tenía que mantenerse muy firme en su negativa. Chaplin era un seductor implacable, y no solo en asuntos de mujeres. Si se lo proponía, era capaz de convencer a un ratón de que un gato negro trae buena suerte.

—¡El robo! ¡El robo! ¡El robo! Pero qué dices, muchacho. Muy gruesa palabra utilizas tú para un acto de perfecta insignificancia.

—¡Pero si es usted millonario! ¡Cómprase las gárgolas que quiera! ¡A mí no me meta en líos! —pidió Pelayo alterado.

—Tranquilízate, muchacho. Y escúchame con sosiego, que el día que se ha conquistado la serenidad se está en la más alta y sabia cúspide de nuestra vida.

—No me coloque otra de sus frasecitas. Que no, Charlie, que le digo que no. Que esta vez no me va a convencer. No voy a robar ninguna gárgola del almacén. Que no, le repito. Que no. Que se me cae el pelo, si me pillan. Y, sí, diga usted lo que diga, eso es un robo, perpetrar un robo.

—Verás, Pelayo, yo compraría la gárgola, pero siempre que pudiera. Pero las gárgolas no se venden así como así. De hecho, que yo conozca, no existe ningún lugar donde vendan gárgolas. Por otra parte, tú ya sabes que los objetos que se utilizan en las películas nunca los venden los estudios. Una actitud, por cierto, de lo menos inteligente. Seguro que era un buen negocio poner al alcance de los fans los adornos que salen en los films. Pero, en fin, no estamos aquí para enmendar los despilfarros de los estudios. Nos llevaría demasiado tiempo. Tú sabes, tan bien como yo, que el futuro de esa gárgola es criar polvo en el almacén. Criar polvo hasta que llegue uno de esos días en los que hacen limpieza de trastos y los tiran todos para hacer hueco a otros nuevos trastos. Y esa gárgola se va a desaprovechar. Esa gárgola acabará en la basura. Ni tú ni yo podemos consentirlo. Yo no puedo consentirlo, porque la descubrí, cuando era una desatendida artesanía, y tú tampoco porque eres un muchacho con facultades para la sensibilidad.

—Sí, sí, todo eso está muy bien. Pero no voy yo a ser culpable de un robo. Entiéndalo, señor Chaplin.

—Sabes, Pelayo, que llevo un año rematando la decoración de mi nueva casa. Por cierto, está quedando muy bien. Es muy amplia, y en tonos claros, que siempre conjugan la elegancia y el optimismo. Todo, bajo aires de estilo español, que es el que prefiero. Estoy encantado con ella, en fin, pero le faltan algunos detalles que la hagan, como decirlo, que la hagan diferente. Que la distingan a mi aire. Uno tiene una reputación, Pelayo. Y nada puede hundir antes tu propio prestigio que tener una vivienda vulgar. Por eso necesito esa figura, la grandiosa gárgola. Es exactamente lo que pide mi cocina. Le dará el toque de originalidad que busco para un espacio a menudo aburrido.

—Pero ¿usted se está oyendo, señor Chaplin? ¿Quiere meterme en un lío por una gárgola para la cocina? Es usted un caprichoso.

—Sí, muchacho, sí. Soy un caprichoso, un maniático, un excéntrico y un insatisfecho. Eso, entre

otras muchas cosas más. Lo sé. Pero tú también sabes que soy un buen amigo.

—Nunca he pensado otra cosa.

—Quiero decir que en breve voy a dar una fiesta solo para unos elegidos. Será interesante. Muy interesante. Y te voy a invitar a ti. Serás mi pequeño invitado de honor. Venga, venga, Pelayo, saca esa libreta que llevas siempre y apunta mi dirección. Es el 1494 de N. Kings Roads. Ya sabes, en la ladera. Apúntalo, y no te olvides. Ah, y en cuanto puedas, me llevas allí la gárgola.

—No tiene usted vergüenza, señor Charlie Chaplin.

—Me parece que ya te lo he dicho alguna otra vez. Vergüenza solo hay que tener de tener vergüenza, muchacho.

En ese preciso momento se oyeron unos gritos que interrumpieron la conversación.

—¡Venid, venid a ver esto! ¡La española está rechazando a Clark Gable! ¡Venid! ¡Corred! —gritaba un hombre mientras iba al trote por los estudios.

—¿Ha oído usted eso, Charlie? ¡Me voy a ver qué pasa!

Pelayo había salido corriendo. Avanzaba entre intrigado por la causa de los gritos de aquel hombre y aliviado porque con aquella excusa tenía la oportunidad de escapar de los enredos de Chaplin. Enseguida distinguió al gran grupo de personas que rodeaban el set. El muchacho se acercó raudo y se hizo hueco hasta colocarse en primera fila.

Entonces descubrió a la muchacha más maravillosa que había visto en su vida.

Tenía todo el voltaje de las mujeres de morenía y, a la vez, emanaba una elegancia finísima, inusual, magnética. Era el cruce definitivo entre la delicadeza y la arrogancia. Entre la pasión y el desprecio. Entre la efervescencia y la frialdad. Era, en fin, una aparición perturbadora.

Alguien le puso una mano en el hombro a Pelayo, y le sacó de su estado hipnótico.

—Esta chiquilla dará mucho juego —le dijo—. Pero muchísimo juego.

Le hablaba Lionel Barrymore. Lionel era un veterano actor y director, muy admirado en Hollywood. Sus pronósticos se aceptaban como sentencias. Si lo decía Barrymore, esa muchacha iba a triunfar seguro.

Pero alguien más se dirigió a Pelayo. Era de nuevo Chaplin. Le había seguido, y estaba ahora allí, a su lado.

—¡Vaya! Esa criatura es todo un espectáculo. Veo, Pelayo, que vas entendiendo bastante de jovencitas. Comprendo que se te haya quedado esa cara de aturdido, de atontado. Sí, señor. ¿Será sultana? Si no lo es, lo parece. Una sultana que fuera de la aristocracia. Algo así. Tendremos que ir en breve a conocerla, ¿no te parece? —dijo Chaplin, y le guiñó el ojo al muchacho—. Pero, ahora, ahora amigo Pelayo, volvamos al asunto que nos ocupaba.

—¿La gárgola? ¿El robo de la gárgola?

—La gárgola, Pelayo, la gárgola. Venía yo recordando, de camino para aquí, que tu nombre, Pelayo, tiene origen griego. Su significado es «Aquel que tiene voluntad de escoger». Escoger. Qué placer para algunos y qué tortura para otros. Saber escoger es un don de importancia, chaval. Y yo estoy seguro de que tú, haciendo honor a tu nombre, vas a saber escoger ayudar a un amigo como yo. ¿Verdad, Pelayo, verdad que vas a hacer honor a tu nombre?

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

La mujer más buscada

—¿Y la despidieron por eso?

—¿Despedir? ¿A quién?

—A quién va a ser. A Conchita.

—Muchacha, qué cosas se te ocurren. ¿Por qué iban a despedir a Conchita?

—Pues está claro. Por el insolente desplante a Clark Gable. No creo que haya preguntado un disparate —dijo Inma, un poco molesta—. Si yo estoy en el lugar de Conchita Montenegro, me hubiera preocupado mucho por si me despedían. De hecho, estaría segura de que iban a hacerlo, vamos.

—No creo que Conchita pensara así.

—O quizá sí lo hizo. Las mujeres sabemos ponernos en el peor de los casos. A menudo, mucho mejor que los hombres.

—A lo mejor es que las mujeres siempre os ponéis en el peor de los casos, ¿no te parece? Pero la respuesta a tu pregunta es no. No la despidieron.

—Pues no lo entiendo. Me dice que Gable era ya todo un figurón. Una estrella muy poderosa. Y Conchita era una novata que le había dejado en ridículo delante de todos. Razón suficiente para que Clark Gable se molestara. Yo pensaba que en ese mundo sin piedad del cine por una cosa así te jugabas el futuro.

—En realidad, con Gable ocurrió todo lo contrario. Clark, tras el episodio, se obsesionó con Conchita durante bastante tiempo. Merodeó y merodeó, sin desmayo, para llevársela al huerto, como se dice por ahí. Para Clark, no había nada más estimulante, por excepcional, que una joven que le rechazaba. Pero entiendo lo que dices, Inma. Sí, claro que en Hollywood te jugabas el futuro en un traspies laboral. Incluso te lo jugabas por una minucia más o menos absurda. Allí la arbitrariedad era casi un dogma a diario. Por eso, lo que debió quedar solo en una anécdota, por jugosa anécdota que resultara, se convirtió para Conchita en un punto de partida de lo más molesto. Molesto, pero también excepcional. Inaudito, casi.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Inma, ya muy intrigada.

—El asunto del beso negado, bajo aquel descaro, se hizo rápidamente muy popular en los estudios. Fue enseguida un beso famoso, cuando no hubo beso. Era el chisme más comentado. Y según se iba difundiendo por ahí, de unos a otros, la historia iba creciendo con nuevos matices llamativos, y hasta estafalarios. Al final del día, ya había varias versiones para explicar lo sucedido. Unos decían que la joven española debía ser una de las recientes conquistas de Gable. Que ella, sin duda, le habría pillado con otra. De ahí su resentimiento. De ahí su desdén. De ahí que no quisiera besarle. Otros sentenciaron que Conchita era lesbiana, y que por eso no besó al galán. Una versión del suceso de lo más absurda y disparatada. Una auténtica necedad, vamos. En Hollywood claro que había actrices lesbianas. Por supuesto que sí. Había unas cuantas, además. Normal. Pero te aseguro, Inma, que por ese motivo jamás ninguna dejó de besar al galán de turno en las películas. No sé yo cuántos más disparates se llegaron a elucubrar alrededor de lo ocurrido entre Conchita y Gable. Para que luego digan que los actores y las actrices son gente sin imaginación. Para que luego digan que los actores no serían nadie sin los guionistas y los directores. Allí había imaginación para escribir a diario una novela. Imaginación y envidia.

—La ajusticiaron, seguro.

—Lo que ocurrió fue que, tras la prueba de cámara, no había quien no se hubiera aprendido para siempre el nombre de Conchita Montenegro. Se lo aprendieron todos y, por supuesto, todas. En solo unas horas, Conchita pasó de ser una actriz más entre las recién llegadas, a ser la mujer más nombrada en los

estudios. La más nombrada, y la más buscada. Todos trataban de conocer a la joven que se había atrevido a tener un comportamiento tan rebelde, tan imprevisible y tan inapropiado. Todos querían ver de cerca a la actriz española que había roto las normas básicas de quien hace una prueba en busca de su primer papel.

»A Conchita la atosigaron sin descanso. Ella se sintió ahogada, se alejó de todos y se refugió en su camerino. Se escondió. Y con ello ensanchó su desplante. Dicho de otro modo. A un primer desplante, agregó un segundo. Primero, despreció a Clark Gable, luego a los curiosos. Mal asunto para entrar con buen pie en lo que no dejaba de ser una comunidad muy cerrada, una familia, como ellos decían. Repentinamente, el interés por conocerla se tornó en diligencia por ajusticiarla. Sí, la ajusticiaron, llevas razón, Inma.

—Se podía imaginar.

—Empezaron a decir de Conchita que era una engreída, una arrogante y una vanidosa. «¿Quién se cree que es esa joven recién llegada para mostrarse tan distante?», preguntaban unos, con crueldad. «Vaya con la españolita, acaba de pisar los estudios, y ya se cree que es la Garbo», apostillaban otros con maldad. Para los ingenuos, para los incautos, y para los malvados, confiesa el delito el que huye del juicio. Y así se quiso interpretar el aislamiento de Conchita. Como una huida sin humildad, como una infracción sin disculpa.

—Espere, espere un poco, ¿Greta Garbo ha dicho? ¿Por qué la compararon con la Garbo? ¿Tampoco Greta Garbo quería besar a los actores?

—No, qué va —se rio Pelayo—. No lo decían por eso, Inma, no. Lo decían por el comportamiento esquivo de Conchita. Por rechazar a todos aquellos curiosos implacables. Por ocultarse de ellos. La comparaban con Greta Garbo porque la Garbo no se dejaba ver por nadie. Mejor dicho, solo se dejaba ver por unas escasas personas elegidas, solo por las personas estrictamente necesarias. Su actitud era casi subterránea. A la Garbo, que era una mujer tímida y huraña por naturaleza, le costaba mucho relacionarse con los demás. Cuando se situó en lo alto de la aristocracia de las estrellas, su alejamiento del resto de los mortales se hizo una exigencia, y alcanzó extremos sorprendentes.

—Las maneras de las diosas, vamos.

—Algo así, sí. Greta llegaba al estudio dentro de su limusina, por ejemplo. El chófer la dejaba a un par de pasos de la puerta del camerino. Dos pasos, y la diva oculta tras su gabardina, su boina y sus gafas oscuras, ya estaba dentro de su tocador. Nadie la veía entrar, ni tampoco salir. Jamás utilizó el comedor de los estudios. Y eso que se comía muy bien, puedo dar fe de ello. Pero Greta se negaba a sentarse con el resto de los mortales, aunque aquellos mortales fueran también estrellas de cine. La mucama que tenía contratada le llevaba a diario la comida, previamente preparada en casa, hasta el camerino. Siempre comía sola. Cuando la Garbo rodaba una escena, obligaba a que pusieran unos biombos en el set para que los técnicos no pudieran verla. Greta repetía que no podía actuar si alguien la estaba mirando, salvo el director, obviamente. Era una mujer lejana, era un misterio. Esa distancia de Greta con el mundo de los mortales funciona muy a menudo para la alharaca publicitaria, pero en la colonia quisquillosa del cine no gustaba. No gustaba nada. Y eso precisamente es lo que quisieron ver en Conchita el resto de las actrices. Desde el principio, a Conchita se la juzgó y se la condenó. Ganó fama innecesaria de mujer distante, áspera, hostil.

—Por lo que cuenta, veo que, de entrada, no le pusieron las cosas nada fáciles.

—Así es. El ambiente que se creó de arranque no fue nada amable para ella, no. Aunque tampoco puedo negar que también tuvo suerte.

—¿Suerte? ¿Suerte en qué?

Hollywood, hotel Plaza. Viernes, 13 de junio de 1930

Una extraña amistad

Aquella mañana Conchita gastaba un enfado de huracán. Se sentía furiosa con ella misma. No lo había hecho bien, pero nada bien. Definitivamente, se había equivocado. Debería haberse ceñido al guion de la prueba de cámara, sin dejarse ganar por su propio ímpetu imperdonable. Debería haberse controlado. Pensaba que ella misma había puesto la soga al cuello de todos sus sueños. Ahora estaba segura de que la gran noticia en el Hollywood de sus ilusiones era el despido.

Se levantó decidida a salir pronto del hotel para llegar temprano a los estudios. A las noticias, buenas o malas, no había que darles el margen de la espera, ni la esquina del requiebro.

Cuanto antes le dijieran lo que tenían que decirle, mejor. Mucho mejor.

Pretendía ir directamente a esperar el veredicto en su camerino de la Metro. Quien tuviera que darle la mala nueva seguro que iría allí a buscarla. Eran las seis de la mañana cuando salió por la puerta de la alcoba de su hotel para dirigirse a los estudios cuando vio junto a su puerta a una llamativa actriz que fumaba un cigarro montado en una infinita boquilla color azabache. La joven estaba asomada al pasillo casi desnuda. Era una rubia voluptuosa cuyo cuerpo casi se transparentaba bajo una brevísima bata de seda rosa.

—¡Buenos días! —saludó la actriz con gran entusiasmo a Conchita.

La española se sobresaltó. No esperaba a nadie junto a la puerta de su habitación.

—No te quería asustar, disculpa —continuó diciendo la rubia platino—. Soy tu vecina de habitación. Salgo a fumar fuera porque el tabaco es muy malo para los cosméticos. ¡Qué bien, veo que eres madrugadora como yo! Eso me gusta. Madrugar resulta muy sano, ¿no crees? Pero, oye, ahora que te veo de cerca, ¿por qué llevas esa cara de mustia? Deberías estar radiante después de lo que te ha pasado.

Conchita le dirigió una mirada encrespada. Sabía quién era aquella actriz y aunque no perteneciese a la Metro Goldwyn Mayer, seguro que el chisme de su beso quebrado con Gable había traspasado los muros de la productora. Ya lo debía saber la comunidad estera de actores de Hollywood. Y ahora lo último que le hacía falta esa mañana era soportar burlas de una rubia vampiresa, en su propio hotel.

—Oh, oh, por lo que veo aún no te has enterado —siguió diciendo la joven sonriendo—. ¡Genial! Así te doy yo la noticia. ¡Me encanta dar buenas noticias! Te lo voy a decir: ¡te han dado a ti el papel protagonista!

Conchita estaba ya a punto de cerrar la puerta de su alcoba para irse, cuando las últimas palabras de aquella mujer la detuvieron de pronto.

—¿A mí? ¿Dices que me han dado a mí el papel protagonista? Eso no es posible. Si te estás mofando, empieza a ser de muy mal gusto.

—¿Mofando? Eso no sé lo que significa. ¿Mofando?

—Que no tengo cuerpo para burlas, muñeca. Eso significa —contestó airada Conchita.

—¡Ah! Burlas. Burlas, eso sí lo entiendo. No, no. No me estoy burlando de ti. Es completamente cierto. Te han dado el papel. Ahora sí que te van a odiar todas. ¡Es fantástico! Eres preciosa, eres más joven que ellas, haces tu primera prueba, desautorizas a Gable, y te eligen para ser la protagonista de la película que van a grabar con Buster Keaton. Chica, nada más llegar ya les has dado una lección inolvidable a todas. No te lo perdonarán jamás. Pero, oye, perdóname tú a mí, perdona que no haya entendido lo de mofando. Creo que hablo bastante bien el español, pero no me sé todas las palabras, todavía. Aprendo rápido, me gusta mucho aprender cosas. Tu idioma no lo he estudiado con profesor, pero con los amantes latinos es fácil quedarse con las palabras. Son muy fogosos en la cama, pero, sobre todo, son muy habladores, antes y después, claro. Yo soy como una esponja para los idiomas. La pena es

el francés. También lo hablo, pero no muy bien. Necesito saber más palabras en francés, porque algún día me quiero ir a vivir a París. Ese es mi sueño. Pero los amantes franceses apenas hablan. Y, cuando lo hacen, siempre dicen lo mismo. Con ellos no hay manera de ampliar el vocabulario.

Conchita estaba atónita y aturdida. Esa mujer no desmayaba en su monólogo creciente. Pero, entre tantas palabras, la rubia había dicho que le habían dado el papel a ella. El papel protagonista con Buster Keaton. Lo había dicho, sí. Y no parecía mentir.

—Perdona que te interrumpa —logró decir Conchita—. ¿De verdad me han dado el papel a mí?

—Sí. Claro que es verdad. Se supo ayer mismo, a última hora. Yo me enteré porque estaba en la Metro visitando a un amigo. Uno que quiere ser más que un amigo, pero yo, de momento, no. Pero de vez en cuando voy a verle, por si cambio de opinión, él manda mucho en la Metro Goldwyn Mayer. Bueno, que me despisto, a lo que iba, que estaba yo en la Metro ayer cuando se supo que después de las pruebas el papel protagonista era para la Montenegro. Y esa eres tú. Apenas llevo dos días en el hotel, me he trasladado aquí porque estoy haciendo reformas en mi casa y ya me dijeron en recepción que te tenía a ti de vecina de habitación. ¡Ay! ¡Qué estúpida soy! Ahora que digo tu nombre me doy cuenta de que ni siquiera me he presentado. Soy Jean Harlow. —Y la joven explosiva ofreció enérgicamente la mano a Conchita.

Jean extendió su brazo con tal ímpetu que consiguió que el cinturón de seda se desanudara, y el batín se abrió por completo, como un jirón al viento. Quedaron así, al descubierto, sus pechos opulentos, y el pubis íntegro. Jean tenía un cuerpo de monumento sexual. Aquel espontáneo desnudo integral no le provocó ningún asomo de pudor a la rubia. Muy al contrario, la actriz continuó con su discurso, mientras recomponía tranquilamente el poco trapo deshecho.

—Aunque a mí casi siempre me llaman por mis apodos —seguía Jean—. «La rubia platino», «La sex simbol rubia», «El bombón platino», «El veneno rubio». Sí, sí, ya lo sé. Resultan bastante obvios y repetitivos. Pero, chica, es lo que hay. No he sido yo quien se los ha inventado.

—Encantada de conocerte, Jean —respondió Conchita, que tenía ganas de darle un urgente abrazo en serio a aquella encantadora loca que le había dado tan buena noticia. Pero dado lo conflictivo de su exiguo vestuario, Conchita se decantó por ofrecerle solo la mano—. Sé quién eres, Jean. Te he reconocido enseguida. Te he visto en la película *Double Whoppe* con Laurel y Hardy. Y hace muy poco, admiré tu interpretación en tu film *Los ángeles del infierno*. Estabas magnífica. Pero, me parecía que...

Conchita se detuvo. Pensó que era mejor callarse. Lo que le iba a decir a Jean podía molestarla. Eso era lo último que Conchita querría hacer. Aquella mujer inesperada le había cambiado por completo el día con la noticia colosal. Le había cambiado el día y la vida entera.

—Ya veo, ya. Eres muy observadora. Eso está bien. Me miras mucho la cara, buscando mi característico lunar sin encontrarlo. Sí, en *Los ángeles del infierno* me grabaron muchos primeros planos, y en todos ellos luce espléndido mi lunar. Claro, ya sabes la película la ha producido y la ha dirigido mi Howard. Ya sabes, Howard Hughes, sí, el magnate. Pues tengo al magnate muy enamorado y se esmeró mucho en sacarme muchos y buenos planos, es lo que tiene el amor. Pero a lo que voy, que el lunar es falso. Hoy no me lo he pintado todavía. No me digas que te has callado porque pensaste que me enfadaría contigo por descubrir mi engaño. ¡Qué encanto! Eres un encanto, y eres muy discreta, eso también me gusta mucho. Pero tranquila. No solo no me importa que se sepa que es falso, sino que quiero que se sepa que es falso. Un lunar es un defecto. Aunque sea un defecto muy sexi, y que en mí queda espectacular. ¿Pero quién quiere tener un defecto? Por eso me gusta que se sepa que mi lunar no es de verdad. Y para que se sepa, lo cambio permanentemente de sitio. Tampoco es que lo dibuje en cualquier parte, no soy tonta, no creas. He estudiado bien mi rostro y conozco los sitios en los que el lunar me queda perfecto. Son, exactamente, doce puntos distintos. El problema son los directores. Los directores se enfadan conmigo porque a veces cambio de sitio el lunar durante el mismo rodaje de la película. Se quejan si en un plano tengo el lunar en un lugar y, en otro plano lo tengo en otro. Y dicen que eso le quita

credibilidad a la película. ¿Credibilidad? Ya ves tú. ¿Quién va a ver una película buscando credibilidad? Fantasía, eso es lo que quiere la gente. De triste credibilidad ya tienen sus casas llenas. Al público hay que excitarle. Hay que excitarle y hay que hacerle sonreír. Eso es lo que necesitan en sus vidas. Pasión y fantasía. Risas. —Jean apoyó su última palabra con la mueca de una exagerada sonrisa y dejó al descubierto todos sus dientes.

—Tienes una dentadura muy bonita —dijo de pronto Conchita, queriendo de alguna manera elogiar a Jean—. Bueno, te agradezco mucho la noticia que me has dado. Ahora tengo que irme a los estudios. Ya nos veremos por aquí, por el hotel. Hasta pronto, Jean, y gracias de nuevo.

Empezó a alejarse por el pasillo en dirección a las escaleras cuando Jean volvió a dirigirse a ella elevando la voz y obligando a Conchita a detenerse por educación y girarse de nuevo hacia la rubia actriz.

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que mi dentadura está muy bien? Muchas gracias por decírmelo. De verdad que eres un encanto. Observadora, discreta y generosa. Nadie piropea mis dientes. Siempre mis pechos, siempre mi culo, siempre mis piernas, siempre mi pelo, que es igual de falso que mi lunar, por cierto, pero nadie me dice nunca nada de mi dentadura. Y yo me esmero mucho en cuidarla.

—Se nota, sí —afirmó Conchita, que no había tenido más remedio que retroceder sobre sus pasos y volver junto a la actriz, postergando su salida del hotel.

—Soy hija de dentista, ¿sabes? Mi padre sería capaz de perdonármelo todo, menos que descuidara mis dientes. Pero yo no lo hago por mi padre. Hace muchos años que no tengo relación con él. Mis padres se separaron cuando yo solo tenía cinco años y se llevan fatal, a él no he vuelto a verle. Cuido mis dientes porque una buena dentadura es salud. Y la salud es lo más importante de la vida. No me gusta estar enferma. De pequeña estuve muy malita. Tuve la escarlatina. Se me complicó mucho y lo pasé fatal. Casi me voy, casi me muero. Desde entonces, se me metió en la cabeza la idea de que moriré muy joven. Por eso me cuido mucho. Y por eso es importante que consiga pronto irme a vivir a París. No puedo morirme sin cumplir el único sueño que de verdad me importa. Tú has vivido en París, ¿verdad? —Jean no le dio el tiempo suficiente a Conchita para que contestara—. Sí, seguro que sí. Se te nota al caminar. Caminas como las francesas, no como las españolas. Tus compatriotas confunden la elegancia con la castidad, eso en el caminar queda muy soso. El movimiento del culo de las francesas es un síntoma de libertad, y una alegría del glamur, porque en el glamur también puede caber la alegría, me lo van a decir a mí. Tú caminas así, como las francesas. Como las mejores francesas. Y eso es lo que yo quiero para mí. Lo intento, lo practico, pero me queda vulgar. La única forma de aprender a caminar como una francesa es viviendo en París. Pero tengo que hacerlo pronto. Por si acaso me muero antes, ya sabes. Pero perdona. Perdona, perdona, perdona. Que yo no paro de hablar de mí y hoy es tu gran día. ¡Que te han dado tu primer papel protagonista en Hollywood! ¡Y nada menos que con Buster Keaton! Y tú ahí, tan amable, tan calladita, tan atenta, escuchándome mis cosas. Hablándome de la dentadura. Porque se te nota que escuchas. Te lo veo en los ojos. Los ojos son los que dicen si una persona te está escuchando, o solo te está oyendo. A mí me encanta parlotear, pero no comadrear, como hacen las otras actrices. A mí me gusta hablar de cosas importantes, pero nadie me escucha. Tú sí lo has hecho. Te has portado muy bien conmigo. Quiero devolverte el favor. Voy a darte un consejo importante. Para poder moverte entre las arpías de esta familia malvada, y algo absurda, que es Hollywood, tienes que dejarte etiquetar en algo fácil, algo que no les resulte agresivo a las rivales. Y tienes que hacerlo pronto. Las otras actrices deben poder encasillarte de manera que les resultes previsible. Sobre todo, previsible. ¿Comprendes? Si no eres previsible, las desconciertas. Y si las desconciertas, se sienten amenazadas. Aquí todas son lobas, pero una loba que se siente amenazada es directamente una loba del diablo. Conmigo las mujeres lo tienen claro, saben que los hombres me aman porque no llevo ropa interior. Eso las tranquiliza. Entienden que si les robo a su hombre, nunca será por mucho tiempo. Los hombres no ven en mí a una esposa. Y eso que me casé con dieciséis años, y me divorcié con dieciocho, el año pasado. Vamos, que del tema sé un

rato. Que les quites a sus hombres y que les quites sus películas. Esos son los miedos de las lobas. Pero como a mí me ven como una explosiva rubia tonta, creen que los importantes papeles que ellas codician nunca se los darán a alguien como yo. ¿Ves? Estoy bien etiquetada. Fácil y sin peligro. Y, por lo tanto, a salvo. Debes esmerarte en conseguir pronto lo que te digo. Si no, vas a estar muy sola.

—Eso no me preocupa —resolvió Conchita, que al fin lograba hablar algo—. Yo no he venido aquí a hacer amigos, ni amigas. He venido a convertirme en una gran estrella.

—Pero la vida no siempre te ofrece lo que buscas. Mira, tú sin quererlo, ni buscarlo, ya has hecho una amiga. Escúchame bien, ¡te declaro oficialmente mi mejor amiga! —añadió Jean con estrépito, y se puso a aplaudir como una niña—. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Me queda por estar una larga temporada en el hotel hasta que mi casa esté lista, así que vamos a ser vecinas un buen tiempo. Para que veas las sorpresas de la vida. Yo que no le encontraba ninguna utilidad a saber español, y resulta que tu idioma nos ha unido. Vamos a ser muy amigas ya verás. Muy amigas y muy odiadas las dos. Va a ser divertidísimo. Pero, oye, ¿hablas poco, verdad? Mejor. Mucho mejor. Ya hablaré yo por las dos.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

El triunfo no se indulta

Pelayo recapacitó unos segundos y reanudó el relato.

—He dicho que Conchita tuvo suerte, sí. Me corrijo. Suerte, lo que es suerte, solo tienen los tontos. Diré mejor que su destino tenía prisa por abrirse camino. Esos gestos de abandono, de indolencia, o de desdén incluso, que había protagonizado Conchita ante la cámara gustaron mucho al director de la prueba. Mucho, insisto. Se distinguió indiscutiblemente de las interpretaciones de las demás. Y esa fue la guinda del gran pastel del resentimiento hacia Conchita. Era nueva, solo se había sometido a una primera prueba de cámara, y ya hablaban de ella más que de ninguna otra. Todas las nuevas actrices la envidiaron nada más llegar. Y las actrices ya consagradas se apresuraron a ponerla en sus agendas de rivales. A las personas como Conchita, que llevan el éxito en su ADN, no se las perdona. Suelen acabar solas. El triunfo no se indulta, Inma.

—Pues de momento no veo yo tan claro un buen destino, la verdad.

—Espera, Inma, porque aún no he acabado de contarte lo que pasó.

—Bien, pues dígame, ¿qué es lo que pasó?

—Que le dieron el papel a Conchita. Ella fue la elegida. Su carismática interpretación y su bella voz se impusieron sobre las actuaciones del resto de las actrices.

—Entonces, tenía una bonita voz. Y eso que ella le tenía miedo a que por su voz no la quisieran para el cine sonoro, como usted me contó.

—Un comprensible miedo para cualquier actriz que solo ha hecho cine mudo. Pero un miedo injustificado en el caso de Conchita, pues no solo poseía una voz sinuosa y bien timbrada, sino que además su dicción era perfecta.

—Oyéndole, parece que no había dos como ella.

—Porque no había dos como ella, no. Y no te creas que lo digo cegado por mi amor hacia Conchita. El tiempo demostró que era así. Su triunfo fue argumento suficiente.

—Y entonces tuvo que hacer su primera película con Clark Gable al que no había querido besar. Pues vaya panorama.

—No. La prueba se hacía con Gable, pero el papel era para ser la protagonista de una película con Buster Keaton.

—Pues eso también es empezar pisando fuerte en Hollywood, ¿no? Buster Keaton, hasta donde yo sé, era tan importante como Chaplin.

—Efectivamente, Keaton era un figurón. Y además hablaba también español, por eso él mismo protagonizaba las dos versiones de la película. En inglés compartía cartel con Sally Eilers como *partenaire* femenina, y en español con Conchita Montenegro.

—Claro que Conchita solo podía hacer las versiones hispanas.

—Así era, sí. Pero eso fue por poco tiempo.

—¿Quiere decir que Conchita llegó a hacer también las versiones originales en inglés?

—Por supuesto, ya te lo he dicho. Solo ella entre las actrices españolas lo consiguió. Hizo muchas versiones originales, y con los mejores directores y actores. Esas eran las películas realmente importantes. Pero no adelantemos acontecimientos.

—Sí, sí. De acuerdo. No adelantemos acontecimientos.

—Vaya, me sorprende que no me apremies en el relato.

—Porque primero quiero saber por qué no quiso besar a Clark Gable. Eso me tiene muy intrigada. Seguro que usted lo sabe. Porque usted lo sabe todo.

—Se lo pregunté al día siguiente de la prueba, cuando irrumpí en su camerino. Y me contestó, sí. Claro que sí. Pero la contestación fue ciertamente extraña.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer. Departamento de personal. Viernes, 13 de junio de 1930

El contrato

El despacho del jefe de personal era ovalado y sombrío. Incluía un gran ventanal ocupando enteramente la pared izquierda, pero unas tupidas cortinas marrones ganaban la batalla a la luz. Cientos de archivos, carpetas y documentos, conquistaban el espacio. Tras una robusta mesa de madera se sentaba el jefe del departamento. Era un hombre opaco, obeso y bajito. Un hombre de áspera personalidad. Conchita apreció que la altura de su sillón estaba aupada, para disimular su corta estatura. Aunque no pudiera verlos, la joven imaginaba los pies de aquel individuo, en oculto balanceo, sin poder tocar el suelo. Tras la mesa, y junto al ejecutivo, se situaba otro hombre que no ocupaba asiendo alguno. Era el traductor.

El jerarca empezó a leer el documento con honda seriedad. Al unísono, el intérprete iba dando traducción a sus palabras, mientras miraba al infinito.

—El film lleva por título provisional *Doughboys*, cuya versión en español se titulará *De frente, marchen*. El rodaje comenzará el lunes 30 de junio. Están previstas cinco semanas de rodaje. Miss Conchita Montenegro interpretará el papel coprotagonista en la cinta.

Conchita no pudo reprimir un ligero estremecimiento, al oír pronunciar su nombre. El ambiente era tan seco, tan distante, que llegó a pensar que aquel temblor había llamado la atención de los dos caballeros. No fue así. El jefe del departamento seguía leyendo de forma inmutable, y el traductor ni siquiera parecía estar allí. Solo sus palabras en español tenían presencia en el despacho. El jefe prosiguió, sin levantar la mirada del documento:

—Durante el tiempo del rodaje de la película, la exhibición de la misma, y hasta transcurrido un mes desde que la cinta haya sido retirada de la programación cinematográfica, Conchita Montenegro debe abstenerse de hacer declaración alguna a la prensa sobre el film, o sobre sí misma, sin que, previamente, los términos de sus declaraciones hayan sido aprobados por el departamento de publicidad de la Metro Goldwyn Mayer.

A aquellas palabras dictatoriales le siguieron otras que abundaban en una ejemplaridad de no poca cláusula, a propósito de la vida privada de la actriz. Mientras durase el contrato con la Metro Goldwyn Mayer Conchita Montenegro se abstendría de dar lugar a cualquier tipo de escándalos o conductas inmorales. El documento estipulaba también la necesaria, y estricta, puntualidad en la llegada a los rodajes, así como otras veinte disposiciones más, que de no ser cumplidas supondrían la inmediata rescisión del contrato. Finalmente, los términos se suavizaban al llegar a la parte del vestuario y el maquillaje de la actriz.

Terminada la lectura del escrito, el ejecutivo levantó la cabeza, dirigió su mirada por primera vez a Conchita, y esbozó una sorpresiva sonrisa. De esa manera, casi con entusiasmo, dijo en un esforzado español:

—Enhorabuena, miss Montenegro. No nos defraude y no la defraudaremos.

De inmediato, los ojos y las manos del jefe del departamento buscaron otros papeles que requerían su atención, unos papeles que claramente ya no concernían a Conchita. La reunión había terminado. Conchita no solo podía irse, sino que debía hacerlo.

—*Thank you. Goodbye* —dijo ella, aprovechando las pocas palabras que sabía en inglés, mientras se levantaba de su asiento. Luego, se dirigió al intérprete, y añadió en español cristalino—: Muchas gracias por todo.

La breve despedida de la joven quedó perdida en el vacío. Ninguno de los dos hombres prestaba atención a Conchita. Dijo adiós y gracias ante nadie.

Ambos estaban ya de paso en una nueva burocracia.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerinos.

Viernes, 13 de junio de 1930

Pelayo

Aliviada por salir al exterior del edificio, Conchita cerró los ojos. Estaba feliz. Quería regresar cuanto antes a su camerino para poder dar ahí un grito descongestionante de alegría. De camino, por las calles de los estudios, se cruzó con dos actrices muy emperifolladas que al verla se apresuraron a cuchichear entre ellas. La joven aceleró el paso. Por fin, llegó a su tocador. Abrió la puerta y soltó un grito. Pero no de alegría.

—¡Dios mío! ¡Qué susto me has dado! ¿Tú quién eres? ¿Qué haces dentro de mi camerino?

Un chaval, casi un crío, delgado como un alfiler, se había levantado de un brinco de la silla al oír el grito de la actriz.

—Perdona que te haya asustado. No era mi intención. Buenos días. Mi nombre es Pelayo —dijo el muchacho, intentando recuperar la compostura.

—¿Y quién te ha dado permiso para estar en mi camerino?

Conchita procuró imponer un tono de enfado a su pregunta. Pero ni el contento que llevaba por dentro tras salir del despacho, ni la simpática y despierta cara de aquel pilluelo se lo pusieron fácil.

—Yo solo quería darte un regalo de bienvenida.

—Ah, ¿sí? Pues no veo yo que hayas traído nada —apuntó Conchita divertida, mientras recorría el camerino con la mirada—. O quizás es que lo tienes escondido ahí detrás —añadió, señalando con su mirada el dorso del muchacho—. Pareces un soldadito con los brazos tan firmemente colocados a tu espalda.

—Sí. Lo tengo aquí detrás.

—Vaya. ¿Y a qué esperas para dármelo?

—Primero quería comprobar..., bueno, quería ver de cerca tu mirada.

—¿Mi mirada? ¿Y qué? ¿Has podido comprobar algo?

—Por supuesto. Eres la mujer más bella del universo, y, además, tienes ternura. Se te ve en los ojos.

Las palabras del muchacho estuvieron a punto de desarmar a Conchita. Pero la joven mantuvo el empaque de actriz.

—Eres un poquito joven para estar tan seguro de ti mismo, ¿no?

—Tengo ya catorce años. Ayer los cumplí. Y tú, ¿cuántos años tienes? —preguntó Pelayo, sin revelar aún lo que sus manos escondían a la espalda.

—¿No sabes que a una mujer no se le preguntan los años?

—Lo sé, pero ¿podrías decírmelo?

—Tengo bastantes más que tú.

—¿Bastantes cuántos son?

—¿A qué viene tanto interés por conocer mi edad?

—Para saber lo que tengo que esperar para que la edad no importe.

—¿Para que la edad no importe para qué? —preguntó Conchita, fascinada por el tenaz desparpajo del muchacho.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Naturalmente que quiero saberlo. ¿Para qué?

—Para casarme contigo.

XLIII

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

La impaciencia

—¡Era usted un chaval muy lanzado, Pelayo! ¡Lanzado y con prisas!

—La impaciencia se cura con los años. Y si no se cura, malo. Muy malo.

—¿Y qué le regaló a Conchita, dígame? Y ya le advierto que se le amontona el trabajo, porque no me ha contado todavía qué razones le dio para negarse a besar a Gable.

—Eres la lectora impaciente, Inma.

—Está bien, está bien, disculpe. Ya me callo. Cuénteme, por favor.

—Veo que mi historia te va gustando.

—Por supuesto. Gustar es poco. Me apasiona.

—Eso está bien. Muy bien. Pero yo no olvido que lo nuestro es un trato. Y un trato que nos contempla a los dos. No lo olvides tú tampoco. En algún momento, Inma, tendrás que revelarme qué es lo que te ocurre a ti. No creas que vas a escaparte de contar tu historia.

Inma se tensó. Durante aquellos días que llevaba visitando al anciano casi había logrado apartar de su mente a Marcos. Aunque por la noche volvía el ahogo, la tristeza, la tragedia, casi. El día, sin embargo, ya era al fin otra cosa, una conquista, un recreo, un alivio. Pelayo había conseguido que durante el día le interesaran otras cosas, otras vidas más allá de la suya propia. De momento, Inma ni se planteaba en serio la idea de abrir su caja de Pandora ante el anciano.

—Lo sé. No lo olvido, no se preocupe Pelayo. Pero no es mi momento. Todavía.

—De acuerdo, Inma. Yo, con casi noventa y un años, ya le tengo echado el lazo a la paciencia. Más me vale —remató el anciano, y ambos se echaron a reír.

Aún sonriendo, Inma volvió al asunto.

—Y entonces, ¿me va a decir o no me va a decir por qué no besó a Clark Gable y qué fue lo que le regaló a Conchita?

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerinos.

Viernes, 13 de junio de 1930

El regalo

—Es una flor española.

—¿Una flor española? —preguntó intrigada Conchita.

—Un clavel —contestó Pelayo mientras descubría su mano derecha de detrás de la espalda—. Lo he hecho para ti —dijo el chaval, entregándole a la actriz un clavel de papel.

—Es precioso, muchacho. De verdad, es precioso —repitió Conchita, emocionada.

—Lo hice con páginas de un periódico de ayer. Me he ocupado de que en los bordes se vea la fecha. Así podrás recordar siempre el día que te vi por primera vez.

—Pero, ¡es magnífico! —exclamó Conchita para desviar la atención sobre su propia emoción—. Eres un poeta de la papiroflexia.

—¿La papiroflexia?

—Sí, la técnica de hacer figuras de papel.

—Yo solo sé hacer claveles. Me enseñó mi padre. Mi padre es español. Los hago a menudo, pero siempre para mí, para distraerme. Nunca le había regalado uno de mis claveles a nadie.

—Pues muchísimas gracias. Es un alto honor ser la primera mujer en tener un clavel tuyo.

—La primera y la última. Porque yo solo pienso hacer flores para ti.

—Eres un encanto —contestó Conchita, volviendo a recobrar la pose de actriz para crear una distancia—. Y entonces dices que tu padre es español. ¿Es actor? ¿Trabaja aquí, en los estudios?

—Sí, trabaja en los estudios, pero no es actor. Arregla y construye. Arregla y construye de todo. Él hace cosas útiles.

Pelayo se mordió el labio inferior, pensando que su sentencia quizás había quedado impertinente.

Conchita se rio con ganas. Hacía tiempo que no escuchaba algo tan espontáneo y tan veraz. Aquella alegre risa de la actriz animó al chaval a hacerle una pregunta que podía no gustarle, según él podía intuir.

—¿Puedes decirme por qué no quisiste besar a Gable?

Conchita se puso seria al instante. Y contestó, casi hablando para sí misma:

—Las confidencias las reservo solo para mi hermana Juanita. Aunque sí te diré que no lo besé por prejuicios, chaval, fue por prejuicios.

—Perdona si mi pregunta te ha molestado. No lo pretendía. Es que Gable no me cae. No me cae nada bien. Es más, me produce un rechazo visceral. Y pensé que quizás te pasaba a ti lo mismo. Todo esto lo digo para ir comprobando las cosas que tenemos en común.

Conchita volvió a reír. Aquel muchacho era todo un acierto de muchacho.

—¿Sabes? —dijo Conchita con tono de confesión—. No creo que me cueste demasiado trabajo que Gable me caiga mal. Y hasta que me caiga muy mal.

Pelayo sonrió satisfecho.

—Sabía que no te podía gustar el Orejas.

—¿Le llamas el Orejas a Clark Gable?

—Claro.

—¿Y por qué?

—Ahora ya se las ha operado, para acercarlas a su cabeza. Por orden de los estudios pasó por el quirófano como hacen otras actrices y actores para arreglarse cosas. Pero, cuando Gable llegó aquí, tenía las orejas tan grandes y separadas que parecía un taxi con las puertas abiertas.

Conchita volvió a reír por el ocurrente desparpajo del muchacho, y pensó que Gable podía haber aprovechado para arreglarse también la boca. Pero no comentó nada a Pelayo de ese asunto.

—Oye, Conchita, entonces, ¿tienes una hermana?

—Tengo una hermana. Juanita.

—¿Y es tan guapa como tú?

—Es mucho más guapa que yo. Y te diré un secreto. Para ir teniendo más cosas en común. Hay en su corazón más ternura que en el mío.

Hollywood, 14 de junio de 1930

Mi querida hermana Juanita:

Te escribo ya instalada en Hollywood. Este lugar es difícil. Es difícil y hermoso a la vez. Esto es una bella contienda despiadada. A ti no te gustaría porque aquí casi nada es cierto. Nada es cierto. Pero yo me las apaño bien.

Hice mi primera prueba y me han dado el papel. Pronto podrás ver a tu hermana trabajando con Buster Keaton. Estoy ilusionada. Recuerdo mucho cuando íbamos juntas a los cines Callao para ver sus películas. Ahora seré yo la protagonista a la que bese.

Hablando de besos, te cuento que por primera vez he tenido un problema para besar. Fue con Clark Gable. Abrió su boca y vi unos dientes horribles. Pero horribles, Juanita. Los tiene sucios y peleados. Torcidos y repugnantes. Tuve que huir de esa boca. No me quedó otra. Sabes que yo amo las dentaduras cuidadas, como amo los buñuelos o la discreción. Fue un error dejarme llevar por mis prejuicios con Gable, aunque fueran prejuicios dentales. Siempre es un error dejarse llevar por los prejuicios. Pero queda tranquila, Juanita, esta vez el error fue un acierto.

He conocido a la actriz Jean Harlow. Es una chica mala que resulta muy buena persona. Su falta de decoro es un estímulo en esta vida del disimulo. Puede que acabe siendo amiga suya. Aquí me siento muy sola.

Te extraño en el alma, mi preciosa hermana. Ojalá estuvieras en Hollywood conmigo.

Conchita

P.D. Dile a los padres que estoy bien y que reciban mis besos.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 30 de abril de 2007

Juanita

Inma se sentía un poco defraudada.

—Entonces, Pelayo, se quedó usted sin descubrir por qué Conchita no quiso besar a Clark Gable. Por prejuicios, le dijo. Qué rara razón, ¿no?

—Eso dijo.

—Sí, fue una respuesta extraña, sí. Y añadió que las confianzas las reservaba para su hermana. O sea que tenía una hermana.

—Para ser exactos, tenía dos. Justa y Juanita.

—¿Usted conoció también a sus hermanas?

—Conocí a Juanita. Fue después de mi época en Hollywood, pasados los años, cuando me vine a vivir a España. Juanita era actriz también. Conchita y Juanita estaban muy unidas. Férreamente unidas. Pasaron juntas su adolescencia lejos del resto de su familia. Aquello creó entre ellas un lazo indestructible para el resto de sus vidas. Estuvieron viviendo y actuando como dúo de bailarinas adolescentes en París, y en otros lugares. Tuvieron mucho éxito. Pero ese éxito acabó llevándolas por caminos diferentes. Conchita regresó sola a París para grabar una película, película que luego la encaminaría a Hollywood, y Juanita regresó a Madrid. Pero, eso sí, jamás perdieron el contacto. Todo lo contrario. Lejos, muy lejos, la una de la otra, siempre sentían que de alguna manera estaban juntas. Eso me decía Conchita siempre. Siempre.

—Y dice que su hermana Juanita era también actriz. ¿Se parecían?

—Realmente resulta difícil responderte a esa pregunta. Muy difícil, incluso.

—¿Por qué?

—Porque podría decirte que eran iguales como dos gotas de agua, y no estaría mintiendo. Y también afirmar que eran dos polos opuestos, y tampoco estaría faltando a la verdad.

—Entiendo, eran hermanas gemelas, pero tenían distinta forma de ser. Eso pasa. Yo conozco a dos hermanos gemelos así. Uno me cae bien y al otro no le soporto, pero a primera vista no sé distinguir cuál es cuál.

—No vas del todo desencaminada, Inma. Aunque las dos te hubieran caído bien, seguro. Pero no. Vuelves a apresurarte. No eran gemelas. Conchita era mayor. Se llevaban un par de años. Pero, físicamente, si ponían el mismo gesto en el rostro, te hubiera costado igualmente distinguirlos. El asunto es que nunca dibujaban el mismo gesto en el rostro. Tenían una forma completamente distinta, más que de ver, de vivir la vida. Asumían los grandes asuntos vitales, el amor, la pasión, la vejez, la muerte, el sexo, todo, con muy diferentes pasiones. Su desigual interior se traducían en una disparidad en sus semblantes. Una disparidad en su fisonomía más por la emoción que por lo rigurosamente físico. Las dos eran hermanadamente bellas, pero transmitían sensaciones muy diferentes, opuestas, incluso. Conchita era más inasequible y Juanita más carnal. Conchita era más misteriosa y Juanita más apasionada. La belleza de Conchita era más aristocrática, y la de Juanita más salvaje, pero ambas manejaban el don de la seducción. Una, Conchita, tenía espíritu de hielo, y la otra, Juanita, perseveraba en lo fogoso. Un retrato rápido diría que Conchita era la distante y la otra la cercana.

—Dos iguales que no se parecen mucho.

—Es un modo de decirlo.

—¿Y Juanita está viva?

—No. Murió hace años, y también Justa, la otra hermana.

—A mí me hubiera gustado tener una hermana —casi susurró Inma, y el gesto de su semblante atento

al relato de Pelayo mudó en una expresión sombría.

—Pero tú tienes un hermano, el médico —afirmó Pelayo, sin comprender por qué Inma se mostraba de pronto tan afligida.

—Tengo dos hermanos. Cristóbal, el médico, y Álvaro, que es periodista.

—¿No te llevas bien con ellos? —preguntó el anciano, tratando de encontrar una justificación al repentino decaimiento de Inma.

—Al contrario. Son dos personas maravillosas. Me quieren, me cuidan. Yo soy la pequeña y se preocupan siempre por mí. Estamos muy unidos. Nos llevamos muy bien. Muy bien.

—Pues eso es tener un tesoro en tu vida. Y créeme que tener unos hermanos bien avenidos no es algo tan común. Claro que no. Yo soy hijo único, pero he visto mucho, y a muchos, en esta larga vida. No entiendo tu tristeza, Inma, la verdad.

—Porque yo quería tener también una hermana. Si hubiéramos sido dos las chicas en casa, todo habría sido diferente. Si hubiéramos sido dos las chicas en casa, yo no habría sido la eterna comparada. La sustituta.

—¿La sustituta? ¿La sustituta de quién? ¿De qué hablas, Inma? ¿Qué es lo que te pasa, muchacha? —le preguntó Pelayo, súbitamente preocupado.

—Nada, nada. Cosas mías. No se preocupe. Lo siento. No he debido decir esto. Perdóneme. Perdóneme de verdad. Ahora debo irme.

Pelayo se desconcertó ante el desasosiego súbito de Inma, que cargaba una punta de angustia creciente.

Salió de la habitación como el que huye de algo.

Acaso de sí misma.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, departamento de vestuario. Lunes, 16 de junio de 1930

Joan Crawford y la sastrería coincidente

Conchita había acudido temprano al departamento de vestuario. Más que un departamento a propósito, la Metro Goldwyn Mayer, que no escatimaba, tenía montada una galaxia. Había un edificio entero exclusivamente dedicado a los quehaceres o inventos de guardarropía. La primera planta se destinaba a los atuendos de las actrices, y el segundo piso se reservaba para la confección de los trajes de los actores. La joven divisó una estancia desmesurada donde un centenar de costureras se afanaban en concluir su trabajo sin levantar la mirada de sus máquinas, sin perderle el hilo al desempeño de sus agujas de coser. Aquello era una fábrica de atareamiento. «Diríjase a la sección de las modistas», le habían indicado a Conchita. Cuando encontró las dependencias señaladas, dos sastras se dedicaron a atender a la actriz. Afortunadamente para Conchita, una de ellas era chilena. Esta, enseguida, señaló en dirección a un vestidor.

—Muy bien, miss Montenegro. Si me acompaña, vamos a pasar a uno de los reservados para tomarle las medidas.

En ese momento, salía del reservado contiguo Joan Crawford, que iba hablando en inglés con un caballero de mucho aspaviento almibarado.

Conchita no entendió nada de la conversación. Aunque, por los teatrales gestos de la Crawford, la diva parecía estar encantada, complacida, feliz. La Crawford, la Crawford de nuevo. La Crawford, Conchita y la sastrería coincidente. Parece que la ropa y ellas dos remataban un triángulo del destino dispuesto a repetirse. La actriz texana y su acompañante atildado se alejaron envueltos en un frenesí de besuqueos.

La sastra apreció el vivo interés que despertó la pareja en Conchita, y le preguntó a la Montenegro:

—¿Sabe quién es?

—Por supuesto. ¿Cómo no voy a saberlo? Es Joan Crawford. Es maravillosa.

—No, no. No me refiero a ella, sino a él. Él es el jefe del departamento de vestuario.

—A él no le conozco, disculpe.

—Es el diseñador Gilbert Adrian, un maestro entre los maestros. Ha revolucionado el mundo de la moda en Hollywood.

—Debe de ser muy bueno, sí. Joan Crawford parecía satisfecha. Felicísima, yo diría.

—¿Muy bueno? Es un genio. Él solo viste a las estrellas, a las estrellas más rentables, si se me permite la expresión. A las consagradas. Sus actrices preferidas son Norma Shearer, Greta Garbo y Joan Crawford. Gilbert Adrian es el que les ha dado esplendor de verdad, el que las ha convertido en diosas. Solo hay que ver el trabajo insuperable que ha hecho con la Crawford. Ella tiene unos hombros demasiado anchos y su esqueleto es robusto en exceso. Gilbert Adrian con sus diseños exclusivos para ella, ha conseguido hacer de Joan Crawford un auténtico icono de la moda. ¿Cómo no va a estar satisfecha, y felicísima? Adora a Gilbert Adrian. Lo suyo es un verdadero noviazgo profesional.

Conchita archivó el nombre del diseñador entre sus ambiciones. Gilbert Adrian. Algún día también ella sería una de las diosas escogidas de los vestuarios únicos de aquel maestro.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Martes, 17 de junio de 1930

El profesor de inglés

Conchita Montenegro entraba en taxi a los estudios cuando la adelantó, como un relámpago en marcha, un Lancia extravagante, forrado de piel de leopardo. Al volante distinguió a una despampanante Gloria Swanson. La actriz americana llevaba prisa, o la inventaba.

Conchita siguió su rumbo. Cuando llegó a pie del edificio de los camerinos pretendidos, abonó el trayecto y descendió del vehículo. Subió las escaleras de acceso a la zona de los tocadores de las mujeres. Al desembarcar en el corredor correspondiente, descubrió que un caballero la esperaba junto a su puerta.

Era un señor de pelo cano y sonrisa de niño.

—Buenos días, miss Montenegro. Soy míster Spencer, su nuevo profesor de inglés. Me envían los estudios.

Conchita se quedó sorprendida. Sorprendida y encantada. Realmente, en la Metro Goldwyn Mayer pensaban en todo. Aprender inglés. Sí, aprender inglés. Eso era precisamente lo que ella necesitaba con urgencia. Abrió la puerta de su tocador invitando al profesor a pasar adentro.

—Siéntese, por favor —dijo Conchita, señalando el sofá de dos plazas situado en una esquina de su cuarto de vestir—. Me alegra mucho la iniciativa de los estudios. Estoy deseando poder aprender a fondo el idioma, y practicarlo, obviamente.

—Por supuesto. Para eso estoy yo aquí. El inglés es fundamental para usted. Una joven tan fascinadora no puede limitarse al cine hispanohablante, a las versiones en español. Tiene por delante un próspero futuro en el mercado del cine americano. Un dorado porvenir, que se dice en su gremio. Usted debe aspirar a protagonizar las películas originales. Esas son las importantes de verdad. Las que marcan la diferencia. Las de las grandes divas. El idioma no debe suponerle a usted un obstáculo, sino todo lo contrario. Para ello es necesario, y no solo necesario, sino urgente, que maneje de manera resuelta y natural el inglés —explicó el profesor en un buen español marcado por el acento extranjero.

Las grandes divas —pensó la joven—. Aquel hombre parecía haberle leído el alma a Conchita. Ya impaciente, quiso saber cuándo podían comenzar con las clases.

—Estoy a su completa disposición, profesor. ¿Cuándo empezamos? ¿Dónde da usted las clases?

—Podemos comenzar hoy mismo, si usted lo desea. Esta misma noche. Me temo que mi agenda de clases diurna está demasiado repleta, de momento. Además, supongo que a usted el horario nocturno le resultará más adecuado. Durante el día intuyo que deberá atender las exigencias de los rodajes. Por cierto, tengo entendido que acaban de ofrecerle el papel protagonista en una nueva película. Mi más sincera enhorabuena, señorita.

—Muchas gracias, míster Spencer. Sí. Así es —contestó orgullosa Conchita.

—Bien. Vamos a lo nuestro. Las clases suelo impartirlas en mi domicilio. Para mí resulta lo más práctico. Allí tengo preparada una sala de estudio para mi alumnado, con todo el material necesario. Pero si tiene usted problemas de horario, o de desplazamiento, de momento, y para no retrasar la iniciación, hoy puedo impartirle las primeras lecciones aquí mismo, en su camerino. Traeré esta noche los libros necesarios y los utensilios más básicos.

—Me parece muy bien. ¿A qué hora le espero, profesor Spencer?

—Puedo estar aquí a las nueve de la noche.

—Perfecto. A las nueve. Y, oiga, muchísimas gracias.

—Es un verdadero placer para mí —aseguró el profesor, mientras se despedía de su nueva alumna con una cortés inclinación de cabeza.

Conchita se descalzó, se tumbó en el sofá del camerino y respiró profundamente. Sentía que las cosas iban prosperando de muy buen modo. No llevaba en Hollywood ni diez días y en menos de un par de semanas más estaría grabando una película al lado de Buster Keaton. Buster Keaton, aquel maestro del género cómico al que tanto admiraba. El hombre cuyo rostro inmutable contrastaba con los argumentos de surrealismo que barajaba y las solventes acrobacias que inventaba. Conchita recordó algunas de las últimas películas que había visto de él, Keaton siempre resultaba tan convincente. Tan convincente y tan mágico a la vez.

Y ahora, aquella aparición matinal del profesor de inglés remataba el entusiasmo de Conchita. Sí, claro que ella quería dominar el inglés. Y lo haría. Dominaría el inglés como en París dominó el francés. El idioma tenía que dejar de ser una frontera para convertirse en un nuevo aliado, como había dicho el profesor. Un aliado para llegar a la cúspide del éxito. El profesor Spencer no conocía a Conchita, pero pareció tratarla con cierta familiaridad. Fue una aparición providencial para facilitarle el futuro. Porque el futuro hablaba inglés.

XLVIII

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Martes, 17 de junio de 1930

El regreso de Neville

Llamaron a la puerta del tocador. Sonaron unos golpes de nudillo, con armonía alegre. La actriz supuso que se trataba de míster Spencer, que había olvidado quizá algún detalle. Conchita se incorporó, se subió a los tacones y abrió la puerta.

—¡Buenos días, mi *prima ballerina*! ¡Qué ganas tenía de volver a verte!

—¡Ah! Neville, vaya sorpresa. Qué bien. Ya estás aquí en Hollywood —dijo Conchita, esquivando con un abrazo el beso directo de bienvenida que buscaba el diplomático.

—Sí. Por fin. Estaba ya harto de Washington. He resuelto todo mi papeleo y ya soy libre para quedarme en este Hollywood de mis sueños, que son los tuyos. Pero deja que te mire bien. Estás radiante. Pero radiante como nunca, como ninguna. Y lo sé todo, ¿me oyes? Todo. Estoy muy orgulloso de ti. Protagonista de la próxima película de Keaton. Es magnífico. Magnífico. Veo que no te ha hecho falta mi presencia para conquistar este podio. Nunca dudé de que fueras una maravilla. ¡Tenemos que celebrarlo! —añadió con franco entusiasmo—. Pero ¿te pasa algo, mi *prima ballerina*? —preguntó al ver el gesto opaco de Conchita—. Te encuentro un poco tensa. ¿Acaso no te alegra mi llegada?

—¿Tensa? No, qué va, en absoluto. Es solo que me has dado un susto, casi, porque no te esperaba.

—Pero será un susto de alegría.

—Se acaba de marchar el profesor de inglés y creía que era él quien de nuevo llamaba a la puerta. Pensé, no sé, que se habría olvidado de indicarme algo.

—Vaya, vaya. Ya has contratado un profesor de inglés. No pierdes el tiempo. Eres tan hermosa como diligente. Eres la hermosa diligente.

—No ha sido una iniciativa mía. El profesor me lo han facilitado los estudios.

—¿Los estudios? Esa sí que es una inusual prerrogativa por parte de la Metro. Se ve que te tienen en alta estima. En muy alta estima, diría yo. Aquí, el resto de los actores españoles que han querido hacerse un poco con el idioma se han tenido que buscar ellos mismos las clases de inglés. Que yo sepa no le han puesto un profesor a nadie. Ni siquiera a mí —añadió Neville, con una mueca de irónico disgusto.

—Pues eso es lo que me ha dicho el profesor Spencer. Que le enviaban los estudios, y que era urgente que empezara con las clases de inglés.

—¿El profesor Spencer?

—Así se me ha presentado, sí. El profesor Spencer.

—¿Puedes describirme cómo es ese profesor?

—Es un caballero muy educado. Tiene un rostro muy dulce, casi aniñado, aunque habrá brincado ya los cuarenta años, porque fundamentalmente peina canas. Y es muy atento y encantador. Pero ¿por qué me preguntas por el profesor Spencer?

—¡No me lo puedo creer! ¡Chaplin!

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Martes, 17 de junio de 1930

La verdad sobre Chaplin

—¿Chaplin?! ¿Se puede saber de qué estás hablando, Neville?

—De Chaplin. Estoy hablando de Charles Chaplin.

—¿Pero qué tiene que ver Chaplin con el profesor de inglés, míster Spencer? —preguntó Conchita, completamente desconcertada.

—Tu nuevo profesor de inglés, ese tal Spencer, es en realidad Charles Chaplin. Charles Spencer Chaplin. Charlie te ha gastado una broma. Una broma muy habitual en él, por cierto —aseguró Neville con rotundidad—. Una broma suya que seguro pretende ser la antesala a otras intenciones menos humorísticas o pedagógicas, ya me entiendes.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo iba a ser Chaplin? Yo le habría reconocido.

—En absoluto. Tú habrías reconocido a Charlot. Pero no a Charles Spencer Chaplin. Charlie, sin teñir de negro su pelo y sus cejas, sin sobreponerse su característico bigote, y sin colocarse su eterno bombín, es decir, Chaplin al natural, apenas se asemeja a su personaje. Es completamente normal que no le hayas reconocido. ¡Vaya con Charlie!, no pierde el tiempo, no —agregó Neville con cierto malestar.

—Y yo me lo he tragado todo como una necia. Era un hombre tan amable y tan creíble —dijo Conchita, desilusionada, mientras se dejaba caer en el sofá.

—Cómo no va ser creíble. Hablamos de Charles Chaplin, mi querida *prima ballerina*, no lo olvides.

—Qué estúpida he sido.

—Tampoco es para amargarse. No has sido la primera, ni serás la última víctima de las bromas de Chaplin. Lo de hacerse pasar por profesor de inglés para encandilar a las actrices recién llegadas ya lo ha hecho en otras ocasiones. Lo tengo muy oído.

—Pero es que me ha engañado por completo. Hasta creí que él me entendía de verdad, que sabía lo que yo quería. Me habló del necesario conocimiento del inglés para poder acceder a las mejores películas, a las versiones originales. Francamente, he sido una completa ingenua.

—Charlie es encantador y extremadamente inteligente, pero no tiene escrúpulos. Te ha cogido la medida enseguida, querida mía. Te ha descubierto como una mujer con ambición, como una actriz que quiere llegar a convertirse en una verdadera estrella. Sugiriéndote que el inglés te abriría la puerta de los mejores papeles dialogados, de las versiones originales, te ha dado el caramelo a tu gusto. Lo cierto es que Chaplin aborrece el cine sonoro. Cree que los diálogos son los asesinos del arte de la pantomima. Charlie solo considera como verdadero y sagrado cine el cine mudo.

—Lo que tú dices, me hizo un traje a medida y yo me lo puse sin mirar al sastre.

—Pero, ¡vamos!, alegra esa cara, bella muchacha —dijo animado Neville—, Chaplin no te hace ninguna falta para aprender inglés. Ese tema te lo arreglo yo. No como profesor, no —añadió, sonriendo, el diplomático—, mis conocimientos del idioma dan para lo que dan. Pero te puedo inscribir en la escuela municipal de Hollywood. Es muy buena. Varios actores españoles y extranjeros acuden a sus clases nocturnas. Y si lo que quieres es un profesor particular, te lo consigo también. Uno de verdad, claro.

Conchita agradeció a Neville su interés, y su entusiasmo, con un fuerte abrazo.

—Eres un verdadero amigo, Neville. Te quiero mucho.

—¿Un amigo? Bueno, algo más que un amigo, espero. Y ahora, vamos a lo que importa. Vamos a celebrar tu primer papel protagonista en Hollywood. Podemos ir a almorzar al Henry's. Es el restaurante favorito de los españoles. Allí tenemos siempre una mesa reservada para nosotros. Así brindaremos con

los compatriotas. Además, te va a encantar el lugar, Henry's es el epicentro de la vida pelicular.

—Te lo agradezco mucho, Neville. Otro día. Hoy no me da tiempo. Ayer me estuvieron tomando medidas para el vestuario, y tengo que regresar luego para que terminen —mintió Conchita—. Tomaré algo rápido en los comedores de los estudios.

—Está bien. El trabajo es lo primero. Al menos para ti —añadió Neville con un pícaro guiño—. Casi mejor, lo celebraremos esta noche tú y yo solos. Yo me encargo de llevarte a un lugar especial.

—¿Esta noche? Lo siento, Neville, de verdad, pero esta noche tampoco puedo. He quedado para cenar con Jean Harlow, se lo prometí —volvió a mentir Conchita.

—¡Jean y tú juntas! Bonita estampa. No sé yo cuál de las dos encierra más peligro. Bueno, bueno, pues sí que anda ocupada la agenda de mi *prima ballerina*. Veamos, a este plan ya no puedes negarte, mañana da una fiesta en su casa Dolores del Río. Sus veladas son excepcionales. Será un buen lugar para celebrar tu éxito.

—Sí. Mañana mejor, mucho mejor, Neville. Mañana, en la fiesta.

Secretamente, Conchita pretendía esperar esa noche al pícaro profesor Spencer. A Charles Chaplin le esperaba una sorpresa.

L

Hollywood, hotel Plaza. Miércoles, 18 de junio de 1930

La mentira

A Conchita le despertó con sobresalto el sonido del teléfono.

—¿Sí? ¿Dígame? Digo, *hello*.

—*Good morning, miss Montenegro. You have a call from Mr. Neville. Would you like to take it?*

—¿Míster Neville? *Yes. Yes. Ok. Ok.*

Conchita aprovechó el minuto de espera de la conexión telefónica para incorporarse un poco más en la cama. Aún se encontraba bastante adormilada. Se había acostado tarde. Muy tarde, entrada la madrugada.

—Buenos días, *prima ballerina*.

—Buenos días, Neville, buenos días.

—Vaya, suena tu voz algo somnolienta. Espero no haberte despertado.

—No. Qué va. No te preocupes. Llevo rato ya despierta. Pero, dime, Neville, dime.

—Solo quería recordarte la fiesta de esta noche. ¿Te parece que te recoja en tu hotel a las nueve?

—¿Recogerme? Eh, no, no hace falta. Nos reunimos allí directamente mejor.

—¿Prefieres ir sola a casa de Dolores del Río? A mí me resultaría un placer recoger a mi *prima ballerina*.

—Es que tengo algunas cosas que hacer esta tarde. Sí, algunas cosas. Y quizá llegue un poco más tarde, no lo sé. Prefiero no tener que estar pendiente, bueno, prefiero no tener que preocuparme de hacerte esperar. Nos vemos allí mejor. ¿De acuerdo?

—Bien. Como deseas —contestó él, resignado y algo extrañado.

—Neville, perdona, tengo que dejarte ahora. Me estaba preparando una bañera de sales —volvió a mentir Conchita—. Me temo que se me va a enfriar el agua. Nos vemos luego, esta noche, en la fiesta.

—De acuerdo, de acuerdo. Nos vemos esta noche, querida. Hasta entonces, celos tengo del día.

Conchita se quedó pensativa en la cama. Realmente no estaba haciendo las cosas bien. Neville no se merecía sus engaños. En absoluto se merecía que le mintiera. Había que hablar con él ya, pero no era aquella una conversación que pudiera resolverse por teléfono. ¿O sí? No, mejor no, y menos ahora, recién despierta todavía, y sin los reflejos en forma, para lidiar algo de importancia. Podía haber quedado con él a solas antes de la fiesta. Eso habría resultado lo más correcto. Pero más allá de los descargos que a su favor podía buscarse para un comportamiento tan egoísta, lo cierto era que Conchita no tenía ganas de enfrentarse a una larga conversación. Fundamentalmente, era eso. Esquivar una larga conversación. Eso, y que el asunto quería resolverlo rápido. Desde luego, la fiesta no iba a resultar un lugar muy conveniente para ello. De hecho, iba a resultar todo lo contrario, dada, además, la compañía que Conchita llevaría. Cuando Neville la viera allí, junto a su nuevo acompañante, no sabía muy bien lo que podría pensar de ella. Pero la actriz prefirió el velo de la noche para llevar a cabo la veloz confesión que pretendía hacer al diplomático. La noche siempre era más fácil, para las confesiones y para todo lo demás.

A Conchita le vino a la mente una frase que le dijo un día, hacía ya bastante tiempo, un escritor al que conoció fugazmente en una librería de Madrid. Una librería que siempre cerraba tarde. Ella había entrado allí a una última hora crepuscular, a la búsqueda de una nueva novela que le abriera el apetito de lecturas, un apetito siempre tan vivo en ella, por otra parte. De brujuleo entre los libros, le llamó la atención la peculiar figura de un hombre que coincidió a su lado. Era mayor, y manco. Su cuerpo era flaco, muy flaco. Vestía completamente de negro, se cubría con una larga capa luctuosa y calzaba botines de piqué. Su rostro era triste, pero seguro, y usaba unas gafas redondas y una barba de chivo. Conchita se

dejó vencer por la curiosidad, y se acercó al personaje.

—¿Es usted escritor o actor? —preguntó Conchita, muy juvenilmente.

—Soy un paisano incómodo.

—Apuesto a que es usted un actor —insistió ella, sin desanimarse por la fría respuesta del hombre

—. Tiene demasiado aspecto de escritor para serlo realmente. Sí, estoy segura de que es usted actor.

El hombre miró a Conchita. Aquella joven había despertado ligeramente su interés.

—Bien. Si lo quiere así. Soy un actor de mí mismo —respondió en corto el aludido.

—Encantada de conocerle. Me llamo Conchita Montenegro —se presentó alegremente la joven y le ofreció su mano para el saludo.

—Ramón del Valle-Inclán —respondió el caballero, tendiéndole la única mano de la que disponía.

—Valle-Inclán, bonito apellido, sonoro apellido. Pero me doy cuenta de que entonces me he equivocado —reflexionó Conchita—. Valle-Inclán parece un apellido más de escritor que de actor. Yo soy actriz. Desde hace poco, pero soy actriz.

—Ya lo veo.

—¿Qué es lo que usted ve? ¿Que soy actriz o que lo soy desde hace poco? —preguntó Conchita con retranca de pícara.

—De joven, mi mayor ambición era ser actor —prosiguió el hombre, con un interés creciente por la desconocida—. La pérdida de mi brazo izquierdo me impidió desarrollar mi vocación. Ahora yo soy el dolor de un mal sueño. Soy escritor, señorita. Escritor.

—Escritores y actores, me parece a mí que, a fin de cuentas, hacen lo mismo —apuntó Conchita, tratando de animar a aquel hombre que parecía vivir en un lamento—. Nosotros, los actores, intentamos que la gente sueñe, y ustedes, los escritores, buscan que la gente piense. Soñar y pensar son una misma cosa —sentenció la joven.

—Es usted una mujer apasionada, señorita, y a las mujeres apasionadas se las engaña siempre.

—Lo sé. No suelo mostrarme apasionada. Con usted he sido diferente. Creí que quizá le vendría bien.

—Resulta conmovedor que alguien como usted se haya molestado en intentar estimular a alguien como yo. No se preocupe. No es necesario. No es necesario, ni es posible. Pero, para su sosiego, le diré que creo que sobre la eterna noche del pasado se abre la eterna noche del mañana. Lo creo a mi pesar. Y usted no debe olvidar esto nunca, señorita.

El escritor alzó su mano derecha hasta su negro sombrero. Con una leve inclinación cumplió el adiós, y desapareció.

«Sobre la eterna noche del pasado se abre la eterna noche del mañana». Efectivamente, Conchita nunca olvidó esa frase. Y volver a recordarla ahora le encendía el ánimo frente a sus propósitos nocturnos en la fiesta inminente.

Norte de Hollywood Boulevard, mansión de Outpost Drive. Miércoles, 18 de julio de 1930

La fiesta de Dolores del Río

La actriz mexicana Dolores del Río era una de las mujeres más inteligentes y elegantes del más encumbrado Hollywood. Por su fina belleza latina fue celebrada como la versión femenina de Rodolfo Valentino. Cuando desembarcó en California, la prensa aplaudió en un recibimiento a la altura de sus expectativas:

«Dolores del Río, la heredera y primera dama de la alta sociedad mexicana, ha llegado a Hollywood con un cargamento de chales y peinetas valorados en cincuenta mil dólares. Se dice que es la muchacha más rica de su país gracias a la fortuna de su marido y la de sus padres. Hará su debut en la película *Joanna*». De esta manera recogían la llegada de la actriz en los periódicos de Los Ángeles. De aquello ya habían pasado más de cinco años. Durante ese tiempo, Dolores había cambiado sus chales por cuellos de visón, y sus peinetas por relojes de platino. La actriz también reemplazó a su marido, el aristocrático Jaime Martínez del Río, por uno de los hombres más influyentes en la industria cinematográfica, el director de arte Cédric Gibbons, toda una leyenda en la Metro Goldwyn Mayer. Su vida se había renovado mucho en Hollywood, pero permanecía intacta en Dolores su elegante estirpe.

La distinguida estampa de Dolores del Río era una clara elocuencia de la alta cuna de la que procedía, una cuna que se remontaba al origen aristocrático de un virreinato de España.

La casa, que era mansión, delataba asimismo el estilo elegante de la mexicana, que era un gusto caro. Aquella casa imponente, casi intimidante, por lujosa y desperezada, lucía como una de las villas más modernas y monumentales de los astros del cine.

La inteligencia de la actriz se derramaba en lo divertido de sus convites. En Hollywood, servía de poco parecer una princesa si no reinabas en sus fiestas. De nada. Y Dolores lo sabía. La diva había logrado que nadie, absolutamente nadie, quisiera perderse un ágape en su mansión de Outpost Drive.

Los invitados eran ceremonialmente recibidos por la anfitriona a la entrada de sus jardines. Esta era una costumbre desacostumbrada en Hollywood, que Dolores nunca quiso perder. La actriz daba la bienvenida a sus invitados uno a uno. Durante el trámite de los saludos, se demoraba en algunos convidados antes que en otros, dando así medida de atención a quienes eran más, o menos, en el secreto escalafón de todopoderosos de la fama de Hollywood.

—Querido Charles Chaplin, me alegra mucho recibirte en mi humilde morada —dijo Dolores mientras besaba efusivamente al influyente cómico.

—Para mí siempre es un placer acudir a tu «humilde» morada, Dolores. Aunque los dos sabemos que en toda fiesta que se precie hay dos clases de personas, los ricos y los muy ricos.

—Siempre tan ingenioso, mi querido Charlie, tan ingenioso y tan bien acompañado. ¿Me presentas a tu joven acompañante?

—Naturalmente. Dolores, te presento a Conchita Montenegro.

—Mucho gusto, señora del Río. Es un honor para mí conocerla, y acudir a su casa —saludó Conchita amablemente.

—Conchita Montenegro, la Greta Garbo española —atajó Dolores—. Tenía interés en verte de cerca. Permite que la anfitriona contemple tu belleza, de la que ya he oído hablar por ahí. —Dolores cogió de la mano a Conchita y con un resuelto movimiento impulsó a la joven a que se girara por completo.

En su vuelta de bailarina, Conchita dio vuelo al vestido que llevaba. Era de un profundo color esmeralda. Desde el pronunciado escote se alzaban dos piezas de gasa hasta anudarse detrás del cuello. La cintura, entallada por un drapeado, daba paso a una falda plisada que, con el movimiento de la joven,

dibujó una gracia de caracoleo.

—Eres preciosa, Conchita. Una preciosa española. Yo amo España —prosiguió la actriz mexicana—. He estado de visita en tu país en varias ocasiones. La última vez fui invitada por Jacobo. ¿Tú conoces a Jacobo, querida?

—Lo siento, señora. No sé a qué Jacobo se refiere.

—A quién va a ser. No hay otro Jacobo. Jacobo. Jacobo Fitz-James Stuart, el duque de Alba.

—Pues no. No le conozco. Personalmente, quiero decir —puntualizó Conchita.

—Es encantador y un gran anfitrión. Me presentó a su buen amigo el rey Alfonso XIII. Aquel viaje fue muy entretenido e instructivo. Sí, exactamente fue entretenido e instructivo. Bien, queridos, ahora debo seguir recibiendo al resto de los invitados. Y vosotros debéis disfrutar de la fiesta. Querido Charlie, cuida bien de esta joya española. Supongo que no tendré que insistirte al respecto.

Con decidido ademán elegante, Dolores del río pasó a saludar a los siguientes invitados.

Charles Chaplin ofreció su brazo a la Montenegro, para adentrarse en la velada.

Mientras avanzaban por el fastuoso jardín hacia el centro del convite, Conchita buscaba a Neville con disimulada mirada. Tenía que hablar con él antes de que la encontrara junto a Chaplin.

—Charlie, ¿te importaría ir a buscarme una copa de champán? —preguntó Conchita, pretendiendo lograr así unos minutos para tratar de localizar a Neville.

—Te veo algo abstraída, como preocupada diría yo —apreció Chaplin.

—No, no. En absoluto. Solo es que de pronto me ha entrado una sed desesperada.

—En ese caso, voy raudo a cumplir tus deseos. Pero, aun así, déjame que te recomiende que no pienses tanto, Conchita. Pensamos demasiado y sentimos muy poco. Vuelvo enseguida —sentenció el actor mientras se alejaba en busca del champán.

Enseguida no, pensó Conchita. No vuelvas enseguida. No. Antes de que Charlie regresara, tenía que lograr tiempo hasta localizar a Neville. La actriz se movió entre los invitados, buscándole. De pronto sintió que alguien la cogía el brazo por detrás. Conchita se giró y descubrió a la despampanante Jean Harlow.

—Hola, mi bonita amiga. Qué alegría encontrarte aquí —aseguró la rubia platino.

—Hola, Jean. Perdona, pero es que ahora estoy buscando a alguien, y tengo prisa.

—No, no. Nada de eso. No se hace así, amiga mía. No hay que buscar a nadie, porque si buscas, nadie te encuentra —afirmó Jean con aquella exagerada y sincera sonrisa que la caracterizaba—. Mejor dejarse encontrar, hazme caso. En las fiestas, miras o te miran. La segunda fórmula es sin duda la única apropiada para ti, mi bella amiga.

—Gracias, eres muy amable. Pero, en serio, Jean. Es urgente que localice a Edgar Neville. ¿Sabes quién es, verdad? ¿Le has visto por aquí?

—¿A Neville? Claro que le conozco. Apuesto español, y muy simpático. ¿Quién no conoce a Neville? Le vi de lejos hace unos minutos, creo que estaba bajo el porche. ¿Has venido con él?

—No. He venido con Chaplin, pero tengo que hablar con Neville unos minutos, a solas.

—¿Has venido con Chaplin? Charlie, Charlie... No me extraña. Si algo fascina a Chaplin son las mujeres jóvenes, morenas y españolas. Por ese orden, además.

En ese momento Conchita vio que Chaplin se acercaba a ellas con una copa de champán en cada mano.

—Jean, hazme un favor. Viene Chaplin ya. Voy a excusarme diciendo que voy a la *toilette*. Quédate un rato con él, y entreténle. Tengo que encontrar a Neville.

—Claro, compañera. Eso está hecho. Pero ten en cuenta que solo soy joven, ni morena, ni española. No querrá estar mucho tiempo conmigo. Date prisa.

—Aquí estás, querida. No te encontraba —dijo Chaplin a Conchita mientras extendía una de las copas de champán hacia ella.

—Hola, Charlie —interrumpió Jean, arrebatándole la copa de la mano que iba dirigida a Conchita—. No sabes cómo te agradezco el refrigerio. Estaba sedienta. Pero, Conchita —prosiguió la rubia dirigiéndose a la Montenegro—, ¿tú no ibas a retocarte al salón de aseo? No te preocupes, amiga, yo haré compañía a Chaplin mientras tanto. Aquí te esperamos —finalizó Jean, y volvió a dibujar su gran sonrisa.

Jean Harlow resultaba una cómplice perfecta. Aun así, Conchita sabía que tenía poco tiempo. Sin entretenerse más que los segundos justos para confirmar la coartada de Jean, la Montenegro se alejó de allí, y dirigió sus pasos hacia el porche.

Enseguida distinguió a Neville bajo el atrio porticado. Se encontraba solo. Parecía ir buscándola con la mirada inquieta.

Norte de Hollywood Boulevard, mansión de Outpost Drive. Miércoles, 18 de junio de 1930

La ruptura

—Qué tal, Neville —saludó Conchita con el gesto algo compungido.

—Mi *prima ballerina*. Por fin. Ya pensaba que habías cambiado de opinión y no venías. Estás preciosa, pero no traes cara de fiesta, precisamente. ¿Te encuentras bien?

—Neville, tenemos que hablar. Tengo algo que decirte.

—Adelante.

—¿Podemos entrar en el salón? Lo prefiero.

La pareja se adentró en la mansión en busca de un rincón discreto.

—Dime, *prima ballerina*. ¿Qué ocurre?

—Neville, siento decírtelo aquí, en mitad de una fiesta, pero yo no podía esperar más. No convenía esperar más.

—Ahora el que está inquieto soy yo. ¿De qué se trata?

—Creo que lo nuestro hay que darlo por terminado.

—¿Lo nuestro?

—Lo nuestro, sí. Se acabó.

—¿Se acabó?

—Perdona que sea tan directa. Sí, se acabó. Espero que no te enfades conmigo. Sería un dolor sin alivio si te pierdo como amigo.

Neville miró a Conchita en silencio durante unos segundos sostenidos.

—Mi querida *prima ballerina*, jamás renuncias a tener las riendas. Eso siempre me ha gustado de ti. De modo que no puedo enfadarme contigo porque te comportes tal y como eres. ¿Cómo voy a molestarte si tu temperamento es casi más excitante que tu propia belleza? Eres hermosa y eres valiente. —Neville cogió aire despacio y continuó—: Hemos disfrutado de un conjuro de emoción. Pero ambos nos subimos al tren de esa aventura sabiendo que nuestros billetes deparaban destinos distintos. No me alegra tu decisión, obviamente, pero celebro que seas tú quien haya dado por finalizado el trayecto antes que yo. A mí me hubiera costado renunciar voluntariamente a una mujer impar como tú.

—Por favor, Neville, dime que ahí te tendré siempre como amigo.

—Conocí a un colega, un escritor italiano, que decía que la amistad es más difícil y más rara que el amor, y que precisamente por eso hay que salvarla como sea. Siempre. Y tenía toda la razón, aunque fuera italiano —dictaminó Neville sonriendo—. Conchita, mi querida Conchita, siempre contarás con mi profunda amistad. Eso siempre.

Neville se despidió cariñosamente y dio por terminado su paso por la fiesta. Conchita se adentró en los jardines en busca de Chaplin. Tampoco ella tenía ya muchas ganas de velada, pero había que quedarse. Mientras caminaba, se percató de que era la primera vez que Neville la había llamado por su nombre. Y respiró casi contenta.

Hollywood, hotel Plaza. Jueves, 19 de junio de 1930

El apodo

Jean Harlow fumaba su cigarrillo de rigor en el pasillo a la puerta de su alcoba. Conchita salía de su habitación para dirigirse a los estudios.

—Buenos días, Jean. Ya me dijiste que no fumas dentro por proteger tus cosméticos del humo, digamos que lo entiendo, pero lo que no entiendo es por qué prefieres fumar aquí en el pasillo en lugar de hacerlo en el balcón de tu habitación.

—Por las personas de la calle que me observan. Por no vestirme, Conchita, por no vestirme. Me aburre vestirme.

—Por aquí también pueden verte los huéspedes del hotel en *deshabillé*.

—Sí, pero los clientes de un hotel son como de la familia, ¿no te parece? Los *lobbies* unen mucho. Yo no creo que vayan a escandalizarse por verme así. Pero ahora hablemos de lo que importa: ¿qué tal tu asunto de anoche con Neville? ¿Lo solucionaste? No pude preguntarte luego.

—Sí. Lo solucioné, sí. Gracias por tu ayuda.

—No fue nada, amiga mía. Aunque la verdad es que me costó un poco mantener la atención de Chaplin. Querida, le tienes embelesado. Pero lleva cuidado, porque a Charlie los embelesos se le pasan de repente. Hasta que de pronto se cruce otra, vamos. No quiero desilusionarte, pero tampoco quiero no advertirte.

—Te lo agradezco. No te preocupes, Jean, ya lo imagino. Pero yo a Chaplin solo pretendo conocerle. Es un ser único, no quiero que pase por mi lado sin tratarle de verdad. ¿Pero, y tú? ¿Qué tal en la fiesta? —preguntó Conchita para evitar el tema de forma rápida—. Luego ya te perdí el rastro.

—Maravilloso, espectacular, divino. Las fiestas de la Del Río son para morir. Creo que fui de las últimas en irme. Aunque eso tampoco es excepcional en mí.

—Es extraña esa mujer.

—¿Quién? ¿Dolores?

—Sí. Dolores.

—Extraña no, solo es muy rica. Muchísimo.

—Cuando Chaplin nos presentó, me dijo algo chocante. Luego, con el lío de lo de Neville, lo olvidé, pero esta mañana me vino de pronto a la cabeza, y ya no me lo he podido quitar de la mente.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me llamó la Greta Garbo española. Y lo comentó como si fuera mi apodo, o algo así.

—Cariño, es que todo el mundo te llama así. No me puedo creer que no lo supieras.

—¿Cómo que todo el mundo me llama así? ¿Y eso por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Quién sabe con seguridad por qué pasan las cosas en este loco Hollywood? Supongo que ven en ti semejanzas con ella, con la Garbo. Tampoco vayas a pensar que aquí la gente te conoce como te conozco yo, que sé bien cómo eres, aunque nos tratemos desde hace solo unos días. Pero, la verdad, ¡eres única siguiendo mis consejos! —apuntó Jean, imitando el gesto reprobatorio de una profesora—. Está claro que has seguido mis recomendaciones solo a medias. Y eso no sirve. Te dije que era importante que te catalogaran rápido. Eso ya lo has conseguido. Pero te advertí que provocases que te clasificaran en algo fácil, en algo predecible, para que se despreocupen pronto de ti. ¡Y has logrado que te comparen a la incomparable! Has conseguido que te comparen con la Divina, con «la mujer que no ríe», con la Esfinge. Nena, has hecho que te hermanen con la Garbo, la más peligrosa fiera de las que rondan por aquí. Cariño, no fue eso lo que yo te dije, no fue eso lo que te aconsejé. Aunque tengo que reconocer que en el dibujo de la cabeza, más que en el rostro, digo en el dibujo de vuestras cabezas, hay

algo, no sé, hay algo como un aire familiar entre las dos. Eso es verdad, o eso creo. Tengo que estudiaros más a fondo a la Garbo y a ti con esa idea. A mí lo de estudiar la forma de las cabezas...

—Pues yo no quiero que me comparen con nadie. Ni lo quiero, ni lo necesito —interrumpió enfadada Conchita, antes de que Jean siguiera con lo que ya se prometía como uno de sus monólogos delirantes.

—Venga, Conchita, no te... ¿cómo se decía eso en español? Espera, espera, que me tiene que venir a la cabeza, era... era... ¡ofusques! ¡Eso es! No te ofusques. Me gusta esa palabra. Ofusques, es una palabra muy seca y divertida —remató Jean.

—Es que no tienen por qué compararme con nadie. Ni con la fiera peligrosa, ni con la fiera no peligrosa. Con nadie.

—Que ya se les pasará, tranquila. Ya verás. Tú no hagas caso, y ya se olvidarán de ese tema. Seguro. Espero —añadió la rubia, intentando tranquilizar a Conchita.

—Bueno, me lo quitaré de la cabeza y espero que sea como tú dices. Además, tengo muchas cosas que hacer para estar preocupada por algo así. En solo unos días empiezo a rodar la película, y además me he apuntado a clases de inglés, en un intensivo. Ya veremos de dónde saco el tiempo para dormir.

—¡Hey! Eso es magnífico —señaló la rubia, entusiasmada—. Pronto podremos hablar en los dos idiomas. Cuenta con mi ayuda. A partir de ahora te hablaré en inglés, y luego te traduzco, claro. Voy a ser como un loro bilingüe contigo. ¡Será fantástico! Vas a saber mi idioma en un... espera, que esta palabra vuestra también me gusta, ¡en un santiamén!, eso, ¡en un santiamén!

»Y, querida, hablando de otra cosa, entonces, ¿Neville? ¿Neville está libre? Porque es una monería. Una monería española. El problema es que del idioma español ya sé un rato. Pero es que no encuentro un hombre francés que, de momento, me pueda interesar. No lo encuentro, no.

—Jean, realmente estás muy loca. Pero eres una loca encantadora. Me alegro mucho de haberte conocido, de verdad. Y por el francés, no te preocupes. Yo lo hablo perfectamente. Te enseñaré.

Al oír las palabras que le dedicaba Conchita Montenegro, aquella rubia de póster se puso a aplaudir como una chiquilla.

—Qué emoción. ¡Vamos a ser amigas trilingües!

Hollywood Beach. Domingo, 29 de junio de 1930

El mar de San Sebastián

Conchita disfrutaba de un relajante paseo solitario por la playa. Quería regalarse un rato de sosiego antes de que llegara el día de mañana y, sin duda, el mejor lugar para alcanzar esa tranquilidad era acercarse al mar. Al día siguiente, lunes, empezaría a rodar su primera película en Hollywood. La joven se sentó en la arena cerca del borde del agua. Miraba el mar. Siempre le gustó mucho contemplar el mar y pensar qué era lo que veía en él. Se le antojó que este mar de Hollywood prometía ser más extenso, a diferencia del mar de San Sebastián, que se adivinaba más profundo. O quizá era ella la que antes quería alcanzar algo más profundo y ahora lo que buscaba era llegar más lejos.

El mar de San Sebastián, el mar de San Sebastián, pensar en él le trajo muchos recuerdos. Parecía increíble todo lo que la había ocurrido en tan poco tiempo. Le daba la sensación de haber soñado, pero era real. Los sucesos pasados iban invadiendo su mente, vívidos, copiosos, casi incontables. Y la remembranza fue a desembocar en los primeros tiempos de su infancia. Recreó en su memoria aquel cuarto piso de la calle Garibay, 4, en San Sebastián, donde nació. Allí fue donde pasó sus primeros años de vida. Entonces, lo que más le gustaba era ponerse a bailar. Era solo una cría pero en cuanto escuchaba una melodía, su cuerpo, aún tan párvulo, se abandonaba a la música, bajo mucha gracia innata. «Tú empezaste a bailar casi antes que a caminar, mi niña. Tu cuerpo leía la música. Vas a ser una artista», le decía muchas veces su madre. Su madre se llamaba Anunciación, y siempre alentó a su hija para que bailara. «Baila, hija, baila», insistía, fomentando así el deseo de la cría, y de paso el suyo propio. Anunciación, a veces, se animaba a cantarle canciones a Conchita, para verla improvisar con el don de la danza. La madre aplaudía enseguida a la niña. La aplaudía mucho. Con sincero entusiasmo. Cuánto le gustaban a Conchita esos encendidos aplausos de su madre. La hacían sentirse muy feliz. Completamente dichosa.

Cuando cumplió Conchita los diez años, sus padres decidieron trasladarse a Madrid. Julián, el padre, era viajante de comercio, y entendió que su negocio tendría mejores expectativas y mayor proyección si se trasladaban a vivir a la capital. El día que los padres anunciaron a sus tres hijas que debían abandonar aquella casa de San Sebastián, Conchita lloró sin consuelo. La niña, en su razonamiento de pocos años, pensó que si se iba de allí ya no podría bailar más. Y se asustó. Se asustó mucho. Pero no fue así.

En Madrid, la familia se instaló en una vivienda mucho más espaciosa. Cuando Conchita vio aquel piso principal del número 29 en la calle Leganitos le pareció casi un palacio. La chiquilla se entusiasmó. ¡Allí había mucho más sitio para bailar! Cada día, una y otra vez, Conchita convencía a sus hermanas, Justa y Juanita, para que practicasen con ella las coreografías de danzas que ella misma iba ya inventando. Luego buscaba algún papel vistoso en el escritorio de su padre, y lo convertía en un ticket de entrada para una función casera. Cortaba las cuartillas en pequeños rectángulos y escribía en ellos el título del baile que iban a interpretar. Debajo ponía los nombres de las bailarinas, que eran siempre ella misma, y sus hermanas. En la sala de estar de la casa, Conchita colocaba ordenadamente unas sillas junto a otras, apartaba los muebles que pudieran dar estorbo, y colgaba de las lámparas unas guirnaldas que le trajo su madre un día de una fiesta. Se trataba de improvisar un escenario, y que el escenario lograra el atractivo mayor para el público. Al público había que darle disfrute. El público, sobre todo, tenía que aplaudir mucho. Los espectadores a los que vendía sus entradas «por la voluntad», eran siempre sus padres, y algunos entregados vecinos complacientes de la casa a los que la iniciativa artística de la niña convencía enseguida. Con el tiempo, su hermana Justa abandonó aquellos bailes infantiles. Por el contrario, Conchita y Juanita cada vez se tomaban más en serio el asunto de la danza.

Sus padres no eran artistas de oficio, pero sí gente amante de la cultura, con sensibilidad cultivada. Julián y Anunciación frecuentaban las tribus del espectáculo, y apoyaron sin fisuras a sus hijas para que adelantaran en su formación de bailarinas. Enviaron a Conchita y Juanita a un pensionado de París y las matricularon en la Escuela del Teatro de la Ópera. En la ciudad del Sena las niñas estudiaron danza y arte dramático. Conchita se sentía muy afortunada. Tenía catorce años y su vida ya había puesto el foco firme y fijo en llegar a ser una gran bailarina. Quería conquistar el éxito. Soñaba con el aplauso. Ya no se conformaba únicamente con la reverencia de su madre o de sus vecinos, quería el reconocimiento del mundo real y del mundo entero.

Terminado el curso parisino, las hermanas, jovencísimas, salieron convertidas en profesionales del género. Y formaron un dúo. Se rebautizaron juntas bajo el nombre de guerra artístico Las Dresnas de Montenegro, jugando al volteo del orden de las letras de su primer apellido, Andrés. Como tales, actuaron en varios locales franceses. Su espectáculo gustaba, y no sería exageración considerar que a menudo gustaba mucho, o muchísimo. Muy pronto, Conchita y Juanita, Las Dresnas de Montenegro, regresaron a España para debutar en los teatros barceloneses. El triunfo continuaba. Volvieron a Madrid y su espectáculo obtuvo un éxito rotundo. Siempre llenaban las salas con sus actuaciones.

Las jóvenes practicaban una danza vanguardista, arriesgada, ecléctica. Aquella apuesta resultaba un éxtasis de exotismo, un seísmo de sensualidad. El público de aquellas dos hermanas artistas quedaba entre hechizado y asombrado. Las danzas de aquellas dos adolescentes cautivaban al público. Las danzas y, por supuesto, la belleza quemante y un poco lunar de ambas, una belleza bifurcada que siempre podía con todo. La fama de Las Dresnas de Montenegro en los escenarios fue creciendo, y así un día hubo un productor de cine que se fijó en ellas. Y apostó por Conchita. Como que ofreció a la joven un breve papel para una película muda titulada *La muñeca rota*. Conchita tenía solo quince años y el cine se asomaba a su vida de artista precoz. Aquello era un sueño. Igual daba que su papel fuera muy secundario, muy de paso, porque suponía el primer paso como actriz. El baile, su baile, la había llevado a visitar un mundo paralelo, el del cine, y a Conchita aquello le parecía una oportunidad doble en su afán de estrella, un camino de dos direcciones para triunfar, mejor antes que después. Conchita siempre tuvo ahí, en el propósito del día siguiente, el auparse al triunfo de famosa en lo suyo, bien bajo las virtudes de bailarina, bien bajo los méritos de actriz. Qué más daba. Con un oficio, o con el otro, o con ambos, podía llegar a ser Conchita Montenegro, la Montenegro, que era de lo que se trataba.

Conchita aprovechó su oportunidad de debutante, que era una oportunidad corta, lo que no fue excusa para ahorrar esfuerzo y esmero en el papel encomendado. Ninguna escena, o escenario, la acobardaba. Enseguida consiguió filmar otra película. La nueva cinta se titulaba *Rosa de Madrid*. En este trabajo, la incipiente actriz ya pudo demostrar algo más de lo mucho que era capaz. Y, sobre todo, con esa película, y con la preparación a propósito, vislumbró en ella un entreabierto futuro de actriz. Se vio actriz decidida, y convencida, más allá de su aventura de bailarina, ya muy en marcha de triunfo, a pesar de la edad, o quizá precisamente por eso. Se percibía actriz. Y se intuía muy buena actriz, incluso. Pero le quedaba mucho trabajo por hacer. Tenía mucho que aprender. Eso también lo sabía. De modo que se puso a la obra de la forja de ese nuevo oficio, que quizá había sido siempre el suyo. La joven veía todas las películas que estrenaban. Se fijaba, hambrienta de aprendizajes, en aquellas grandes estrellas del cine mudo. Tomó por maestras a Greta Garbo, Mary Pickford, Marion Davies, Marlene Dietrich, Janet Gaynor o Gloria Swanson. Estudiaba cada uno de sus gestos y analizaba todos sus movimientos. Luego, en su casa, ya en lo íntimo de la habitación, se colocaba frente al espejo. Porque el espejo era entonces su público más exigente. Ante el espejo repetía una y otra vez las escenas que había visto.

Pero Conchita era consciente de que con eso no bastaba. Llegar a hacer películas importantes no era solo saberse capaz de hacerlas. Había que formarse como actriz y era urgente ir conociendo además a las personas importantes del mundo del cine. Tenía que frecuentar a aquellos que tenían influencia, o decisión, en el gremio. Sin eso, no habría nada. Toda actriz se manejaba entre los tiburones de los

estudios de cine, porque la valía, o la vocación, o las dos cosas, necesitan un escaparate, y no solo las ganas de trabajar, sin las que por otra parte, tampoco se llega a ninguna parte. Empezó, pues, el empleo paralelo de la asistencia a los cócteles o eventos vinculados a la industria del cine. Había que dejarse ver. Había que formarse, y dejarse ver. Ahí, en ambas cosas, estaba la ilusión, el desafío, el sueño.

Hollywood Beach. Domingo, 29 de junio de 1930

De Madrid a París. De París a Hollywood

Con los pies colocados a la distancia necesaria para que el desfallecimiento de las olas los acariciara, Conchita seguía recordando. Pensaba en las fiestas. En aquellas primeras y preceptivas de su oficio donde conoció a Agustín de Figueroa. Le gustaba a Conchita recordar aquel encuentro, y ahora aún más que estaba en Hollywood. El destino la llevó a encontrar a Agustín de Figueroa, y Agustín la llevó al director Baroncelli y a París. Y París la había llevado a Hollywood.

El joven Agustín era marqués de Santo Floro, y el hijo menor del conde de Romanones. Cuando Conchita le vio por vez primera, ya había publicado Agustín un prometedor libro de relatos y en ese momento estaba volcado en abrirse un sitio en el mundo del celuloide. Al marqués le llegó directamente al corazón el calambre de la belleza, casi violenta, de aquella muchacha ilusionada. Fue verla en Madrid en una fiesta, y quedar enamorado. Hablaron toda la velada sobre cine. El marqués contaba con entusiasmo a Conchita las ideas que iba afinando para dirigir la que sería su primera película. Cuando terminó la fiesta, la muchacha se despidió de Agustín, porque ya era hora de regresar a casa, según la máxima frecuente y reiterada de Conchita, que era a menudo el modo mejor de ir desanimando a los moscones, un arte o destreza en el que siempre tuvo mucha maña natural. El marqués, no obstante, insistió vehementemente en que tenía que volver a verla. Y Conchita no se negó.

Unos meses después, Agustín de Figueroa dirigió la película *Sortilegio*. La actriz protagonista de la cinta era Conchita, Conchita Montenegro. El rodaje fue toda una experiencia para aquella muchacha despierta, encantadora y decidida. Las escenas de la película se grabaron en el palacio de Liria y en el del marqués de Cubas. Conchita quedó contenta con su trabajo, y en lo íntimo se reafirmó en su completo deseo de hacer carrera de actriz.

Pero tras las luces del estreno, la película tuvo una acogida sombría. El filme no tuvo suerte, aunque Conchita sí. A uno de los pases privados que hizo Agustín de su película acudió Jacques de Baroncelli, un veterano y consagrado director de cine francés. Baroncelli era también marqués, como Agustín, y ambos eran amigos. Baroncelli se quedó enamorado por la interpretación de aquella joven Conchita casi debutante: esa joven tenía que irse con él a París. Sería la protagonista de su próxima película *La femme et le pantin*. Obviamente, Conchita no lo pensó ni un momento: se marchó a París.

No le faltaron las súplicas de Agustín para que permaneciera en Madrid, pero la determinación de Conchita fue insobornable. Lo fue entonces, porque lo había sido siempre.

Se despidió, ilusionadamente, de su familia y puso rumbo a Francia. Esta vez la capital francesa la iba a recibir sola, porque iba sin su hermana Juanita. Pero no le importaba. Contaba con el respaldo de un director de renombre. El entusiasmo de Conchita era casi una ebriedad, porque ahora iba a trabajar a las órdenes de un director de éxito. Conchita, en el recuerdo, evocaba a veces la estampa de aquel momento nítido de dicha, y también rescataba de la memoria los meses mágicos de rodaje de la película francesa y, en general, aquella gran época excitante, cuando la vida se inauguraba a diario en la desbocada ciudad de la Torre Eiffel. Parecía que habían pasado siglos, pero apenas había transcurrido un año largo.

Y ahora, mañana, empezaba de verdad su aventura en Hollywood. Mañana empezaba a rodar su película con Buster Keaton. Conchita se levantó de la arena de la playa. Era hora de retornar al hotel.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 2 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace diez días

Inma entró cabizbaja en la habitación 109. Se sentía avergonzada por su comportamiento. No le fue fácil el regreso al hospital. Ni fácil, ni cómodo.

—Inma, qué alegría me das. Pensaba que ya no volvería a verte. ¿Estás bien? Te he echado de menos. Es más, te he echado mucho de menos.

—Hola, Pelayo. Quería disculparme por la forma en que me fui el otro día.

—No hace falta que te disculpes, muchacha. Me quedé preocupado. Vengo pensando que quizá dije algo que te incomodó. No sé qué. Pero si es así, lo lamento. Lo lamento profundamente.

—No se alarme. Usted no tuvo la culpa de nada. La culpa solo la tengo yo y mis..., bueno, mis diablos interiores, digámoslo así.

—Tus diablos interiores. Eso suena doloroso. Entre doloroso y muy doloroso. ¿Quieres hablarme de ello? Quizás te venga bien. Siempre es un alivio contar lo que quema por dentro. Me dejaste extrañado, e intranquilo, por aquello que dijiste de que eras la sustituta. ¿A qué te referías, Inma?

—Pelayo, ¿puedo pedirle un favor?

—Claro, Inma, lo que quieras.

—Yo lo que quiero es que me siga usted contando cosas de Conchita Montenegro y olvidarme de mí misma.

—¿Eso es lo que crees que te viene bien?

—Eso es seguro lo que me viene mejor.

—No puedo estar de acuerdo contigo. Yo creo que a los problemas, a los diablos como tú dices, es mejor plantarles cara cuanto antes. Pero te voy a complacer. Por ahora. Te seguiré hablando de Conchita, pero tú has de prometerme que terminarás contándome qué es lo que te pasa. Yo sé que nuestro trato no te lo tomaste muy en serio, pero estoy seguro de que te vendrá bien abrir de una vez tu desván del dolor. ¿Me lo prometes, esta vez ya en serio?

Inma estuvo tentada de empezar en ese mismo momento a contarle a Pelayo toda su historia. Sin embargo, tenía tanto miedo a recaer en sus propias tinieblas que fue incapaz de hacerlo.

—Sí. Se lo prometo. Pero hábleme ahora de Conchita, hábleme de aquel Hollywood. Por favor.

El anciano comprendió que Inma no se sentía aún preparada para enfrentarse a sí misma. Se incorporó un poco más en la cama y se dispuso a seguir con la narración de sus recuerdos.

—El primer año que Conchita pasó en Hollywood transcurrió de manera acelerada. Conchita no paró de trabajar ni de aprender. Fue una suerte que lo de Chaplin durase poco. Chaplin te podía complicar a fondo la vida.

—¿A qué se refiere con lo de Chaplin?

—Conchita y Chaplin estuvieron un tiempo juntos...

—¿Se refiere a que tuvieron una relación amorosa?

—Tuvieron una relación. Amorosa, no creo. Vamos, seguro que no fue una relación amorosa, tal y como tú y yo entenderíamos lo de amorosa. Digamos que fue una relación de las que se hacían y deshacían a menudo en Hollywood. A Chaplin, Conchita le atraía como le atraían todas las jóvenes bellezas, y a Conchita, Chaplin le atraía por su genialidad, por su singularidad. Pero aquello duró poco, afortunadamente.

—¿Por qué dice afortunadamente? ¿Chaplin era un malvado? Yo había entendido que usted se llevaba bien con él.

—Me llevaba bien con Chaplin, sí. Y no. No era maldad lo suyo. Era puro egoísmo. Dije

afortunadamente porque Chaplin dejó embarazadas a unas cuantas jóvenes actrices. Si eso le hubiera ocurrido a Conchita, probablemente la habría destruido. Al menos, habría destruido su futuro como estrella. Pero Conchita fue lista, y acabó con aquella historia de manera rápida. Luego, ayudó la película con Buster Keaton, porque pasó lo irremediable.

—¿Lo irremediable? ¿Qué pasó con Buster Keaton?

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, plató 4.

Martes, 8 de julio de 1930

De frente, marchen

Conchita aprovechó una pausa en el rodaje para retocarse un poco el maquillaje. Edward Sedgwick, el director de la cinta, insistía mucho en que el rostro de la actriz principal tenía que resultar insultantemente bello. Radiante. Inmaculado. Conchita entendía bien aquella reiterada exigencia de Sedgwick. *De frente, marchen* era una comedia bélica donde se ofrecía una versión muy peculiar de la guerra. Allí no había héroes ni bellacos. Todos los soldados, los americanos y los alemanes, eran unos patosos, unos torpes desgraciados que luchaban con un humor exquisito en una guerra que no entendían. En el film, las trincheras resultaban auténticas cuevas dedicadas a la risa, la fantasía, y hasta el romanticismo. La excelencia interpretativa de su protagonista, Buster Keaton, su brillante humor y sus delirantes acrobacias eran las joyas mayores de la cinta. Pero la historia de amor no era desdeñable. En Hollywood, la historia de amor siempre era importante.

En el argumento de la ficción, Keaton resultaba ser un millonario que nunca trabajó en nada, un millonario ocioso que se enamoraba locamente de una muchacha. La muchacha era Conchita Montenegro. Para la gesta de la conquista de la chica, el protagonista decide mostrarse ante ella como un hombre de valía, y va en busca de un empleo. Y tiene tal desconocimiento del mundo real que acaba alistándose, por error, en el ejército. Los ingeniosos y pintorescos encuentros y desencuentros entre Keaton y Conchita, su pretendida novia, van hilando el deseado romanticismo del argumento. El director Sedgwick no contaba con los fastuosos vestuarios que normalmente adornaban a las protagonistas de los films en Hollywood, tratando así de crear una atmósfera propicia para las artes del amor. Conchita Montenegro, la novia deseada, debía vestir un traje militar durante la mayor parte del tiempo de aquella ficción. De ahí la porfía del director en cuidar la excelencia de su maquillaje. El rostro de la protagonista tenía que resultar un imán de esplendor.

—Nunca había visto una soldado tan majestuosa —aseguró Pelayo, acercándose al set portátil de maquillaje donde se encontraba Conchita.

—Ni yo a un pillastre tan halagador. Pelayo, por cierto, ya que estás aquí, ¿podrías hacerme un favor?

—¡A sus órdenes, bella coronela! —exclamó el muchacho, cuadrándose como un soldado.

—Venga, Pelayo, menos guasa. Además, se supone que voy de soldado rasa —rio Conchita.

—Insisto, ¡a sus órdenes, bella coronela!

—Necesito que te acerques hasta mi camerino. Coge allí el cepillo azul que uso siempre, y me lo traes. Con los trastos estos que me han proporcionado los de peluquería no me apaño bien el pelo.

Mientras escuchaba la petición de Conchita, Pelayo advirtió que Clark Gable se acercaba al set de la actriz. Gable llevaba semanas rondando a la Montenegro como un funcionario de la palabrería.

—Voy enseguida a por el peine mágico. Aunque quizás prefieras que me retrase aquí de escolta, unos minutos.

—¿De escolta?

—De escolta, sí. Se aproxima el Orejas por el flanco derecho, mi coronela.

—Qué horror. Sí, Pelayo, quédate un momento. Puede que así la visita de este pesadísimo resulte más breve.

El galán iba vestido de un blanco puro, casi cegador. Apenas el color crema de su cinturón y sus zapatos de punta de ala discrepaban del atuendo inmaculado. Gable se situó al lado de Conchita con su mejor sonrisa. Es decir, con su sonrisa de siempre.

—Buenos días, mi preciosa, linda, maravillosa, bella y hermosa Conchita.

—Veo, Gable, que cada vez sabes más palabras en español. Me parece bien, pero ahora me pillas muy atareada para practicar el idioma contigo. Muy, muy atareada. Si no te importa, tengo que trabajar —remató Conchita con seriedad, y concentró su mirada en el espejo para darse más polvos de maquillaje.

—Si me dejaras, te demostraría que soy algo más que una cara bonita y un gran cuerpo —afirmó Gable mientras deslizaba su dedo índice por la mejilla de la joven en lo que pretendía resultar una caricia seductora.

Conchita se levantó bruscamente de su asiento. Pelayo se situó de inmediato entre la actriz y el galán.

—¡En ti lo único que distingo grande es la cara que tienes! —respondió Conchita, airada—. Vámonos, Pelayo, acompáñame a mi camerino.

Conchita y Pelayo se alejaron con paso rápido y decidido de allí.

—No estoy seguro de que Gable haya pillado el giro español de tener grande la cara. Pero ha sido un buen golpe, Conchita.

—Me trae sin cuidado lo que entienda o deje de entender Gable. ¡Por Dios! ¡Es un pelmazo, y un engreído! Su prepotencia es maligna. Y no escarmienta.

—Ni se desalienta, me temo.

Pelayo se había girado para mirar de nuevo a Gable, que sonreía estimulado, como el que hubiera ganado una batalla. Pelayo lo vio de otro modo: tiene la clarividencia de la estupidez.

LVIII

Hollywood, hotel Plaza. Domingo, 27 de julio de 1930

Los gigantes se doblegan

Aquel domingo, Conchita Montenegro había decidido no salir a ninguna parte. Se aupaba un sol radiante y navegaba en el ambiente esa brisa tan acogedora que de pronto hacía inmortal el día de California. Neville hacía tiempo que ya ejercía con naturalidad solo de buen amigo, y le había propuesto a Conchita unirse a un grupo de actores españoles que iban a pasar el día a la playa de Santa Mónica. Por su parte, Buster Keaton le había ofrecido pasar el día en el club de tenis de Beverly Hills. Pero Conchita prefirió quedarse sola. Mejor pasar la jornada festiva leyendo en la habitación de su hotel. Unos y otros se extrañaban de que la actriz no se hubiera trasladado ya a vivir a una casa, o a un apartamento, como hacían todos los actores, o casi todos.

En Hollywood, la compra de una vivienda y su mantenimiento eran asuntos ciertamente asequibles. El dólar valía cinco pesetas y la vida resultaba barata para todo el que tuviera un buen contrato. Si residían en una casa, el coche era un útil imprescindible, pero las facilidades para adquirir un automóvil en Hollywood eran tan grandes que hasta el personal de servicio disponía siempre de su propio vehículo. Además, la gasolina apenas costaba dos o tres céntimos el galón. Y se encontraba personal de servicio por salarios muy económicos. Todo eran incentivos, pero a Conchita no le atraía la idea de mudarse a una casa. Además, no sentía necesidad de ninguna de las dos más importantes razones que esgrimían sus compañeros para disfrutar de una vivienda propia. Esas dos razones eran fundar una familia o poder organizar fiestas propias. Ella se encontraba bien residiendo en el hotel. No se imaginaba mejor en otra parte. La vida de hostería le alimentaba el ánimo de libertad. Era un lugar en el que quedarse para poder irse. Y eso era siempre para ella lo importante.

Conchita se tendió en el sofá situado junto a la terraza. Abrió el libro que tenía junto a ella, *El gran Gatsby*, una lectura en la que venía invirtiendo los ratos de un par de meses. Aquel libro la obligaba a un ritmo de lectura más lento de lo habitual en ella, incluso mucho más lento, porque era la primera novela que acometía en inglés. Ya hablaba con facilidad aquel idioma, gracias a las clases recibidas a propósito, y a su afán desvelado de siempre, pero la lectura la hacía despacio porque la alternaba con las consultas simultáneas al diccionario. Le hubiera gustado tener ya un dominio solvente del inglés, para que aquella novela magnífica no fuera un aprendizaje, sino un disfrute. Solo un disfrute. Aun así, la prosa de Scott Fitzgerald la había captado, desde su complejidad de maravilla. La historia de amor de Fitzgerald se recreaba en un imaginado lugar de esmerada opulencia. Un lugar en el que las gentes vivían para la ambición, la lujuria y el poder. Un lugar de adherente banalidad que bien podría haber sido por momentos el mismo Hollywood, según jugaba a conjeturar Conchita.

Lo que más sedujo a la actriz de aquellas páginas era el personaje de Jay Gatsby, El personaje en sí, en toda su extensión. Gatsby, con sus convicciones lentas, su amor incondicional y su porte superior al de cualquier otro mortal, se convertía en un ser excepcional a la vista de cualquiera. Sin embargo, para Conchita, Gatsby no dejaba de ser un actor, un actor de su propia vida, y acaso un actor a su pesar. El amor había sido el motor para que el protagonista de la novela construyera un personaje, y dentro de ese personaje se pasaba la vida, en una actuación perpetua.

Gatsby le recordaba a ella misma. Conchita sentía a menudo que su vida era más real si actuaba delante de una cámara. La interpretación tenía para ella, a menudo, menos fingimiento que la existencia misma. Frente a las cámaras, Conchita sentía una libertad que no encontraba en la vida real. Pero ¿cómo poder dejar de actuar también en la vida? Allí, en Hollywood, todos actuaban. Lo hacía incluso Buster Keaton.

En esos meses de rodaje con Keaton, durante la película *De frente, marchen*, Conchita había llegado

a conocer bien al actor. Keaton no solo había resultado para ella un maestro en el arte de la interpretación, según era previsible, sino que también se había convertido en un amante de mérito. Conchita había accedido al actor, y también al hombre. El romance había brotado de una manera inesperada, pero nada brusca. Era fácil sentirse bien junto a Keaton. Su conversación era siempre un estímulo, y su compañía aparejaba la garantía de no estar ante un hombre que siente por capricho. Además, a Conchita le sorprendía cada día la humildad con la que se manejaba el gran actor. En eso era justo lo contrario a Chaplin. Porque en el trabajo sí se parecían mucho. Keaton buscaba también la exigencia máxima, y ansiaba lograr la risa del público sin orillar la dignidad. La risa fácil no era tarea de Keaton. El actor siempre elegía la meticulosidad, o la delicadez, frente al tópico esperpento de urgencia. Algo que fascinaba a Conchita de Keaton era que el cómico se mantenía estoico ante las dificultades, igual en la vida que en las películas. Y, sin embargo, hasta Keaton, tan único, tan suyo, había tenido que firmar un contrato que le impedía sonreír en público. Incluso él, un gigante, se doblegaba ante el sistema. Había dejado que le prohibieran la sonrisa por contrato. Fuera de los estudios, fuera de la pantalla, siempre que hubiera testigos, Keaton debía sostener aquel rostro impasible propio de sus personajes.

Keaton, como Gatsby, como ella misma, también representaba un papel en su vida privada. Todos alimentaban una función diaria. Todos, de algún modo, se nutrían del resto, como diagnosticara un poeta, a propósito del oficio de la vida social.

Conchita retomó la novela en la página que dejó señalada y se puso a leer: «Cuando la curiosidad acerca de Gatsby había alcanzado su apogeo, las luces de su casa no se encendieron un sábado por la noche, y así terminó, tan oscuramente como empezara, su carrera de mítico anfitrión».

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 2 de mayo de 2007

El rival de Valentino

Pelayo apretó el botón del mecanismo que elevaba su cama para colocarse un poco más erguido.

—Bueno, con Keaton, Conchita sí tuvo una historia de mayor calado. Tampoco creo que fuera una relación amorosa, pero Keaton era un hombre tan instruido, tan convincente, tan gratificante, en fin, que era difícil esquivar con él el romance.

Inma apreció que a Pelayo le estaba costando un trabajo hablarle de esas cosas. Cómo no iba a costarle, si él mismo se había declarado completamente enamorado de Conchita, desde siempre. Inma sopesó lo duro que debió de resultarle la convivencia con los romances de Conchita, que era su novia sin serlo.

—Usted lo debió pasar muy mal con esas relaciones de Conchita. Si le molesta recordarlo, no me hable de ello. Me imagino que el relato de esos episodios debe dolerle mucho.

—No, tranquila. No pasa nada. Yo tenía entonces solo catorce años y era consciente de que Conchita, que ya tenía los dieciocho, a mí me tomaba solo por un crío. A mí me tocaba la espera. La esperanza en la espera. Además, ella no se enamoraba, eran relaciones que se tienen en la vida, nada más. Conchita estaba centrada en su trabajo, en convertirse en una gran estrella.

—Y dice que trabajó mucho ese primer año —apuntó Inma, como estrategia de alejamiento del pormenor de los romances.

—Ya lo creo que trabajó. Nada más finalizar la película con Keaton, fue elegida para protagonizar la nueva cinta de Ramón Novarro.

—¿Ramón Novarro?

—Ramón Novarro se hizo muy famoso por su papel en la película *Ben-Hur*. Y después cosechó muchos éxitos más.

—¿*Ben-Hur*? Pero si esa es la peli de Charlton Heston. La he visto varias veces.

—Yo te hablo de la primera versión de *Ben-Hur*. La de 1925. Con *Ben-Hur*, Ramón Novarro alcanzó el estrellato. Y se convirtió en el rival absoluto de Rodolfo Valentino. Bueno era una rivalidad ficticia, inventada por el departamento de publicidad de los estudios. Por aquel entonces Rodolfo Valentino y Ramón Novarro eran amantes.

—¿Amantes? ¿Valentino y Novarro amantes?

—Aquello se mantuvo en secreto. La fama de *latin lover* de Valentino no se debía destruir. Después Valentino murió repentinamente, y Ramón Novarro se convirtió en su heredero natural. Durante los años siguientes su carrera fue espléndida. Novarro era mexicano, y tenía rasgos muy viriles, aunque elegantes. Durante una época, se convirtió en el galán más versátil y codiciado por las actrices del momento. Era el nuevo *latin lover*. Todas querían ser la pareja de Ramón.

—Y entonces, ¿Conchita llegó a trabajar con él en una película?

—Sí, era una película que se desarrollaba en una Sevilla ficticia. Todas las actrices latinas deseaban aquel papel junto al galán. Pero Conchita fue la elegida. Y la elección fue del propio Novarro, que además de protagonizar la cinta también la dirigía.

—¿Y también con Ramón Novarro Conchita tuvo algo, o a Novarro solo le gustaban los hombres?

No había acabado de rematar la pregunta doble cuando Inma se arrepintió de haberla hecho. Su curiosidad creciente se había impuesto de manera instintiva a su sensibilidad por los sentimientos de Pelayo frente a las relaciones de Conchita.

—Novarro tuvo romances con hombres y con mujeres. Hasta con Greta Garbo. Pero no con Conchita. Entonces, Conchita aún estaba con Buster Keaton.

Condado de San Luis Obispo. Martes, 23 de diciembre de 1930

La hoguera de los egos

Cualquier actriz de Hollywood hubiera dado media biografía por tener aquel día la suerte de Conchita Montenegro.

William Randolph Hearst, rey de los ricos, y mecenas de vanidades, convocaba su gran fiesta fastuosa de Navidad, una cita de oro donde solo había cupo de convidados para la aristocracia mayor del cine. Quien era alguien en el gremio estaba en la fiesta de Hearst. Quien fue alguien, o lo iba a ser. Si Hearst te citaba, para aquella fiesta codiciada y cotizada, era como si te dieran un premio, acaso no más notable que algunos premios del estrellato de Hollywood, pero desde luego sí más notorio. Mucho más notorio, incluso. La fiesta de Hearst era el Oscar de las fiestas, un reconocimiento de millonario a la fama o la gloria ajenas, y poco a la fama o gloria propias. Acudir a la fiesta de Hearst era, en fin, haber llegado, eso tan claro y difícilísimo que siempre sueña todo actor, toda actriz, todo artista, en las noches prósperas de sus ambiciones mayores.

La obsequiosidad del magnate comenzaba en un tren de su propiedad, que estaba ahí, como otros años, en una vía muerta de la estación de Pasadena, a la espera de los cincuenta invitados escogidos. A ese tren subió Conchita Montenegro.

Las actrices, los actores, los productores, los directores, iban llegando al convoy, en dispersa tribu de ajeteo, al final del día, entre las chácharas de cortesía y el trámite de los equipajes. Algunos alcanzaban enseguida el coche restaurante, donde unos camareros imperturbables les agasajaban con champán y caviar. Conchita brujuleó apenas por aquel vagón, y se retiró enseguida, solitaria y satisfecha, disimulando la curiosidad con la altanería. Luego vendría la cena, que era servida a la hora precisa que deseaba cada uno de los invitados. Los más rezagados se acomodaron directamente en los distintos coches cama. Allí les esperaba, en varias bandejas, todas ornadas de plata, una cena fría, muy amena por sus numerosos y minuciosos manjares. Tras toda esa mecánica, que era más bien ritual, tras todo aquel prólogo de la fiesta propiamente dicha, el ferrocarril llegó según lo previsto a la estación californiana de San Luis Obispo. Hearst tenía ordenado que aquel convoy se mantuviera en completo silencio hasta que todos los invitados ilustres se hubieran despertado. De algún modo, el tren de pronto se dormía, hasta que despertaba el último de los pasajeros.

A la mañana siguiente, no faltaba para nadie un copioso y memorable desayuno, otra atención de lujo digna del famoso convocante, y de las estrellas convocadas. Poco a poco, todos se fueron repartiendo entre los distintos Cadillacs o Packards que les aguardaban aparcados en la estación. Quedaban cincuenta kilómetros para llegar al rancho descomunal de San Simeón, remate del viaje y templo de la hoguera de los egos que se preparaba. Porque eso era Hollywood, una hoguera de egos. Eso era la fiesta de Hearst.

Por estar ahí, cualquier actriz hubiera dado el botín completo de sus joyeros, y cualquier actor hubiera ofrecido el hígado de todas sus queridas, igual que los productores del gremio, y otros todopoderosos de aquella fábrica de la fantasía.

Conchita Montenegro subió al fastuoso automóvil asignado. De compañeras de trayecto le habían correspondido las encumbradas, perfumantes y peligrosas Joan Crawford y Norma Shearer.

—Vaya, qué novedad. Un coche solo de mujeres. Esperemos llegar al castillo sin ningún percance—bromeó Crawford, mientras acariciaba con lánguida elegancia su estola de piel—. Por cierto, querida Norma, no había tenido ocasión de felicitarte por tu Oscar. Qué merecido. Estabas divina en esa película de *La divorciada*. Claro que hacer de mujer a la que la han engañado no debió de resultarte muy difícil. En cualquier caso, me alegré mucho de que te concedieran a ti el premio, y no a la Garbo, con su *Anna Christie*. Qué mujer más incómoda es Greta, ¿verdad? ¿Viene también a la fiesta? Yo no la he visto en el

tren. Aunque, cómo para verla. Andará oculta tras algún biombo, que es lo que le gusta —ironizó Crawford con mohín de malvada—. Esa mujer se cree única en el planeta. Y me refiero al planeta en general, que empieza o acaba en Hollywood, eso sí.

—Gracias, Joan, querida. A mí también me gustó mucho tu interpretación en *Montana Moon*. Hacer de mujer rica y poderosa se te da estupendamente. Siempre. —Y Norma le puso a la apostilla de aquel «siempre» un envenenado énfasis—. Yo diría que casi se te da mejor ese papel que a mí el de mujer engañada. Pero, Joan, no creo que debas murmurar sobre la Garbo delante de Conchita. Porque vosotras, lo mismo hasta podéis llegar a ser amigas —ironizó Norma—. Como todo el mundo dice que os parecéis tanto —apuntó malvadamente, dirigiéndose a la Montenegro. Al ver que Conchita solo le devolvió una breve mirada por desganada respuesta, la diva siguió con su argumento—. Ay, chica, la verdad es que la Garbo y tú sí sois tal para cual. Qué raritas. Muy monas, sí, y muy raritas. Pero venga, mujer, tampoco pongas esa cara de enojo. Deberías estar pletórica. Mírate, ¿cuánto tiempo llevas en Hollywood? ¿Seis meses, siete, quizá? Y ya vienes invitada a la fiesta de Hearst. Lo tuyo, chica, no es una carrera, sino un carrerón. Aunque en esto conviene no llevar demasiada prisa. Que te despeinas. Y en este oficio nuestro, una despeinada no va a ninguna parte.

—Norma, vamos, deja tranquila a la muchacha. Es muy joven, y la aburren tus maldades.

—Pero si lo decía en serio —se quejó con un mohín Norma, mientras inclinaba coquetamente la cabeza consiguiendo que su característico flequillo repleto de ondas le cubriera el ojo izquierdo—. Ha sido fantástico el gran éxito que has tenido con tu primera película aquí —le dijo a Conchita—. ¿Cómo se titulaba? ¡Ah! Sí. *De frente, marchen*. Pero, claro, con mi querido Buster Keaton de coprotagonista, no se puede fracasar. Por cierto, ¿no ha venido Buster contigo? Porque, ¿estáis juntos, verdad? ¿O es un chisme infundado? De cualquier manera, yo lo veo un poco mayor para ti, ¿no? Porque Buster ya debe andar por los treinta y cinco, como mínimo, y tú eres una veinteañera. ¿Qué tienes, veintidós, veintitrés?

—Tengo dieciocho años —contestó Conchita de forma escueta. Y abrió el libro que llevaba junto a su bolso, y se puso a leer el drama de Paul Claudel *El zapato de raso*, ensimismadamente.

Conchita no dudó ni un momento de que aquellos cincuenta kilómetros bien pudieran ser la medida del maratón tóxico de dos ilustres malvadas.

Condado de San Luis Obispo, rancho de San Simeón.

Miércoles, 24 de diciembre de 1930

El rancho de William Randolph Hearst

El rancho fastuoso de Hearst, en San Simeón, era un espectáculo incesante. En sus trescientas mil hectáreas de terreno, dos torres de cuarenta y dos metros de altura, réplicas exactas de la torre de la catedral de Ronda, abrían paso al magnífico castillo del anfitrión y al resto de los palacetes para invitados. El multimillonario empresario de prensa americano adoraba Europa y reverenciaba su arquitectura. Era tal la fascinación de Hearst por el viejo continente que llegó a comprar iglesias maltrechas y castillos completos, que luego trasladó pieza por pieza hasta los Estados Unidos. En San Simeón, el castillo principal estaba construido con las piedras de una antigua iglesia colonial española. Constaba de cincuenta y seis habitaciones, sesenta baños, diecinueve salones, una monumental biblioteca y una sala de cine. Aquella edificación principal la había bautizado Hearst como la Cuesta Encantada, tirando así de nombre español directamente. En su interior de desmesura, las obras de arte ponían un susto de riqueza, y un prestigio casi de museo. Y sin casi. Justo a la entrada, se podía admirar una primera pieza de majestad, el *Neptuno*, un óleo del pintor francés Simon Vouet del siglo XVII. Aquella pintura era el sorprendente recibimiento de una mansión con ambiciones de monumento. Si echabas un vistazo a la izquierda, dabas con una Venus esculpida por Canova, y si mirabas a lo alto te deslumbraba una lámpara de Tiffany, inventada en el 1889. Por allí, por allá, se sucedían los mosaicos romanos, los artesonados góticos, los techos decorados con pan de oro. No todos los invitados sabían que podían apoyarse en la mesa en la que se firmó el Tratado de Viena, que allí estaba, como un silencioso testigo, y hasta algunos habían probado la fortuna de pasar una noche, o dos, en la cama del mismísimo cardenal Richelieu.

En el resto de las edificaciones adyacentes se repartían otras ciento diez habitaciones más para sus huéspedes. Aquel rancho insólito contaba con unos espléndidos jardines exteriores e interiores. Incluía, además, un aeródromo con dos pistas de aterrizaje, varias pistas de tenis, y podía jactarse de albergar el zoológico privado más grande del mundo, con trescientos cincuenta animales procedentes de todo el planeta. En esa casa de fieras, el magnate reunía tigres, camellos, cebras, búfalos, y hasta osos polares. Había caballos de linaje a disposición de los convidados ociosos, y un vaquero llamado Pancho para auxiliar a los debutantes en la equitación de paseo. Hearst había comprado en Italia un templo romano auténtico, que ahora presidía la piscina exterior, decorada en mármol blanco y negro, por ajustar el conjunto desorbitado, que daba cabida a un millón de litros de agua. En cuanto a la piscina interior, porque había piscina interior lógicamente, Hearst había combinado el lujo y la delicia, emplazándola bajo unas pistas de tenis. El agua caliente era cuidada como un trofeo, y había muros de museo cuyos adornos los componían más de un millón de azulejos de cristal de Murano. Aquí, allá, en las horas previas del almuerzo, y sobre todo de la cena, se agregaban al ambiente unos camareros uniformados, níveos, casi irreales, que hacían coro para ofrecer bajo entrenado boato el más selecto champán francés y un mitológico caviar de Beluga o un Molassol, para los menos adictos al salado.

Por supuesto, por cada invitado había, al menos, dos criados dispuestos en todo momento ante cualquier petición. Mientras, salpicados por los jardines, los huéspedes afrontaban cada uno la diversión a su manera. El shakespeariano actor John Barrymore derretía la sobriedad de su figura con su desmedida afición por los cócteles. Clark Gable repartía sus atenciones entre los magníficos ejemplares equinos de la finca y las más jóvenes de las criadas. Carole Lombard, con su cara de querubín y su boca de marinero, hacía de payasa infatigable ante cualquiera que se le arrimara. La sensual actriz decía siempre lo primero que se le ocurría apretando un vocabulario más propio de un camarero de barra que de una

grácil estrella de cine. Los cuatro hermanos Marx se afanaban en desorientar a la orquesta que amenizaba el vergel. El surrealista Groucho con una guitarra, el pícaro Chico con un teclado, y el encantador Harpo con su harpa, interpretaban una contramelodía dirigidos por Zeppo, el más joven de los hermanos. El rostro perfecto de la actriz Bárbara Stanwyck se descomponía en lo que parecía ser un capítulo más de la eterna discusión con su marido, el comediante Frank Fay. Muy al contrario, otro matrimonio asistente a los festejos, el formado por la diva Claudette Colbert y el director y actor Norman Foster no discutía nunca. Jamás estaban juntos. Si Claudette bailaba, Norman jugaba al tenis. Si Claudette se acercaba al grupo de invitados que atendían a Joan Crawford, Norman se introducía en el cotarro de huéspedes que lideraba Charles Boyer. Claudette y Norman llevaban dos años casados, pero se decía que no habían convivido ni un solo día. Marlene Dietrich fumaba su cigarrillo oblicuo. Fumaba y apenas hablaba con nadie. Al pasar junto a ella, Conchita distrajo su mirada hacia la Dietrich el tiempo suficiente para desilusionarse. Marlene vestía pantalones. La circunstancia impedía a Conchita el privilegio de echar un vistazo directo de curiosidad a sus piernas, aunque solo fuese a sus pantorrillas. Aquella hubiera podido ser una insospechada ocasión, acaso inmejorable, para comprobar en persona la belleza de las piernas de la Dietrich, unas piernas perfectas, según los que opinaban de la geometría de las artistas, unas piernas de esplendor que la Paramount había asegurado en un millón de dólares. Para la Paramount, Dietrich era su mayor joya, la única rival posible ante el fichaje de Greta Garbo por la Metro Goldwyn Mayer.

Conchita decidió ir a darse un baño en la piscina cubierta. Tenía que despejarse un poco de tanto champán, de tanta risa, y tanta conversación de espuma, que son las conversaciones propias de las estrellas de cine, en general, y de las de Hollywood, en particular.

La piscina estaba vacía. Los invitados se divertían en otra parte. Aquella soledad reconfortó a la joven. Nadó despacio unos cuantos largos, recreándose en aquel espacio que parecía la copia de unas antiguas termas romanas. Al llegar a uno de los laterales de la piscina, Conchita se dio cuenta de que fuera, de pie, en el borde mismo, había un hombre. Y la miraba, mientras sostenía en las manos un albornoz blanco. Parecía estar esperándola. La joven subió las escaleras, y salió del agua.

—Perdona que haya interrumpido tu plácido baño —le dijo el hombre a Conchita, ayudándola a cubrirse con el albornoz.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, mirándome? —le preguntó Conchita frontalmente.

—No, no. Vengo a buscarte. Permite que me presente. Mi nombre es Spencer Tracy. No nos conocemos personalmente, pero creo que somos los dos únicos primerizos en esta fiesta. El resto ya ha estado aquí en celebraciones anteriores, y deben vivir probablemente inmunes ante tanto disparate. Entiendo que te refugies aquí.

A Conchita le gustó la cordialidad urgente y la sinceridad alegre con las que hablaba aquel hombre. Su rostro acreditaba una seguridad natural, y también una amabilidad no de trámite. Las ondas de su pelo rubio, casi pelirrojo, le enmarcaban suavemente la cabeza. Tenía unos ojos azules que sonreían dulcemente al hablar.

—Te vi sola, aquí, nadando, y me atreví a avisarte de que el anfitrión nos busca a todos. Quiere que nos reunamos con él en la biblioteca. Espero que no me hayas tomado por un *voyeur*. No te estaba espiando, te lo aseguro.

Tracy remató la disculpa sonriendo, y Conchita descubrió su dentadura muy blanca y perfecta. Pero Tracy no estaba siendo del todo sincero. Era cierto que su intención era avisar a la joven, pero, al entrar, al verla, sí había esperado unos minutos antes de acercarse al borde de la piscina, hasta ser descubierto por la propia Conchita. La imagen de esa joven deslizándose por las aguas de la piscina tenía algo de perturbador espejismo, de alucinación gratisima, de hipnótica fantasía. Llevaba un traje de baño de látex en color durazno, y su desnudo apenas insinuado era el de una joven diosa.

—Disculpa la brusquedad de mi pregunta, Spencer. Me llamo Conchita Montenegro. Encantada de conocerte —la presentación la remató con dos besos a Tracy—. He visto tu interpretación en tu película

Río arriba y realmente me gustó mucho.

—Muchas gracias por tu halago. Sí, he tenido la suerte de trabajar con el gran director John Ford y él te ayuda a brillar. No sé qué dice que ha visto en mí pero está empeñado en que triunfe en esto. Me lo pasé bien rodando la cinta y he hecho además alguna buena amistad con un actor primerizo llamado Humphrey Bogart con el que he congeniado bastante. Aunque ya veremos si esto del cine es realmente para mí. Pero dejemos de hablar de mí, el gusto de conocerte es mío. Aunque, por supuesto, que ya sabía quién eras, y cómo te llamas y hasta sé que eres de las privilegiadas, que tienes contrato con la gran productora, con la Metro. Tú no pasas desapercibida —afirmó, haciendo un guiño muy simpático, que hizo reír a Conchita.

—Entonces, ¿tenemos que ir todos a la biblioteca? Iré a secarme a mi habitación. Gracias por el aviso, Spencer. Por cierto, no somos los dos únicos primerizos aquí. También está mi compatriota Edgar Neville. Búscales, seguro que te gustará conocerle. Es alguien con el vicio de la amabilidad, como tú.

Y Conchita se esfumó como un milagro.

Condado de San Luis Obispo, rancho de San Simeón.

Miércoles, 24 de diciembre de 1930

Cumpleaños de Marion Davies

A William Randolph Hearst le llamaban W.R. los del trato directo, y muy a menudo también los de trato no tan directo, porque en Hollywood gustaba mucho tratar a los millonarios como si fueran de la familia. A W.R. le llamaban el hombre de los quinientos millones. Era, en cualquier caso, un hombre de incalculable riqueza que dirigía más de cuarenta diarios y revistas, numerosas cadenas de radio y diversas agencias de noticias. Los amigos, y los enemigos, se ponían de acuerdo enseguida en que manejaba a su modo la política estadounidense, y que en un hombre de tanto poderío no cuadraba mucho una vocecilla delgada, inequívocamente infantil. Con aquella voz impensable de crío se puso a hablar a los invitados congregados en la imponente biblioteca de estilo neogótico.

—Queridos amigos, queridas amigas. Espero que estéis disfrutando de vuestra estancia en mi castillo, que es el vuestro. Yo soy feliz de contar con vosotros aquí para celebrar la Navidad, un año más. Ojalá no entendáis como abuso la petición de un pequeño favor. Marion, mi Marion, vuestra Marion Davies, cumple años la semana que viene, pero, por desgracia, la semana que viene ya no estaremos todos reunidos aquí. Nada la haría más dichosa que recibir de todos vosotros, sus amigos, mis invitados, un pequeño pero sincero obsequio.

A los huéspedes, de pronto, se les helaron los ánimos. Y empezó a brotar entre ellos el mismo murmullo preocupado. Nadie había reparado en el cumpleaños de la actriz, y naturalmente nadie había traído regalo alguno que ofrecerle. La actriz Myrna Loy miró rápidamente con desconcierto a su alrededor, por un instante creyó ser la única en haber cometido el error de no llevar presente alguno, enseguida comprendió que a todos los presentes les ocurría lo mismo. Rápidamente, de aquella incertidumbre, que tenía algo de callado susto, vino a sacarles el propio W.R.:

—Tranquilos, amigos. Soy consciente de que desconocíais la fecha de cumpleaños de mi querida Marion. Por eso me he encargado de tener aquí obsequios sobrantes para que se los entreguéis vosotros, mañana, tras el almuerzo de Navidad. —W.R. hizo una seña a uno de los criados, y este corrió una gran tela de raso que ocultaba decenas de paquetes con envoltorios de distintos colores. Entonces, el anfitrión remató—: Estos son vuestros regalos para Marion. Pero, os lo ruego, no le digáis que tengo algo que ver en todo esto.

Los invitados aplaudieron el cariñoso gesto del magnate para la efemérides de su amante.

Conchita asistía a la escena junto a los actores Tim McCoy y Ramón Novarro, que en algún momento manifestaron sus dudas.

—Y a todo esto, Ramón, ¿dónde está Marion? Como nos pille ahora aquí, adiós a la pretendida sorpresa de W.R. y «nuestros» regalos.

—Tranquilo, Tim, a W.R. no se le escapa nada —apuntó sarcástico el galán mexicano—. Antes de venir para aquí me he fijado cómo el vaquero Pancho la alejaba deliberadamente por los jardines. La llevaba de viajera en el cochecito ese del que tira un elefante enano. Yo diría que iba bien cargada de ginebra. Podemos estar tranquilos.

La desmesurada protección que ejercía Hearst sobre la actriz Marion Davies era conocida por todos. El empresario había invertido millones de dólares en la Metro Goldwyn Mayer para que la actriz fuera protagonista en sus películas. La conoció de corista, y su desvelado empeño fue desde entonces auparla como la gran estrella rubia del celuloide. Pero el público no respondía. El nombre de Davies no tenía tirón en la taquilla, quizá porque tampoco lo tenía su lozanía de chica dorada, y más bien ingenua, cuando el cine era podio de vampiresas. Quizá no era culpa de Marion, ese triunfo siempre aplazado,

sino del propio Hearst. Porque el magnate se empeñaba en supervisar el guion de las películas de su pareja. Si no eran films muy dulces y blancos, Marion no entraba en el reparto. Aquellas películas de Marion, tuteladas por Hearst, nunca resultaron un éxito clamoroso. Hollywood, y la Metro, tenían que vender también sensualidad, descaro, erotismo. Diablura.

Conchita buscó con la mirada entre los invitados a Spencer Tracy, y se dirigió resueltamente hacia él.

—Oye, Spencer. Se me ha ocurrido una idea. Pero necesito un cómplice, necesito un favor de cómplice. ¿Cuento contigo?

LXIII

Condado de San Luis Obispo, rancho de San Simeón.

Jueves, 25 de diciembre de 1930

La sorpresa

El espléndido comedor tenía sus paredes de mármol adornadas por unos magníficos tapices diseñados por Giulio Romano, donde se desperzaba el relato de la vida de Escipión. En el centro, triunfaba una mesa desmedida, por larga, de madera de caoba, con esmerados trabajos de marquetería. Ahí se iba a servir la comida de Navidad, que pudiera ser otra obra del exceso de arte y del arte del exceso de aquel castillo febril y fabuloso. Aquel almuerzo comenzó con unos exquisitos y variadísimos aperitivos. Conchita agradeció, especialmente, que Hearst hubiera hecho traer jamón de bellota de España. Entre cuatro camareros, situaron en el centro de la mesa una fuente de tres metros de largo, al menos, una fuente descomunal de verduras abundantes cuyos colores animosos recreaban el dibujo perfecto de un espléndido jardín. En el momento especial del plato principal, fueron distribuidos entre los comensales veinte pavos rellenos y otros veinte faisanes, acompañados por patatas, puré de calabaza y salsa de arándanos. Los vinos espumosos y el champán completaban la lujuria del menú. Antes de llegar a la repostería, los camareros ofrecieron unas ensaladas de frutas, con chocolate caliente y frutos secos. Hubo luego un ponche de huevo espolvoreado con canela y nuez moscada, y también un depurado crujiente de manzana y bombones de toda esencia para cerrar aquel festín próspero.

Una vez el anfitrión dio por finalizada la cena, los invitados fueron levantándose de la mesa poco a poco. Los primeros en hacerlo fueron Conchita y Spencer, que salieron del comedor, componiendo una rauda pareja. El resto de los huéspedes iban pasando, poco a poco, al salón contiguo donde se iban acomodando en los sillones numerosos, mientras una orquesta compuesta por diecinueve músicos amenizaba el trance. Había llegado el momento de dar a Marion los regalos secretos.

Entonces, sin que nadie lo esperara, Spencer Tracy se colocó junto a los músicos e interrumpió el recital.

—Magnánimo W.R., bellísima Marion —empezó a decir Tracy con su copa de champán en alto—. Seguro que hablo en nombre de todos cuando os digo que es imposible tener unos anfitriones más atentos, generosos y afectuosos que vosotros.

Todos los huéspedes se pusieron de pronto en pie. La mayoría, encantados con la iniciativa del actor, y algunos, en minoría, molestos en lo íntimo porque aquel novato les hubiera tomado la delantera en destacarse dando un discurso. Hearst y Marion se colocaron abrazados en el centro, delante de Tracy, que prosiguió con sus palabras:

—Todos estamos disfrutando, hasta la felicidad, de vuestra lujosa morada, de vuestros innumerables divertimentos, y, sobre todo, de vuestro cariño de familia.

Mientras hablaba, Tracy miraba de reojo a una de las puertas de acceso al salón.

—Llevamos aquí dos maravillosos días y confiamos en que tus reservas de champán y caviar, querido W.R., aguanten nuestro ritmo los dos días que nos restan de disfrutar de vuestra hospitalidad. — Todos rieron mientras Hearst levantaba su puño derecho con el pulgar alzado para confirmar que nada les faltaría. Entonces, tras volver a mirar a la puerta, Tracy vio que era el momento oportuno, y remató su alegato—: Y sigo hablando en nombre de todos cuando digo —Tracy hizo entonces una pausa, le sopló algo al oído del pianista, miró a la puerta, inclinó afirmativamente la cabeza, y concluyó, ceremonial y enfático—: ¡Feliz cumpleaños, Marion!

En ese instante la orquesta empezó a tocar y enfiló una dulce versión del «Happy birthday to you». Para asombro y gozo de todos, y para envidia de no pocas, por la puerta entró Conchita con un majestuoso, largo y casi transparente vestido de seda blanco. La joven llevaba también un ramo de rosas

igualmente blancas. Conchita deslumbraba, nocturna, bellísima, irreal casi. Parecía que se hubiera echado por encima el chal de su propio desnudo.

Al compás sinuoso de la música, danzaba alrededor de Marion. Había dejado suelta su corta melena y sus rizos morenos le daban a aquella interpretación una estampa de embrujo, una lámina de tentación. En cada vuelta sucesiva de su danza de hechizo, Conchita le iba entregando a Marion, una a una, las flores de aquel ramo con el que completaba su atavío de poco atavío.

Al finalizar el baile, Conchita le regaló una reverencia de finura a los anfitriones y dijo:

—Muy feliz cumpleaños, Marion, y muchas gracias míster Hearst.

Marion Davies rompió a llorar de alegría desbordada, y todos aplaudieron. Las actrices, en mayoría unánime, se unieron en una misma mirada homicida hacia Conchita. Los actores, también en mayoría unánime, se unieron en una misma mirada complacida que no iba a olvidar en mucho tiempo aquella mujer de ardiente majestad medio desnuda. Acaso nunca.

Condado de San Luis Obispo, rancho de San Simeón.

Sábado, 27 de diciembre de 1930

Hearst, Chaplin y la pistola

A la mañana siguiente, domingo, empezaban las despedidas, y todos debían regresar a Hollywood, con resaca o sin resaca, con nostalgia o sin nostalgia. Durante la noche de la víspera, les iba resultando muy extraño a los invitados que aquel último ágape, cuyo derroche ponía el colofón de oro a la estancia, se prolongara tanto. Tanto, y hasta tantísimo. A esa hora, lo habitual era estar ya en el correspondiente salón de baile de la casa, arropados por el terciopelo de la música de la orquesta, y animados por el meloso alcohol de las confidencias. Pero Hearst, el anfitrión, seguía sentado a la mesa, y hasta que él no salía del comedor, nadie se movía de su sitio.

Marlene Dietrich, nada acostumbrada al sometimiento, hizo ademán de levantarse en un par de ocasiones. Dietrich tenía por norma la desobediencia. Pero se quedó sentada a la mesa. Bárbara Stanwyck cuchicheaba con su amiga Joan Crawford, junto a la que se esforzaba por sentarse siempre. Los rumores sobre la estrecha amistad de las dos actrices las divertían a ambas y no dejaban de fomentarlos.

De pronto, el elegante péndulo vienés del siglo XIX dio las doce campanadas de la medianoche. Entonces Hearst se levantó, alzó su copa y dijo:

—Ya son las doce, con lo que ya es domingo, y, por lo tanto, ya es el día de cumpleaños de un amigo extranjero. No quiero, y seguro que vosotros tampoco, que se sienta desamparado del valor de la amistad lejos de su patria. Hablo de nuestro joven amigo Edgar Neville, el conde de Berlanga de Duero.

Los invitados se pusieron en pie y brindaron por el conde español. Neville, sin disimular la emoción intensa, se levantó de la mesa, y dio las gracias a todos.

—Conchita, esto tiene que ser obra tuya —dijo Neville, acercándose a la joven—. Nadie más de aquí podía saber que era mi cumpleaños. Tú eres la maravillosa culpable. Por cierto, ni te imaginas lo que me alegra que recuerdes la fecha. Mi alegría es mucho mayor de lo que tú puedas suponer. Créelo.

—Cómo iba yo a olvidar el 28 de diciembre, el día de los Santos Inocentes —apuntó Conchita con una sonrisa de picardía—. Ahora en serio, sabes que te aprecio demasiado para que tu cumpleaños me pase inadvertido.

Los camareros, atentos a la orden de Hearst, trajeron una tarta monumental de chocolate, que era una fiesta en sí misma. Después de que Neville cumpliera, no sin cierto rubor, el tradicional gesto de apagar las velitas de rigor, los invitados fueron tomando el reparto de aquel dulce en honor a la amistad.

—Francamente, está rico este pastel —le dijo Spencer Tracy a Conchita, arrimándose a ella—. Creo que ha sido un convite excepcional el de estos días, ¿no te parece? No me ha desagradado codearme en la intimidad con tanta gran estrella, la verdad. Eso sí, están todos como regaderas, pero como auténticas regaderas, y te lo digo con la misma franqueza con la que elogio el pastel. ¿Tú no lo crees? Yo creo que tú has sido la única excepción de cordura que he encontrado por aquí.

Conchita rio la apreciación del actor.

—Sí. Son bastante excéntricos, la verdad. Pero ¿qué quieres? No se puede ser de otro modo en Hollywood, ¿no te parece? Estamos rodeados por algunas de las estrellas más consagradas, lo que quizá quiere decir que estamos rodeados por las estrellas más extravagantes. Igual que a los soldados se les supone el valor, según dicen, a los actores se les supone la extravagancia. Por cierto, y no me aparto del tema, no he visto por aquí en estos días a Chaplin. Y Chaplin no perdona un sarao. Sobre todo, un sarao repleto de jóvenes actrices.

—¿Chaplin en casa de Hearst? Eso sería imposible.

—¿Y eso por qué?

—Me parece, mi querida jovencita, que aún paseas la inocencia, para estar tan metida en Hollywood. Me lo parece, y me sorprende. Apartémonos a una esquina, y ahí te pondré al día sobre uno de los acontecimientos más negros y más silenciados de Hollywood. Es un secreto que algunos conocen, pero que no se suele comentar nunca en público. Hazme caso, te conviene saberlo.

Conchita y Spencer cogieron una copa de champán cada uno, y se acomodaron en dos espléndidos sillones Luis XVI. El rincón elegido quedaba suficientemente retirado del resto de invitados, que seguían a lo suyo, entre el trato de malicia, los elogios falsos y el tráfico de recomendaciones diversas.

Tracy comenzó su relato en voz baja.

—Ocurrió hace unos años, concretamente en 1924. Hearst organizó un crucero en su magnífico barco y convidó a varias ilustres personalidades. En la festiva travesía iba, por supuesto, nuestra querida Marion, amante ya de años de W.R. Y entre los distinguidos invitados se encontraban Charles Chaplin, que ya era un famoso reconocidísimo, y Thomas H. Ince.

—¿Thomas H. Ince? ¿Quién es Thomas H. Ince?

—Ince era una de las personas más poderosas en los inicios de Hollywood. Fue director de cine, y también productor. A él se le debe la creación de los primeros estudios de nuestro gremio. Ince era un tipo francamente encumbrado a principios de los años veinte. Lo que no sabía Hearst es que Ince había dilapidado su fortuna con entusiasmo absoluto. Ince necesitaba dinero con urgencia y quería aprovechar ese cabotaje de lujo para camelarse a Hearst. Ince sabía, como seguimos sabiendo todos ahora, que el gran punto débil del magnate era su amada Marion Davies. El gran punto débil y acaso el único punto débil. Así que se ofreció a dirigir la carrera cinematográfica de la actriz, vendiendo la oferta como un favor de amigo, aunque, por supuesto, un favor remunerado. Hearst aceptó gustoso el trato, porque confiaba en el supuesto poder del productor, y porque todo le parecía poco para la empresa de convertir a Marion en una gran estrella. Mientras, el resto de los invitados ocupaban su ocio naviero en asuntos de índole más festiva. Bebían, comían, bailaban, se remojaban en el mar y, como en cualquier convite que se precie, chismorreaban sobre con quién se acostaba uno o con quién se levantaba otra. Durante la travesía, el rumor que más entretenía a los ilustres navegantes era que Marion y Chaplin estaban dando esquinazo de romance marítimo al propio Hearst.

—¿Y era cierto? ¿Marion estuvo con Chaplin?

—Lo que pasó entre Chaplin y Marion en el barco yo no lo sé. Y supongo que la verdad última solo la conocen ellos. Pero Ince vio en aquel rumor creciente una oportunidad para abrocharse la confianza plena de Hearst. Chaplin ya cargaba una biografía temible de conquistador profesional, y a W.R. le dinamitaron los celos por dentro. Entonces, Ince trató de calmarle, prometiéndole que él mismo averiguaría si era cierta aquella infidelidad.

—Pues me va gustando poco el tal Ince. No me va gustando nada.

—Una noche, Hearst advierte que Marion no está en su camarote. Desequilibrado por la sospecha, coge una pistola y sale a cubierta en busca de Marion, furioso como un géiser. Sale, y la descubre. A pesar del velo nocturno, Hearst distingue a Marion en la proa. Ve a su amada junto a un hombre.

—¡Spencer, por Dios! No me digas que Hearst disparó.

—Eso cuenta la leyenda, que disparó, sí. Y con puntería, pues se contó que le metió al individuo una bala en el centro exacto de la frente.

—¿Por qué me dices que se contó?

—Es una de las varias versiones de una noche nunca esclarecida del todo. Pero una versión que cundió mucho.

—Pero ¿cómo puede ser? Chaplin está bien. Un tiro en la frente te mata.

—Un tiro en la frente ya lo creo que mata. Pero quien murió no fue Chaplin si no Thomas H. Ince, que era el tipo que andaba hablando en la oscura proa con Marion. Seguramente, Ince trataba de ganarse la confianza de la actriz, para averiguar algo sobre la certidumbre del *affaire* con Chaplin, por tener algo

que contarle a Hearst, según le había prometido. Y, siempre según la leyenda que muchos creen, Hearst confundió en la oscuridad a Ince con Chaplin.

—Qué historia, qué tremenda historia.

—Una historia que, como te he dicho, es tan conocida en las altas esferas de Hollywood como silenciada. Seguro que varios de los invitados que aquí ves conocen al detalle la narración de este negro episodio. Pero nadie se atrevió entonces a enfrentarse a W.R. Nadie se atrevió entonces, y nadie se atreverá nunca. De hecho, esta no es la única versión posible de los hechos. En asuntos así, siempre hay muchas verdades y también muchos embustes. Hay quien asegura que fue una pelea y una bala perdida la que acabó por equivocación con la vida de Ince. También está la versión oficial según la cual Ince se encontró indispuerto en el viaje marítimo y fue trasladado a un hospital, para morir días después en su casa. Ya ves, cada uno puede creer la versión que prefiera, pues demostrar algún hecho irrefutable de momento ha sido imposible.

—Y tú, ¿cómo sabes de ese drama?

—¿Quieres decir que cómo un recién llegado como yo puede estar al tanto de los grandes secretos del paraíso de Hollywood, que tiene noches de infierno? Porque la información es poder, como dice tan a menudo el propio Hearst. Tú tienes talento, y hasta talentos, y no me refiero a las obviedades con que te darán la tabarra tantos hombres zafios. Yo tengo también mis talentos, y está entre ellos el saber pronto con quién me ando. Y en ti, en estos días, he descubierto no solo a la diosa que ven todos, sino también a una buena chica, que creo va a ser una buena amiga. Te veo como una joven muy fuerte, pero sospecho que eres más ingenua de lo que te gusta aparentar. Haz caso al amigo que en mí tienes. Amigo reciente, pero amigo: lo más peligroso de esta gente no es el abuso del champán.

Luego, en su alcoba, Conchita no conciliaba el sueño. No dejaba de darle vueltas al relato de Spencer. Se sentía ya muy incómoda en aquella mansión. Conchita quería marcharse ya. Quería regresar cuanto antes a Hollywood. Solo quedaba por pasar una última noche, y rápida, en el rancho, pero se le antojaba una noche inacabable. Y además estaba el otro asunto. Su asunto, que tampoco ayudaba a pacificar el desvelo. Conchita sabía que tenía que hablar con Buster. Pero sobre todo sabía que ya no podía retrasarlo más. Tenía que aclarar las cosas con él. En medio de una mala noche, sacó en claro un propósito de determinación. Lo primero, al pisar Hollywood, sería buscar a Keaton. Y hablarle con sinceridad.

Hollywood, The Brown Derby Restaurant.

Lunes, 29 de diciembre de 1930

Buster Keaton

Conchita tendría que haber esperado a que Buster Keaton agotara los días preceptivos de retiro navideño, para fijar con él una cita imperiosa. Eso era lo prudente, y acaso lo elegante, incluso. Pero no supo esperar, aunque se trataba de aguardar solo una semana más. Necesitaba resolver ya, y la impaciencia se le volvió exigencia. Conocía a la perfección la dificultad enorme, casi insalvable, de Keaton para reunirse con ella en aquellas fechas. El actor pasaba rigurosamente las fiestas navideñas junto a su familia, que incluía a su mujer y a sus dos hijos. Aquellas eran las únicas fechas intocables para Buster durante el año. Por eso, cuando el actor recibió la llamada de Conchita, entendió de inmediato que era esencial para ella que se vieran.

—Está bien, Conchita, no te preocupes, encontraré la manera de salir esta noche. Quedamos a las nueve en el Brown Derby —resolvió el actor.

El Brown Derby era un restaurante solo al alcance de las mayores celebridades de Hollywood. Situado en Wilshire Boulevard, el local se distinguía de manera inmediata por el peculiar bombín gigante que daba forma a su techo. Aquel arquitectónico sombrero era su inimitable seña de identidad personalísima. Hasta para elegir los lugares donde citarse, Buster resultaba invariablemente exquisito.

La pareja siguió al *mâitre* en busca de una mesa con inmejorable situación para una conversación discreta, según la voluntad de Keaton, que era también la de Conchita.

Conchita admiró la elegancia con que Keaton descubría, a modo de saludo, su cabeza del sombrero al pasar junto al velador que ocupaban Gary Cooper y Marlene Dietrich. A la Montenegro le hubiera gustado aprovechar la ocasión para saludarles. Dietrich y Cooper componían una pareja potente, una pareja impetuosamente potente. Pero no era el momento más adecuado para intercambios sociales, obviamente. Aunque a ninguno parecía importarles lo más mínimo mostrar su estrecha relación en público. Era fascinante la naturalidad con la que se trataban en Hollywood los secretos.

Al llegar a la mesa elegida por Keaton, Conchita abandonó estos pensamientos para centrarse en su propia situación.

A pesar de la tensión que Conchita venía cargando, en lo íntimo, la cena con Keaton transcurrió de manera agradable. El actor, siempre impecable en su proceder, no la asaltó con pregunta alguna sobre el urgente asunto que les había llevado a verse con tan dificultoso apremio.

La pareja degustó primero una ensalada Cobb. Aquel era el más famoso de los entrantes del menú del restaurante. Se decía que su misteriosa receta la había inventado el dueño para satisfacer los deseos de unos tardíos, inesperados, y muy célebres, huéspedes que se presentaron en el local una noche, cuando la cocina hacía rato ya que estaba cerrada. Mientras entre Conchita y Buster discurría una charla informal más propia de amigos que de amantes, llegaron a la mesa los mariscos. Después, Conchita eligió pescado con verduras como plato principal, y Buster se decantó por el cordero a la mostaza. Para el postre no había duda, el pastel de pomelo era la más solicitada especialidad del Brown Derby.

Conchita ya estaba dispuesta a probar el notorio dulce, cuando sin estrategia o meditación alguna lo soltó directa:

—Buster, tenemos que dejar de vernos.

Keaton dejó parada su cuchara, a medio camino del postre. No se esperaba aquella declaración, tan repentina, y casi abrupta. Él era un veterano en las costumbres caprichosas de los romances de Hollywood, donde todo empezaba rápido y acababa de la misma manera. Pero no era esa la naturaleza de su relación con Conchita, con quien, por otra parte, todo funcionaba bien y hasta próspero.

—¿Y por qué quieres acabar ya con lo nuestro?

—Porque no quiero ser la causa de un mal en tu familia. Que es como decir que no quiero ser quien perjudique tu carrera de actor.

Keaton volvió a sorprenderse tras el argumento ofrecido por Conchita. Se extrañó, y hasta se desconcertó. No romper un matrimonio para así cuidar al actor. No complicar una familia, para no dificultar una carrera. De modo que Conchita acababa el romance para no dañar a Keaton en su oficio. En síntesis, dejaba al hombre por admiración al actor. Curiosa y generosa conclusión. Curiosa, y generosa, y valiente.

Conchita sabía perfectamente que la relación de Keaton con su mujer, la actriz Natalie Talmadge, estaba más que rota hacía años. Hacía bastantes años ya. Realmente, lo sabía todo el mundo en Hollywood. La historia del matrimonio de Buster Keaton era un secreto a voces. Se contaba que Keaton y Natalie contrajeron matrimonio sin apenas conocerse personalmente. El suyo fue un amor, o una relación, epistolar. Por carta, Buster le pidió la mano en matrimonio a Natalie. Y por carta Natalie respondió que sí. Ambos contaban entonces los veintisiete años de edad. Al año siguiente tuvieron un hijo, y dos años después un segundo retoño. Cuando este llegó al mundo, Buster comunicó a su esposa, y también a la madre de esta, que él no podía abstenerse de mantener otras relaciones sentimentales. Le era absolutamente imposible. La noticia la dio sin estridencia, incluso la expuso con dulzura. Y es que había quien creía que Buster Keaton era un fanático de la dulzura.

Ambos cónyuges acordaron permanecer juntos. La familia estaba por encima de todo. Pero, por supuesto, el sexo terminó de un plumazo, y para siempre, entre los cónyuges. Desde entonces, y hacía de aquello ya nueve años, Keaton había tenido varias amantes. Siempre de una en una, pero varias amantes. A todas ellas las trataba como novias, como si él fuera un hombre libre. Después regresaba a su hogar y mantenía una familia estable. El actor era sabedor del carácter público de su historia y de su situación matrimonial.

—Pero tú conoces perfectamente mi situación marital, Conchita. No hay nada que romper, porque todo está roto ya, desde hace bastantes años.

—Tienes razón. Pero yo no me refiero a romper tu matrimonio sino tu familia. Mira, Buster, yo sé que tú necesitas la estabilidad del regreso a un hogar, donde la familia te espera. Tus hijos son un pilar esencial para tu trabajo, y también tu mujer. Tienes un talento sobrenatural, pero un talento que se vería dañado sin el equilibrio de un sitio que es el eje de tu vida, ese sitio donde están Natalie y tus dos hijos. Si rompes con tu familia, estás dinamitando también tu carrera profesional, y eso es lo último de lo que yo quisiera sentirme culpable. Admiro tanto tu trabajo, reverencio tanto tu talento, que nunca voy a exponerte a ese riesgo. Por eso, hemos de dejar de vernos.

Keaton se sintió perturbado, y conmovido. Perturbado porque estaba acostumbrado a ser él quien ponía fin a sus relaciones. Y conmovido porque nunca intuyó que habría un día en que una mujer le iba a abandonar para proteger su talento.

Iba a afirmar que nada, ni nadie, podría romper su familia inquebrantable, pero miró de nuevo a Conchita, y ya no pensó más. Enmudeció. La contempló ya ajena, y descubrió que ella tenía razón. Sí, era cierto. Si había alguna mujer que hubiera podido dinamitar su próspera estabilidad, empezando o acabando por la familia, esa mujer se llamaba Conchita Montenegro.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 3 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace once días

Inma entró aquella mañana en la habitación de Pelayo dispuesta a disfrutar del relato de aquel loco y apasionante Hollywood de los años treinta. De pronto, el pánico se apoderó de ella. La cama estaba vacía. Pelayo no estaba. Inma se temió lo peor.

En un instante reparó en que todos esos días ella llegaba al hospital, entraba a paso ligero, casi alegre, en la habitación 109, y no pensaba en otra cosa que no fuera el avance al detalle de las novedades de la aventura de aquella actriz llamada Conchita Montenegro. Pero había olvidado, imperdonablemente, que quien la llevaba hasta aquel mundo fabuloso era un hombre enfermo, a bordo de sus propios recuerdos. Un hombre anciano que estaba muy enfermo. Pelayo, ¿dónde estaba Pelayo? ¿Qué había pasado? ¿Por qué la habitación estaba vacía? Salió aterrada al pasillo, a la búsqueda de alguna enfermera que le diera noticia. Llevaba angustia y urgencia. Miró a la izquierda, y no vio a nadie. Miró a la derecha, y tampoco vio a nadie. Aceleró entonces sus pasos hacia el puesto de recepción de enfermería, y entonces descubrió a Pelayo. Le traía un camillero en una de las camas rodantes. Inma corrió hacia él.

—Pelayo, ¿qué le ha pasado? ¿De dónde viene? No le vi en la habitación y me he llevado un susto de muerte. ¿Es que se ha puesto malo? ¿Está usted bien? —Inma atropellaba las preguntas.

—Respira, Inma, que la que te vas a poner mala eres tú. Me han hecho unas pruebas. Eso es todo.

El camillero no decía nada y llevaba la cara seria. El detalle no tranquilizó a Inma.

Cuando Pelayo volvió a la cama de su habitación, Inma se sentó en la silla que solía ocupar junto a la ventana. El camillero se fue.

—Y ahora, dígame la verdad. ¿Cómo está?

—Estoy igual de mal, o de bien, que ayer. Ya te he dicho que solo me querían hacer más pruebas. Ya sabes que a los médicos les gusta mucho probar esos artilugios que tienen para estudiarnos.

—Pelayo, dígame la verdad.

—Que no te preocupes. Simplemente, tuve anoche un rato malo. Y hoy querían cerciorarse de que mi corazón sigue funcionando razonablemente bien. Y sí, mi corazón es razonable y sigue funcionando.

—Lo mismo se está usted esforzando demasiado conmigo. Ayer me fui muy tarde de aquí, puede que usted se cansara demasiado contándome tantas cosas. Quizás yo no le esté viniendo bien.

—Como comprenderás, a mi edad, me ha sobrado tiempo para oír sandeces de toda índole. Pero si ahora tuviera que decir cuál es la mayor tontería que me han dicho, escogería sin duda estas últimas palabras tuyas.

—Bueno. Muchas gracias.

—Inma, tú no solo me vienes bien, tú has logrado que este infierno de hospital en el que voy embarcado se haya convertido en un viaje para mí. E incluso en un viaje apasionante. Un viaje apasionante a mi memoria y un viaje a mí mismo. Cierto, mi último viaje, pero indudablemente un gran viaje. Y eso, mi inolvidable jovencita, solo ha sido posible gracias a ti. Tú me has hecho feliz en esta habitación 109. No debes olvidarlo nunca.

Los ojos de Inma apenas podían retener las lágrimas.

—Yo no quiero que a usted le pase nada. Decir que le tengo aprecio es decir poco.

—Lo sé, Inma. Yo de ti podría decir lo mismo. Por cierto, ¿sabes una cosa? —comentó el anciano para dispersar la emoción—. Anoche conocí a tu hermano, el cirujano.

—¿Conoció a Cristóbal? —preguntó Inma, mientras se aliviaba de las lágrimas.

—Sí, señorita. Cuando anoche me encontré un poco regular, llamaron al médico de guardia, y resultó

ser tu hermano. Ya he visto que es muy buen médico y también me pareció un gran tipo. Después de su reconocimiento y sus manejos medicinales, quiso quedarse un tiempo conmigo y tuvimos un buen rato de charla. Hablamos de ti.

—¿De mí?

—Sí, claro. De mi lectora, una lectora a la que no dejo leer.

En el rostro de Inma se encendió una sonrisa. Pelayo siempre conseguía animarla.

—Eso es cierto, usted no me deja que yo cumpla con mi misión del voluntariado. ¿Y de qué hablaron entonces?

—Dice tu hermano que escribes muy bien. Y dice que deberías dedicarte en serio a escribir. O, al menos, que deberías intentarlo. Me habló de que tienes bastantes relatos ya escritos, y que son muy buenos. Pero también me ha contado que eres muy terca y que no te resulta fácil seguir consejos. Lo de tu terquedad ya lo sospechaba yo. Lo de tu escritura ha sido una completa sorpresa para mí.

—Me gusta escribir, sí. Me gusta mucho. Pero de ahí a que escriba bien, hay mucho trecho. Eso ya es otra cosa. Cristóbal me enjuicia con amor de hermano.

—Pues a mí no me pareció una persona que fantasee con lo que se puede hacer en la vida. Si te ve capaz de dedicarte a escribir, algo tendrá en lo que apoyarse. Además, también me dijo que tu otro hermano, el periodista, comparte su opinión.

—Claro. Pero Álvaro también es mi hermano. La misma devoción fraternal le lleva a ver en mí ese don para escribir que yo creo que no tengo.

—Bien. Entiendo lo que dices. Supones que el entusiasmo de ambos se funda más en el cariño hacia ti que en tus propias facultades. Dime, ¿cuentas con el criterio de alguien más? ¿Alguien que no sea de la familia ha leído tus escritos?

Inma pensó instantáneamente en Marcos. Le había dejado un par de sus relatos para que los leyera. Pero él nunca llegó a hacerlo. No tenía tiempo, le decía siempre. Lo haría más adelante, le prometía continuamente. Recordó el día en que Inma le anunció que estaba pensando muy en serio en presentar uno de sus relatos en alguna editorial, a ver si había suerte, y le caía el milagro de la publicación. «¿Te vas a arriesgar a eso?», le preguntó Marcos. «Y si resulta que te dicen que es muy malo. Te llevarás una decepción. ¿No es mejor que sigas pensando en tu trabajo de periodista y dejes la escritura de los relatos como un *hobby*?», añadió.

—¿Inma? ¿Sigues aquí o te has ido a otra dimensión? ¿En qué estabas pensando? —preguntó Pelayo.

—Pensaba que no, que no le he dejado leer mis relatos a nadie más.

—¿Qué te parece si me los dejas a mí?

—¿A usted?

—Sí. A mí. Tengo a mi favor que, en mis años del cine, leí muchísimos guiones. Todos los que caían en mis manos. Me resultaba muy curioso ver cómo lo que ponía en un papel se convertía luego en una escena de rodaje. Y hasta llegué por rachas a trabajar de ayudante en el departamento de guiones.

—Se lo agradezco, pero no.

—Casi podrías hacerlo por mí. De sobra sabes que las horas que paso aquí contigo transcurren rápido, pero cuando te vas esto es un aburrimiento. Un aburrimiento, y una tortura. Me vendría bien tener algo que leer. Venga, Inma, haz algo por este viejo. Pásame tus relatos.

—Si quiere leer, lea algo bueno.

Inma abrió su mochila y sacó el libro de *Lo que el viento se llevó*.

—Pero ¿todavía llevas esa novela encima? Con razón dice tu hermano que eres terca.

—La llevo siempre. Por si un día usted no tiene ganas de hablar y de una vez empiezo yo a leerle el libro. Pero se la puedo dejar aquí. Así, si quiere leer, tendrá algo entre sus manos que merece la pena, y no mis relatos.

—Mira, jovencita, pongamos las cartas sobre la mesa. No pienso leer ese libro. Primero, porque ya

lo leí en su día. Segundo, porque no solo he visto la película basada en la novela sino que estuve más que presente durante su rodaje. Y tercero...

—Ya sé —interrumpió Inma—. Y tercero porque le recuerda al Orejas.

—Y tercero, porque no solo me recuerda al Orejas, sino a Leslie Howard.

—¿Leslie Howard?

—Sí. Leslie Howard.

—Es el actor que hacía del elegante Ashley Wilkes, ¿no?

—El mismo, sí.

—El actor del que se enamora perdidamente Escarlata O'Hara.

—El mismo, sí.

—¿Y por qué no quiere recordar a ese actor? ¿Le pasó algo con él?

—A mí, no. A Conchita.

—¿Otro pretendiente?

—Leslie Howard fue el gran amor de Vivien Leigh en la ficción. Y Leslie Howard fue el gran amor de Conchita Montenegro, en la vida real. Su gran amor. Su verdadero amor.

—¿He oído bien?

—Has oído bien.

—Su gran amor, su verdadero amor.

—Sí, Inma. Su único amor verdadero. Una aventura de película.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 3 de mayo de 2007

El gran amor

Ahora iba cuadrándole todo a Inma. Comprendía la reacción extraña de Pelayo, cuando en un primer encuentro ella sacó la novela de conflicto, *Lo que el viento se llevó*, dispuesta a leérsela al anciano. Entendía que al día siguiente Pelayo le hablara de casualidad, y de destino. De ahí que le preguntara a Inma si había traído precisamente esa novela porque él le había mencionado a Clark Gable. No era Clark Gable quien le desquiciaba el corazón a Pelayo, sino el otro protagonista masculino, Leslie Howard. Leslie Howard era el gran amor de Conchita y Conchita era el gran amor de Pelayo. Recordar a ese hombre debía dolerle mucho al anciano.

—Lo siento, Pelayo. No lo sabía —se lamentó Inma, y guardó inmediatamente el libro en su mochila.

—Tranquila, ya todo es el pasado. Todo —repitió Pelayo, con compás de melancolía.

—No se preocupe. No hablaremos más de ese hombre.

—No, Inma, no. Claro que hablaremos de Leslie Howard. He de hacerlo. De lo contrario no podrás entender a Conchita. Es necesario. Es necesario y es fundamental. Fundamental para lo que pasó en Hollywood y también para lo sucedido en Madrid, años después.

Pelayo respiró profundamente. Parecía necesitar oxígeno para adentrarse en la que acaso fuera para él la época más difícil de la historia de Conchita.

—De verdad. Por mí no lo haga. No hace falta que usted sufra. Yo lo último que quiero es que usted sufra.

—No, sufrir ya no. Me va a costar detallarte esta parte de la historia, pero lo haré. Claro que lo haré. A cambio, tú harás algo que sé que también te cuesta. Tráeme alguno de tus relatos. Quiero leer algo tuyo.

Inma no podía negarse. Sabía que el esfuerzo que iba hacer el anciano era muy superior al esfuerzo que le estaba pidiendo a ella.

—Hecho. Mañana le traigo un relato. Se lo prometo. Pero de verdad que no es necesario que usted me cuente nada de Leslie Howard.

—No solo te voy a hablar de Leslie Howard, sino que voy a empezar a hacerlo ahora mismo.

—Como usted quiera.

—Conchita conoció a Howard en 1931, cuando le ofrecieron hacer su primer papel protagonista en una película en versión original. Una película en inglés. Ahí empezó la verdadera carrera hacia el estrellato de Conchita. Ella había rodado ya varios títulos con éxito, como protagonista, con rango de máxima figura femenina. Pero todos estos trabajos habían sido versiones hispanas. Conchita aprendió inglés perfectamente, al contrario que otras compatriotas suyas. Recibió clases durante una temporada intensa, por las noches, y aprovechó cualquier ocasión para practicar el idioma en el estudio. Conversaba en inglés con los actores, con los regidores, con los cámaras, con los camareros, con su amiga Jean Harlow, y también mucho conmigo. Ella siempre me pedía que le hablara en inglés. Se compraba novelas en inglés, y las devoraba. Su meta eran las grandes películas americanas y para ello, tenía que dominar la lengua. Y lo hizo. O sea, que lo consiguió.

—El inglés era su obstáculo y lo salvó. Pues no resulta fácil aprender un idioma de manera tan perfecta como para rodar películas en inglés en poco tiempo.

—Lo cierto es que Conchita aprendía los idiomas con asombrosa facilidad. Llegó a Hollywood dominando el francés, venció el inglés en Estados Unidos y, años más tarde cuando volví a verla en Madrid ya manejaba con fluidez cinco idiomas.

—Conseguía siempre lo que se proponía, ¿verdad? —dijo Inma con admiración.

—En lo profesional, sí —afirmó el anciano, e hizo una pausa—. Cuando ya fue capaz de dominar el inglés, se presentó a la prueba que iban a hacer, para una película en versión original con Leslie Howard. La película se titulaba *Never the Twain Shall Meet*. No se te escapará, Inma, que todas las grandes actrices querían ese papel. Trabajar junto a Leslie Howard era un triunfo seguro. Howard era el galán del momento. Conchita hizo la prueba y el papel protagonista fue para ella. Una vez más, el resto de las actrices empezaron a ajusticiarla.

—¿Otra vez? Pero ¿por qué? ¿Qué podían argumentar ahora contra ella? Se presentó y lo consiguió, ya está.

—El asunto estaba en que el sobrino predilecto de Louis B. Mayer se había enamorado de Conchita. Estaba loco por ella. Directamente loco. Y, bueno, ellos mantuvieron una relación, hasta donde yo sé. Los envidiosos, o las que no triunfaban como ella, dijeron que fue el sobrino del jefe quien le consiguió el papel a Conchita.

—Ya entiendo.

—Si la ayudó o no la ayudó a conseguir aquel papel, eso fue lo de menos.

—¿Por qué dice eso? ¿Usted también cree que logró el papel gracias al sobrino enamorado?

—Lo que yo sé es que Conchita rompió con el sobrino enamorado, como tú dices, mucho antes de que terminara el rodaje de la película. El hombre quedó destrozado, y Louis B. Mayer se enfadó muchísimo con ella, en sintonía o solidaridad con el disgusto de su sobrino. Si Conchita solo hubiera estado en la película por el enchufe, habría sido despedida en ese mismo momento de romper con el valedor. Y no fue así. Todo lo contrario. A pesar del malestar por haber dejado plantado a su familiar, el gran jefe quiso que Conchita siguiera como protagonista. Mayer distinguió su gran talento. Lo distinguió y lo promocionó.

—Parece que Louis B. Mayer era un tipo íntegro.

—¿Íntegro? ¿Por qué llegas a esa conclusión Inma?

—Hombre, está claro. Si Conchita plantó a su sobrino, y a pesar de ello Mayer preservó el respeto por el trabajo de ella, estamos ante la conducta de una persona íntegra. O a mí así me lo parece.

—Personas íntegras había muy pocas en Hollywood. Y menos todavía en las altas esferas. O en las altísimas esferas, que es donde estaba Mayer. Lo que movía a esas personas, y por supuesto a Louis B. Mayer, era siempre el dólar. El dólar se ganaba con estrellas, y Mayer vio en Conchita a una estrella, una estrella que podía llenarle las salas de cine. Yo no encuentro otra explicación. Lo complejo suele ser siempre lo sencillo.

—Y es en esa película donde Conchita conoce a Leslie Howard, ¿no?

—Así es.

—Entonces, Conchita cambió al sobrino de Mayer por Leslie Howard.

—No.

—¿Cómo que no?

—Rompió con el sobrino mucho antes. Lo de Leslie fue para Conchita inesperado. Completamente inesperado. Como ocurren las cosas que dejan mayor recuerdo.

Hollywood, Barkies Sandwich Shop. Jueves, 16 de abril de 1931

El mensaje

Barkies era una coqueta cafetería de Hollywood. Conchita había descubierto aquel pequeño local durante un día de solitario paseo por los bulevares, hacía ya un par de meses. Le llamó la atención la simpática y desmesurada cabeza de perro que decoraba el tejado del establecimiento. Decidió entrar. Los sándwiches que ofrecían en su carta alcanzaban calidad de artesanía, pero lo que más la sedujo del lugar fue la ausencia de los astros del cine entre su nutrida clientela. Conchita hizo enseguida de la cafetería un lugar propio, un lugar secreto, y ahí buscaba aislamiento un rato a la semana, al menos, para tomar algo tranquila. El establecimiento lo atendían dos alegres camareras, que pronto se hacían entrañables. La actriz había llegado a crear cierto lazo de complicidad con una de las dos chicas. Se llamaba Carmen, era madrileña, y se había tomado el hábito de servir siempre a la actriz. Conchita estaba convencida de que hubiera podido tener una amistad franca, abierta, con aquella camarera, si se hubiera dado la asiduidad, lejos del trabajo, y si en algún momento se hubieran borrado las desiguales ambiciones profesionales.

Aquella mañana, sentada en su mesa favorita, que hacía la intersección de dos cristalerías, Conchita miraba su sándwich vegetal sin ser capaz de darle un solo bocado. Solo podía pensar en el beso.

Venía de rodar, en la noche anterior, una de las últimas escenas pendientes de la película *Never the Twain Shall Meet*. Se habían rematado cuatro meses de duro trabajo. Conchita se había entregado como nunca en su interpretación del papel protagonista femenino. Era su primera película en versión original, y suponía la puerta al exclusivo mundo de las grandes divas. El director W.S. van Dyke la ayudaba con gran celo profesional. Su confianza en el talento de la actriz resultaba para ella un estímulo continuo. Además, su *partenaire* en la película, Leslie Howard, la gran estrella británica, se portaba como un actor generoso, que permitía y hasta auxiliaba el lucimiento de Conchita.

Leslie Howard. Leslie Howard. Aquella mañana ese nombre resonaba de manera muy diferente en la cabeza de la actriz.

—Yo sé que te preparo unos sándwiches de la mejor arquitectura, pero no tanto como para que te quedes admirándolo durante media hora, chica... —bromeó la camarera.

—¡Ah, Carmen! —respondió Conchita, como si regresara de un lejano planeta—. Sí, sí, ahora me lo como. Es que hoy tengo la cabeza en otra parte.

—La cabeza en otra parte la solemos tener todas, pero eso no nos debe impedir comer. ¿Quieres que te lo caliente? ¿Te preparo otro?

—No, gracias, no hace falta. Este está perfecto. Gracias, de verdad.

—Bien, pues come, mujer. Pareces ausente, como esas que se acaban de enamorar —apuntó sonriente la camarera, mientras se retiraba.

¿Enamorada?! ¿Cómo iba a estar ella enamorada?, pensó la actriz, entre el miedo y el asombro. Eso era imposible. ¿Enamorada de quién? ¿Enamorada de Leslie Howard? No tenía sentido. Solo había sido un beso. Además, fue un beso de película, de simple guion. Llevaba meses trabajando con él y nunca había pensado en Leslie de esa manera. Era cierto que resultaba un hombre cautivador. El actor era tan inteligente, tan elegante, tan *gentleman*, tan distinguido, tan encantador, que se entendía que las mujeres suspiraran por él. Pero no ella.

Y, sin embargo, desde la noche anterior no había podido alejar la sensación abismal que recorrió su cuerpo al besarse con Leslie en aquella última escena del rodaje. Conchita intentó atar con serenidad y cordura sus pensamientos. Solo había sido un beso. ¿Cómo iba a enamorarse por un simple beso? Además, ¿cómo iba a estar enamorada si ella no se había enamorado nunca?

La actriz probó a centrarse en su sándwich. Le dio un pequeño bocado al emparedado, pero su estómago no respondía. No le entraba comida alguna. Dejó el dinero de la comanda, más su propina habitual en la mesa. Se levantó y salió rápida del local antes de que la camarera pudiera venirle con un último reproche, con una última ocurrencia.

Se encaminó con paso ágil a su hotel, pretendiendo que la caminata ligera la despejara. Al recoger su llave en la recepción, uno de los conserjes le entregó un pequeño sobre.

—Han dejado hace un rato este mensaje para usted, miss Montenegro.

Era un sobre de color lapislázuli. En el anverso figuraba escrito el nombre de Conchita Montenegro, con una elegante caligrafía vigorosa. En el reverso no había nada. Ningún remite coronaba el envoltorio. Conchita lo abrió, intrigadísima, antes de alcanzar su habitación.

En el interior, una tarjeta en el mismo color echaba a volar una pregunta: «¿Sentiste anoche lo mismo que yo al besarnos?».

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, estudio de grabación 3.

Lunes, 20 de abril de 1931

Mirarle a los ojos era una intimidad

Uno de los miembros del equipo de realización colocó de nuevo la claqueta frente a la cámara.

—*Never the Twain Shall Meet*, 3A. Toma 4 —gritó el ayudante, y sonó el golpeo seco de la claqueta.

—¡Acción! —dijo el director.

Ataviada como una bella nativa de los mares del Sur, Conchita debía entrar en el barco colocado en el plató, para ahí, ya en cubierta, dirigirse al capitán. En esa secuencia apenas tenía que declamar una frase fácil de saludo al oficial del navío. Era solo una frase. Pero no había manera de que le saliera correctamente aquella frase rebelde. Conchita volvió a equivocarse.

—¡Corten! —repitió por cuarta vez el director Van Dyke—. Está bien, haremos un pequeño descanso.

Van Dyke se acercó a la actriz.

—¿Pero qué te pasa hoy, Conchita? ¿No te encuentras bien? ¿Qué problema tienes? —le preguntó con amabilidad.

—Pues no lo sé, perdona. No lo sé. No sé lo que me pasa. No tengo ningún problema, la verdad. Es una escena muy sencilla, pero me desconcentro. No sé por qué. Repitamos. Ahora seguro que lo hago bien.

—Tranquila, Conchita. No has fallado ni una sola vez durante todos estos meses de rodaje. Seguro que te traicionan los nervios de los últimos días. Eso pasa muy a menudo —quiso tranquilizar el director a la actriz—. Cuando apenas quedan unas escenas para acabar la película, los actores os impacientáis, y perdéis la concentración. Por si te sirve de algo, te diré que no eres la primera actriz a la que le sucede. Ni serás la última. Tómate unos minutos, descansa, relájate. Y luego volvemos a intentarlo.

Van Dyke regresó al puesto de dirección y se sentó junto a su primer ayudante.

—¿Todo bien, director? —preguntó el ayudante en voz baja.

—Lo de siempre, Adam. Lo de siempre. Llega el final de la película y los actores se complican la cabeza y se complican la vida. Y de paso me la complican a mí. Para variar, los nervios de los últimos días. Siempre lo mismo.

—Pero si ya casi estamos terminando. Queda lo más fácil. La Montenegro no había dado ningún problema hasta hoy. No sé qué le pasa, pero algo le pasa. A los actores no hay quién los entienda —remató el ayudante.

—¿Entenderlos? No hay que entenderlos, eso es imposible —aseguró Van Dyke—. Solo se puede mimarlos. Los actores son unos inadaptados. Cómo no van a serlo, si viven dentro de la irrealidad.

Que se relajara. Eso le había dicho el director. Ya le gustaría a Conchita poder relajarse. Había pasado todo el fin de semana pensando en los sentimientos que le provocó el beso con Leslie Howard. Pensando en la nota que el actor le había dejado en su hotel. Pensando en qué significaba realmente todo aquello. Y había llegado a una conclusión saludable: estaba dando vueltas alrededor de un disparate, de un disparate pasajero. Aunque fuese cierto que el jueves sintió una intensa turbación al grabar la escena en la que se besaron, seguro que aquella fiebre se debía al ambiente de la película. Sí, eso sería. Sin duda, esa era la explicación. No había que ponerle más fantasía al asunto. Conchita y Leslie se habían metido tan profundamente en la piel de sus personajes que la actuación les había llevado a una confusión anímica. Eso era todo. Eso era todo, y eso debía ser todo. Y con esa tranquilizadora resolución se había presentado en el plató de rodaje esa mañana.

Pero cuando vio de nuevo al actor, la calma lograda desapareció de inmediato. A pesar de que Conchita y Leslie tenían que grabar en el mismo día secuencias por separado, la presencia de Leslie en el plató le desquiciaba a Conchita el corazón. Llevaba la actriz toda la mañana tratando de que el rodaje fuera tranquilo, pero sin conseguirlo. Llevaba toda la mañana intentando evitar la mirada de Leslie, aquella mirada color zafiro.

Mirarle a los ojos era una intimidad. Una intimidad que ella no podía permitirse.

Tras el consejo de Van Dyke, se sentó frente al espejo de su tocador portátil, se retocó con suavidad las ondas de su cabello y respiró profundamente. Solo quedaban tres días de rodaje. Solo tres días y todo habría acabado.

Conchita volvió a repetir la escena, esta vez sin fallo alguno.

El director dio así por finalizada la jornada y quedaron las citaciones de rodaje hechas para el día siguiente.

La actriz estaba ya abandonando el plató de aquella mañana un poco accidentada cuando Leslie Howard se acercó a ella, y se atrevió a ponerle un regalo de pregunta:

—¿Sabes que tocaría la felicidad si vienes esta noche a cenar conmigo?

Hollywood, Cocoanut Grove Nightclub. Lunes, 20 de abril de 1931

El beso

Leslie Howard llevó a Conchita al exclusivo restaurante Cocoanut Grove situado en el hotel Ambassador.

Ninguno de los dos podría volver a recordar nunca qué es lo que cenaron, ni de qué hablaron, en aquella velada. Entre otras cosas, porque comieron poco, y conversaron lo justo.

Solo se miraban el uno al otro.

De modo que aquella cena fue el excitante trámite que les llevó con urgencia de amantes al hotel de la actriz.

En la alcoba, Leslie tomó anhelante el rostro de Conchita entre sus manos, y se besaron.

Y en el beso se dijeron todo lo que hasta el mismo beso habían traído callado.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 4 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace doce días

Pelayo miraba desde la resignación aquel triste menú de hospital. La mesa auxiliar que abría un ala sobre la cama incluía la aburrida bandeja de costumbre, fija de purés y gelatinas.

—Buenos días, Pelayo —saludó Inma al entrar—. Vaya, veo que le pillo con el desayuno. ¿O es, quizá, una temprana comida? —dudó Inma, al consultar la hora en su reloj—. ¿Prefiere que vuelva un poco más tarde?

—No, no te vayas. Pasa, pasa. Desayunar o almorzar, ni idea de lo que estoy haciendo. Aquí da igual si lo llaman desayuno, almuerzo, merienda o cena. Siempre es lo mismo. Tentempiés, tristes tentempiés para los acostados. Por cierto, ¿no llevarás en esa mochila que portas siempre algún bocadillo de jamón, un pincho de tortilla de patatas o un poco de pulpo *á feira*, verdad?

—Va a ser que no —contestó Inma, sonriendo—. Además, no le convendrían ninguno de esos alimentos, me temo.

—¿Te temes? Yo lo que me temo es que aquí me quieren curar del corazón, pero mientras buscan matarme de hambre y aburrimento. Menos mal que te tengo a ti, que me alimentas la existencia. Menos mal. En fin, si no traes manjares en tu mochila, espero que sí traigas aquella otra cosa que me prometiste.

Inma supo al instante a lo que se refería el anciano, pero prefirió hacerse la despistada.

—¿La cosa que le prometí? No sé. ¿Qué es lo que tenía que traerle?

—Lo sabes bien. Uno de tus relatos, Inma. Uno de tus relatos.

—Ah, se me había olvidado por completo. Lo siento. Ya se lo traigo otro día.

—Jovencita, sé que me estás mintiendo. Cada vez que no me quieres decir la verdad, o esquivas algún tema, das un paso atrás, y tus ojos oscuros pierden el brillo. A mí no me hacen falta falsas excusas. Si no quieres que lea tus relatos, no lo haré. No te preocupes. Pero me gustaría que tuvieras la confianza necesaria conmigo para poder ser franca. Yo lo soy siempre contigo.

Inma sabía que Pelayo tenía razón. Tenía toda la razón. La joven no había sopesado que esa mañana pudiera resultar distinta de todas las anteriores, cuando acudía para escuchar las historias que le contaba Pelayo. Pero, inesperadamente, algo en su interior le estaba diciendo que ahora sí, que ya había llegado la hora de hablar de ella. De ser sincera. Sincera con Pelayo y consigo misma. Era casi una deuda con aquel anciano que le había traído tantos días benéficos.

—No le he traído ninguno de mis relatos porque soy una cobarde.

Pelayo apartó inmediatamente la mesa auxiliar de su cama. Tener ahí delante una bandeja con comida se convertía en un escollo inelegante para iniciar o sostener una conversación seria. La joven Inma parecía que estaba al fin dispuesta a hablar de sí misma.

—Te juzgas muy duramente, muchacha. Hasta los escritores de fuste pasaron trabajo cuando, en su día, enseñaban a otros sus primeras obras. Eso no es cobardía. Es una lógica reticencia a descubrir tus entrañas ante un ajeno. Porque escribir siempre es desnudarse, Inma.

—Yo soy una cobarde —volvió a repetir Inma—. Una absoluta cobarde. No es solo por mis relatos, soy cobarde, lo he sido en todo, y lo he sido siempre. Con lo de mi padre, con lo de Marcos, con lo de mi...

Inma se calló de pronto y se tapó el rostro con las manos. Pelayo comprendió que tenía que facilitarle una salida suave para que sacara al exterior esa aflicción que la quemaba por dentro.

—¿Recuerdas que te he contado que Conchita siempre estaba leyendo? Que devoraba libros uno tras otro. ¿Y recuerdas que te dije que se los compraba en inglés para aprender el idioma? —Inma retiró sus manos de la cara y miró al anciano extrañada. No entendía por qué le decía eso ahora—. El primer libro

que le vi leyendo a Conchita en Hollywood me desconcertó bastante —continuó diciendo el anciano—. Se trataba de *El maravilloso mago de Oz*. Yo sabía que aquel era un libro de literatura infantil. Me pareció algo absurdo que una joven tan resuelta, tan capaz, tan lanzada, incluso, leyera libros para niños. Y se lo dije. Ella me contestó que había elegido esa lectura inicial porque las estructuras de las frases eran más básicas en los libros infantiles. Ella aún se estaba familiarizando con el idioma y aquello le permitía entender con más facilidad el significado de las palabras en inglés.

—Sí, es lógico que empezara por lecturas sencillas —contestó Inma, todavía desconcertada por el giro que le había dado Pelayo a la conversación.

—Pero recuerdo que Conchita añadió que en aquel libro no solo encontraba una manera de aprender inglés. Me dijo: «Si prestas atención, en todo buen libro se pueden aprender otras cosas. Incluso en un libro infantil». Yo repliqué que no entendía qué podía aprenderse en un libro para niños. Lo solté con vehemencia convencido, quizá queriendo que mis catorce años parecieran veinticuatro, o más. Entonces, en un párvulo inglés, me leyó un párrafo: «¿Y mi valor? Intervino el León, en tono ansioso. Estoy seguro de que te sobra valor, respondió Oz. Lo único que necesitas es tener confianza en ti mismo. No hay ser viviente que no sienta miedo cuando se enfrenta al peligro. El verdadero valor reside en enfrentarse al peligro aun cuando uno está asustado, y esa clase de valor la tienes de sobra».

Aquel discurso le gustaba especialmente a Conchita. Y yo la veía repetirlo una y otra vez, siempre en voz alta, para mejorar su pronunciación en inglés. Y acabé por aprender de memoria aquel fragmento. Ahora te lo digo a ti: tú, Inma, esa clase de valor la tienes de sobra. Solo necesitas tener confianza en ti misma.

—No es verdad, Pelayo. Yo no tengo valor. Por eso estoy aquí. ¿Sabe usted por qué estoy aquí? ¿Sabe cuál es la verdadera razón por la que yo estoy aquí? Le dije que venía a ayudarle a usted. Pero no es verdad. Vine aquí para ayudarme a mí misma. Vine aquí porque soy una cobarde, se lo repito. —Inma sintió que el suelo de la habitación del hospital se le iba de debajo de sus pies. Se había lanzado a ser sincera, pero no estaba segura de poder continuar—. Pelayo, discúlpeme un momento —añadió Inma—. Necesito salir un momento al pasillo. Solo será un momento. No se preocupe, por favor.

El anciano concedió, desde el resignado silencio, y la inquietud renacida.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Lunes, 27 de abril de 1931

El fotógrafo de las divas

Llamaron a la puerta de su camerino y Conchita la abrió con brío.

—Hola, Van Dyke, pasa, pasa —saludó alegremente al director.

—Buenos días, Conchita. Vaya, hoy te encuentro pletórica. Pues sí que te ha sentado bien el final del rodaje.

—Estoy muy contenta de que hayamos terminado la película. Ha sido magnífico trabajar contigo Van Dyke. Realmente magnífico.

—Conmigo y con Howard. Leslie y tú os habéis compenetrado a la perfección. Y eso me ha facilitado mucho las cosas.

Conchita se ruborizó. Ella y Leslie no habían dicho aún nada a nadie sobre su relación naciente, y no tenía claro si era algo que debiera saberse o no, entre los más próximos. Quizá el equipo, o el director, al menos, intuían lo que había surgido entre ellos durante los últimos días.

—Sí, con Leslie también ha sido muy agradable trabajar, por supuesto —contestó Conchita, midiendo sus palabras.

—Bien, pues ya que te encuentro tan alegre —continuó diciendo Van Dyke sin dar muestras de querer detenerse en exceso en Leslie Howard—, creo que lo que vengo a contarte aún te va a entusiasmar más. Hemos terminado de montar nuestra película, *Never the Twain Shall Meet*. Al fin, ya está lista. Esta mañana hemos visto un pase completo. Conchita, estás fascinante.

—Eres muy halagador, pero seguro que exageras.

—Absolutamente fascinante. El propio Louis B. Mayer, que estaba allí presente, lo dijo. Lo dijo y le puso mucho énfasis, y mucho entusiasmo. Y ya sabes tú que el jefe se entusiasma muy excepcionalmente.

—No sabes lo que agradezco, Van Dyke, que vengas a decírmelo. No hay, para mí, nada más importante que saber que habéis quedado contentos con mi trabajo.

—Y no es todo lo que tengo que contarte. Quieren montar contigo una campaña de publicidad extraordinaria previa al estreno. Va a escribirse tu nombre con las letras de oro de las grandes estrellas, Conchita. Han encargado al propio Cecil Beaton que te haga las fotografías promocionales. Tú conoces su renombrado y exclusivo trabajo. Beaton solo fotografía a las actrices consagradas.

—¡Beaton! Pero, eso es..., es todo un honor. ¡Eso es extraordinario!

—Claro que sí. Sabía que te entusiasmaría. Y aún te traigo más novedades.

—Vaya, Van Dyke, eres el Papá Noel de las noticias.

—Sí, pero más delgado. Mucho más delgado. A lo que voy, ya tenemos también fecha para el estreno de nuestra película. Será el sábado 16 de mayo. Espero que no tengas nada más importante que hacer ese día —bromeó el director—. Resérvate la fecha para el gran estreno. Va a ser apoteósico. Recuerda bien lo que te digo: ese día, Conchita, será tu consagración como gran estrella de Hollywood.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 4 de mayo de 2007

El cuarto de invitados

Inma ocupó una de las sillas de la sala de espera de la planta, donde se sucedían los visitantes del hospital. Quería recuperar pronto el ánimo para regresar a la habitación de Pelayo. No pretendía volver a preocupar al anciano con sus numeritos o con sus huidas, pero necesitaba estar unos instantes a solas. Finalmente, sin pretenderlo, había empezado a hablarle a Pelayo de sus miedos, de sus desamparos, de sus heridas. Y eso no le resultaba fácil. Nada fácil. Mientras buscaba el ralentí de la tranquilidad, miraba sin ver a través de la mampara de cristal que aislaba la sala. De pronto, sus ojos se encontraron con los de su hermano Cristóbal, que pasaba por allí. Inma retiró su mirada rápidamente, en un intento de no ser descubierta. Pero ya era tarde. Cristóbal la había visto allí sentada. El azar los había reunido.

—Hola, Inma. Qué bien verte. Apenas sé de ti últimamente. ¿Qué haces aquí? ¿Qué tal te va con tu paciente?

—Bien, bien. Todo va bien —contestó Inma, tratando de disimular su ánimo tocado.

—Me temo que algo te ha pasado. No tienes buena cara. No es fácil engañar a un médico y menos si el médico es tu hermano.

—Solo he salido a tomar un poco el aire. Sigo visitando a Pelayo, al señor Veleiro. Y... todo bien. De verdad, todo bien.

—Y vienes a tomar el aire a la sala de espera de un hospital. Se me ocurren mejor sitios, Inma.

—Sí, eso sí.

—Se me ocurre mi casa, por ejemplo. Y a ti también se te podría ocurrir. ¿Qué tal si te vienes conmigo a casa? Yo acabo de terminar mi turno. Si me esperas cinco minutos, nos vamos juntos. Hoy tenemos el cuarto de invitados libre. Te puedes quedar a dormir sin ningún problema.

Inma detectó enseguida que Cristóbal intentaba no atosigarla, pero sí prefería tenerla cerca, por si convenía algún cuidado añadido.

—Te lo agradezco, Cristóbal, pero hoy prefiero regresar a mi buhardilla. Tengo cosas que hacer allí —mintió Inma—. Además, aún quiero estar un buen rato más con el señor Veleiro. Me está contando cosas muy interesantes. Otro día me voy a dormir a tu casa. Cualquier noche de estas. Seguro, sin falta.

—Está bien. Como tú digas. Pero, si cambias de opinión, en casa estamos. Ya lo sabes. A tus sobrinos les darías un alegrón. Puedes venir a la hora que quieras. Serás igual de bienvenida si te presentas sin previo aviso. Insisto, tenemos el cuarto de invitados libre.

—Gracias, Cristóbal, gracias. Mejor otro día.

Tras un beso de despedida, Cristóbal se fue.

El cuarto de invitados, decía Cristóbal. Inma sabía perfectamente que su hermano había montado aquella habitación pensando solo en ella. Álvaro, su otro hermano, tenía su propio apartamento, y nunca hubiera ido a dormir a una casa con críos. Su cuñada Silvia era hija única, sus padres habían muerto, y no tenía motivos para un cuarto de visitas familiares. Además, Inma jamás supo de ningún amigo de Cristóbal, o de Silvia, que se quedara a pasar la noche en su casa. De modo que el cuarto de invitados era una forma de llamar al cuarto de Inma. Una forma de disimular que Cristóbal había preparado una habitación de más en su casa, siempre vacante, por si en algún momento su hermana la necesitaba.

Cristóbal se había portado muy bien. Cristóbal siempre se portaba muy bien. Lo hacían sus dos hermanos. La madre de Inma murió al poco de nacer ella. Eso la convirtió en la única mujer de la familia. Su padre y sus dos hermanos, Cristóbal y Álvaro, eran sus tres mosqueteros particulares, siempre atentos a la niña de la casa, siempre preocupados porque la vida le fuera bien a Inma. La muchacha recordaba cómo, cuando era adolescente, llegó a sentirse demasiado incómoda con tanta guardia. Casi le dio la

sensación de estar acorralada. Y se rebeló. Y hasta llegó a ser injusta con ellos. Muy injusta, sí.

Una noche, durante la cena, cuando los tres insistían en que Inma no comía lo suficiente, se levantó airada de la mesa y les gritó: «¡Dejadme en paz. Yo no soy mamá. Yo no me voy a morir!». Cuánto se odió después a sí misma por haber dicho aquello. Jamás olvidaría el desconsuelo que leyó en el rostro de su padre y en el de sus hermanos. Les había herido profundamente.

Inma era consciente de que los tres echaban mucho de menos a su madre. Pero ella no. Ella no la había conocido. Ella no podía echarla en falta. Cuando su madre murió, sus hermanos eran mayores, o casi mayores. Cristóbal y Álvaro tenían catorce y trece años, pero Inma apenas tenía dos meses. Inma sentía que ella no podía reemplazar a su madre en el corazón roto de su padre, ni en el de Cristóbal, ni en el de Álvaro. No podía, y no quería. La joven ansiaba vivir su propia vida sin que, a cada paso, la estuvieran recordando cuánto se parecía a su madre. Inma deseaba ser solo Inma, y no alguien a quien comparar inevitablemente con esa mujer, a la que no conoció, y de la que contaban tantas maravillas.

«Dejadme en paz. Yo no soy mamá. Yo no me voy a morir». Aquella frase, a voz en grito, selló para Inma el final de una parte de su propia vida. Desde esa noche, sus tres mosqueteros dejaron de protegerla tanto o, por lo menos de hacerlo abiertamente. Desde aquel momento, su padre y sus hermanos se propusieron dejarla más a su aire, más libre, más suelta. Se esforzaron por aligerar su custodia. Y lograron, al menos, simularlo. Inma sabía que, a escondidas, para no agobiarla, los tres seguían siempre pendientes de ella. Era la misma guardia, pero más discreta. Y se conformó con la respuesta de ese esfuerzo familiar, que mantenía la atención extrema, pero despreocupaba las maneras.

Con los años, sus hermanos abandonaron la casa familiar. Cristóbal, el hermano mayor, siempre tan formal, se había convertido en un buen médico, se había casado pronto, y tenía ya dos preciosos hijos. Su hermano Álvaro era más vivales. Más trotamundos. Cuando terminó la carrera de periodismo se fue un año entero a recorrer Europa, mochila al hombro. Al volver, alquiló un pequeño apartamento, y comenzó un camino de empleos de ida y vuelta. Álvaro siempre estaba saltando de un medio de comunicación a otro. Siempre andaba brincando de una novieta a otra.

El tiempo que Inma vivió sola en casa, con su padre pero ya sin hermanos, le había servido a la joven para sentirse más libre, más soberana y hasta más capaz. Había menos ojos vigilándola. Solo los de su padre, los ojos sagrados de su padre. No sospechó que llegaría a echar tanto de menos aquella mirada protectora. Inma nunca pensó que llegaría a necesitarla. Y mucho.

Pero ocurrió. Ocurrió hacía dos años. Su padre murió. De pronto. Sin avisar. Un accidente de coche. Inma se quedó sola en la casa. Y se sintió abrumadoramente abandonada. La independencia anhelada, desde que fue niña, se presentó como un susto. Como un gran susto de vida. Como un gran susto de muerte. El terror, y el vértigo, y la confusión, la paralizaron. Sus hermanos acudieron en su auxilio. Los dos mosqueteros que le quedaban a Inma se presentaron listos para garantizar su abrigo. Ellos se ocuparon de todo. Se ocuparon del entierro, de guardar las pertenencias del padre. Y de la venta de la casa familiar. Inma no quería seguir en aquel hogar que ya no era hogar sin los ojos de su padre, sin los sagrados ojos de su padre. Al momento, sus dos hermanos le ofrecieron acomodo en sus viviendas. Pero en casa de Cristóbal ya había dos niños pequeños a los que cuidar. Y al apartamento de Álvaro acudían demasiadas novias. Inma prefirió que le buscaran un pequeño apartamento, una buhardilla para ella sola. Aunque un nuevo hogar no fue lo único que necesitó Inma en aquel momento. Se había quedado mentalmente desorientada, entumecida, inmovilizada. Un insospechado terror la amenazaba, agudo a veces, y siempre insaciable. Cristóbal acertó al recomendarle que fuera como lectora voluntaria al hospital para superar la muerte de su padre. Acertó en aquella ocasión, y acertó de nuevo al volver a sugerírsele ahora. Aunque su hermano desconociera de qué se estaba recuperando Inma en ese momento. Sus visitas a Pelayo le estaban ayudando realmente a sobrellevar la profunda herida de Marcos. ¡Pelayo! De pronto, Inma recordó que había abandonado la habitación hacía bastante rato ya. El suficiente para que el anciano se hubiera cargado de razón para preocuparse.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, comedor de los estudios. Miércoles, 29 de abril de 1931

La misión de Pelayo

—Yo invito, Conchita —resolvió Pelayo frente a la cajera.

—No es necesario, Pelayo. Mejor, pago yo. Además, ha sido idea mía comer juntos. Lo lógico es que la factura sea mía.

—No te preocupes. Puedo permitirme los cincuenta centavos de mi menú, y los del tuyo también, sin practicar la mendicidad en los rodajes. Además, debes ir acostumbrándote. Hoy te invito por primera vez a comer, pero no será la última. Es más: mi plan de futuro pasa por llevarte a los restaurantes caros que tú frecuentas. Por ahora, tiene que ser aquí, pero, pago yo, por supuesto —atajó el muchacho, y sacó decidido y feliz su monedero.

—Está bien, Pelayo, está bien. Muchas gracias por la invitación. Cualquiera te lleva a ti la contraria. Y luego dices que la cabezota soy yo.

—Es que eres muy cabezota, linda y cabezota —aseguró el muchacho contento.

Después de descartar varios de los asientos libres de las mesas vacantes del comedor de los estudios, Pelayo se decidió por uno de los veladores más pequeños que había junto a las ventanas. Buscaba quedar lejos del resto de comensales. Allí, en aquella mesa más reducida, se podían sentar cuatro personas, como mucho, y él traía la decisión de ocupar todo el espacio.

—Este sí es un buen sitio —señaló Pelayo. Esperó protocolariamente a que Conchita tomara asiento, y luego se acomodó él. Rápidamente, empezó a extender los platos de su bandeja por toda la mesa.

—¿Qué haces?

—Ocupar la zona. Así no se sentará nadie a molestarnos.

—Verdaderamente, nunca encontraré un mejor escudero.

—Soy tu mejor escudero, y tu único escudero. Los demás hombres no quieren protegerte. Quieren atraparte.

Conchita pensó en Leslie, pero se deshizo de su recuerdo rápidamente. Pelayo, su jovencísimo Pelayo, no se merecía que le ocultara su relación con el actor, pero aún no se atrevía a hablar de aquello a nadie. No era tampoco el tema del momento, para el muchacho, que estaba entusiasmado como un novio, con el dispendio de la invitación, con la compañía de su diosa entre las diosas. Conchita, sabedora que de no existía mayor placer en Pelayo que resultar útil a alguno de sus deseos, quiso ponerle al chaval un regalo de secreta correspondencia:

—Tienes que hacerme un favor de importancia, Pelayo.

—Lo que tú quieras —contestó, alertado.

—El lunes que viene tengo una sesión fotográfica con Cecil Beaton.

—¡Te va a fotografiar Cecil Beaton! ¡Menudo notición!

—Sí. Estoy emocionada. Emocionada y nerviosa. Sé que Beaton es uno de los mejores fotógrafos del mundo. Sé que solo retrata a las estrellas importantes. He visto muchos de sus trabajos sobre moda y celebridades en el *Vogue* y en el *Vanity Fair*. Y sé que es inglés. Pero no sé nada más de él. Me gustaría impresionarle.

—Ya te entiendo.

—¿Tú podrías averiguar algo de él? Lo que le gusta en sus modelos o lo que odia. Cómo trabaja. Las manías que tiene. No sé, cualquier dato, o detalle, que me permita sentirme un poco más segura a la hora de posar para él.

—Te puedo contar ya algunas cosas que sé de él —dijo Pelayo de manera rápida y entusiasmada—.

Le he oído decir a Chaplin varias veces que la inteligencia visual de Beaton es la inteligencia de un genio. Si Charlie alaba así a alguien, es porque estamos ante alguien no bueno, sino excepcional. También sé que antes de fotografiar estrellas de cine, hacía retratos de las más importantes aristócratas inglesas. Retratos de duquesas y marquesas, y gentes así. Es un dandi. Dicen que tiene verdadera obsesión por la belleza y la elegancia. Así que tú no tienes de qué preocuparte. Tu belleza y tu elegancia le impresionarán —remató con emoción.

—Gracias por los ánimos, Pelayo.

—Pero aún no he terminado. Sé que toma notas mientras fotografía. Dicen que le gusta mucho escribir. Yo he escuchado que lleva un diario sobre sus encuentros con las divas. Así que, si se pone a apuntar cosas mientras te retrata, tú no te extrañes, ni le digas nada.

—Si es un genio, como dice Chaplin, no será una persona fácil.

—Yo solo le he visto un par de veces, pero nunca he hablado con él. Creo que es muy simpático, pero que es bastante raro también. Fíjate que la Garbo le considera amigo suyo. Ya tiene que ser extraño el personaje, porque de la Garbo no logra ser amigo nadie, pero nadie, que yo sepa.

—Raro, sí.

—Lo que se cuenta es que entre la Garbo y Beaton hubo, hace un tiempo, algo más que amistad. Pero que yo sepa, ahora, lo que tiene Beaton es un novio. Un novio que me parece que es un escritor, o un bailarín, o algo así. No me acuerdo. Ya preguntaré. Pero, a lo que vamos, tú no te preocupes Conchita. De aquí a tres días, tienes el informe escrito.

—¿El informe escrito?

Antes de contestar a la pregunta que vio obvia, Pelayo apuró como en un recreo la última cucharada del postre de chocolate.

—El informe, sí. Hoy es miércoles, ¿no? Pues el sábado te garantizo un informe detallado y por escrito de Cecil Beaton.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 4 de mayo de 2007

La cura

Inma entró casi corriendo en la habitación de Pelayo.

—Perdón, he tardado más de lo previsto.

—Tranquila, Inma. Respira. Me alegra tu regreso. Por un momento pensé que hoy preferías irte a tu casa.

—No, no. Me encontré con mi hermano, y eso me ha despistado. Nada más. Claro que iba a volver.

—Me alegro. Pensé que quizá te había presionado demasiado para que me contases tus problemas. Y si no quieres hablar más de ello conmigo, lo entenderé. Solo me gustaría decirte una cosa: te has ido de la habitación diciendo que eres una cobarde y no es así. Tú viniste aquí porque tenías un problema y pensaste que aquí podrías resolverlo. Eso no es precisamente un comportamiento de cobardes. El cobarde le da la espalda al problema, o aplaza el problema mismo, y no es eso lo que tú estás haciendo. Tú tienes un plan, aunque no hayas hecho planes, y estás aquí buscando una solución.

—Sí, tal vez sí. Pero busco una solución que provenga de los demás, porque yo soy incapaz de curarme a mí misma.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puede, sí.

—Dime una cosa, ¿de qué tienes que curarte aquí?

Inma se quedó callada unos segundos. Si daba respuesta a la pregunta crucial, y directísima, sabía que ya no habría marcha atrás, ni tampoco juegos de demora. Sería aquella respuesta el compromiso de contarle todo.

—De Marcos. Tengo que curarme de Marcos.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, departamento de publicidad. Viernes, 8 de mayo de 1931

El eslogan

El subdirector del departamento publicitario, William Taylor, estaba desesperado. La desesperación era también irritación. La desesperación era también un cabreo sonorísimo. Llevaba reunido más de una hora con dos de sus ayudantes sin solventar el asunto que le traía de cabeza. Al otro lado de la puerta, su secretaria venía oyendo el repertorio de gritos, mientras se mantenía en alerta extrema, por si mister Taylor la reclamaba. Ya se había cumplido, de lejos, la intensa jornada laboral, la noche llevaba un tiempo largo de convidada incómoda en aquel despacho, pero no se atisbaba la hora de irse a casa, hasta el día siguiente. Mister Taylor seguía de bronca, y la secretaria continuaba allí, de espectadora de la bronca.

—¡No tenemos nada! ¡¿Me oís bien?! ¡Nada! Las fotos que hizo el fotógrafo Cecil Beaton a la Montenegro son espectaculares. Esa parte ya está resuelta. Y ahora nos toca a nosotros. Pero llevamos dos semanas con esto, y ¿nosotros qué hemos conseguido? ¡Absolutamente nada!

—Jefe, le hemos ofrecido varias ideas para el eslogan que...

—¡¿Ideas?! ¿A esto le llamas tú ideas? ¿Ideas para el eslogan? —preguntó indignado Taylor, maltratando con rabia los papeles que tenía sobre su mesa—. El director dejó muy claro que quería una campaña publicitaria sensacional para la actriz Conchita Montenegro. Campaña sensacional —repitió—. Campaña sensacional. Y me consta que la orden le viene a él de arriba, de arriba del todo, del propio Louis B. Mayer. Y ahora decidme, ¿vosotros veis algo sensacional entre lo que me ofrecéis? ¡Esto no vale para nada! —gritó el subdirector, y arrojó las cuartillas al suelo con un violento desprecio.

—Es que no resulta tan fácil —se excusó el ayudante—. La Montenegro es una actriz extranjera. Ha protagonizado varias películas ya en Hollywood, eso es cierto, sí, pero hasta ahora han sido versiones en español. No es tan sencillo venderla de pronto, desde su primera película original, como una superestrella al nivel de las grandes divas. No es tan sencillo, jefe. Cuesta encontrar el eslogan perfecto. Pero, yo creo que de entre las ideas que le hemos dado, alguna podría servir, si la pulimos un poco, claro.

—¿Tú cómo te llamabas?

—Jefe, usted sabe perfectamente que mi nombre es Steven, Steven Carter —replicó el ayudante, intimidado.

—Vaya, entonces, sí que eres tú. Por un momento creía estar hablando con otra persona, y no con el Steven Carter que lleva trabajando para mí más de dos años. El Steven Carter que yo conozco debería saber que, precisamente porque la Montenegro es una actriz extranjera, y todavía no tan conocida en Estados Unidos, es por lo que necesitamos ¡una campaña publicitaria sensacional! —volvió a gritar el subdirector—. Repito: una campaña sensacional. De verdad, a estas alturas, ¿tengo que recordarte cómo hacemos las cosas en la Metro Goldwyn Mayer cuando los jefes quieren lanzar al más absoluto estrellato a una actriz? —Mister Taylor respiró profundamente y apoyó la espalda en su sillón tratando de recuperar cierto sosiego—. Bien, calmémonos. Calmémonos, porque tenemos mucha prisa, y los nervios no nos aceleran la tarea, precisamente. Recapitulemos. Estamos a viernes. De aquí a dos sábados se estrena la película de la Montenegro con Leslie Howard. Tenemos este fin de semana para pergeñar la campaña publicitaria. No hay más tiempo. En este mismo lunes, los periódicos y las revistas deben tener un eslogan sensacional, sensacional, insisto, con el que conseguir que todo el mundo quiera ver a Conchita Montenegro, que suspiren por conocer a la nueva superestrella de la Metro. Lo primero que tenemos que hacer es evidente. —Los dos ayudantes se miraron el uno al otro temiendo que su jefe les preguntase qué era eso evidente que había que hacer y que ellos no sabían—. No os miréis así, que me

estáis preocupando en serio. ¿Es que se os han secado las neuronas? En fin, quiero pensar, voy a pensar, que el asunto se os ha escapado por obvio. Leslie Howard es uno de los galanes con más tirón del mundo. Por ahí lo tenemos sencillo. Howard y la Montenegro tienen un idilio, un idilio no solo en la película, sino también en la vida real —hilvanó míster Taylor.

—Pero ¿eso es verdad? —preguntó con mucha cautela el ayudante Carter.

—¡Y yo qué sé! ¿Qué preguntas tienes? ¿Qué tiene que ver la verdad en todo esto? Decir que los protagonistas de una película están enamorados en la realidad siempre funciona para atraer al público. Pues ya está. Leslie Howard y Conchita Montenegro podrían ser pareja, o ya lo son, y lo están ocultando. Hay que filtrar de manera inmediata el rumor a la prensa para que vaya creciendo, y sea pronto una noticia. Eso es lo primero. Ya tenéis una clara y urgente tarea por delante. —Ambos ayudantes se afanaron en tomar rápida nota en sus libretas—. Y ahora nos queda la parte más compleja. ¿Cómo crear además en el público norteamericano, en nuestro público, un interés extraordinario por la propia figura de la Montenegro, una gran expectación sin otro gancho que ella misma? El lunes, con la explosión de la campaña de promoción de la película, su nombre tiene que resonar con fuerza en los oídos de todo el mundo. El público tiene que volverse loco por conocerla. —Míster Taylor alzó su mirada como si imaginara sobre su cabeza una deidad luminosa—. Ya podéis ir avisando a vuestras familias, porque no tenéis hora de regreso. Mejor que no os esperen. No vamos a salir de este despacho hasta que demos con la clave. Miss Bailey —llamó el subdirector a su secretaria por el interfono—, prepáreme el sofá cama de mi sala para esta noche. Igual tengo que dar alguna cabezada. Y pida que traigan comida de la cafetería. Comida abundante. Después, usted puede irse.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 4 de mayo de 2007

No eres una cobarde

—Dices que has venido aquí a curarte de un tal Marcos. Bien. Muy bien. ¿Puedes contestarme con completa sinceridad a otra pregunta? —interrogó Pelayo, y antes de darle tiempo a Inma para responder, continuó—: ¿Te encuentras ahora, hoy, igual de enferma por ese Marcos que el primer día que llegaste al hospital?

—No. Ahora estoy algo mejor.

—Algo mejor, dices.

—Sí, algo mejor. Lo reconozco.

—Lo cierto es que yo te veo bastante mejor.

—Si usted lo dice.

—En los primeros días te vi desmayarte, te vi llorar y te vi venirte abajo como un pequeño gorrión. Ahora, aunque a veces te sobrevenga un mal rato, lo superas. Decir que estás algo mejor, creo que es quedarse corta, Inma. Muy corta.

—Sí, es cierto. Tiene razón. Estoy mucho mejor. Pero ha sido gracias a usted. Yo, como siempre, no he hecho nada. El mérito de mi mejoría es solo suyo.

—Según tú, te estoy curando de un hombre del que no sabía su nombre, hasta hace un momento. Yo no te estoy curando de nada, lo haces tú misma.

—No. Yo utilizo a los demás. Igual que cuando murió mi padre. Me sentí rota, perdida, destrozada. Por eso hace dos años vine por primera vez a este hospital a leer libros a pacientes que estuvieran muy enfermos. No lo hacía realmente por ellos, lo hacía por mí, lo hacía para superar mis propios miedos.

—¿Y lo conseguiste?

—La verdad es que sí. Conseguí salir adelante de aquello, sí. Pero fue gracias a mis hermanos que siempre me ayudan, y me protegen, y, naturalmente, gracias a aquellos enfermos a los que les leía los libros. Logré recuperarme, pero como una cobarde, aprovechándome de los demás.

—Porque tú estás segura que tus lecturas no les vinieron bien a aquellos pacientes, ¿verdad?

—Bueno, eso no lo sé. Pero no es lo que yo realmente buscaba. Yo solo pensaba en mí y en mi dolor. Igual que he hecho ahora con usted para ir curándome de Marcos.

—Escúchame bien, Inma, deja de repetir y repetirte que eres una cobarde. No eres una cobarde. Eres sencillamente una persona que está equivocada. Incluso muy equivocada.

—¿Equivocada?

—Sí. O muy equivocada, te repito. Yo te puedo asegurar que tu compañía ha sido para mí la mejor de las medicinas. Y estoy convencido de que tu presencia resultó también providencial y benéfica, para aquellos enfermos a los que leíste tus libros. Tú aliviabas tu dolor, sí, pero mientras mitigabas el dolor de los demás. Eso no es aprovecharse de la gente, como dices. Eso es buscar una manera propia de enfrentarte a ti misma, y a tus problemas, mientras haces algo útil para los demás. Y, sinceramente, esa me parece una buena manera de superar tus propios abismos. Y hablando de abismos, a ver, ¿quién es el tal Marcos? Que ya te advierto, de entrada, que me cae peor aún que el Orejas, que ya es decir.

Inma no pudo dejar de sonreír ante la exótica y hasta infantil comparación que había hecho Pelayo, en el afán de animarla.

—Es usted un tipo insólito, Pelayo. Un gran tipo insólito.

—No, no te rías, Inma. Di, dime, ¿qué te ha hecho ese Marcos?

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, despacho de míster Taylor. Madrugada del sábado, 9 de mayo de 1931

La gran idea

Las bandejas de los sándwiches, ya vacías, quedaban como restos de una juerga, o de un naufragio, en medio de la alta hora desvelada. Los cafés sucesivos relevaron a los sándwiches, porque tocaba sostener la faena de despacho, que ahí seguía, dura, desorientada, y pendiente, porque no asomaba la gran idea definitiva, el relámpago de acierto publicitario, el hallazgo redondo que diera promoción brillante a la película de Leslie y Conchita, en general, y a la propia Conchita Montenegro, en particular. Los tres hombres del despacho habían entrado en la madrugada insomnes, cansados y ya casi desalentados. Venían de muchas horas de imaginación estéril. De demasiadas horas de divagación sin fruto.

—Ahora sí. Creo que lo tengo, jefe —afirmó de pronto Steven Carter.

—¿Es algo bueno? Si no, mejor te ahorras explicaciones. No gasto ya energía en más desaciertos —avisó, casi derrotado, el subdirector de publicidad.

—Sí, jefe. Creo que es bueno. Creo que es muy bueno.

—Venga, arranca.

—Lo hemos tenido delante de nosotros todo el tiempo sin darnos cuenta.

—Explícate, Carter.

—Buscamos algo que distinga de un modo único a la Montenegro, ¿verdad?

—Verdad, sí, verdad.

—No podemos acudir solo a destacar su talento o su belleza. Esos son valores con la efectividad perdida, o la efectividad gastada, de tanta reutilización en las tiras publicitarias. Tenemos que conseguir algo que con solo decirlo, con solo mencionarlo, despierte en el público un gran interés por ella.

—Pues claro. Así llevamos horas. ¿Quieres ir al grano de una vez, Carter? No nos cuentes lo que ya sabemos.

—El otro día, cuando fui a recoger las fotografías de Conchita Montenegro al despacho de míster Cecil Beaton, él me dijo algo muy emocionado.

—Carter, son las cuatro de la madrugada, no es momento para relatos, o intrigas. ¿Qué te dijo exactamente? —le apremió el subdirector.

—Me dijo que los dos perfiles más perfectos que había fotografiado nunca eran el de Greta Garbo y el de Conchita Montenegro. Y que se parecían extraordinariamente.

—¿Y tú pretendes que vendamos el perfecto perfil de la Montenegro como gancho publicitario? Carter, es muy tarde ya para enredarse en tonterías —advirtió míster Taylor malhumorado.

—No, jefe. El gancho no es el perfil. El gancho es la Garbo. Esa es la clave.

—¿Cómo que la Garbo?

—Sí. La mejor manera de vender a la Montenegro ha estado ahí, delante de nuestras narices, todo el tiempo. Recordar las palabras del fotógrafo me ha hecho caer en ello. En los estudios, desde hace tiempo ya, las otras actrices llaman a Conchita Montenegro la Greta Garbo española. ¡La Greta Garbo española!

—La Greta Garbo española —repitió lentamente el subdirector mientras se frotaba su cabeza, atronadora de calva—. ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡La Greta Garbo española! Me gusta. Me gusta mucho. Es perfecto. Claro que sí. Tiene misterio, tiene gancho, tiene fuerza. Y define desde la síntesis, como mandan los cánones. Bien, bien, Carter. Ya decía yo que por algo te tenía que tener contratado. Es una gran fórmula ligar la novedosa figura de la Montenegro con la de una actriz ya consagrada como la Garbo. Excelente.

—Me parece que esa fórmula ya ha sido utilizada —apuntó el segundo ayudante—. Aunque debe

hacer bastante tiempo, porque no recuerdo con quién se hizo.

—Mira, Michael, no me calientes las pelotas. No has aportado ni una sola idea potable en toda la noche, y ahora quieres ponerle un pero a esta genialidad. Michael, calla, calla. Además, si ya hemos hecho algo así y no nos acordamos nosotros, es que ya no se acuerda nadie. Nadie. ¿Me oyes? Nadie.

—De acuerdo, jefe.

—Bien. Pues mañana, a primera hora, empezáis a filtrar el rumor de que Leslie Howard y Conchita Montenegro están enamorados. El proyectil de la Greta Garbo española lo lanzamos el mismo lunes. Y desde ese lunes hasta el sábado, bombardeamos con lo mismo. Y ahora largo de aquí. Es hora de dormir. Nos lo merecemos.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 4 de mayo de 2007

Un primer amor

Inma se levantó de la silla. Se arrimó a la ventana de la habitación, y rompió a hablar, mirando a las lejanías.

—Cuando era pequeña, mi padre me enseñó a jugar al ajedrez. Jugaba con él y con mis hermanos. Me apasionó aquel juego. Empecé a leer muchísimo sobre ajedrez y a practicar continuamente con una máquina que me regalaron. Pero llegó un momento en el que siempre era yo la que ganaba. Me empezó a aburrir jugar con mi familia.

—Vaya, has salido una muchacha muy completa: lectora, periodista, escritora en ciernes y ajedrecista dimitida.

Inma apartó sus ojos de la ventana y se giró para mirar a Pelayo.

—Perdón por la interrupción, Inma.

—Le pedí a mi padre que me apuntara a un club juvenil de ajedrez, y él lo hizo. Allí conocí a Marcos. Yo tenía dieciséis años, y él diecinueve. Marcos era uno de los mejores jugadores que había en el club. Era el mejor. Era tan inteligente, tan atractivo, tan diferente a los demás, que me enamoré completamente de él. Y él se fijó en mí. Siempre que nos tocaba jugar juntos la partida de ajedrez se convertía en algo más que en un juego de piezas, era también un juego de seducción. Su inteligencia me apasionaba, me excitaba. Empezamos a quedar a la salida del club de ajedrez. Durante tres meses fuimos al cine, paseábamos o charlábamos. Hablábamos sobre ajedrez, nos planteábamos también juegos de palabras, juegos de estrategia, de inteligencia, todo tenía siempre la mecánica de una competición, pero de una competición venial, lúdica, sin más. Luego, siempre me acompañaba a mi casa.

—Ya entiendo, un primer amor.

—Una tarde, antes de entrar en mi portal, me besó. Fue un beso apasionado. Yo me sentí la persona más dichosa del mundo. Pero mi dicha solo duró un minuto. Marcos se iba. Se iba de Madrid. Su padre era consejero delegado de una multinacional y le trasladaban a la filial de Argentina. Aquel primer beso era un último beso, un beso de despedida.

Inma se sentó en la silla junto a la cama del anciano. Pelayo no dijo nada, porque sabía que este era el modo mejor de acompañar el relato, porque una atención distinta hubiera resultado un despiste para Inma, un desánimo, acaso.

—Pasaron los años —continuó Inma—. No supe nada de él. Se había ido sin dejarme ninguna dirección donde escribirle, o algún número de teléfono donde llamarle. Simplemente, se había marchado. Yo conocí a otros chicos. Al principio pensaba que me enamoraba de ellos. Al principio. Pero en cuanto pasaba la fugaz ilusión inicial, volvía a pensar en Marcos. Los comparaba con él, y todos me resultaban inferiores. Y rompía con ellos. Mi amor, mi verdadero amor, era Marcos. El hombre que estaba hecho para mí era Marcos y yo estaba hecha para él. Sentía en mi interior la certeza de que volveríamos a estar juntos. No sabía cuándo, ni cómo, pero estaba segura que a Marcos y a mí nos esperaba una vida juntos. Yo todavía creía en el destino, y en ese destino estaba escrito que él regresaría a por mí, más tarde o más temprano. Esa era la verdad que a mí entonces me animaba la vida. Pero Marcos estaba muy lejos, estaba en Argentina. O eso era lo que pensaba yo.

—¿Y no era así? —preguntó Pelayo, extrañado.

En ese momento entró la enfermera. Como era su costumbre, se acercó a la ventana, y cerró con vehemencia las cortinas.

—Señorita, el paciente tiene que descansar. Ahora debe usted irse. Es muy tarde.

Inma se levantó resignada dispuesta a abandonar la habitación.

—Inma —la llamó Pelayo—. Vuelve mañana, pero temprano. Ahora soy yo el que se queda intrigado con tu relato.

Hollywood, hotel Plaza. Lunes, 11 de mayo de 1931

El periódico

Leslie se había quedado a pasar el fin de semana con Conchita en su hotel. Concretamente, en su habitación, en la cama de su habitación. Hablaron, comieron, rieron e hicieron el amor, durante un dulce encierro de cuarenta y ocho horas inolvidables.

Ahora Leslie dormía aún. Por no despertarle, Conchita había encargado en voz baja el desayuno. A ella le gustaba mucho ver dormir a Leslie. Su rostro le parecía el de un príncipe de una época remota donde los cuentos de hadas aún podían cumplirse.

Siguiendo las indicaciones que la propia Conchita había dado al hacer su pedido por teléfono, el camarero golpeó la puerta de la habitación de manera suave. La actriz recogió la bandeja en la entrada y la introdujo ella misma en la alcoba, colocándola en la mesa situada junto al balcón. Tenía un apetito alegre, y decidió ir comiendo mientras disfrutaba mirando a su príncipe durmiente.

Cuando concluyó su café y sus tostadas, recogió de la bandeja el periódico preceptivo que siempre acompañaba al desayuno. Se echó un ligero abrigo sobre el camisón de seda, y salió a los asientos de su balcón para leer el diario.

Pasaron seis, ocho, diez minutos acaso, y Conchita retornó muy enojada a la habitación.

—¡Leslie! ¡Leslie, despierta!

El actor abrió los ojos algo sobresaltado, pero al ver el rostro de Conchita, sonrió dulcemente.

—Ven aquí, bella Conchita. Dame un abrazo de bienvenida al día.

—¡Leslie, mira esto! —le dijo, alterada, mientras se sentaba en la cama y le ofrecía rápidamente el periódico al actor—. ¡No me lo puedo creer!

—Pero ¿qué te pasa? A ver, ¿qué te pasa?

—Léelo tú mismo. ¡Es algo inadmisibile!

Leslie se incorporó en la cama, colocó un par de almohadones bajo su cabeza y leyó el diario por la página que le señalaba Conchita.

—Sí, ya comprendo. Para anunciar nuestra película insinúan que tú y yo somos pareja. ¿Y eso te parece algo inadmisibile? A mí no me parece ni grave. ¿Qué nos importa lo que digan de nosotros? Además, cuentan la verdad. Tú y yo somos pareja —concluyó Leslie, y le cogió la mano a Conchita para ir besando con suavidad cada uno de sus dedos.

La actriz se sintió por un momento conmovida. Le enterneció que a Leslie no le importara que se supiera lo suyo, pero su disgusto superaba su contento. Conchita retiró su mano de los labios de Leslie para volver a señalar la página del periódico.

—Pero ¿¿has visto cómo me llaman?!

—He visto que hablan mucho de ti, y muy bien. Eso me alegra. Me alegra mucho. Te mereces que te promocionen en condiciones.

—¡Me llaman la Greta Garbo española!

—Pero, Conchita, eso lo dicen por los estudios hace tiempo. La Greta Garbo española. Yo lo he oído. Además, ¿qué tiene de malo?

—Todo, todo. Todo parecido es un demonio. Y entre mujeres, dos demonios.

—Tampoco exageres, Conchita. A mí me parece muy positivo para tu carrera que te comparen con la Garbo. Eso no lo harían con cualquiera. No tienes razones para enojarte tanto.

—Razones sobrantes, Leslie. A mí no tienen que compararme con nadie. Nunca. Todo parecido es un demonio, insisto, una derrota.

—O un triunfo.

—Yo soy Conchita Montenegro. No tengo por qué ser ni la Garbo española, ni la Garbo de ningún sitio. Llevo toda la vida buscando ser única.

—Venga, única Conchita, rebelde española, ven a la cama conmigo. Si tienes el amor, toda publicidad es buena.

Madrid, hospital La Paz. Sábado, 5 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace trece días

Inma llegó muy de mañana al hospital. Se sentía abatida recordando su fracasada historia de amor con Marcos. Se sentía abatida, pero también aliviada por compartirla con Pelayo. Pensó en hacer algo de tiempo en la cafetería de la clínica para no abordar al anciano en una hora excesivamente temprana. Aun así, estaba deseando regresar a la habitación 109, al oficio de confidencias que ya era aquella habitación 109.

Entretuvo un rato más bien breve, mientras tomó café de trámite, y subió a la planta de Pelayo. Miró con atención, por comprobar si la enfermera asomaba por algún pasillo. Nada, ni rastro. De modo que entró en la habitación.

—Buenos días. Ya estoy aquí —dijo Inma tibiamente al entrar.

—Buenos días, Inma. Estaba esperándote.

—No sabía si era demasiado temprano para venir, como hoy es sábado...

—Así que hoy es sábado, bueno es saberlo. Aquí lo temprano y lo tarde se juntan en un mismo día eterno. No exagero si te digo que me desperté impaciente por saber qué es lo que te ocurrió. Siempre que quieras seguir con tu relato, claro.

—Sí. Claro que quiero.

—Muy bien. Me alegro. Porque me dejaste bajo la sospecha de que ese Marcos no estaba en Argentina, como tú creías en su momento.

Inma tomó asiento lentamente en la silla de costumbre, junto a la ventana, y retomó su relato.

—Habían pasado seis años desde que Marcos se marchó. Una noche, salí a tomar unas copas con un grupo de amigos de la universidad. Era agosto, hacía una noche magnífica, de esas noches planetarias del verano, y recalamos en una terraza que estaba muy de moda. Me levanté de la mesa en la que estaba con mi grupo, por ir a ponerme más hielos en la copa. La barra del bar estaba repleta de gente. Intratable. Yo intentaba que me atendieran, con poco éxito. Entonces alguien puso su mano sobre mi hombro, mientras me decía: «¿Inma, eres tú?». Me giré creyendo que sería uno de mis amigos, o quizá algún conocido que había fondeado en el bar. La impresión fue tan fuerte que el vaso se me cayó de las manos, y se estrelló contra el suelo, sin males mayores. Era Marcos. Intercambiamos unas frases torpes, y decidimos buscar un lugar más tranquilo donde poder hablar. Él se despidió de los amigos con los que había llegado al bar, yo me despedí de los míos, y nos fuimos caminando a otro local más tranquilo. Se le veía emocionado por verme. Yo le veía emocionado por verme. Yo estaba pletórica. Yo tenía razón. Por fin volvíamos a estar juntos. Ni yo, ni el destino nos habíamos equivocado. Nos habíamos reunido de nuevo. Marcos no hacía más que preguntarme qué cosas había hecho durante esos años, y no paraba de decirme lo guapa que me encontraba. Yo estaba como en un sueño. Entonces me preguntó si tenía novio. Yo estaba sola en ese momento, y así se lo dije. Entonces me animé a preguntarle a él por lo mismo. Y no. No tenía novia. Tenía esposa.

—Ese debió de resultar un duro golpe para ti.

—Me quedé helada. Él parecía tan contento y emocionado de habernos encontrado como lo estaba yo. Y sin embargo, él estaba casado. Yo no entendía nada. No entendía qué hacíamos allí entonces. ¿Para qué había querido alejarse de los demás amigos para estar a solas conmigo si no era para recuperarme? Para recuperar nuestro amor. Pero si estaba casado no tenía sentido. Nada tenía sentido.

Marcos notó mi desconcierto y entonces me lo aclaró todo.

—¿Y cuál fue su explicación?

—Al poco de llegar a Argentina había conocido a una joven de Buenos Aires llamada Martina.

Salieron juntos un par de meses y ella se quedó embarazada. Marcos no estaba enamorado de ella, pero se sintió en la obligación de casarse con Martina para hacerse cargo del que también iba a ser su hijo.

—Vamos que estaba casado, y tenía un hijo, el tal Marcos.

—Sí pero no era algo que él hubiera buscado. Marcos lo que hizo fue comportarse de manera responsable.

—Ya veo. Y tú te convenciste de ello.

—No es que yo me convenciera, es que era la verdad. Marcos lo estaba pasando mal desde hacía mucho tiempo. La relación con su... con su mujer —a Inma aún le costaba llamarla así—, la relación entre ellos se rompió a los pocos meses de nacer el bebé. No se entendían. Marcos no la amaba. Solo mantenía el matrimonio porque no quería abandonar a su hijo.

—Y tú pensaste que no amaba a su mujer porque realmente te amaba a ti.

—Bueno, eso no me lo dijo entonces, pero aún era pronto.

—Ya veo.

—Cada vez que dice usted «ya veo» me parece que algo no le parece bien —dijo Inma un poco molesta.

—Yo no quiero juzgar, Inma, solo quiero comprender. Sigue, por favor, sigue contándome. Y entonces, ¿vivía con su mujer en Madrid o en Argentina?

—Vivían en Madrid desde hacía un año. El padre de Marcos le consiguió un buen puesto en la sede de la multinacional en Madrid y se trasladaron aquí. Martina no tenía trabajo y dependía de Marcos, por eso no la podía abandonar. Pero me confesó que llevaba más de cuatro años sin tener relaciones sexuales con ella. Dormían en habitaciones separadas. Marcos lo hacía todo por su hijo de cinco años y por no dejar a Martina en la calle.

—Vamos, que hasta te pareció un buen tipo, entonces.

—Me pareció que lo estaba pasando mal.

—Ya veo. Perdón. No volveré a decirlo. Disculpa, Inma. Adelante. ¿Qué pasó entonces?

—Habíamos bebido bastante, no es que estuviera borracha, nunca me he emborrachado, pero yo estaba muy alterada emocionalmente, por decirlo de algún modo. Usted me comprende.

—Te comprendo.

—Era bastante tarde, el local ya estaba cerrando, y nos fuimos. Yo no tenía coche, y Marcos se ofreció a llevarme a mi casa. Acepté. Me preguntó si seguía viviendo donde siempre. Aquello me emocionó. Después de tantos años, Marcos no había olvidado donde residía. Le respondí que no, que me había mudado tan solo hacía un par de semanas a una buhardilla para mí sola y le di mi nueva dirección.

—Si no había olvidado tu dirección de siempre, donde vivías hasta hacía unos días antes de verle, podía haber ido a buscarte a lo largo de ese año que llevaba ya en Madrid.

—Pelayo, usted dice que no quiere juzgar, pero a mí me parece que ha condenado a Marcos antes de saber toda la historia.

—Tienes razón. No lo estoy haciendo bien, es solo que voy comprendiendo. Pero debo escuchar antes, sí. Y eso haré. Escucho, Inma, te escucho.

—Nos subimos a su coche y recorrimos el camino en silencio. En mi cabeza daba vueltas sin parar toda la historia que me había contado Marcos. No sabía si estar contenta o no. Llegamos a mi portal y, antes de bajarme del coche, me besó. Yo me aparté. «Esto no procede. Estás casado», le dije. Pero le miré a los ojos, y era Marcos, era mi Marcos. Entonces fui yo la que le besé.

—Y empezaste por fin tu anhelada historia de amor con él.

—Sí.

—¿Y de eso cuánto tiempo hace?

—Hace casi dos años.

—Es decir, muy poco después de morir tu padre.

—¿Cómo sabe cuándo murió mi padre y por qué dice eso?

—Me lo contó tu hermano Cristóbal la noche que nos conocimos, aquella en la que mi corazón dio un pequeño susto, y él estaba de guardia, ¿recuerdas?

—Sí. Ya veo que Cristóbal y usted hablaron de muchas cosas, de mis relatos, de mi padre..., pero ¿por qué menciona lo de mi padre ahora?

—Es solo por situarme en las fechas, por centrar el momento de tu vida. Los momentos de la vida marcan mucho nuestras decisiones y hasta nuestros sentimientos.

—¿Quiere decir que yo realmente volví con Marcos no por amor sino porque me encontraba sensible por lo de mi padre?

—Yo no soy quién para decir nada de eso. Yo quiero saber qué es lo que dices tú.

—Lo que yo digo es que me pasé media vida esperando a que Marcos regresara a mi lado y que lo conseguí. Y que si ahora lo nuestro se ha acabado ha sido por culpa mía, ¿me oye usted bien?

—Te oigo, claro que sí.

—Pues eso. Solo por culpa mía.

Entre la furia, y el cabreo, Inma remachó la frase, «Solo por culpa mía». Entre la indignación y la certeza.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer. Martes, 12 de mayo de 1931

En busca de Greta Garbo

Conchita se encaminó a la zona norte de los estudios. Allí se encontraban los camerinos más lujosos y exclusivos, los camerinos inequívocos de las estrellas consagradas. Y, por supuesto, allí estaba el camerino de Greta Garbo.

Conchita estaba ya muy cerca del edificio de los fabulosos vestuarios, cuando vio a Pelayo sentado dentro de un carruaje del siglo XVII, una reliquia que habían exiliado, por un momento, de los decorados que recreaban aquellos tiempos lejanos. La actriz se acercó al chico.

—Buenos días, Pelayo. ¿Qué haces ahí subido?

—Ah, hola, Conchita —contestó el joven con desgana.

—Vaya, te veo muy apagado. ¿Qué te ocurre?

—No me ocurre nada —contesto el muchacho de manera esquiva—. Solo estoy esperando.

—Pues ni que esperaras a tu propio enterrador. Vaya cara tristísima tienes. ¿No vas a decirme qué te preocupa o qué te disgusta?

—A mí no me preocupa nada y nada me disgusta. Estoy bien. Estoy esperando a que vengan a recoger este carruaje, nada más. Me han dicho que me cerciore de que lo guarden donde corresponde, y eso es lo que estoy haciendo.

—Bueno, si no quieres hablarme de tus problemas, lo respeto. Pero si cambias de opinión, ya sabes que tienes en mí a tu mejor amiga.

—Sí, mi... amiga —dijo Pelayo, arrastrando las letras de su última palabra—. Ya lo sé.

—Oye, ¿no te pasará algo conmigo, verdad?

El joven comprendió que debía recomponerse. Si no iba a sincerarse con Conchita, no podía mantener con ella esa actitud tan ruda.

—No, Conchita, no. No me pasa nada contigo. Nada, de verdad. ¿Hacia dónde vas? —preguntó Pelayo, queriendo imprimir un tono más animado a la conversación.

—Al camerino de Greta Garbo.

—¿Al camerino de Greta Garbo? ¿Y para qué? —preguntó sorprendido.

—Para hablar con ella. Para explicarle que yo no he tenido nada que ver en esto —afirmó Conchita, endureciendo la voz y alzando enérgicamente el periódico que llevaba en la mano—. No sé si lo habrás leído Pelayo, pero en este diario de ayer me llaman la Greta Garbo española. Es completamente improcedente, y quiero que ella sepa que no ha sido cosa mía en absoluto.

Pelayo sí había leído el periódico del día anterior. Había leído lo de la Greta Garbo española, y todo lo demás. Y también había leído los diarios de hoy. Todos volvían a insistir en lo mismo. Repetían todo, incluyendo, muy acentuadamente, lo del romance de Conchita con Leslie Howard.

—Conchita, la Garbo no recibe a nadie. Ya lo sabes.

—Eso ya lo veremos. ¿Tú sabes cuál es exactamente su camerino? Sé que es uno de aquellos —Conchita señaló el edificio que quedaba enfrente de ellos—, pero prefiero no ir llamando de puerta en puerta.

—No tiene pérdida. Bajo sus escaleras siempre hay algún hombre, a la espera de verla.

—¿De verdad lo dices?

—Por supuesto. A los pies de sus escalones yo he visto fontaneros, periodistas, carpinteros, actores, en fin, de todo, haciendo guardia de muchas horas, solo para poder contar, un día, que se cruzaron un instante con Greta Garbo.

—¡Menudo disparate! No me extraña que la Garbo se lo tenga tan creído como dicen. ¿Me

acompañas? Quizá ahora mismo no haya ningún fisgón que me dé la pista.

Pelayo se bajó del carruaje, y se puso junto a Conchita en silencio.

—Es ese de ahí arriba —señaló el joven—. Ya te dije que no podías equivocarte.

Efectivamente, dos hombres fumaban un cigarro justo al pie de las escaleras, dispuestos a que les diera una eternidad, mientras asomaba o no asomaba la diva.

—Tenías razón. Tiene husmeadores a sus pies. Es increíble. Bien, Pelayo, muchas gracias por acompañarme. Luego nos vemos. Y espero que después ya tengas mejor cara. De lo contrario, me vas a obligar a insistir en saber qué es lo que te ocurre.

Pelayo se giró para retomar el camino al carruaje, pero inmediatamente volvió sobre sus pasos.

—¡Conchita!

—¿Sí?

—¿Es verdad lo tuyo con Leslie Howard?

La actriz se quedó callada unos segundos. No era el momento ni el lugar para hablar de cosas tan importantes. Sin embargo, tampoco podía mentir a Pelayo.

—Sí. Es cierto —afirmó escuetamente.

Pelayo bajó la cabeza, y se alejó de allí en silencio. Sus peores temores se habían confirmado. Conchita, su Conchita, estaba enamorada. Porque con Leslie Howard solo podía tratarse de eso, de amor, de sentido amor verdadero. Con Leslie Howard no iba a ser como con Chaplin o con Keaton. Pelayo sabía que de Leslie las mujeres se enamoraban, se enamoraban completamente. Aquella noticia era una desgracia para Pelayo.

El joven volvió al carruaje y se introdujo en su interior, sinceramente abatido. Allí sentado, bajo la reflexión del daño, recordó las palabras de Chaplin sobre el significado de su nombre. «Pelayo significa aquel que tiene voluntad de escoger». Sí, eso haría. Él iba a escoger la espera. La espera del amor de Conchita. Su amor necesitaba una larga paciencia, porque de momento era un amor imposible. Esperar, sí. Ahí estaba la esperanza, el desafío, el sueño.

Madrid, hospital La Paz. Sábado, 5 de mayo de 2007

Dentro de un abrazo

—Ciertamente, eres una singular criatura, Inma. Lo que abunda son las personas que no ven la viga en el ojo propio y critican con fiereza la paja en el ojo ajeno. Sin embargo, tú insistes en culparte de todo. Ves en tu ojo todas las vigas del mundo. No hay mayor certeza que la duda, pero estoy seguro de que te equivocas. Aunque sea por simple probabilidad matemática. Resulta imposible ser siempre la responsable de todos los problemas.

—Créame, Pelayo. La culpa fue mía.

—Cuéntame lo que pasó y ya decidiré yo luego si creerte. Porque tienes razón cuando me dices que yo no debo juzgar, Inma, y por tanto no señalaré a nadie como culpable del fin de tu historia de amor con el tal Marcos.

—Todo iba bien hasta hace un par de meses, un día que había quedado con él a la hora de comer. Siempre nos citábamos a esa hora del almuerzo, porque era el único rato que Marcos podía escaparse. El rato que tenía de fácil encubrimiento en los días laborables para su mujer. Iba camino de nuestra cita cuando presencié un accidente de dos coches en la Gran Vía. Fue más aparatoso que grave. Los ocupantes de ambos vehículos salieron ilesos, lo que no les eximió de pasar un mal rato de desquiciamiento. Me impresionó aquella colisión. Me impresionó muchísimo. Aquel accidente me trajo el recuerdo poderoso de la repentina muerte mi padre. Cuando él falleció, sé que mis hermanos tuvieron que ver el informe de la autopsia y las fotografías de su coche siniestrado, entre otras cosas, pero a mí me mantuvieron completamente al margen de esos desagradables papeles.

—Es la burocracia de la muerte. Mejor evitarla, sí.

—Hasta ese momento, la muerte de mi padre yo la relacionaba solo con su ausencia definitiva, no con la forma en la que él había perdido la vida. En eso nunca quise pensar. Pero al ver aquellos coches deformados por el golpe, imaginé el Citroën de mi padre, que quedó hecho trizas. Y, naturalmente, dentro de aquel coche destrozado le veía a él. Empecé a imaginármelo por primera vez. Y me paralizó el pánico.

—Una muerte inesperada, súbita y accidentada es siempre una muerte traumática para los seres queridos. Es normal que te ocurrieran episodios de espanto postergados.

—Apenas me quedaban por recorrer unas cuantas calles para llegar a la cafetería en la que había quedado con Marcos para comer algo rápido antes de ir al hotel, pero no fui capaz de dar un solo paso más. Me senté en un banco que había a mi lado y traté de tranquilizarme. Pero no lo lograba. Llamé a Marcos a su móvil. Le conté nerviosa lo que me había pasado y le dije que no quería ir ese día a ningún hotel. Yo solo quería que me recogiese con el coche, y quedarme simplemente a su lado, dentro de un abrazo, hablando, o sin hablar por momentos, incluso. No quería, no podía, comer deprisa e ir luego a... bueno, ir luego a acostarnos.

—Lo veo lógico. ¿Y él que hizo?

—Me recogió con el coche y aparcó en un *parking* cercano. Y allí nos quedamos como media hora.

—¿En un *parking*?

—Sí. Como ya no íbamos a ir al hotel, Marcos llamó a su secretaria para adelantar una reunión que tenía. El tráfico por el centro ya sabe usted que siempre es muy malo, y él prefirió que nos quedáramos en el *parking* para no perder tiempo.

—¿Y por qué no fuisteis a tu casa? Se me ocurre que podría ser el mejor sitio donde recuperarte de un shock como el del accidente presenciado.

—La verdad es que Marcos nunca ha venido a mi buhardilla.

—¿No? Eso sí que resulta curioso, viviendo tú sola y manteniendo con él una relación.

—Lo sé. Al principio yo insistí varias veces en que fuéramos allí. Yo tenía una casa para mí sola y no veía la necesidad de ir a un impersonal hotel. Incluso me ofrecí, y lo hice con ilusión de quien forma una pareja consolidada, a cocinar para él. No sé, pensaba en hacer una comida rica y romántica y que luego charláramos un poco antes de, bueno ya sabe, antes de acostarnos. Pero Marcos me contestaba siempre que él prefería el amor de hotel.

—Ya veo. El amor de hotel. El amor rápido de hotel. Y, como ese día no había hotel, pues lo más rápido aún era el *parking*. Dime, al menos allí, en el *parking*, ¿te abrazó y hablasteis algo, como tú preferías?

—Hablamos en el coche. Realmente habló él. De su trabajo. Marcos siempre me hablaba de su trabajo. Yo creo que era la forma que se le ocurrió de consolarme, de tranquilizarme.

—Ya veo.

—Pelayo.

—Sí, sí, disculpa. ¿Qué pasó después?

—Que los siguientes días me obsesioné.

—¿Con qué te obsesionaste?

—Fue una tontería mía. Como Marcos adelantó la hora de la reunión prevista, al decirle yo que prefería nuestra cita sin remate de hotel, se me metió en la cabeza que quizá a él no le gustaba estar conmigo, si nuestros encuentros no terminaban en la cama. Me obsesioné con cumplir las citas con Marcos, pero sin tener que hacer el amor. Me obsesioné con poder estar solo abrazados y hablando, o poder citarnos en un restaurante bonito para charlar tranquilamente, y no siempre tener que dar cuenta de un menú fugaz de cafetería, como era la costumbre, y luego meternos en la cama de un hotel, hasta que llegara el momento de su regreso casi apresurado al trabajo, como ocurría siempre. Quería comprobar que nuestra relación se basaba en el algo más que el sexo. Por eso me empeñé en ponerle a prueba.

—Le quisiste poner a prueba. ¿A prueba de qué, exactamente?

—Quería ponerle a prueba para ver si él también podía sentirse a gusto conmigo sin necesidad de acostarnos.

—¿Y por qué en lugar de ponerle a prueba no se lo preguntaste directamente? Eso de someter a alguien a una prueba es algo que no suele funcionar. Yo creo más en la conversación.

—No podía hablarlo con él.

—¿Eso por qué?

—Por su odio obsesivo a los reproches.

—¿Los reproches? ¿De qué reproches estamos hablando? No veo que tú pensaras hacer ningún reproche.

—Eran los reproches de Martina, de... su mujer.

—Ahora ya sí que no entiendo nada.

—Él siempre se estaba quejando de que Martina le hacía la vida imposible. Que ella le echaba en cara su comportamiento, en todo, continuamente. Que no había manera de tener paz con ella, que la única solución era callarse para no entrar en mayores peleas. Los reproches de Martina eran un tema frecuente, e invasivo, en la conversación con Marcos. A mí no me gustaba que me hablara de ella, ni siquiera para criticarla. O aún menos para criticarla. Yo prefería pensar que esa mujer no existía. Quería creer que no era real para poder estar con él.

—Eso con un hombre casado resulta muy difícil.

—Lo sé, lo sabía. Pero era mi manera de seguir adelante. Yo estaba dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta, los años que fueran necesarios para que su hijo creciera, hasta que por fin nosotros pudiéramos estar juntos sin ocultarnos. Poder, por fin, cumplir nuestro destino como pareja. Pero para ello, mientras tanto, Martina, en mi mente no debía existir. O, en cualquier caso, no estar tan presente. Y

Marcos me lo ponía muy difícil. Siempre que quedábamos, además de hablarme de su trabajo, se quejaba de los reproches constantes de Martina. Y esos reproches, a menudo, a mí me parecían tonterías. Yo le cogí miedo a que pensara de mí igual, y nunca quise insinuar ningún tema que pudiera sonarle a un reproche, ni siquiera someramente.

—Y por eso no le planteaste que no te sentías a gusto, ni tampoco satisfecha, con esas citas tan programadas, y tan rápidas, de cafetería de bienvenida y hotel de despedida.

—Exactamente. De ahí que le pusiera a prueba, sin decírselo.

—¿Y puede saberse en qué consistió tu prueba?

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de Greta Garbo. Martes, 12 de mayo de 1931

Lo cálido es vulgar

Conchita golpeó con los nudillos un par de veces en la puerta del camerino de Greta Garbo. Nadie respondió. Esperó un minuto y volvió a insistir en su llamada. De nuevo el silencio fue toda la respuesta. Pensó que no había otro remedio que dar media vuelta y marcharse, pero en un atrevimiento sin el menor cálculo, empujó aquella puerta archifamosa y entró.

—¿Qué haces aquí?! ¿Cómo te atreves a irrumpir en mi camerino?! —increduló a la intrusa una indignada Greta Garbo, mientras se colocaba de inmediato sus gafas ahumadas.

—Perdone que la moleste, miss Garbo. Pero tenía que verla. No me quedaba más remedio.

—¿No te quedaba más remedio? ¿Qué clase de absurda excusa es esa para molestarme?

Greta Garbo se había levantado de su sofá y se dirigía hacia la puerta dispuesta a echar, con vehemencia, a aquella mujer, cuando la excusa ofrecida por Conchita la hizo detenerse con curiosidad.

—Es que yo no quiero ser usted —respondió Conchita.

—¿Qué tonterías estás diciendo. Todo el mundo querría ser Greta Garbo!

—Yo no.

—Bien, pues vive tranquila. No lo eres. Y ahora ya puedes irte de aquí, y no molestarme nunca más.

—Quería que usted supiera que lo que dicen en el periódico, eso de que soy la Greta Garbo española, es una invención ajena a mí. Yo nunca he dicho que fuera como Greta Garbo. Ni lo he dicho, ni lo diré, porque ni quiero serlo, insisto. Ni querré serlo nunca —remató Conchita con fogosidad, y le acercó a Greta el periódico de la discordia.

Aquella joven empezaba a resultarle interesante a Greta. Las actrices jóvenes, y las no tan jóvenes, siempre codiciaban parecerse a la diva y, sin embargo, aquella actriz impetuosa se enfadaba porque la comparaban con ella. La Garbo parecía estar en alguna meditación interior, mientras le iba echando un vistazo al periódico donde los nombres de las dos actrices se anudaban bajo el énfasis del titular ocurrente y publicitario: «Conchita Montenegro, la Greta Garbo española».

—Así que Conchita Montenegro es la Greta Garbo española —repitió en alto las palabras leídas en el periódico, y rompió a reírse con franco arrebató.

—No le veo la gracia, sinceramente —dijo Conchita, molesta.

—Pues tiene gracia. Tiene mucha gracia —repitió Greta Garbo mientras soltaba con lenta elegancia el humo del cigarrillo emboquillado que empezaba a fumarse—. De hecho, es magnífico.

—¿Le parece gracioso, le parece magnífico? —preguntó Conchita, desconcertada.

—Sí. Resulta que, por sorpresa, acabo de ver cumplido un sueño que tuve hace mucho tiempo. Un anhelo que había olvidado después de haber logrado cumplir todos los sueños posibles.

—Perdone, pero no entiendo. No entiendo nada de lo que dice. No alcanzo a ver qué tiene que ver conmigo.

—Cuando yo aterricé en el cine de Hollywood, la prensa, obviamente manipulada por esos publicistas inevitables de los estudios, me vendieron como «la Norma Shearer sueca».

—La Norma Shearer sueca —repitió Conchita ensimismada—. Entonces usted tiene que comprenderme, pues también debió de enfadarse mucho con aquello.

—En absoluto. Yo no vi en la comparación con otra actriz ya famosa un naufragio de mí misma, como parece asomar en ti. A mí me pareció un reto. Y me hice la promesa de que algún día conseguiría que utilizasen mi propio nombre, el de la Garbo, como entonces habían hecho con el de la Shearer, para nombrar a otras. Y ahora lo han hecho. Contigo lo han hecho. Y se ha convertido en realidad aquel reto primerizo que ya había olvidado que quería ver cumplido.

Conchita escuchaba atónita a la diva. Lejos de molestarla, el asunto de la Garbo española la complacía. Entonces se dio cuenta de la singular situación en la que se hallaba: estaba a solas en aquella habitación con la estrella más importante del mundo. Conchita había asaltado a la diva tan obsesionada por resolver su enojo que no se había parado a valorar la excepcionalidad de aquel encuentro. Miró detenidamente a la Garbo. Llevaba el pelo suelto, con su media melena peinada en ondas hacia un lado, y sin excesivo arreglo aparente. Vestía una cómoda blusa minimalista de color perla, y unos amplios pantalones masculinos en tono mostaza. El atuendo lo ultimaban unos exclusivos zapatos bajos de Salvatore Ferragamo, rematados en punta con una sencilla hebilla. Todo en ella era sobrio y eficaz. Deslumbrador desde la simpleza. Conchita reparó también en los escuetos elementos que tenía sobre su tocador. No había cremas, ni perfumes, ni cosméticos. Apenas reposaban sobre la consola con espejo un frasco de cristal con polvo facial y un juego de baño de plata. Como tercera y última pieza de sus enseres quedaba una cubitera repleta de hielo.

—Para ser alguien que no quiere ser yo, prestas mucha atención a mis pertenencias —señaló la Garbo al ver que Conchita observaba detenidamente su tocador.

—Discúlpeme. Me ha llamado la atención su austeridad.

—Siempre he preferido la salud al maquillaje. —Y diciendo esto cogió uno de los pequeños hielos y se lo pasó delicadamente por las mejillas.

Conchita no pudo evitar que una ligera sonrisa aflorara en su rostro.

—¿Te ha hecho gracia algo de lo que he dicho? —preguntó la Garbo.

—No. Perdone. Ha sido al verla con el hielo. Me ha recordado lo que dicen... —Conchita se interrumpió en ese momento.

—Lo que dicen... no te calles ahora. No pareces ser una mujer que se calla las cosas.

—No quiero ofenderla.

—A mí solo me ofenden los necios y los cobardes. ¿Eres tú una necia?

—Pretendo no serlo.

—¿Y una cobarde?

—No.

—Bien, entonces, ya que has empezado, termina lo que ibas a decir.

—Se dice que cuando usted llegó a Nueva York se metió en su bañera del hotel Commodore repleta de cubos de hielo y que no salió de allí en más de dos meses.

La Garbo sonrió sutilmente.

—Así que eso dicen. Si tú hubieras estado en Nueva York en el verano de 1925 también hubieras deseado tener una bañera helada donde refugiarte. Fue el verano más caluroso del siglo. Por supuesto que no soporto el calor. El calor no es bueno ni para la piel ni para los pensamientos.

—Pues se ha creado toda una leyenda en torno a sus gélidos baños y su propia frialdad. Aseguran que su corazón es de hielo.

—Me complace que me vean como una mujer fría. Y te daré un consejo, Conchita Montenegro. Si quieres mantenerte en este planeta de las estrellas de Hollywood, más te vale que también empiecen a creerlo de ti. Lo cálido es vulgar y reemplazable.

A Conchita le pareció reconocer en la Garbo a la mujer que había detrás de la actriz. Una mujer que vivía prisionera de su propia leyenda.

—Gracias por la sugerencia, miss Garbo. La tendré en cuenta. Ahora debo irme —dijo Conchita, desde una prudencia que era asimismo la sospecha de que ya no debía molestar más a la diva—. Sé que usted siempre ha dicho que quiere estar sola. Perdone mi irrupción.

—Yo nunca he dicho que quiera estar sola. He dicho que quiero que me dejen sola. Intuyo que sabes muy bien que son dos cosas muy distintas.

Madrid, hospital La Paz. Sábado, 5 de mayo de 2007

Salir de dudas

—Como voy un par de veces a la semana al gimnasio, tuve fácil inventarme una lesión lumbar, provocada por algún ejercicio mal resuelto.

—¿Una lesión lumbar?

—Sí, una cosa imprecisa, y no grave, pero claramente incómoda. Sobre todo, para ciertas actividades físicas.

—Entiendo, te iba a impedir el epílogo de tus encuentros con Marcos. El rato de hotel, vamos.

—Exacto. Pero no me iba a impedir que quedáramos a comer o a pasear o a charlar.

—No está mal pensado. ¿Y qué pasó?

—Que cuando le conté lo de la lesión, la empresa de Marcos iba atravesando un mal momento, un momento preocupante y delicado. Me contó que iban a despedir a personal, y él era el encargado de ejecutar los despidos. En la primera semana de aquella crisis laboral, y crisis de la otra, por la invención lumbar, quedamos un día, y solo comimos. Fue algo rápido, porque tenía que regresar con urgencia al despacho, por el lío de los despidos. La segunda semana, ya no pudo quedar. Y la siguiente tampoco. No tenía tiempo. Estaba muy agobiado con los ceses.

—Ya es mala casualidad.

—¿No dice usted que no cree en las casualidades?

—Por eso lo digo, por eso lo digo.

—Yo entonces también pensé mal. Quiero decir que me entraron demasiadas dudas.

—Y decidiste que era hora de que se te curaran los males lumbares.

—No.

—¿No?

—Decidí esperar a que se terminara el asunto de los ceses de personal. Las lesiones lumbares, aun en los casos leves, pueden resultar muy lentas en la recuperación. Yo pensaba prolongar mi ficticia lesión el tiempo que hiciera falta para salir de dudas. Pero no lo conseguí.

—Terminaste por claudicar.

—No. Terminó Marcos con nuestra relación. Rompió conmigo. Él acabó con todo en aquel maldito domingo previo a conocerle a usted.

Hollywood, hotel Plaza. Miércoles, 13 de mayo de 1931

Lluvia de rosas

La espuma con fragancia de jazmín daba abrazo completo al cuerpo desnudo de Conchita. En las vísperas del gran estreno de la película, la actriz iba llenando de placeres las horas de asueto. Y en esa mañana tocaba el regalo de darse un baño insuperable. Se había levantado tarde, y esperaba que le subieran el desayuno a la habitación. Había dejado entreabierta la puerta de la *toilette* para así poder escuchar la llegada de su almuerzo apetecido. Mientras se daba al entretenimiento de soplar suavemente las burbujas de jabón que envolvían su piel, pensaba en su encuentro del día anterior con Greta Garbo. Todos los apodosos con los que se refería la gente a la Garbo se le antojaban ahora a Conchita ciertamente superficiales. La Divina, «la mujer que no ríe», «la del corazón de hielo», todos. Parecía que nadie se había parado a pensar que detrás de la Garbo había una mujer de carne y hueso, una mujer con sus propios anhelos. «Yo nunca he dicho que quiera estar sola», había asegurado la diva. Quizá se equivocaba, pero Conchita creyó entrever en aquellas palabras una invitación para volver a verse. Decidió que otro día regresaría al camerino de la Garbo. Quería conocer de verdad a esa mujer. O, al menos, quería intentarlo.

Conchita oyó la llamada en la puerta de su alcoba.

—Pase, sí. Adelante.

La puerta se abrió, y Conchita distinguió el sonido deslizante de las pequeñas ruedas de un carrito de cortesía.

—Deje el desayuno al lado de la cama. Muchas gracias.

Nadie contestó. Pero la actriz apreció claramente cómo se cerraba de nuevo la puerta. Estaba ya dispuesta a salir de su relajante baño, cuando súbitamente, con puntería fina, una rosa roja aterrizó en las aguas de su bañera. Después cayó otra. Y luego otra. Y otra más. Conchita asistía desconcertada a aquella exacta lluvia floral. La puerta de la *toilette* se abrió del todo. Leslie Howard, situado en el umbral, iba lanzando, acompasadamente, las yemas encarnadas de las flores.

—¿Cómo has convencido al camarero de que te dejara pasar sin contar antes con mi permiso? —preguntó Conchita con una coqueta sonrisa.

—Camarera. Era una camarera.

—Claro. Cómo no. Podía haberlo imaginado. ¿Por qué será que te desean todas las mujeres?

—Dímelo tú. O mejor, dime algo que todavía me interesa más: ¿cuándo vas salir de tu bañera para darme el recibimiento que merezco? —preguntó Leslie mientras seguía inundándola de flores.

—¿Y por qué el recibimiento que tú mereces tiene que prescindir de mi bañera? —contestó provocadora, mientras recalaba el pronombre posesivo.

La actriz dobló ligeramente una de sus piernas. Por encima de la espuma, aupó su rodilla, en un gesto de desafío lujurioso.

—Veamos entonces si tu bañera —respondió Leslie, marcando también el pronombre—, sabe pecar de hospitalaria.

Leslie se desvistió con una rapidez medida, entre la eficacia y la prisa.

—Pero ¿qué vas a hacer? —preguntó la actriz, de nuevo insinuante.

—No es ni justo ni elegante que un caballero se mantenga seco en presencia de una mujer tan..., tan mojada.

Leslie se inclinó hasta besar dulcemente los labios dispuestos de Conchita. Después, se sumergió por completo en la bañera medio burbujeante. Despacio, muy despacio, se alojó suavemente sobre el cuerpo desnudo de Conchita. Enteramente.

Madrid, hospital La Paz. Sábado, 5 de mayo de 2007

Vivir sin él

Inma se levantó del asiento y de pie, mirando por la ventana, prosiguió con su narración.

—Aquel domingo, Marcos me llamó por teléfono. Quería que nos viésemos. A mí me extrañó mucho, porque él nunca podía quedar los fines de semana. Siempre los dedicaba a su familia. Yo acepté enseguida la cita. De hecho, lo hice muy ilusionada porque adiviné en él una necesidad imperiosa de verme, después de aquellas semanas sin haber podido cuadrar un encuentro por su asunto atareado y desbordante de los despidos. Quedamos en la plaza de Alonso Martínez. Yo llegué puntual, y él también. Pensé que nos acomodariamos en alguna de las terrazas que pueblan la plaza, pero Marcos prefirió sentarse en un banco. Y entonces, sin más preámbulo, me lo dijo.

—¿Qué te dijo, Inma?

—Me dijo que había decidido que ya no quería que nos siguiéramos viendo. Que me estaba haciendo perder el tiempo. Yo le respondí que no, que él no me hacía perder el tiempo, que yo no había sentido o pensado eso nunca. Pero él insistió en que teníamos que romper. Lo soltó casi de forma cortante, que ya lo tenía decidido. Yo no entendía por qué, de pronto, quería poner fin a nuestra relación, a nuestro amor. Entonces, él se levantó del banco, y entendí que pretendía marcharse ya.

—Gastó poco en explicaciones, la verdad.

—Así, sin más, se acababa lo nuestro. Allí, en ese banco, en medio de la calle, él ponía un adiós definitivo a nuestra ilusión común. Me sentí profundamente frustrada, y desde la frustración alcancé a hacerle una pregunta que nunca quise que se me quedara dentro.

—¿Cuál fue tu pregunta?

—Le pregunté si me dejaba porque llevábamos tiempo sin acostarnos.

—Bien. Fuiste directa. ¿Y qué te respondió?

—Me dijo: «Oye, no quiero reproches. Lo tengo decidido, y ya está».

—Una dura respuesta sin respuesta.

Inma se vino abajo. Se sentó derrotada en el asiento. Y cerró los ojos. El anciano se levantó de la cama y se sentó a los pies del lecho para estar más cerca de ella.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —le preguntó Pelayo con delicadeza.

—Dígamelo si quiere, aunque ya nada tiene arreglo. Me temo que lo que pueda decirme va a servirme de poco consuelo. De ningún consuelo.

—Creo que ese hombre te ha hecho un favor, aunque el favor te lo haya hecho involuntariamente, porque solo pensaba en sí mismo. Alguien que no escucha, que no conversa, que solo habla de su trabajo y de su mujer, alguien que impone sus deseos sin molestarse en saber qué es lo que tú quieres, no es alguien con el que perder el tiempo, por usar sus propios términos.

—Pero usted me dijo que sí creía en el destino. Y Marcos era mi destino.

—Yo creo que esa fue una ilusión de tu adolescencia, una ilusión que echó raíces en tu corazón con más deseo que consistencia. Yo veo el destino como la baraja de naipes que a cada uno nos ha tocado. Pero luego está el modo en que se juegan las propias cartas. Eso es lo esencial. No hay nada marcado o escrito.

—¿Y qué voy a hacer ahora? Yo no puedo vivir sin él.

—Por supuesto que puedes.

—Yo creo que no.

—Además, déjame que te pregunte algo. Cuando estabas con él, ¿tú eras quien querías ser?

Hollywood, Mansión de W. S. Van Dyke.

Domingo, 31 de mayo de 1931

Celebrando Never the Twain Shall Meet

Conchita estaba viviendo unos días irrepetibles. El estreno clamoroso de la película en el espectacular Chinese Theatre, donde se había sentido como una diosa, y los momentos anteriores y posteriores junto a Leslie, bajo el hechizo del amor, tenían a Conchita en lo mejor y más alto de su vida.

Esa noche, además, había una importante fiesta.

El director Van Dyke había prometido realizar una gran celebración en su residencia, justo al día siguiente del estreno de la película. Sin embargo, la fiesta rodó con demora en el calendario, y pasaron dos semanas más de lo previsto, hasta que se concretó el compromiso festivo. La culpa de aquel retraso la tuvieron las obras de su nueva piscina. El director quería presumir ante sus invitados, y no fijó definitivamente la fecha de la fiesta hasta que estuvo funcionando el último de los doce surtidores dorados que nutrían la piscina.

Van Dyke no solo era uno de los directores más prestigiosos y versátiles de la Metro Goldwyn Mayer. Se trataba también de uno de los más queridos por todos los actores. De modo que en su velada la concurrencia máxima y selecta era una garantía.

Conchita acudía algo nerviosa al evento. Ella y Leslie eran la pareja estelar de la fiesta, por su condición de protagonistas de la película. Lo normal era que acudieran juntos. Sin embargo, su aparición esa noche como pareja podía ser algo más, o mucho más. Porque podía tratarse del lugar ideal para hacer pública su relación. A Conchita aquella alternativa la tenía agitada. Al contrario que la actriz, Leslie se mostraba resueltamente sosegado.

En cuanto el anfitrión distinguió que Howard y Conchita habían entrado en sus jardines les llamó para que se colocasen a su lado.

—Por los pelos, Leslie. Ya sé que ha sido por los pelos. Si me descuido un poco más, me quedo sin ti para la fiesta. Y créeme que me habría llevado un serio disgusto —le remarcó sonriente el director al actor.

Conchita no entendió aquellas palabras que Van Dyke dedicaba a Leslie. A punto estaba de preguntarle a qué se refería el director, con aquello de «por los pelos», y lo de «me quedo sin ti para la fiesta», cuando el estallido de unos vigorosos fuegos artificiales la detuvo por sorpresa, dejándola sin palabras. La luminosa exhibición daba desde los cielos la bienvenida a todos los invitados, y el jardín espacioso se adivinaba como una joya de gala bajo la lluvia de colores. Los invitados rompieron a aplaudir, y Van Dyke, situado junto a Leslie y Conchita, levantó su copa brindando por su pareja de estrellas protagonistas y por el éxito de la película. Conchita sintió cómo todas las miradas se concentraban en ellos.

Cuando los saludos y las felicitaciones se fueron relajando, los invitados pasaron a afanarse en beber, en comer y en bailar incluso, dóciles al repertorio de las dos orquestas allí congregadas. Entonces, Conchita volvió a su inquietud pendiente, tras las palabras de bienvenida de Van Dyke a Leslie.

—¿A qué se refería Van Dyke?

—¿Cómo dices, querida?

—Me ha dejado un poco inquieta cuando te ha dicho que casi se queda sin ti para esta fiesta. Por los pelos. Eso ha dicho. Por los pelos. ¿Es que te ha pasado algo hoy que yo no sepa?

—No. Nada. Tranquila, no me ha pasado nada. Van Dyke solo se refería al retraso de la convocatoria del día de su fiesta. Pero cuando dijo «por los pelos» se refería a que si hubiera llevado a cabo la celebración más tarde, yo no habría podido estar aquí para el festejo.

—¿Y por qué no ibas a poder estar aquí?

—Ahora disfruta de la velada. Hablamos luego.

—Hablamos luego. ¿Pero qué hay que hablar?

—Conchita, pensaba decírtelo tras la fiesta: mañana parto para Inglaterra.

—¿Mañana?

—Mañana me voy a Inglaterra.

—¿A Inglaterra? ¿Mañana? ¿Por qué?

—Siempre paso los meses de verano con mi familia. Es algo que reflejo incluso en los contratos.

Del 1 de junio al 1 de septiembre no se puede contar conmigo en Hollywood.

Conchita apenas había oído las fechas que marcaba Leslie. Su mente se había detenido en la palabra familia. El actor tenía ya treinta y ocho años. Era sin duda una exageración el compromiso, contrato incluido, de ir a pasar el verano con sus padres. A no ser que la familia no fueran los padres.

—¿A qué familia te refieres? —preguntó Conchita, temiendo la respuesta.

—A mi familia, naturalmente. A mi mujer y mis hijos.

Conchita creyó que sus piernas no iban a ser capaces de mantenerla en pie. Su cuerpo se había quedado sin fuerzas repentinamente. Estaba entre el susto y el desmayo. En su pecho y en su estómago anidó un vacío helado. Sabía que no lloraría, porque ella nunca lloraba. Pero hubiera deseado hacerlo en ese momento.

—Conchita, ¿qué te pasa? Te veo muy pálida.

—Yo no sabía que estabas casado —dijo la actriz, con un sobreesfuerzo donde las palabras incluían un arrastre de daño.

—¿No lo sabías?!

—No. Claro que no lo sabía. Yo pensé que tú y yo..., pensé que tú y yo empezábamos algo importante.

—Claro que es algo importante. Muy importante. —Leslie cogió el rostro de Conchita entre sus manos y la miró intensamente con sus ojos color zafiro—. Yo te amo.

Madrid, glorieta de Bilbao. Buhardilla de Inma.

Sábado, 5 de mayo de 2007

Oficio de valentía

Tumbada en el suelo, entre los cojines de su cuarto, Inma le daba una vuelta, y diez vueltas, y cien vueltas, y mil vueltas más, a la pregunta difícil y definitiva que le había hecho Pelayo. «¿Ella era quien quería ser cuando estaba con Marcos?».

Estuvo pensando en todas aquellas ocasiones en que le hubiera gustado decirle a Marcos que le quería, pero no se atrevió, quizá por no presionarle. Pensó asimismo en las veces innumerables en que anheló escucharle a él un «te quiero», pero no se lo reclamó por no agobiarle. Pensó en cómo hubiera deseado poder abordar en conversaciones sinceras el tema de un futuro en común, sin que Marcos se acorazara en un pasatiempo de conversaciones triviales. Y a su mente acudieron todas aquellas veces en la que anheló que un día Marcos eligiera ir al cine, en lugar de ir al hotel. Recordó cómo se callaba siempre el disgusto seguro por las prisas de Marcos por ducharse, después de hacer el amor, para regresar a la oficina. Pensó y recordó y llegó a una amarga respuesta: no, ella no había sido quien quería ser mientras estuvo junto a Marcos. Inma fundó su ilusión en estar con él, pero estar con él fue complacerle a él. Se había olvidado de sí misma. Había despreciado sus propios deseos.

Entonces pensó en Conchita Montenegro, aquella joven que con bastantes años menos que ella era capaz de luchar siempre por conseguir lo que quería. Conchita peleaba por mantener la fidelidad a sí misma, por no defraudar nunca sus anhelos propios. Conchita Montenegro nunca descuidó la pugna de ser Conchita Montenegro. Ella, Inma, también debía hacerlo. Debía volver a ser la Inma que quería ser. Tenía que buscar para sí misma la valentía que tenía aquella actriz de Hollywood. Y encontrar su propio valor, porque valor tenía. Se lo había dicho Pelayo, y había que confiar en el anciano, porque era el modo de empezar a confiar en ella misma.

Súbitamente animada, Inma se levantó del suelo. Iba a dar un primer paso. No sería un paso muy trascendental, pero era un primer paso. Entró en el cuarto de baño, y se observó en el espejo. Miró su reloj de muñeca, quizá no era demasiado tarde. Quizá aún estaba a tiempo. Cogió una chaqueta, su bolso y salió apresurada de la buhardilla. Como el que huye de un desastre. Como el que va a un regalo.

Hollywood, mansión de W. S. Van Dyke.

Domingo, 31 de mayo de 1931

Que siga la fiesta

Era la primera vez que Leslie le decía que la quería, era la primera vez que Leslie le confesaba que la amaba. Habían cumplido juntos varias semanas de felicidad radiante, incluyendo confidencias de ternura, los paseos de postal y hasta el sexo de salvajes, pero nunca habían hablado de profundos sentimientos. En la mente de Conchita lucharon la dicha y el desconsuelo. Leslie había dicho que la amaba. La amaba, pero estaba casado.

—Estás casado. Casado.

—Sí, Conchita. Estoy casado. Y de veras no sabes cuánto lamento que te enteres así. Estaba seguro de que lo sabías. Llevo casado quince años, y tengo dos maravillosos hijos. Por ellos me voy todos los veranos a Inglaterra. Ronald y Doodie necesitan estar un tiempo con su padre. Esa es la razón. La relación con mi esposa Ruth..., bueno, con Ruth hace años que tenemos una dulce amistad, un compañerismo amable. Nada más.

¡Quince años casado!, pensó con alarma Conchita. Cuando Leslie ya estaba armando un matrimonio, ella solo tenía cuatro años. ¡Cuatro años! Las palabras de Leslie empezaron a marearle la cabeza. Hijos. Verano. Dulce amistad. Ronald. Doodie. Ruth. ¡Quería irse de allí! ¡Quería alejarse de él, quería huir de todos!

De pronto, se oyó un grito agudo que devolvió a Conchita a la realidad de la fiesta. Era Myrna Loy, que aterrizaba en la gran piscina, pero perfectamente vestida. El propio Van Dyke y Fairbanks habían cogido a la actriz en brazos y la habían lanzado al agua, con gozosa travesura. Myrna, que gastaba un sentido del humor incombustible y un aplomo contrastado, se tomó aquel chapuzón de broma con escandalosa alegría. De pronto, una algarabía creciente se desató entre los invitados. Y unos y otros empezaron a arrojar a la piscina a quien tuvieran más próximo. Clark Gable y Wallace Beery se afanaban especialmente en aquella diversión de bañistas a la fuerza. Carole Lombard corría con destreza por el borde de la piscina sin que logran alcanzarla. Al final, fue al agua también, pero en el chapuzón se llevó con ella al anfitrión, con lo que Van Dyke probó su piscina vestido de galas de palacio. Spencer Tracy y Max Baer se presentaron, a traición, junto a Conchita y Leslie. Sin atender súplica alguna, Conchita también cayó en la piscina, que ya era un ajetreo de gentío. En medio del desorden, una lánguida y empapada Mary Nolan se quejaba. A ver a quién iba a pedir responsabilidades por el baño ingrato, que incluyó en su caso la ruina de su estola de nutria y su reloj de platino. Pero nadie le hacía ni caso. Todos volvían a caer al agua. A Van Dyke le repitieron la broma hasta siete veces. Como que no sustituyó un traje por otro. Enseguida apareció en escena directamente ataviado de bañador. Y soltó el grito de guerra de animación:

—Venga, amigos, que siga la fiesta.

XCI

Madrid, A&C, peluquería de autor. Sábado, 5 de mayo de 2007

Nada de melena, nada de rubia

Inma entró en el establecimiento y se dirigió directamente hacia uno de los dos peluqueros del local.

—Hola, Adrien. Sé que no te he avisado y que vengo al asalto, pero necesito que me atiendas hoy. Es más, necesito que me atiendas ahora mismo.

—Hola, corazón. Pero ¿qué te pasa, chica? Te di el color la semana pasada, no puede ser tan urgente.

—¿Puedes ocuparte de mí ahora mismo?

—Sí, claro, bombón. No hay ninguna clienta esperando. Hoy llevamos una tarde de sábado de lo más *light*. A ver, siéntate y dime qué es lo que quieres que te haga. ¿Un nuevo peinado para alguna supercita, quizá?

—No, nada de peinados. Quiero volver a ser yo. Eso es lo que quiero. Quiero que me quites las extensiones y que devuelvas a mi pelo su color moreno de toda la vida.

—¡Cielo santo, mi reina, qué bicho te ha picado! Con el trabajo que nos ha costado lograr al fin un rubio perfecto para ti. Yo creo que hemos tardado dos años largos. Pero si estás estupenda con la melena de las extensiones.

—Nada de melena y nada de rubia. ¿Recuerdas cómo era yo cuando me conociste? Pues a eso quiero volver. Corte bob, y mi color natural de pelo moreno.

Hollywood, hotel Plaza. Domingo, 31 de mayo de 1931

El viaje inaplazable

El único invitado que se mantuvo sin chapuzón alguno, hasta el final de la fiesta, fue Leslie Howard. El privilegio encerraba su razón: durante la jarana de piscina, el actor se había refugiado en la biblioteca de la mansión, donde resolvía una llamada telefónica.

—Te digo que no me importa en absoluto a quién tengas que despertar, ni tampoco me importa cuánto cueste. Es muy importante. Es fundamental para mí que lo consigas. Y tienen que estar allí en menos de una hora. Recuerda bien: no menos de doscientas, ni una menos. Y si son más, pues mucho mejor —le apuntaba Howard a su interlocutor.

Cuando la bacanal de bromistas de piscina se hubo sosegado, y luego de algunas breves y dispersas charlas murientes aquí y allá, Leslie animó a Conchita para el regreso a su hotel. Se subieron al automóvil del actor y partieron. Hasta la llegada al destino, todo fue un fijo silencio incómodo, impuesto desde el principio en el ambiente por la actitud ensimismada de la actriz. Detenidos ya frente a la entrada del hotel Plaza, el actor quiso besar a Conchita. Ella retiró su rostro con resolución que era casi descaro, y se dispuso a descender sin concesiones del Buick.

—Espera, Conchita. Por favor, no te vayas así —rogó Leslie, reteniéndola amablemente por el brazo—. Mañana me voy muy temprano, y no podré verte antes de mi partida. Por favor, perdóname. Yo he sido un necio, y he sido un perfecto desconsiderado, al no haberte hablado antes de mi viaje a Inglaterra. De mi viaje y de mis motivos, naturalmente. Pero estas semanas contigo han resultado tan soberbias que ni siquiera pensé en ello. ¿Podrás perdonarme? Por favor, no quiero que nos separemos así.

—Debo irme. Estoy mojada todavía. Quiero cambiarme cuanto antes y acostarme. Mañana será otro día, o eso espero. Buenas noches, Leslie, que te vaya bien en tu viaje inaplazable y que lo pases bien con tu familia —dijo con énfasis envenenado, y salió del auto.

Conchita avanzó por el *lobby* de su hotel completamente desalentada por los descubrimientos intranquilizadores de aquella noche. Llevaba la derrota bien dentro, cuando abrió la puerta de su alcoba. Al irrumpir en la estancia, se quedó admirada. Admirada, confundida y conmovida. Trescientas orquídeas poblaban primaveralmente su aposento. Conchita cogió la nota que presidía el refinado despliegue de flores. Una única palabra escrita a máquina encabezaba la misiva: «Espérame».

Después, también a máquina, asomaba el firmante: «Leslie».

Madrid, casa de Cristóbal. Domingo, 6 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace catorce días

—¡Hola, familia! ¿Cómo estáis? —saludó Álvaro, al llegar a la casa de su hermano Cristóbal—. Hoy me he encargado yo del postre. Para que luego no me digáis que siempre vengo a mantel puesto.

—¿De verdad te has pasado la mañana ocupando tu precioso tiempo en cocinar un dulce para nosotros? —le preguntó Cristóbal con ironía.

—Me he pasado la mañana dedicándole mi precioso tiempo a «un dulce», sí. —Álvaro bajó la voz, y en un susurro le confesó a Cristóbal—: Y qué «dulce», mi hermano. No sabes qué dulce de anatomía tenía Vanesa, joder, qué dulce. ¿O era Verónica? Sí, eso es, se llamaba Verónica —remató, para alzar de nuevo la voz—. Pero luego he hecho mis deberes de buen hermano, cuñado cumplidor y perfecto tío, y he comprado esta deliciosa tarta de manzana en la pastelería que hay frente a vuestra casa.

—¡Hola, tío Álvaro! —gritaron al unísono los pequeños Martín y Julieta mientras corrían a su lado. En ese momento sonó el timbre de la casa.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó Álvaro.

—Será Inma —contestó Silvia mientras terminaba de colocar los platos en la mesa.

—Así que no he sido el último en llegar. Para que veáis que mi fama de tardón es injustificada. Venga, Julieta, ¿me acompañas a abrir la puerta a tu tía? —dijo Álvaro, alzando a la pequeña en brazos.

Tío y sobrina abrieron la puerta, y ambos se quedaron asombrados. La pequeña Julieta tomó impulso y se lanzó desde los brazos de su tío hacia los de Inma.

—¡Eres como yo! —dijo la niña entusiasmada. Luego se bajó rápidamente del regazo de su tía y se fue corriendo y gritando hacia sus padres—. ¡Venid, la tía Inma es morena! ¡Venid, es morena como yo!

Cristóbal, Silvia y el pequeño Martín se reunieron en el *hall* de la casa, y contemplaron la nueva imagen de Inma.

—¡Vaya cambio, Inma! —dijo Cristóbal.

—Estás preciosa —aseguró Silvia.

—Yo creo que así vuelves a ser mi hermana de antes y eso me gusta mucho —aseguró Álvaro—. ¡Estás bombón, Inma, pero bombón superior! —remató a su manera.

Inma agradeció el entusiasmo con el que su familia recibía su cambio de aspecto.

Cristóbal separó un poco a su hermana del resto de la familia para poder hablar a solas.

—Creo, Inma, que tu lucha por recuperarte está dando sus frutos. Y, obviamente, no lo digo porque te hayas cortado el pelo y regreses a tus orígenes de morena. Lo digo porque aprecio en tu semblante una actitud más segura. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, Cristóbal. Me siento más fuerte, y creo que empiezo a saber lo que quiero para mí. Aunque de momento solo haya dado un paso en la peluquería. De momento.

Hollywood, 1 de junio de 1931

Mi querida hermana Juanita:

Leslie se ha ido. Resulta que está casado y tiene dos hijos. Resulta que se ha ido a pasar los meses de verano con su familia.

Estoy destrozada, Juanita. El amor es un sentimiento tan nuevo para mí que me siento desorientada. Los celos son una sensación tan virgen para mí que me encuentro absolutamente perturbada.

Dime, querida hermana, ¿tú entiendes por qué Leslie tenía que regresar con Ruth? Ruth, ese es el nombre de su mujer. Simplemente pensar en ese nombre ya es un daño sin alivio.

Leslie dijo que solo mantiene con Ruth una dulce amistad. ¿Por qué la calificó de dulce?

¿Por qué no habló de amistad a secas? ¿No crees que eso hubiera sido lo normal? ¿Será que Leslie piensa que su mujer es más dulce que yo?

Lejos de mostrarme como una mujer independiente, casi lejana, como he hecho siempre con los hombres, a Leslie le he ofrecido mi amor, mi ternura. Y, por tanto, mi debilidad. ¿No es eso suficiente para él, Juanita?

«Me voy siempre el 1 de junio, lo tengo estipulado hasta en el contrato», me dijo, y lo hizo con seguridad inamovible. ¿Significa eso que será siempre así? ¿Me estaba anunciando que los sucesivos 1 de junio de su vida viajará para quedarse con su mujer?

Juanita, odio este 1 de junio profundamente. Y me odio a mí misma por esta debilidad.

Te quiere como nunca, y te añora también como nunca,

Conchita

XCV

Hollywood, hotel Plaza. Martes, 2 de junio de 1931

El cine no espera a los tristes

Conchita pasó de nuevo la segunda noche completamente desvelada. Desde que Leslie se había ido no encontraba modo de quitárselo de la cabeza. En el desvelo, iba y venía de la obsesión al desasosiego, y al contrario. Intentaba espantar las preguntas mareantes, las dudas dañinas. Lo intentaba, pero sin éxito. Leslie. Leslie. Leslie. No había manera. Solo podía pensar en él.

Hizo un gran esfuerzo por sobreponerse. Porque debía acudir a los estudios. El cine, la maquinaria del cine, no esperaba a los tristes, a los enfermos de amor.

Ese día Conchita empezaba a rodar una nueva película original a las órdenes del director George Fitzmaurice. Se trataba de *Strangers May Kiss*. Compartía protagonismo con Robert Montgomery y Norma Shearer. La Shearer. Conchita recordó su conversación con Greta Garbo. Y su consejo. Debía mantenerse como una mujer fría. Sus sentimientos no podían entorpecer su carrera.

Se arregló con presteza, y salió hacia los estudios.

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 7 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace quince días

Inma entró en la habitación 109 y se encontró a Pelayo durmiendo. Decidió quedarse dentro de la alcoba esperando a que el anciano despertara. Llegó al asiento colocado junto a la ventana, evitando hacer el menor ruido. Y allí se ubicó. Sacó de su mochila el tomo de *Lo que el viento se llevó*, y se concentró en él. Había leído aquel libro más de media docena de veces, pero ahora esas mismas páginas provocaban en Inma emociones muy distintas. Ahora, los nombres de los protagonistas parecían formar, de alguna manera, parte de su propia vida. Rhett Butler ya no le parecía el impecable y resolutivo Clark Gable, sino el atosigante Orejas. Ashley Wilkes ya no era el Leslie Howard al que Escarlata O'Hara amaba sin desmayo, sino el profundo, difícil y verdadero amor de Conchita Montenegro.

Pelayo empezó a despertarse. Abrió los ojos y, al verla allí sentada, junto a la confusa luz de la ventana no pudo reprimir un grito:

—¡Conchita!

—¡Sí!

—¿Conchita, eres tú?! ¡¿Eres tú?! —preguntó Pelayo, incorporándose muy sobresaltado.

—Sí, digo, no. No. Soy yo. Soy Inma. —Inma soltó el libro y se acercó rápidamente a la cabecera de la cama—. Soy yo, Pelayo. Recuéstese. Relájese.

—¡Cielo santo, Inma, eres... eres casi como ella! —aseguró el anciano mientras no dejaba de mirar el rostro de la joven—. Por un momento creí que eras Conchita. ¿Qué te has hecho? Estás muy cambiada. Te pareces mucho a ella así —siguió diciendo el anciano, aún conmocionado por la visión de la joven morena.

—¿Le gusta? —preguntó Inma, dándose la vuelta por completo para que el anciano la viera bien, y para aliviar un poco la tensión del momento.

—Me gusta mucho. Me gusta mucho más. Pero ¿a qué viene ese cambio tan drástico?

—Realmente, es el primer paso del regreso a mí misma.

—¿Cómo dices?

—El pelo lo llevaba rubio y largo porque a Marcos le gustan las mujeres con el pelo rubio y largo. Yo no era así. ¡Yo soy así! —afirmó Inma, llevándose las manos a su corta melena desenfadada—. Esta ha sido mi manera de decir adiós a Marcos. Aunque quizá a usted le parezca una manera pueril...

—A mí cualquier manera me parece buena, si a ti te sirve para cerrar al fin la puerta a lo que tanto te ha perjudicado. Y, en este caso, es, además, una forma que te favorece mucho —matizó Pelayo, sonriendo.

—Es usted un romántico, pero es también un sabio, porque lo que usted dice es precisamente lo que tengo que hacer: cerrar la puerta. Sí. Pero creo que aún me falta algo más. Tengo que echar el cerrojo.

—También me parece buena medida.

—No se mueva de aquí que regreso enseguida.

—¿Y adónde pretendes que me vaya? Aquí te espero.

Inma sacó de su mochila un teléfono móvil, y salió de la habitación.

Hollywood, estudios de la Metro Goldwyn Mayer, camerinos.

Martes, 2 de junio de 1931

Muy desnuda

Camino de los estudios, Conchita admiraba las palmeras y los cocoteros que brillaban como cálidas apariciones bajo el sol californiano. Era una mañana centelleante. Resultaba difícil sentirse triste en aquel paraíso. Pero ella lo estaba. Y mucho.

Llegaba temprano a la Metro Goldwyn Mayer, aunque el comienzo del rodaje de *Strangers May Kiss* no estaba previsto hasta las dos de la tarde. A pesar de tener que maquillarse, peinarse y vestirse, le quedaba por delante bastante tiempo de asueto. Mejor eso que seguir encerrada en el hotel. Porque Conchita no había sido capaz de quedarse allí ni un minuto más. Y tampoco le apetecía pasear sola por Hollywood. En los estudios, por lo menos, el ir y venir de la gente la distraía un poco de sus tortuosos pensamientos sobre Leslie, sobre la ausencia de Leslie.

Justo antes de entrar en su camerino, Conchita escuchó que de su propio vestidor salía una música vibrante. Era, sin duda, la portentosa voz de Cab Calloway, actuando con su orquesta. Cab Calloway, el cantante favorito de su amiga Jean. La excepcional música de jazz procedente del otro lado de la pared solo podía significar una cosa: ¡Jean Harlow estaba de vuelta y se encontraba dentro del camerino de Conchita!

Jean Harlow había pasado unas semanas fuera. Se había ido de gira promocional de su película. Parecía mentira, pero Conchita había echado mucho de menos a aquella rubia descabellada, tan certera en sus monólogos de dispersión, tan cabal en sus matemáticas de cabecita loca. Había regresado su vecina revoltosa de hotel, y esta era una de las mejores noticias que podían darle. De modo que no perdió ni un minuto en entrar en su camerino. La rubia platino estaba dentro, rigurosamente desnuda.

—¡Conchita! —gritó Jean, lanzándose hacia ella y rodeándola con un efusivo abrazo.

Conchita se quedó sitiada, con el apretón de tanto júbilo, muy quieta, perfectamente atrapada en el desnudo clamoroso de su compañera.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no te alegras de verme? —preguntó extrañada Jean.

—Todo lo contrario. Estoy feliz de que hayas vuelto. Pero, Jean, espera que cierre la puerta mujer, que estás... estás muy desnuda.

—Muy desnuda, ¡qué cosas más divertidas tienes! ¿Cómo se puede estar muy desnuda? Se está desnuda o no se está desnuda. Venga, venga, pasa, melindres. —Jean se puso su ligero vestido—. ¿Así estoy mejor, censora? Yo que he venido directamente aquí a verte, antes de pasar por mis estudios. Vengo a darte la sorpresa a tu camerino, y solo porque me he puesto cómoda, tú llegas y ya vas regañándome —dijo Jean con una mueca traviesa.

—No sabes cuánto te he echado de menos, amiga. ¿Qué tal te ha ido la gira? ¿Bien?

—¡Tengo mucho que contarte! Muchísimo. Me ha pasado de todo. Pero antes de que me ponga a hablar de mí misma sin parar, quiero darte la enhorabuena. ¡Una grandísima enhorabuena! ¡Qué orgullosa estoy de ti! Mi amiga es ya toda una estrella. Me dio mucha pena perderme el gran estreno de tu película, pero, no te creas, estoy informada perfectamente de tu éxito. En Nueva York leí todas las críticas excelentes que te hacían. Has triunfado, amiga mía.

—Bueno, Jean, muchas gracias —contestó Conchita lacónicamente, porque aún no quería contarle a Jean lo mal que lo estaba pasando por culpa de Leslie. Y volvió a reanudar la charla—: Entonces, dices que te han pasado muchas cosas. Cómo no, Jean, a ti siempre te pasan muchas cosas —remató para forzar un gesto alegre.

—¡De todo, Conchita! ¡Me ha ocurrido de todo! Y sobre todo, ¡me he enamorado! —exclamó Jean,

con su excesiva sonrisa de siempre.

Conchita sintió una punzada en su corazón. Cuánta envidia le provocaba Jean pudiendo hablar de amor con tanto entusiasmo.

—Me alegro mucho por ti. ¿Y quién es el afortunado? —preguntó la española, más interesada en quitarse a Leslie de la cabeza que realmente en saber quién era el nuevo amor de la rubia.

—Un gánster, Conchita. Es un gánster.

XCVII

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 7 de mayo de 2007

Una nueva vida

Inma salió a la explanada exterior del hospital. Miró al cielo. Se aupaba un soleado día de mayo. Bien podía ser ese un día iniciático.

Respiró profundamente, y empezó a marcar un número en el teclado de su teléfono móvil.

—Dígame —se oyó en respuesta, al otro lado de la línea.

—Hola, Marcos. —Inma hizo un pequeño silencio—. Soy yo, Inma.

—¡Eh! Vaya. Hola, Inma —contestó una voz muy sorprendida, casi contrariada—. Perdona, no me he fijado en el número, no sabía que eras tú. Me pillas ahora mismo mal, muy mal, voy camino..., camino de una reunión, no voy a poder atenderte.

—Tranquilo, Marcos, solo te voy a robar unos segundos.

—Inma, yo creo que ya está todo dicho entre nosotros. De verdad que me coges en muy mal momento. Créeme, tengo poco tiempo ahora.

—No está todo dicho. Hay algo que tengo que decir yo. —Inma volvió a coger aire—. Marcos, tenías razón, me has hecho perder el tiempo. Me has hecho perder mucho tiempo. Adiós, Marcos. Adiós.

Inma colgó el teléfono. Y sintió que ahora sí había echado el cerrojo a su dolor. Empezaba un nuevo día. Empezaba un nuevo día de una nueva vida.

XCVIII

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Martes, 2 de junio de 1931

Gánsteres en las ruedas de prensa

—¡Un gánster! ¿Te has enamorado de un gánster? ¿Pero tú te has vuelto loca, Jean?

—Qué va. Mi gánster es encantador, un gánster superdulce. Él es el que se ha vuelto loco de amor por mí. Además, gánsteres, gánsteres lo son un poco todos por aquí. Todos, o casi todos.

—No digas tonterías, Jean. Que la mafia es algo muy serio. Muy serio y muy peligroso. No son compañías que te puedas tomar a la ligera. Ni siquiera tú, Jean.

—Va, va, va, la hiperresponsable Conchita. Que no es para tanto, mujer.

—¡¿Cómo que no es para tanto?! Me dices que te has liado con un tipo de la mafia, ¿y no te parece una peligrosísima locura?

—Es un gánster, ahí no hay duda. Pero a mí me quiere, por lo tanto vivo entre quienes están a salvo de la mafia. Así que no puedo estar más segura —rio con desparpajo la rubia—. Además, ya sabes que tengo la intuición de que voy a morir joven. Así que debo beberme la vida a sorbos largos, y, por supuesto, cumplir mi sueño de residir unos años en París. Por cierto, ¿te gusta este nuevo perfume que uso? —preguntó Jean, acercando el reverso de su muñeca al rostro de Conchita—. Es francés, como el tuyo, creo que su fragancia le va muy bien a mi cuerpo.

—A ver, Jean, céntrate. ¿Quién es ese hombre? Me estás alarmando mucho, sinceramente.

—Se llama Longy. ¿Verdad que es un nombre precioso? Una noche me vio en directo en el Adams Theater en Nueva Jersey, porque él es de allí, de Nueva Jersey. El caso es que vio mi actuación y al terminar se fue directamente a los camerinos para conocerme. Porque mi Longy es un hombre muy decidido. Mi madre también había venido a ver la función y estaba conmigo en el camerino...

—¿Estaba tu madre contigo? —interrumpió Conchita—. Menos mal.

—Pero qué protectora te has vuelto. Sí, esa noche sí estaba mi madre. Luego ya no —apostilló Jean, pícaramente—. Además a Longy no le importó nada que estuviera mamá, y nos invitó a cenar a las dos. Para que veas que mi Longy es muy caballeroso también. Nos llevó al Oak Room del hotel Plaza de Nueva York. Una delicia de cena. Me enamoré allí mismo. Me hubiera casado con él antes de llegar al postre.

Al volver a oír a Jean hablar de amor y de boda, la mente de Conchita regresó a Leslie por unos instantes, pero la actriz desterró sus propios problemas de manera inmediata. Estaba francamente preocupada por su amiga.

—No puedes estar hablando en serio, Jean. Tener un asunto amoroso con un gánster no es tema baladí.

—No conozco la palabra baladí, Conchita.

—Baladí significa de poca importancia.

—No, no, todo lo contrario, Longy es un hombre de mucha importancia. Ya lo creo. Es muy hombre importante y también es una persona muy protectora, como tú. Cuando le conozcas, seguro que os caéis muy bien. Fíjate si me cuida que, en las semanas siguientes a nuestro primer encuentro, habló con un montón de amigos suyos gánsteres para que me ayudaran.

—Cuando decía baladí, Jean, me refería a... bueno déjalo, no importa. ¿Dices que llamó a otros de la mafia para que te ayudaran?

—Claro que sí.

—¿Para que te ayudaran a qué? —preguntó Conchita, cada vez más inquieta.

—A las preguntas.

—¿A las preguntas?

—Claro. Me ayudaban con las preguntas para poder dar las mejores respuestas. A ver, Conchita, céntrate en lo que te cuento, que te vas despistando. Verás, Longy es muy inteligente. Él se dio cuenta enseguida de que en las ruedas de prensa yo, a veces, me extendía mucho contestando, ya sabes tú que hablo sin parar, y claro no dejaba dicho lo verdaderamente importante para mi carrera. Como dice mi Longy, no todo es culpa mía, es que hay periodistas muy malos que no saben preguntar. Entonces, Longy habló con varios gánsteres amigos suyos para que siempre hubiera un par de ellos infiltrados en mis ruedas de prensa.

—¿Iban gánsteres a tus ruedas de prensa?

—Claro. Ellos vigilaban que los periodistas me hicieran las preguntas adecuadas. Y si sus preguntas no eran buenas, les apuntaban a los de la prensa qué era exactamente lo que tenían que preguntarme. Así salían siempre unas ruedas de prensa estupendas. Pero estupendas, Conchita, créeme. Además, Longy me enseñó a responder muy bien. «Recuerda, nena, frases rápidas y frescas. No te enredes. Frases rápidas y frescas», me repetía siempre.

Conchita empezó a tranquilizarse un poco. Quizá Jean llamaba gánster simplemente a un hombre que tenía empleados a su cargo con los que hacer lo que quisiera, trabajadores a los que enviar a su capricho donde le pareciera conveniente. Quizás aquel Longy no pasaba de ser un adinerado manipulador.

—¿Y qué otras cosas hace por ti ese Longy? —quiso saber Conchita, para intentar calmar del todo la preocupación por su amiga.

—Todo. Lo hace todo por mí. Y lo más tierno fue lo de mi vello púbico.

—¿Lo de tu vello púbico?

—Sí. Eso fue fantástico.

—Bueno, Jean, yo no pretendía que entrases en detalles de tus relaciones sexuales, la verdad eso no es necesario —dijo algo azorada Conchita.

La rubia platino rompió a reír con desparpajo.

—Cariño, los detalles sexuales con mi Longy no son nunca detalles. Son algo muy grande. Muy, muy, grande —señaló la rubia entre carcajadas—. No hablaba de sexo, Conchita. Hablo de medallones.

—¿De medallones?

—Eso es. Medallones, sí.

—Me estás volviendo loca, Jean. ¿Se puede saber a qué medallones te refieres ahora?

—Medallones de mi vello púbico, Conchita. De mi vello púbico.

—Me sigues volviendo loca. No entiendo nada.

—Te explico mejor. Verás, resulta que un periodista de *The New York Daily Graphic* me estaba haciendo una entrevista. Era un periodista muy simpático, de esos que te pregunta un montón de cosas interesándose de verdad por ti. Pero no se creía que mi color rubio platino fuera natural.

—Es que no es natural, Jean.

—Claro que no, ¿cómo va a ser natural? Pero, según me dice siempre Longy, yo debo decir que sí lo es. Longy asegura que una mentira convenientemente repetida se convierte rápido en una verdad creíble. El caso es que este periodista era menos crédulo que los demás, y entonces se me ocurrió enseñárselo.

—¿Enseñarle el qué, Jean?

—Mi vello púbico color rubio platino. ¡Qué va a ser!

—¿Al periodista? Pero, ¡eso es un disparate!

—Qué va, si fue fantástico. Así le callé la boca y le quité sus dudas de un plumazo. El hombre se quedó completamente convencido de que soy rubia platino natural —aseguró Jean, satisfecha y divertida—. Y no solo eso, Harry, porque me parece recordar que el periodista simpático se llamaba Harry, lo contó todo en su reportaje sobre mí en *The New York Daily Graphic*. ¡No veas la que se formó! ¡Un montón de mujeres invadieron los salones de belleza de Nueva York para conseguir mi rubio platino para ellas! Aquello me gustó, pero lo que me gustó de verdad fue lo orgulloso que se sintió Longy de mí.

Aquello fue inolvidable y conmovedor.

Conchita asistía perpleja a la narración de Jean. Perpleja y de nuevo muy preocupada. Indudablemente, aquel Longy era un tipo con literatura, pero un mal tipo.

—No me gusta nada ese hombre para ti, Jean. Siento mucho tener que decírtelo. Te veo francamente ilusionada con él, pero no me gusta, no.

—Eso es porque no le conoces. Cuando te lo presente, cambiarás de idea sobre él, ya lo verás. Pero si es un amor. Y tan detallista. Déjame que te termine de contar y lo comprobarás tú misma. El caso es que como Longy estaba tan contento con la manera en que yo había manejado al periodista, quise agradecerle el sentimiento haciéndole un regalo. Y, naturalmente, le regalé una muestra de mi vello púbico. ¿Y sabes lo que hizo él?

Conchita se sujetaba la cabeza entre las manos, completamente contrariada.

—No, no lo sé Jean, y no sé si quiero saberlo.

—Hizo que lo repartieran y lo guardaran en varios medallones. Uno para él, y los otros para sus amigos. ¿Te imaginas? ¿Se puede ser más detallista y romántico? Y además, a cambio, Longy me regaló esta maravillosa pulsera de platino. —Jean le mostró su llamativa joya a Conchita—. No pienso quitármela nunca. Nunca. ¿Ves este pequeño cerdito de brillantes que cuelga tan alegre? Pues Longy lo hizo agregar a la pulsera porque dice que soy una comilona. A él le encanta que yo coma con hambre, y a gusto, no como hacen las remilgadas de tantas otras mujeres. Para que veas si es o no es atento, detallista y romántico.

—¿Ese hombre no habrá venido aquí contigo, verdad? —fue lo único que Conchita alcanzó a preguntar, tras el disparatado relato impactante de Jean.

—No ha podido. Tiene que ocuparse de dirigir sus negocios en Nueva Jersey. Me ha prometido, eso sí, que vendrá a verme en cuanto pueda. Pero, Conchita, ¿por qué pones esa mala cara? A ver, déjame que te mire bien. No solo pones mala cara, es que no tienes buena cara. ¿Has dormido bien? ¿Te pasa algo? Porque al final, como siempre, solo hablo yo. ¿Tú estás bien? ¿Seguís juntos el sobrino del jefe y tú?

—No.

—Vaya. ¿Y eso es lo que te tiene con cara de mustia?

—No, qué va. Rompí yo. Rompí hace tiempo con él.

—Vaya, lo tuyo se llama valor. Andar con uno de los que mandan es siempre una apuesta segura en este negocio. Y tú vas, y renuncias a ello. No sé si en la valentía también has incluido una torpeza, pero me alegro. Ese hombre era demasiado insípido para ti. Además, ennoviarse con alguien de despacho te da un aire de formalidad. Y la virtud no es fotogénica.

XCIX

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 7 de mayo de 2007

El ángel del parecido

Inma entró de nuevo en el hospital. Se sentía fuerte, capaz y renovada. Cogió con prisa el ascensor, casi ansiosa por volver a la habitación 109. Nada más entrar, se dirigió hacia Pelayo y, casi echándose encima, le dio un sincero y sentido abrazo.

—Gracias, Pelayo. Gracias de todo corazón —le dijo, emocionada—. Me siento bien. ¡Me siento muy bien!

Pelayo recibió enternecido el cariñoso gesto.

—Bueno, jovencita, no sé por qué motivo has de agradecerme nada, pero me alegra muchísimo verte tan entusiasmada.

—Le doy las gracias por su confianza en mí, por creer que yo era capaz de salir adelante de mis problemas y por hacerme ver que no todo tenía por qué ser culpa mía. Y también le agradezco mucho haberme hablado de Conchita Montenegro. Me ha servido de gran estímulo el ir conociendo cómo su actriz luchaba sin desfallecer por ser ella misma. Yo, como ella, quiero escuchar siempre mis propios deseos.

—Conchita era peleona, sí. Y me alegro de que tú también lo seas. Por cierto ¿te he dicho ya que me recuerdas a ella ahora que tienes el pelo moreno?

—Sí, me lo ha dicho ya. ¿De verdad cree que nos parecemos?

—Ya lo creo. Te lo diré con licencia poética: sois familia de un mismo hechizo.

—Vaya. Me gusta mucho.

—Pero si casi vuelvo a tener otro infarto al verte sentada frente a mí cuando me he despertado. Por un momento, pensé que eras ella. Y hablando de ese momento, al despertarme y verte, ¿te llamé Conchita, verdad? —preguntó Pelayo, muy interesado.

—Sí, me llamó Conchita.

—¿Y tú me respondiste afirmativamente a ese nombre, o quizá eso lo he soñado?

Inma bajó la cabeza. Se quedó callada durante un momento. Luego volvió a elevar el rostro y miró fijamente a Pelayo.

—Así fue.

—¿Por qué hiciste eso?

—Tengo que confesarle una cosa, Pelayo.

—Adelante.

—Yo también me llamo Conchita.

C

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, camerino de la Montenegro. Martes, 2 de junio de 1931

Un hombre casado

—Jean, yo también me he enamorado.

—¡Qué dices! Eso es excelente. ¡Las dos enamoradas a la vez! Pero, espera un momento. Si estás enamorada, ¿por qué lo dices como si fuera un tormento?

—Porque el amor se ha convertido en un tormento.

—¿Te ha hecho daño? ¿Te ha tratado mal? ¿Acaso te ha pegado? Dime quién es, ahora mismo, y aviso a mi Longy para que le ponga las cosas claras. A mi amiga no se le hace daño.

—No, Jean, tranquila. No es nada de eso. Lo que ocurre es que es un hombre casado.

—¡Ah! Bueno, eso es bastante habitual. ¿Por qué te lo tomas tan mal? Los matrimonios de tres no tienen por qué no funcionar. A menudo, incluso muy a menudo, son los que mejor funcionan y más duran.

—¡Qué cosas tienes, Jean! Te digo que me he enamorado. Yo..., yo le quiero. Le quiero junto a mí. Le quiero solo para mí.

—Vaya, veo que vas muy en serio. ¿Y quién es? ¿Le conozco?

—Le conoces.

—Venga, pues dime. Venga.

—Es Leslie Howard.

—¡Leslie Howard! En la prensa leí que hablaban de un idilio entre vosotros, pero pensé que era un invento de los estudios, solo una estratagema para vender una película. Un embuste más de este negocio.

—Pues no ha habido mayor verdad en mi vida, Jean.

—Me lo creo, Conchita. No hace falta que me insistas. ¡Leslie Howard! ¡Nada más y nada menos que el mismísimo Leslie Howard!

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 7 de mayo de 2007

El nombre

Inma se sentía liberada. Liberada y fuerte, muy puesta a la faena decidida de sacudirse todos sus demonios por la vía de urgencia mayor. De aquí que ahora optara, casi de modo espontáneo, por la confesión natural, y no por la represión forzada, que tantos males le había traído.

—Mi nombre es Inmaculada Concepción. Me pusieron el nombre de mi madre y, como a ella, me llamaron Conchita. Yo he sido Conchita muchos años, hasta que decidí que no quería que me llamasen más así.

—Tu nombre, entonces, es Conchita, Conchita —repitió el anciano—. Claro, no me había dado cuenta, Inma es también de Inmaculada Concepción —dijo Pelayo, casi para sí mismo.

—Un día, al fin me atreví, y les dije a mis hermanos y a mi padre que dejaran de llamarme Conchita, porque a partir de ese momento yo era Inma. Debía de tener once o quizá doce años entonces. Al principio, no me hicieron mucho caso, pero vieron que mi resolución era definitiva. Si no me llamaban Inma, yo no atendía.

—Así que no te gustaba el nombre de Conchita, y te lo quisiste quitar.

—No. No era eso. No era que no me gustase, es que era el nombre de mi madre.

Inma recayó en un grave silencio. A pesar de estar hablando del tema con resolución, y hasta con alivio, era aquel un lance que le dolía. Y le dolía mucho. Pelayo se dio cuenta enseguida de la trascendencia que tenía para Inma el asunto. Y se sumó al silencio de la joven, un silencio que era una complicidad. Un auxilio.

Hollywood, estudios, plató 7. Martes, 9 de junio de 1931

La dentadura postiza y la cláusula de moralidad

Pelayo se había refugiado en una esquina del plató, a la espera de que Conchita terminara el rodaje de su escena. El chaval había estado semanas evitando cualquier encuentro con la actriz. La relación de Conchita con Leslie Howard le dolía demasiado. Era previsible. Pelayo iba viviendo en el propósito de esperar, hasta dar el tirón de hombre, un hombre en el que Conchita encontrara el amor mejor, y único entre todos los hombres. Era el suyo un proyecto de novio o marido, según sus esperanzadas fantasías, y el romance de Conchita con Leslie él lo sufría como consorte presente, y hasta como consorte futuro. Estaba envenenado de celos. Por eso le estaba costando frecuentarla aquellos días. Pero Pelayo sabía que no podía estar ocultándose de Conchita por mucho más tiempo. Además, se había enterado de una noticia que estaba seguro que la iba a poner contenta. La primicia le dio impulso para forzar un acercamiento. O sea, que ahí estaba. Ante su amor, pero un amor que se la había ido con otro. Con Leslie Howard.

Casi escondido tras los bártulos de los operadores de cámara, Pelayo observaba con embeleso la actuación de Conchita. La actriz se empleaba en una danza donde anudaba la coreografía afinada con la sensualidad despierta. Aquella mujer era la magia, era el hechizo. Imposible no enamorarse, si la contemplabas un par de momentos.

Conchita terminó el baile, y el director Fitzmaurice gritó: «¡Corten!».

—Magnífico, Conchita. No se puede hacer mejor. Perfecta, has estado perfecta, querida —halagó con sinceridad el director—. No hay que repetir —dijo Fitzmaurice, dirigiéndose a todo el personal de la película—. Muy bien. Hacemos un descanso de media hora y retomamos en la escena del encuentro entre Shearer y Montgomery.

Conchita se aproximaba a su tocador portátil cuando Pelayo se interpuso en su camino.

—¡Hola!

—¡Hombre! ¡Pelayo! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde te has metido? Llevas desaparecido una eternidad.

A pesar de las exclamaciones de entusiasmada sorpresa ante el encuentro, a Pelayo le pareció distinguir en el rostro de Conchita una sombra de infelicidad.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Enfadada contigo? No. ¿Por qué iba a estarlo?

—Te conozco, y esta no es tu cara de estar contenta.

A Conchita siempre le asombraba la facilidad que tenía aquel muchacho para leerle con sabiduría el ánimo. Pero prefirió mentirle, pues no quería ahora compartir con él su tristeza por la partida de Leslie.

—Como llevas mucho tiempo sin verme, igual se te ha olvidado cuál es mi verdadera cara de contento. Porque te aseguro que esta es mi cara de contento —remató ella, aportando una cariñosa sonrisa.

—Está bien. Creo que yo te voy a poder ofrecer un par de motivos para que te alegres más todavía.

—Vaya con mi escudero, reaparece y ya trae buenas nuevas.

—A eso vengo.

—¿Y cuáles son ese par de motivos ilusionantes?

—El primero es de menor importancia, pero te ofreceré sosiego.

—¿Sosiego, dices? Me intrigas, Pelayo. A ver, cuenta.

—Clark Gable va a estar de baja de conquistador pelmazo un tiempesito. No te podrá dar guerra. Sé que eso te pondrá contenta. Y sobre todo que te dejará tranquila.

—Hombre, Pelayo, no tener que vivir alejado al moscardón de Gable ofrece sosiego sí, pero tampoco es que yo le desee nada malo a ese necio. De baja, dices. ¿Por qué? Espero que no sea nada grave.

—¿Grave? No, qué va, nada grave. La baja tiene causa estética. Pura estética. El galán se opera más que las actrices, y ya es decir, porque aquí el bisturí es el pan de cada día, exceptuándote a ti, y a un par de raros ejemplares más.

—¿Se ha operado?

—Se ha operado.

—¿Y de qué?

—Los estudios han decidido que con aquel arreglo de las orejas que le hicieron tiempo atrás no bastaba. Y ahora le han quitado todos sus feos dientes para instalarle una carísima dentadura postiza, blanca y pura como el nácar.

—Mucho tiempo han tardado en hacerlo —contestó tajante Conchita, con una sonrisa maliciosa.

—Y ahora prepárate, porque viene la segunda causa de la baja.

—¿Segunda causa?

—La dentadura nueva le irá bien para los futuros papeles del cine. Pero también para la boda.

—¿La boda? ¿Qué boda?

—La suya.

—¿Su boda? ¿Se casa?

—Le casan, para ser más exactos.

—¿Cómo es eso?

—Una de sus últimas conquistas, María Franklin, conocida como Ria, no ha querido quedarse solo en eso, en una última conquista. Que en el caso del Orejas suele ser penúltima conquista.

—Ria. No la conozco. ¿Es actriz?

—No. En absoluto. Pero su hermano sí es actor, y él fue quien les presentó. La vida de Ria no se ha desarrollado en los platós, pero sí en los matrimonios de película. Se ha casado y divorciado ya tres veces, y después de tanto trajín ha conseguido reunir una de las más grandes fortunas de Houston. Vamos, que la tal Ria de tonta no tiene un pelo. Como se ve que lo de casarse es algo que le gusta, o sea, que le va en el carácter, vamos, pues se ha empeñado en cazar a Gable, del que dice estar perdidamente enamorada.

—¿Y Gable qué ha dicho?

—El Orejas dijo que no se casaba. Entonces, Ria, que tiene acceso al despacho de cualquiera gracias a su fortuna, habló con Howard Strickling.

—¿El jefe? ¿El director de relaciones públicas de la Metro Goldwyn Mayer?

—El mismo que viste y calza. Ria le explicó al director que, de seguir la negativa de Gable, ella estaba dispuesta a acudir a los diarios y a las revistas, a contar su caso. Y su caso es la historia de la mujer destrozada, engañada por las mentiras de Clark Gable. La historia de una mujer que había convivido bajo un mismo techo con el actor a rachas, siempre a la espera de ver cumplida la promesa de matrimonio por parte de Gable. Como la promesa se iba quedando en eso, en promesa, o sea, en nada, pues ella se sintió estafada sin ningún escrúpulo, y destruida en la honra sin la menor contemplación.

—Ria salió respondona.

—Strickling, que vio inmediatamente cómo un escándalo así podría arruinar de manera fulgurante la carrera de Gable, llamó al actor y le leyó en serio la cláusula de moralidad de su contrato. Una cláusula que, como sabes, impide convivir a cualquier actor o actriz con cualquier otra persona que no sea su esposa. Strickling le recordó que el incumplimiento de la cláusula en cuestión le llevaría a Gable a pagar un dineral a los estudios, en concepto de indemnización por daños y perjuicios a la imagen de la productora. Eso, al margen de un despido inmediato.

—Esa cláusula existe, sí, pero tanto Gable como otros y otras se la han saltado mil veces, y nunca pasó nada, que yo sepa.

—Seguramente. Pero no pasa nada hasta que no se presenta el peligro de que sea público y notorio que no cumples las cláusulas de moralidad. Ese es el juego. Esas son las normas. Las demás condiciones contractuales son negociables, pero la moralidad no. O, al menos, la apariencia de moralidad. Así es el mundo feliz de Hollywood. Sin moralidad no hay espectadores, y sin espectadores no hay dólares.

—Así que han puesto a Gable entre la espada y la pared.

—De hecho, ya tenemos fecha para la boda. Se casan dentro de diez días, el próximo viernes 19 de junio. Toda la prensa está invitada. Gable estrenará dentadura y esposa.

—Madre mía, qué historia me traes.

—Lo más importante es que así a ti te dejará en paz un tiempo. Pero solo un tiempo, porque ya me han contado que a su futura esposa, Gable le ha preparado un dormitorio para ella sola en el lado sur de su mansión de Beverly Hills, al otro extremo de su propia alcoba, que ocupa el norte del palacete.

—La verdad, no sé cómo ha podido caer Gable en esa trampa. Él no es ningún ingenuo y además ya sabe lo que es pasar por un matrimonio. Y hasta por un divorcio.

—El exceso de vanidad lleva inevitablemente a excesos de ingenuidad. Pero, como te he dicho, traigo dos primicias. Queda la segunda.

—Ya puede ser importante, tras el notición de la boda de Gable con dentadura nueva.

—Importantísima.

—Bien, pues dímela ya, que el director debe estar a punto de volver a llamarnos a escena.

—Ayer tuve que ir al departamento de diseño para hacer unos encargos. Cuando yo entraba, me crucé en la puerta con el gran Gilbert Adrian. ¿Sabes quién es verdad?

—El mejor diseñador del mundo.

—Eso es. El que viste a la Garbo, a la Shearer y a la Crawford.

—Decían que él fue quien realmente creó a Joan Crawford.

—Pues iba Adrian con el gran *boss*, con Mayer, y oí como le estaba diciendo que quería empezar a diseñar para otras actrices.

—Y tú has querido intuir que quizá yo sea una de esas actrices.

—No lo he intuido. Lo creo.

—Nadie me va a querer nunca tan ciegamente como tú, Pelayo.

—Lo creo porque Adrian dio tres nombres. El tercero era el tuyo, Conchita Montenegro.

CIII

Madrid, hospital La Paz. Lunes, 7 de mayo de 2007

Nomen est omen

Tras unos largos instantes de silencio denso, Inma decidió reanudar su confesión.

—Quizás a usted le suene muy mal lo que voy a decir, Pelayo, pero yo estaba harta de mi madre. Estaba realmente harta de una madre a la que nunca conocí.

—Nuestra mente es una compleja red de sentimientos. Y más que una red, un laberinto. No es fácil a veces encontrar la salida, si es que hay salida.

—Mi padre y mis hermanos siempre me estaban comparando con mi madre. Siempre andaban diciendo que yo les recordaba mucho a ella. Que era igual que ella, incluso. Que tenía los mismos gestos. Que hacía de la misma manera esto, y de la misma manera dejaba de hacer lo otro. A todas horas, en todo momento, yo sentía como si me utilizaran para reemplazarla a ella en sus corazones.

—Ya entiendo. Ahora recuerdo aquel día, cuando dijiste que no querías ser más la «sustituta». Te referías a la sustituta de tu madre.

—Sí. A eso me refería. Por ello siempre quise tener una hermana como también le dije. De ese modo, mi padre y mis hermanos no se habrían centrado tanto en mí como la única niña de la casa. Yo me sentía muy agobiada. Vivía oprimida por la eterna comparación con una madre a la que yo jamás vi, con una madre, la mía, a la que jamás sentí.

—Y cambiarte el nombre era una forma de reivindicarte a ti misma.

—Sí, así es. Dicho por usted no suena tan mal.

—Es que no veo ningún mal en eso, ¿tú sí?

—Siempre he sentido que lo que yo había hecho era una especie de traición a mi madre.

—No lo veo de esa forma. Simplemente querías que tu nombre se refiriera a ti. Entiendo que el nombre de Conchita te condenaba a ser otra persona, a llevar otra vida que no era la tuya. No hay traición en abandonar un nombre, o cambiarlo, aunque sea el nombre de la propia madre.

«*Nomen est omen*», el nombre es el destino. Los romanos pensaban que el nombre determinaba el destino de quien lo llevaba. Tu destino es Conchita, como tu destino es Inma. Tú jugaste las cartas que el destino te ofreció, y el destino te ofreció dos nombres, Inmaculada y Concepción. Tú simplemente decidiste cuál querías para ti. Y es precisamente en los momentos de decisión cuando se forja tu destino.

Inma se quedó pensando despacio las palabras que le ofrecía el anciano. Unas palabras que no solo la eximían de la culpa de cualquier traición, sino que además parecían aplaudir su iniciativa. Esas palabras le quitaban a Inma un eterno peso de encima.

En ese momento, se abrió la puerta de la habitación. La enfermera no llegó a entrar, le bastó apenas asomar la cabeza para dejar claro a lo que venía. Inma no tenía ninguna duda. Debía irse de inmediato y dejar descansar a Pelayo.

—Pelayo —dijo la joven, girando su cabeza hacia el anciano antes de irse.

—Dime, morena.

—Gracias —añadió con quieta solemnidad.

Los Ángeles, playa de Malibú. Domingo, 9 de agosto de 1931

El mar es el ánimo

El trabajo en Hollywood decrecía considerablemente durante agosto. En ese mes, muchos actores y actrices aprovechaban para tomarse un descanso, regresando a sus hogares. En aquella meca de la felicidad por contrato y la ficción de sesión continua, la población se reducía casi a la mitad. Sin embargo, en la Metro Goldwyn Mayer se mantenía el buen ritmo de los rodajes. Por algo era la Metro la principal productora de cine. Conchita estaba teniendo un verano ajetreado. Ajetreado y muy provechoso. Aún no había terminado la filmación de la película del director Fitzmaurice, *Strangers May Kiss*, y ya le habían confirmado que el papel protagonista del nuevo film de Irving Cummings era para ella. Iba a debutar así como heroína del western en *The Cisco Kid*. Su condición de protagonista en las películas originales en inglés era ya un sitio natural. De modo que Conchita había llegado y ahora le tocaba sostenerse. Se tuteaba ya con las divas; su sueño, al fin, ocupaba la agenda.

Los rodajes de la nueva cinta comenzaban a principios de septiembre. Septiembre. Conchita estaba deseando que llegara aquel mes. Lo deseaba y a la vez lo temía. Septiembre significaba Leslie.

Su regreso estaba cada vez más próximo. Eso la excitaba, pero asimismo la aterraba. Durante el día, era capaz de concentrarse en su trabajo, apartando así de sus pensamientos al actor. Pero luego llegaba la noche, en donde las pesadillas emboscaban sus sueños. En la noche, la ausencia de Leslie le envenenaba el corazón y la fiebre de la duda renovaba sus martirios. Tenía pavor a perder a Leslie. Conchita no sabía cómo sería su reencuentro, pero ella quería perdonarlo. Quería perdonarlo más por necesidad quizá que por convencimiento. Necesitaba convencerse de que la partida de Leslie, cumpliendo con su familia, era necesaria para él. Pero ¿y Leslie? ¿Qué sentía él? ¿Le habría perdonado a ella? Después de la separación fría que ella le había ofrecido, después de negarle aquel beso de despedida en el automóvil, después de mostrar intolerancia hacia su partida, después de todo aquello, ¿querría volver con ella? El actor le había llenado la alcoba entera de flores. Y aquel regalo excesivo se completaba con una única nota: «Espérame». Pero esa petición, que quizá algo tenía de ruego, ¿cuándo fue escrita? ¿Antes o después del enfado de Conchita? Quizás los sentimientos que acreditaban las flores, más la nota, habían cambiado en Leslie tras padecer la intransigencia de la actriz.

Hasta su retorno, Conchita no sabría si él seguía queriéndola. Hasta su regreso, hasta septiembre.

En los más de dos meses que habían transcurrido desde que el actor se marchara a Inglaterra, no había tenido ninguna noticia de él. Ni una llamada, ni una carta, nada. La única noticia era el silencio. El silencio completo, el daño crudo que la iba matando.

—Por mucho que mires el mar, Conchita, nunca llegarás a abarcarlo. El mar es siempre distinto, cada vez que lo contemplas —le dijo Spencer Tracy a la actriz, sentándose junto a ella en la arena de la playa.

Spencer Tracy y Neville habían insistido para que aquella jornada dominical Conchita se uniera a un grupo de actores y guionistas que iban a pasar el día en la playa de Malibú. Tracy y Neville se habían hecho amigos. Conchita se sentía, en parte, responsable de aquella amistad. Ella fue quien insistió en que se conocieran en la fastuosa fiesta de Hearst de las Navidades pasadas. Sabía que se llevarían bien, y así fue. Y con ambos hombres Conchita se encontraba a gusto. O sea, cómoda, o sea, libre.

Con Neville había resultado desconcertantemente fácil el tránsito del romance a la franca amistad, y el trato con Tracy siempre era para Conchita un don gratificante. Conchita aceptó acudir a aquella excursión porque iban ellos dos, y porque también se había apuntado a la escapada playera su amigo, el dibujante Tono de Lara. Neville y Tono eran ya de los pocos españoles que quedaban en Hollywood.

En marzo de ese año la Metro rodó su última versión en español. Se trataba del film *El proceso de*

Mary Dugan. La productora propuso a los actores y guionistas españoles que quedaban en Hollywood comprarles sus contratos por la mitad de su precio. La mayoría aceptó la oferta, y retornaron a España. Otros se quedaron en Los Ángeles buscando nuevas ocupaciones. Conchita, Neville y Tono eran ya prácticamente los únicos supervivientes de la aventura de la conquista de Hollywood.

El caso de Tono fue especial. Tono de Lara había desembarcado en Hollywood reclamado por Neville y Conchita. Entre los dos, convencieron a los estudios de que el talento del dibujante era un oxígeno de novedad para la invención de los gags en las películas. Tono era brillantemente gracioso y agudamente cómico. Y Tono fue, efectivamente, contratado por la Metro Goldwyn Mayer, pero en su contrato no quedaba claro si venía como actor, como escritor o como dibujante. Era tal el enredo contractual de Tono, que la propia burocracia de los estudios se olvidó de despedirle.

—El mar es el ánimo, Spencer —contestó Conchita al actor.

—Sí. Y yo creo que al mar de tu ánimo no le conviene hoy la soledad. Únete al grupo, mujer. No te quedes aquí tan sola. Además, hoy es domingo y el domingo no es día para pensar. Nunca he sabido bien para qué sirven los domingos, pero estoy seguro de que se reflexiona mejor un lunes. Lo práctico llega antes a la mente en un día laborable. Y quien dice lo práctico dice lo acertado —apuntó Tracy, sonriendo.

—Está bien, Spencer. Ahora me reúno con vosotros. Quería estar un rato a solas, eso es todo.

—Quería, quería, quería. Créeme. Ahora mismo, para ti lo bueno no es estar aquí apartada de los demás, sino estar con nosotros. Y si no crees que es eso lo bueno para ti, que te convenza por lo menos que sí es lo mejor para mí. Para mí y para todos.

—Así que lo mejor para ti, y para los demás.

—Absolutamente. Lo vas a comprender enseguida. Verás, Neville se ha empeñado en hacer una paella aquí en la playa. Se ha traído una barbacoa y todos los bártulos e ingredientes, pero no me fío nada de él como cocinero, nada de nada. —Tracy hincó entonces una rodilla en la fina arena, y juntó sus manos en un gesto suplicante y cómico—: Por favor, Conchita, por nuestra próspera amistad y por el hambre que a estas horas ya me tortura, ven a supervisar a tu amigo Neville. Ven a supervisarle, o nos quedaremos todos sin comer.

—Spencer, recurre a Tono. Él es el especialista en hacer paellas, ya lo sabes.

Era cierto, Tono de Lara hacía las mejores paellas de toda la colonia española. Solo había una cosa que le gustara más a Tono que hacer paellas y esa cosa era comprarse corbatas. Tono traducía siempre su sueldo al número de corbatas semanales que podía comprarse.

—Lo sé. Tono es el mayor especialista en hacer paellas —afirmó Spencer Tracy—. Pero ahora dice que lleva la cuenta, y que le sale el cómputo de que aquí ha hecho más paellas que películas. En fin, el caso es que hoy, precisamente hoy, precisamente ahora, Tono se ha empeñado en que ha llegado el momento de equilibrar la balanza en pro de su prestigio profesional. Y se niega a cocinar más arroces. De ahí que se haya lanzado a cocinar Neville. Te necesitamos, Conchita. Te necesito.

—Spencer, yo no sé hacer paellas. De hecho el arte de la cocina no es algo que vaya mucho conmigo.

—Bien. Pues mejor todavía. Nos acercamos tú y yo a comprar unos emparedados o unos buenos pollos asados. Los demás son unos ingenuos, pero creo que también podemos contar con Myrna Loy de cómplice. He visto cómo la desconfianza despuntaba en sus ojos cuando nuestro amigo presentaba su plan de la paella. Venga, Conchita, ven conmigo, hagamos lo que sea, menos dejar nuestro apetito saludable en las manos torpes de Neville. Escribir y galantear se le da muy bien, incluso extraordinariamente bien, pero en lo de guisar no le veo, la verdad que no le veo.

Conchita nunca sabía decir que no a la sonrisa perfecta con que Spencer Tracy remataba siempre sus argumentos.

Se levantó de la arena, hizo el ánimo de olvidar a Leslie por ese día, y se dispuso a gozar del sol y el mar con sus amigos.

CV

Hollywood, hotel Plaza. Martes, 25 de agosto de 1931

La decisión

Caminaba sin tregua por un jardín infinito, con los pies descalzos. Tras de sí, unas huellas innumerables se alineaban sobre la hierba. Al fondo estaba la puerta, pero quedaba más bien en el horizonte, porque la puerta pudiera ser un imposible. Aquel peregrinaje de Conchita era el peregrinaje de la angustia. Avanzaba y avanzaba, pero no llegaba nunca al destino, porque la distancia no mermaba nunca, porque la puerta de la casa seguía allí, lejana, como un trofeo fantasma. Alcanzar la puerta. Alcanzar la puerta. Eso era lo importante. Había que alcanzar la puerta, había que entrar en la casa.

Conchita se despertó sobresaltada. Estaba de nuevo empapada en sudor, como las otras noches. Una vez más había padecido aquel sueño del jardín, la puerta y la casa. La puerta y la casa. Siempre la deseada puerta inalcanzable y la inalcanzable puerta deseada. Aquella pesadilla reiterada iba reinando en sus horas de mal sueño, durante días. No sabía por qué últimamente la hostigaba ese mismo maldito sueño. O sí lo sabía. Estaba segura de que tenía que ver con Leslie. No entendía el vínculo que podía haber entre la casa y la puerta, tan deseadas como inalcanzables, con la ausencia de Leslie, pero no le cabía duda de que aquella pesadilla recurrente guardaba relación directa con su estado de ansiedad. Eso lo tenía claro. El malestar, la desesperación y el tormento provenían del poco tiempo que quedaba para el regreso de Leslie.

Para el 1 de septiembre faltaba justo una semana. Solo una semana para que Leslie dejase a su familia. Para que Leslie llegara a Hollywood.

Una semana. Tanto y tan poco. Una semana, y ella aún no había tomado una decisión sobre qué hacer con Leslie.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace dieciséis días

Para Inma haberse despedido de Marcos por decisión propia y haber confesado en voz alta su renuncia a ser una prórroga de su madre le habían resultado una cura extraordinaria.

Estaba en la gran entrada del hospital, cuando oyó cómo su hermano Cristóbal la llamaba.

—¡Inma! —dijo en alto Cristóbal, mientras aceleraba el paso hacia ella.

—¡Hola, Cristóbal! —lo saludó ella, efusiva, con dos cariñosos besos.

—¿Adónde vas? ¿A ver de nuevo a tu paciente?

—Sí, claro. Voy a ver a Pelayo.

—Realmente, las visitas a ese anciano te están viniendo muy bien.

—Es cierto, hermano. Y de nuevo debo darte las gracias. Todo ha sido porque me convenciste para que viniera aquí de voluntaria. Todo ha sido gracias a ti, y, bueno, también gracias a Pelayo. Ese anciano, con sus relatos fabulosos y con su mirada distinta sobre mis propios problemas, me ha resultado providencial. Me hace distinguir las cosas de otra manera. Me hace verme a mí misma de forma diferente.

—A mí no tienes que agradecerme nada hermanita. Y me alegro de que el señor Veleiro te procure tal cura para el ánimo. Tú también le estás resultando muy beneficiosa a él.

—¿Yo? ¿A Pelayo? ¿Tú crees?

—Me di cuenta enseguida, durante la noche de guardia que estuve con él. Le has hecho olvidar que está en un hospital y muy enfermo, y le has dado un encendido motivo para esperar que llegue el día siguiente. Es un diagnóstico fácil, si te fijas un poco en la forma que tiene de hablar de ti, en el entusiasmo que demuestra por tus visitas.

—Hablas de él como si fuera una persona que ya no debería asomarse al optimismo.

—No quiero decir eso, Inma, pero tú debes ser consciente de que su estado de salud y su edad dejan poco margen a la esperanza. No puedes engañarte en eso.

—¿Quieres decir que puede que no se recupere?

—Aquí estamos cuidando y vigilando su salud lo mejor que se puede, pero tú, insisto, creo que eres su mejor medicina. Sin embargo, en casos tan graves como el del señor Veleiro, hay que estar preparados para todo. Tienes que ser consciente en todo momento de su delicada salud. Él lo es. Es perfectamente conocedor de su insegura situación, él mismo me lo dijo. Pero, sinceramente, por lo único por lo que le vi preocupado era por poder llegar a terminar de contarte una historia completa de una actriz, según creo que me dijo. No sé, aquello no lo entendí muy bien.

—La historia de una actriz, sí. De Conchita Montenegro. De su amor.

—¿De quién?

—Es una historia muy larga, Cristóbal, tan larga como apasionante. Ya te la contaré. Ahora me voy a ver a Pelayo —dijo Inma, a la que le había entrado una repentina prisa por ver al anciano.

Inma cogió el primer ascensor disponible. Mientras subía, la joven pensaba en las palabras de su hermano. Aquellos días su mente se había repartido entre su interés por el relato de la vida de la Montenegro y sus propios problemas. Realmente, se había olvidado de tener presente que Pelayo era un hombre muy mayor y muy enfermo. Desde ahora iba a estar más atenta a él, vigilando con cuidado el estado de salud del anciano.

—Buenos días, Pelayo.

—¡Hombre! Mi Inma favorita. Buenos días, muchacha, buenos días.

—¿Cómo se encuentra usted hoy? ¿Bien? ¿Le duele algo?

—Pues como siempre. Sin novedad, que es la mejor novedad que me puede ocurrir a estas alturas.

—Pero eso significa que no le duele nada, ¿no?

—Doler, doler, me duele todo desde hace años, pero es algo ya llevadero, por acostumbrado. Pero ¿a qué viene tanto interés por mis achaques?

—No, por nada. Es que siempre nos ponemos a hablar de otras cosas, y usted no me dice nunca cómo se encuentra.

—Sinceramente, cualquier tema es más agradable que la salud de un anciano nonagenario. Y hablando de temas más agradables, tengo un pequeño obsequio para ti.

—¿Para mí, un regalo? Pero ¿por qué?

—Bueno es una forma de celebrar tu éxito sobre ti misma, tu victoria sobre tus diablos, como tú los llamabas. Es solo un detalle, pero espero que te haga recordar que tienes que confiar en ti misma, que dentro de ti encontrarás siempre el valor que necesites. Mira, abre el cajón de la mesilla.

Inma obedeció al anciano y abrió despacio el pequeño cajón. Al descubrir lo que había en su interior, se llevó las dos manos a la boca, y sus ojos se cerraron tratando de gobernar unas sinceras lágrimas de emoción profunda.

—Pensé que te iba a gustar, no que te iba a disgustar —bromeó el anciano al ver la emocionada respuesta del gesto de la joven.

—Es... es precioso —dijo Inma mientras extraía del cajón un delicado clavel hecho con papel de periódico.

—Si te fijas, en el borde de las hojas exteriores se puede ver la fecha del diario de ayer. Así podrás recordar siempre que ese día le diste un portazo a tus problemas, y que siempre que quieras tienes la potestad y la fuerza para volver a hacerlo cuando lo necesites. Inma, no lo olvides nunca: esta fecha debe recordarte que eres una mujer valiente.

—Esta fecha impresa en el clavel va a recordarme mucho más que eso, va a recordarme para siempre a un hombre llamado Pelayo que ha sido un ángel para mí y que me ha enseñado a mirarme a mí misma y que me guste lo que veo. Gracias, Pelayo —dijo ella, y abrazó muy fuerte al anciano.

—Por cierto, debes saber que la enfermera sargento fue quien se preocupó y ocupó de conseguirme las hojas necesarias del periódico del día para la manufactura de la flor. Yo creo que estamos humanizando a esta fiera entre los dos. A este paso, va a perder sus galones de militar por el camino —remató el anciano, y ambos empezaron a reír con ganas.

—Pelayo —dijo lentamente Inma, dejando de reír—. Sé lo mucho que significa para usted hacer un clavel para alguien que no sea su Conchita. Lo guardaré como el tesoro que es.

—Es que tú también eres mi Conchita, aunque te llames Inma.

Entre la joven y el anciano se produjo un silencio largo y cómplice. Íntimo.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, comedores.

Jueves, 27 de agosto de 1931

Solo hay tiempo para el cine

Los del equipo de la película de *Strangers May Kiss*, incluido el director, Fitzmaurice, acudieron a almorzar a los comedores de los estudios. Apuraban las jornadas finales del rodaje y el director había decretado una concentración plena, sin relajo ni despistes, para rematar de forma pronta y redonda la película. De ahí que en esos últimos días se hubiera convertido en costumbre que los actores, ya fueran protagonistas, secundarios o extras, comieran todos juntos, allí mismo, en los estudios, con lo que se evitaba el cambiarse de ropa o el desmaquillarse. Conchita entró junto al resto del equipo en el comedor. Eligió alguno de los platos del menú, los colocó sobre su bandeja, y se dispuso a sentarse junto a sus compañeros, en la larga mesa elegida por el equipo. Fue entonces cuando distinguió a Spencer Tracy, que había ocupado una de las mesas del fondo. La española se encaminó hasta él, tras disculparse con sus compañeros.

—¿Puedo sentarme aquí contigo? —preguntó Conchita al actor, que lejos de ocuparse de comer parecía tener sus pensamientos en un lugar muy lejano.

—¡Eh! ¡Ah!, hola, Conchita —contestó Tracy, como quien despierta desde otro mundo—. ¿Qué quieres? ¿Sentarte aquí? Sí, siéntate donde quieras. —Él volvió su mirada al plato que tenía delante, del que no había probado bocado.

—Spencer, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó ella al ver a su amigo más serio y distante que nunca.

—¿A mí? No. A mí no me pasa nada. A mí nunca me pasa nada, lo que no significa que no pase nada —dijo Tracy de manera vehemente y malhumorada—. Por ejemplo, ¿qué te pasa a ti, Conchita? ¿Por qué en lugar de comer con tus compañeros de la película, vienes a mi mesa? ¿Es que te llevas mal con tus compañeros de reparto, no congenias con Norma Shearer? Lo entiendo, lo entiendo, trabajar con la Shearer, compartir protagonismo con Norma, puede resultar muy difícil, incluso heroico. ¿O es Robert Montgomery el que te molesta? Robert suele ser de los mansos y agradables, pero ya sabes lo que dice el refrán: «Líbreme Dios del agua mansa que de la brava me libro yo». A ver, dime, ¿con quién te llevas tan mal que prefieres no comer con ellos y venirte a este triste rincón conmigo? ¿Es por Fitzmaurice? Si es por el director, mal asunto, Conchita, mal asunto.

—Pero ¿qué estás diciendo, Spencer? —preguntó preocupada Conchita, interrumpiendo el monólogo casi enajenado que había emprendido Tracy—. Yo no tengo problemas con ninguno de ellos, he venido a comer a tu mesa porque soy tu amiga, y me apetecía sentarme contigo. Eso es todo. Y ahora, Spencer, me vas a decir qué es lo que te pasa. Porque acabas de preocuparme de verdad.

—¿Decirte qué me pasa? Imposible. No hay tiempo para esas cosas. Aquí en Hollywood nunca hay tiempo para esas cosas. Aquí solo hay tiempo para el cine, el cine y el cine. Todo lo demás no importa. No importa nada, no importa nadie. Y hoy toca que no importe Claudette Davis.

—¿Claudette?

—Sí. Claudette Davis.

—Tu *partenaire* en la película que estás rodando, ¿no?

—La misma.

—¿Qué le ha pasado?

—Pasarle a Claudette, nada. No le ha pasado nada. Al menos en el cine, en la película, que es lo que importa, ¿no? Porque el rodaje va a seguir su curso, y su personaje va a poder hacerse sin ningún problema, y el estreno se hará cuando toque, y será un éxito y, quizás hasta este año le den un premio

Oscar a Claudette, o me lo den a mí, o a ti. Así que, ¿por qué preguntas qué ha pasado? Pues nada, no ha pasado nada.

Spencer pasó de la tensión a la crispación en solo unas frases. Subió mucho el tono de la voz, y gran parte de los parroquianos del comedor estaban ya más pendientes de su monólogo desatado que de cualquier otra cosa. Conchita vio claro que era el momento de irse de allí.

—Spencer, hazme el favor, vamos a salir fuera de aquí. Necesito que me dé un poco el aire, porque me estoy sintiendo algo mareada. —Conchita sabía que exponer su propio malestar como razón para abandonar el local llevaría a la caballerosidad fija de Tracy a imponerse sobre su malhumor creciente. El actor se levantó, le retiró la silla a Conchita, la tomó por el brazo y salieron del comedor.

Fuera de allí, lejos de las miradas de todos, Conchita se dispuso a insistir para que Tracy contara cuanto antes la historia que le estaba matando por dentro. No sería cualquier cosa aquella historia, todo lo contrario. Seguro que la confidencia pendiente era grave. A Tracy solo le trastornaban las causas importantes. Conchita lo sabía. Tracy sabía que Conchita lo sabía.

CVIII

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

Una idea fantástica

Inma había salido de la habitación unos minutos de trámite, para tomar un bocado de almuerzo en la cafetería del hospital, y regresó con la precaución acostumbrada, por si en ese tiempo el anciano se había dormido. Al comprobar que Pelayo se encontraba erguido en la cama, entró ya sin cautela.

Pelayo miró muy atentamente a Inma mientras ocupaba su asiento de siempre.

—Me alegro de que la belleza me conmueva todavía.

—¿Cómo dice?

—Que eres preciosa, Inma. Realmente, con ese corte de pelo te pareces mucho a Conchita. Con ese corte y con ese color de pelo. Aunque quizás —el anciano se calló un momento y observó con aún mayor atención el rostro de Inma—, quizás aún te parezcas más a su hermana Juanita.

—¿A su hermana?

—Sí. Si las hubieses conocido, entenderías lo que digo. Espera un momento. ¡¿Pero cómo no se me ha ocurrido antes?! —exclamó de repente el anciano—. Realmente, la edad ya me está pasando una factura seria. Inma, abre ese armario, por favor —le pidió Pelayo, diligente, mientras señalaba el pequeño ropero de la habitación.

—¿El armario? ¿Para qué quiere usted ahora que abra el armario?

—Imagino que habrán metido en él mis cosas. Ahí dentro estará algo que necesito ahora mismo, algo que ahora mismo necesitamos los dos —recalcó Pelayo, casi con vehemencia.

Inma obedeció al anciano, sin entender qué pretendía. Abrió el ropero. En distintas perchas estaban colgados un pantalón gris, un jersey fino del mismo color, pero de tono algo más oscuro, una camisa blanca y una gabardina beige. En el suelo del armario quedaban un par de zapatos negros.

—¿Es que quiere usted vestirse ahora?

—No. Nada de eso. Quiero que busques en los bolsillos de mi gabardina. Ahí debo tener unas llaves.

Inma investigó el bolsillo izquierdo del gabán, pero no había nada. Miró entonces en el bolsillo derecho y extrajo de él una pequeña cartera, y también un llavero con forma de media moneda, del que colgaban dos llaves.

—Perfecto. La cartera déjala en el bolsillo. No nos hace falta.

—Tenga —dijo Inma, entregando el llavero a Pelayo—. Pero no sé para qué necesita ahora sus llaves.

—No las necesito yo. Las necesitas tú —afirmó el anciano, devolviéndole el llavero a Inma—. Quiero que vayas a mi casa y me traigas una cosa. Se trata de algo muy importante.

—¿Que vaya yo a su casa? No. No creo que sea lo más adecuado —apuntó con mil reticencias.

—No seas remilgada, Inma. Por supuesto que es lo más adecuado. De hecho, es lo más adecuado que se me ha ocurrido hacer en mucho tiempo. Tú eres periodista, ¿verdad?

—Sí. Ya le dije que en ello estoy. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—A los periodistas os gusta confirmar las informaciones, ver documentos y comprobar los datos. ¿No lo decís así? Pues en mi casa tengo una pequeña valija, un viejo baúl, donde he ido guardando a lo largo de los años las fotos que tengo de Conchita, los recortes de los periódicos y de las revistas, los programas de las películas, en fin, todo lo que me hablaba de ella. Y estoy seguro de que también tengo algún recorte de prensa sobre su hermana Juanita. Tráeme esa antigua maleta, y tú misma podrás comprobar cómo era Conchita, y cómo era Juanita, incluso. La verdad, no sé cómo no se me había ocurrido antes —volvió a repetirse para sí mismo el anciano.

La posibilidad de ver las fotografías de Conchita Montenegro y también de su hermana Juanita excitaron muchísimo la curiosidad de Inma. Pero la joven no se sentía cómoda con la posibilidad de entrar ella sola en la casa de Pelayo. Al fin y al cabo, y a pesar de tantas confidencias, apenas conocía a aquel hombre fabulador y único.

—No sé —dijo Inma, dubitativa—, no sé. No me termina de parecer bien entrar en su casa, sin estar usted ahí.

—A quien le tiene que parecer bien es a mí, Inma. Y a mí me parece una idea fantástica. No te preocupe trastear entre mis cosas todo lo que haga falta. No tengo nada de valor que pueda estropearse. Mi mayor tesoro es ese pequeño baúl. Es muy fácil de encontrar. Está debajo de mi cama.

—Debajo de su cama —repitió Inma de manera casi automática.

—Sí. Soy mayor, muy mayor, te lo digo siempre. Las personas mayores guardamos nuestros deseos debajo de la cama. Ya no nos queda otro sitio —rio Pelayo.

—No sé... —dudó de nuevo Inma.

—Venga, decídete. Es muy sencillo. ¿Ves? Esta es la llave de mi portal. No te preocupes, no hay portero chismoso que te pregunte adónde vas. No hay portero, ni hay ascensor, así que tendrás que subir escaleras, hasta la segunda planta. Esta otra llave es la de casa, mi puerta es la C. Ahora mismo te apunto mi dirección. Entrás, cruzas un salón pequeño, y enseguida verás mi cuarto. Allí, debajo de la cama, está el pequeño baúl que necesito, el baúl que necesitamos.

—De verdad, Pelayo, le agradezco mucho la confianza que pone en mí, pero no sé si debo hacerlo. No me parece prudente.

—«Mezcla a tu prudencia un grano de locura», decía Quinto Horacio Flaco. Y en nuestro caso ni siquiera es locura, es necesidad, pura necesidad, insisto. Aunque solo sea por no contradecir a Quinto Horacio Flaco, deberías ponerte en marcha ya.

—Es usted realmente tozudo.

—Venga, Inma, saca papel y lápiz de tu mochila de periodista y apunta mi dirección. No te pilla muy lejos. Si vas hasta allí, ahora, en un rato estaremos juntos visitando el pasado. Con fotos. Vamos, muchacha, vamos.

Hollywood, Metro Goldwyn Mayer, jardín de los comedores.

Jueves, 27 de agosto de 1931

Spencer Tracy

Conchita llevó a Spencer Tracy hasta uno de los bancos de los alrededores ajardinados de los comedores. Una vez allí, la actriz intentó que su amigo se sentara a su lado, pero le resultó imposible. Tracy caminaba de un lado al otro del asiento, en obsesiva ida y vuelta, dando grandes zancadas, y con las manos metidas en los bolsillos. Iba y venía, entre el enojo y la cólera.

—Venga, Spencer, siéntate, tranquilízate, siéntate. Y venga, cuéntame qué ha pasado.

—Qué ha pasado, qué ha pasado. Que no ha pasado nada, Conchita. Eso es lo que ha pasado. Ya te digo que aquí nada existe de verdad, salvo lo que ocurre en las películas. Por lo tanto, si no existe, no pasa. Por lo tanto, no ha pasado nada. ¿Me entiendes, Conchita, me entiendes?

—Vamos a ver. Me has dicho que se trata de Claudette Davis, la actriz con la que trabajas en tu nueva película. Yo solo la conozco de vista, pero parece una buena chica. Dime, ¿qué le ha pasado a Claudette que te ha perturbado tanto a ti, Spencer?

—¿Una buena chica? Pues sí lo es. Pero sobre todo es una chica muy joven. Eso no hay quien lo discuta. ¡Si apenas tiene diecisiete años!

—Bueno, con diecisiete años, una ya se sabe manejar. Supongo que su edad no es el problema que te preocupa.

—Pues sí. Su edad es el problema en gran medida, sí —dijo Tracy, enfadado—. ¿Tú cuántos años tienes? Seguro que casi los mismos.

—No, Spencer, yo el mes que viene ya cumpla los diecinueve.

—¡Lo que digo! ¡Jovencísimas! ¡Si es que sois unas crías, y hacen con vosotras lo que quieren!

—No estoy entendiendo nada de lo que te exalta o te cabrea, Spencer. Aquí las mujeres jóvenes somos muchas, y también los hombres jóvenes. Porque a ti para empezar a ser un señor mayor aún te quedan muchas temporadas.

—Efectivamente. Para señor mayor aún me quedan muchas temporadas, pero ya he brincado los treinta, que no es poco, y desde ahí se ve muy claro que se es muy joven antes de los veinte años. Qué canalladas os hacen aquí en el cine, solo por ser jóvenes. Qué canalladas.

—Spencer, por favor, dime de una vez qué ha sucedido para que estés así.

—¡Pues que han hecho abortar a Claudette! ¡Eso es lo que ha pasado! Que le han hecho abortar a la cría. O sea, que no ha pasado nada, porque como ha abortado, en la película no se va a notar jamás que Claudette en algún momento estuvo embarazada.

Conchita se ensimismó un momento. A juzgar por la ira de su amigo, llegó a sospechar que incluso aquella circunstancia confesada podía afectarle a él de modo directo. Y atajó la sospecha con una pregunta acaso demasiado íntima.

—Perdona, Spencer, si soy indiscreta, pero como amiga te hablo, ¿es que eras tú el padre del bebé?

—¿Yo? No. ¡Qué va! Yo nada tengo que ver con eso. A la chica la conozco desde hace poco, muy poco, solo lo que puede dar de sí el trato de seis días de grabación. Resulta que Claudette se enamoró de uno de los cámaras de su película anterior, y al final se quedó embarazada. Se lo dijo a nuestro director, porque acabamos de empezar a rodar la película y sabía que en los meses de rodaje se le notaría el embarazo, obviamente. El director se lo ha contado a los jefazos, y el resultado es que se llevaron a Claudette a una clínica de esas que controlan, y listo, Claudette ya no tiene bebé que esperar. Y, por cierto, tampoco tiene novio, porque al cámara le han trasladado con aumento de sueldo a los estudios de Joinville contratados en París. Asunto resuelto. Solo que el asunto no está resuelto, porque Claudette está

destrozada, y eso a nadie le importa. Y había un bebé que iba a nacer y ya no lo hará, y eso aquí tampoco importa a nadie. Porque el cine sigue, y la cámara continúa en su faena, y las secuencias que estén fuera del guion, es decir, las secuencias de la vida, no existen. Nunca existen.

—Entiendo tu enfado, Spencer. Tu enfado y tu rabia. Y realmente lo siento mucho por Claudette, créeme. Pero tú sabes tan bien como yo, o mejor que yo incluso, que estas cosas pasan a menudo en nuestro Hollywood, tan amado y tan malvado.

—¿Y porque estas canalladas ocurran a menudo, he de vivirlo yo con normalidad? Por muy «a menudo» que pasen «estas cosas», yo no consigo acostumbrarme a ellas. Y creo que no me acostumbraré nunca.

—Eres un soñador sin ilusión, Spencer.

—Hay veces que de veras no logro soportar este mundo, Conchita. Qué jefes más fariseos hay que soportar. Vivimos entre hipócritas e inmorales.

—¿Y por eso has venido hoy aquí a la Metro? ¿Para intentar cambiar de productora? Spencer, tú sabes que son todas iguales.

—No, qué va. Es pura casualidad que hoy me veas aquí. Me llamaron esta misma mañana para una reunión. Pero, sí, quizá tengas razón, y he venido por engañarme un poco, por creerme que un cambio de estudios podría ser la posibilidad de otra vida. Fíjate qué soberana estupidez.

—Yo estaría feliz teniéndote a mi lado en la Metro. Pero el cambio, o la mejora, en nuestro oficio, no se consiguen con el traslado de productora. Te estoy contando lo que tú lo sabes perfectamente.

—Perdona, Conchita —dijo Tracy, mientras detenía su obsesivo caminar en torno al banco—. Estoy desahogando mi mal humor contigo. Vengo a tus estudios, te separo de tus colegas de rodaje y te complico el día con mis cosas, cuando tú tienes ahora que estar centrada en tus grabaciones. Discúlpame, pero es que veo a Claudette tan inocente, tan joven, tan manipulable, que de alguna manera me siento cómplice de la locura de Hollywood por el mero hecho de no hacer nada para impedir que sucedan cosas así.

—Pero, Spencer, esto es una industria, una enorme industria. Tú solo no puedes cambiar ni sus normas ni sus maneras.

—Y luego van y dicen que el cine y la vida son iguales, pero eso no es verdad, Conchita. En absoluto es verdad. En la vida no hay ensayos, en la vida no se puede ensayar. En la vida, si te equivocas, no hay posibilidad de repetir la escena de modo diferente. Y eso es lo que le ha pasado a Claudette Davis. No ha tenido la oportunidad de rodar la escena de su vida, la escena de su embarazo real de otra forma, y ahora ha pagado las consecuencias en esta industria de esta ciudad de fantasía que es Hollywood —remató Tracy, irónica y tristemente—. No, Conchita, no. El cine y la vida no son iguales. Claro que no. Ni lo serán nunca.

Madrid, domicilio de Pelayo. Martes, 8 de mayo de 2007

El baúl

A Inma le resultó complicado avanzar por la escalera de la casa de Pelayo. La dificultad no estribaba en el esfuerzo físico, bastante insignificante, sino en las dudas que aún arrastraba, si se paraba a pensar en aquel insólito encargo. Pelayo le estaba ofreciendo a Inma, sin ningún tipo de reparo, sus más íntimos recuerdos, que eran sus recuerdos más valiosos.

Naturalmente, Inma vivía seducida por el relato de la vida de Conchita Montenegro. La expectación crecía cada día que pasaba y la curiosidad florecía, ante las novedades imprevisibles de las dificultades o las conquistas de la actriz. En rigor, aquella historia que Pelayo le iba descubriendo había logrado algo más que una fascinación en la joven. Le había regalado una cura de imaginación para su propia dolencia. La mente de Inma había pasado últimamente más tiempo de aventura por aquel mágico Hollywood de los años treinta, que por este Madrid del siglo XXI, que tanto quebranto puso donde un día hubo alegre ilusión. El relato se había convertido en un remedio terapéutico, pero también lo estaba siendo la confianza de Pelayo en la fuerza dormida y valentía parada de Inma. La confianza de Pelayo en ella misma.

Pero entrar en la casa de quien no dejaba de ser un desconocido hasta hacía unos pocos días le seguía pareciendo un exceso, una consumación de entrometida. Quizás estaba abusando de la generosidad de Pelayo. Quizás se estaba aprovechando de una decisión más propia de la soledad y la enfermedad de un anciano que de una justificada confianza hacia ella.

En medio de estas dudas, Inma llegó al umbral de la puerta C. Se mantuvo allí quieta, muy quieta, durante unos minutos. Su mente se perdía en un dédalo de afanes contradictorios. Hasta que, de pronto, una decidida iniciativa se apoderó de ella. La curiosidad echó por tierra todo reparo. De modo que Inma abrió la puerta con diligencia.

Inma no buscaba un baúl. Deseaba aquel baúl.

Hollywood, hotel Plaza. Domingo, 30 de agosto de 1931

Una habitación propia

Conchita probaba a concentrarse en la lectura de un libro, pero la ansiedad vivía ahí, por dentro, porque en dos días Leslie estaría de regreso. En solo dos días. La ausencia de rodaje, por ser día festivo, no era una circunstancia favorable para aliviar aquel creciente nerviosismo sentimental de las vísperas. Solo leer podía ayudarla a que pasaran más rápido las horas, y menos crueles. Horas, sí. Horas. Solo cuarenta y ocho horas para volver a verle. Horas, sí, solo horas. Solo cuarenta y ocho horas para terminar de decidir si recibiría a Leslie con el deseo de futura felicidad que en ella pujaba, o bien si escogía un alejamiento definitivo de una relación vibrante, pero acaso fatal. Aquel hombre, que no era completamente suyo, acaso no debía ser un hombre al que amar. Pero cómo renunciar a él, sin quebrarse después ella misma.

Se sacudió un poco el dilema infinito, volviendo a fondo a las páginas del libro de Virginia Woolf que llevaba a media lectura. Buscaba enajenarse en aquellas páginas, olvidando por un rato sus propias dudas. Pero aquel libro, *Una habitación propia*, le recordaba línea a línea lo difícil que era ser mujer. Y lo importante. Había que lograr un lugar propio en el mundo, la habitación propia, sí, la libertad de la propia vida. Encontrarte a ti misma, y poder ser tú. Esa era la ambición, ese el desafío. La prosa certera de Woolf se reunía en la mente de Conchita con sus propios recuerdos, de pronto desvelados. Le llegaba memoria de su época en París, cuando se iniciaba, casi adolescente, en las artes de la provocación, y en el dominio de los amores. ¿Cómo podía sentirse ahora tan perdida, tan vulnerable, tan a merced de los sentimientos, a causa de un hombre? Ella, que con solo dieciséis años ya había aprendido cómo manejar a un hombre, a varios, quizás a todos. Ella que, con solo dieciséis años, se juró no dejarse vencer nunca, y preservar siempre un lugar propio, como sugería Woolf, ahora.

Todo aquello ya lo supo, convencidamente, en París, cuando era una muchacha de ambición alegre y soledad convencida que paseaba a orillas del Sena, buscando libros de saldo, y escandalizaba a media Europa desnudándose en su papel de bailarina en una película casi maldita.

Y la mente de Conchita voló a los recuerdos de París.

París, estudios cinematográficos de Joinville.

Martes, 22 de enero de 1929

El desnudo

En el reservado de un cabaré de los suburbios de París, una muchacha baila clamorosamente desnuda delante de cuatro hombres, que la contemplan entre el embeleso y la codicia. Hay en ella una juventud de incandescencia, pero nadie diría que acaba de cumplir los dieciséis años, porque presenta una estampa definitiva de mucho cuerpo rotundo, nada adolescente, un cuerpo mórbido y casi violento, con fija línea de luna, como un trofeo de oro sexual caído de no se sabe qué cielos de armonía hasta los fondos de aquella cava de mala fama y clientela licenciosa. Nadie, al verla, creería que tanta mujer está en la flor de tan poca edad. Se llama Conchita, y en ella vive el espíritu de las mujeres perversas que practican el gozo de convertir a todo hombre en un pelele. Sus movimientos se van sucediendo como una versión silente de la danza de Salomé.

A la danza le pone Conchita mucha elocuencia de brazos en alto, y anima de pronto el cuerpo entero de mucha llama interior mientras se arrima como una tentación a la cabeza ornamental de un toro, que ocupa un costado del sitio. Solo tres puntos oscuros replican en aquella escena la desnudez luminosa, sagrada y salvaje de la danzarina: la peineta, unas medias y su vello púbico.

Hay un quinto hombre, que acecha tras una puerta enrejada. Su nombre es Mateo, y es el enamorado de Conchita. Oculto en las sombras, observa a la muchacha y observa al cuarteto de lujuriosos anónimos que la contemplan, casi al asalto. Mateo mira a Conchita, y mira a esos hombres, que desean a la joven con hambres prehistóricas y sucias urgencias. La silueta desnuda de su amada Conchita se refleja en el vidrio de la botella que preside la mesa de aquellos cuatro depravados. Los celos desbocan a Mateo. El enamorado golpea la puerta enrejada e irrumpe violentamente en el reservado. Los cuatro desconocidos huyen del lugar. La bailarina se cubre apresuradamente con un mantón. Despacio, retrocede unos pasos hasta que su cuerpo encuentra respaldo, previsiblemente, contra la pared. Entonces, Conchita abre los brazos. Abre los brazos, y mira fijamente a Mateo. No hay en su mirada alivio, sino provocación.

—¡Corten! —gritó el director.

Jacques de Baroncelli era el director de aquella película, *La femme et le pantin*, cuya escena acababan de rodar. Baroncelli era un exigente. Hacía repetir las escenas una y otra vez, hasta la desesperación de los actores. Hasta casi el hartazgo. Y ese «¡corten!», justo antes de terminar la secuencia solo significaba una cosa invariablemente. Habría que volver a repetirla. Conchita se encontraba ya agotada. Lo peor habían sido los nervios del principio. Y ahora esos nervios los estaba pagando su cuerpo.

Rodar la escena del desnudo no le había resultado fácil con toda aquella gente del estudio allí presente, mirando siempre, no sabemos si alimentando oscuros y recónditos placeres, bajo la privilegiada excusa del compromiso profesional. Conchita cumplía su papel completamente desnuda, cuando tocaba, según dictara el guion. En el baile se movía con gran soltura, pero en su interior sentía una vergüenza viva, nunca apaciguada.

Menos mal que tenía que bailar, pensaba la joven actriz. Bailar la había ayudado mucho. Bailar ayudaba siempre a Conchita. Se concentraba en sí misma y en sus propios movimientos. Y así lo demás pronto se convertía en un horizonte de vanas sombras. Bajo ese ensimismamiento, lograba olvidar que se movía desnuda entre desconocidos, o casi desconocidos.

En los recesos de aquellos rodajes, y sobre todo mientras filmaban una y otra vez aquella difícil secuencia sin vestuario, Conchita también se había acordado de su familia. ¿Qué pasaría si la película se exhibía en España y la veían sus familiares? Sus padres siempre fueron amantes del mundo del

espectáculo, pero asistir al desnudo de su hija delante de las cámaras no iba a gustarles. Conchita ya había repensado una respuesta para la posible pregunta incómoda de su padre o de su madre, o de los dos. Diría con toda convicción que no era ella la actriz que danzaba desnuda, que era una de esas dobles de trámite que se escogen para las escenas de impudor o sexo, en las películas de apuesta polémica. Conchita estaba decidida a triunfar, y lo demás no importaba. Había llegado a París, y allí solo había que pensar en hacer esa película. La familia quedaba muy lejos. La familia, para hacer carrera en el cine, es mejor que siempre quede lejos.

Conchita había logrado convertirse en la protagonista de esa gran película francesa, y aquella era una oportunidad única. No podía desaprovecharla. No iba a desaprovecharla. Cuando el director Baroncelli le ofreció hacer el papel protagonista de aquella perversa joven que destruía sin remordimientos la dignidad de los hombres, supo que era la gran ocasión que estaba esperando. Había confiado en ella, y ella no iba a defraudar a un cineasta de tanta vitola y tanto reconocimiento. Le gustaba además que la protagonista de la historia también se llamase Conchita, igual que ella. Y le gustaba tener también exactamente la misma edad de la joven que interpretaba, dieciséis años. Lo mismo era un azar, pero quizá no. Conchita siempre creyó que el destino es el carácter, pero a veces se daba al entretenimiento de dejarse embelesar por ciertos signos de una suerte siempre benéfica.

De repente, las palabras del director sacaron a la actriz de sus pensamientos.

—Conchita, has estado muy bien. Muy bien —recalcó Baroncelli con énfasis de compás, y una sonrisa cómplice—. Quiero que lo repitas exactamente igual, ¿me oyes? Exactamente igual. Estás bellísima. Preciosa. Y clavas tu personaje. En cuanto a ti, Raymond —dijo el director, dirigiéndose al protagonista masculino—, cuando entras en el reservado tienes que demostrar mayor rabia aún. Recuerda que tu personaje Mateo está trágicamente seducido por Conchita. Piensa que nunca tuviste un amor más profundo, pero ahora tu amor está bailando desnuda ante cuatro hombres. Y eso te devora por dentro. ¡De ningún modo puedes consentir que la mujer a la que amas se comporte como una puta! Quiero ver en tus ojos el desgarramiento de tu corazón. Quiero ver la ira. Quiero ver la rabia de los mayores celos en tu mirada. En el final de esta escena, cuando vas hacia a Conchita, los espectadores tienen que verse sacudidos en la butaca por la expresión de tu rostro. ¿Entendido, lo has entendido bien?

—Sí, sí. Lo he entendido perfectamente. Así lo haré —aseguró Raymond.

—Bien. Muy bien. Estamos haciendo un buen trabajo. Es bueno, sí. Pero yo no quiero un trabajo bueno, quiero un trabajo excelente. Vamos a superarnos —dijo con vehemencia el director—. Empezamos de nuevo. Todos a sus puestos. Repetimos.

CXIII

París, Barrio Latino. Martes, 22 de enero de 1929

Un cálculo del encanto

Conchita no llegó a su apartamento del Barrio Latino hasta bien entrada la noche. El rodaje de la película se había llevado otro largo día por delante, pero la joven se sentía rotundamente feliz. Satisfecha. Estaba cumpliendo su sueño. Además, sus compañeros de reparto la habían acogido con un súbito agrado, con un afecto inmediato, empezando o acabando por Raymond. Raymond Destac, su *partenaire*, su Mateo, era ya un actor de renombre, y sin embargo trataba a la jovencísima actriz como a una igual. La trataba más que como una igual. En realidad, Raymond estaba fascinado por la belleza de su pareja en la película. Conchita era apenas una adolescente, pero entendía muy bien el poder que tenía sobre el actor. Raymond la deseaba, y no solo por exigencias de aquel guion para el que Baroncelli pedía un último ímpetu del espíritu, un renovado arrojo sin tregua. En los descansos del rodaje, la joven descubría a ratos al actor mientras la miraba furtivamente, como el que no pudiera represar más el embeleso ante un prodigio, el apetito ante una fruta exótica.

Aquella película, *La femme et le pantin*, era una apuesta de clara provocación, y no solo porque incluía bailes de turgorio y desnudos de descaro, sino porque el argumento aupaba un tema inquietante y perturbador, el de la mujer que logra la aniquilación del varón, a fuerza de excitarle el deseo, para negarle enseguida el encuentro físico. Se trataba de una versión de la novela homónima de Pierre Louys, donde la protagonista perfecciona el perverso virtuosismo de fomentar el deseo sin consumación en el hombre, que se convierte así en un deseante insaciable. Y el deseante insaciable acaba degenerando pronto en un pelele. Conchita había comprado aquella novela erótica tan pronto supo que ella iba a hacer una versión en cine. Se la leyó de un tirón, y luego la leyó varias veces en días sucesivos.

Ahí estaba el éxtasis de la destrucción, y el voltaje supremo de la pasión obsesiva. La protagonista, una joven andaluza, se aprovechaba de la debilidad de su pretendiente para burlarse una y otra vez de él. La mujer juega con el hombre. Lo maneja. Se ríe de él. Y el hombre no se da cuenta. Conchita leyó la novela más de cinco veces. Cuando le dieron el guion de la película para que la joven se lo estudiara, ella ya se había metido completamente en el papel de la perversa andaluza de la historia.

Con ese rodaje, con la interpretación de ese papel, Conchita estaba aprendiendo mucho. Y no solo de cine. De la vida también. Comprobó que manejar a los hombres era nada más que un cálculo del encanto, que unas veces ha de emplearse abrasador y otras distante. Darles sin dar, y quitarles lo que creen que ya tienen. Y luego vuelta a empezar. Los hombres, sí, los hombres podían llegar a ser unos peleles. Esto no iba a olvidarlo. Conchita ya había intuido a veces esas posibilidades o hechicerías femeninas, y ahora en París una película de novela se lo estaba dejando claro. Aprendió lo que ya sabía. Aunque aquella ciudad pudiera resultar un edén de libertad para las mujeres, no dejaba de ser, en rigor, un universo de hombres. Y el cine, sin duda, también lo era. Para triunfar, para triunfar de verdad, no bastaba con ir afinando a la actriz, sino que, además, procedía ir puliendo el poderío de la mujer, cuyas armas prósperas incluyen la impiedad o la docilidad, según un propósito.

Conchita siempre atisbó que en el amor siempre hay un débil, y la débil no iba a ser ella. Aquella película, que era un vértigo de ficción, le estaba regalando una lección elemental de realidad. Los hombres, muchos hombres, casi todos los hombres, se transformaban en un *pantin*, en un pelele, si una bella mujer sabía cómo actuar con ellos. En el plató. Y en la vida. No, esa asignatura no la olvidaría nunca. El cine a veces se parece a la vida, pero lo complicado es que la vida se parezca al cine. Lo complicado, y lo meritorio. Con ese íntimo afán llegó Conchita a la película. Y con él salió.

CXIV

París, restaurante La Coupole. Sábado, 16 de marzo de 1929

La leoparda de Joséphine Baker

Conchita entró del brazo del director Jacques de Baroncelli en el majestuoso restaurante de La Coupole. La Coupole era un templo mayor del refinamiento noctámbulo de la ciudad, una gruta de menú caro y confidencia conspiratoria donde se cruzaban los políticos de intriga, los artistas de voltaje y los ricos de adulterio. La Coupole era el prólogo de oro a la noche bohemia, pecaminosa y encantada de París.

Se contaba que en el día de su inauguración se abrieron mil doscientas botellas del mejor champán. Se contaba que sus cenas de lujo se prorrogaban a veces en fiesta de desmesura, donde la imaginación mandaba sobre toda norma y todo horario. Conchita había pasado decenas de veces por la puerta de aquel local deslumbrador de Montparnasse, por aquella cripta de leyenda, y ahora la leyenda la tenía a ella dentro. No solo alguna vez soñó lo que ahora empezaba a vivir.

—Tienes el semblante iluminado, Conchita. Eso me contenta. Creo que he acertado al traerte a La Coupole —argumentó el director Baroncelli.

—Es perfecto, Jacques. Perfecto. No podías haber elegido un lugar más maravilloso, un lugar con más *charme*.

—Tú sí que eres maravillosa y *charmante, ma petite. Très charmante*. Ya era hora de que te sacara a cenar, tras tantos días de trabajo. Me alegro mucho de que hayas aceptado.

Conchita esbozó una media sonrisa de complacencia, que era también media sonrisa de agradecimiento. Fue justo cuando les abordó el encargado de la sala, ceremonioso como un divo de ópera.

—*Bonne nuit*, monsieur Baroncelli. Es un auténtico placer recibirle de nuevo en La Coupole. Le tenemos reservada su mesa de siempre. Adelante, monsieur. Adelante, mademoiselle.

—¿Alguna novedad digna de ser mencionada, Pierre? —preguntó Baroncelli mientras se dirigían a la mesa.

—Anoche tuvimos una muy larga velada —dijo el *maître*, levantando descaradamente las cejas.

—Las noches largas, Pierre, no son aquí una excepción, precisamente.

—Claro, monsieur. Pero la de anoche no fue larga, sino muy larga, insisto. Ya sabrá monsieur que a Kiki, la cantante musa de los artistas, la han nombrado reina de Montparnasse. A su multitud de admiradores no se les ocurrió otra cosa que presentarse ayer en La Coupole para celebrarlo con un banquete. ¡Y sin avisar! ¡Un banquete! *Mon Dieu!* Usted sabe que La Coupole tiene todo previsto para cualquier celebración. Pero una cosa es la sorpresa, y otra cosa es la invasión. Y lo de Kiki, ayer, fue una invasión, pero una invasión de forajidos. Como que se presentó aquí de repente, escoltada por una tropa de pintores, de bohemios, de amantes y de todos esos viciosos, en fin, que la veneran, y perdone mi franqueza, monsieur, por lo de viciosos. No fue fácil la noche, no. Le daré un detalle: Kiki, la loca de Kiki de Montparnasse, acabó la velada bañándose desnuda allí mismo, en la gran copa central.

El *maître*, entonces, remató el relato señalando con la mirada el sitio próximo de la infracción licenciosa.

Conchita, ya sentada a la mesa, sonreía divertida y algo asombrada por la narración del encargado.

—*Champagne pour commencer?* —preguntó el *maître*, retomando rápidamente una distinguida actitud profesional.

—*Évidemment*. Moët Chandon, *s'il vous plaît*.

Conchita se sentía dichosa, y algo excitada. Deseaba tanto conocer aquel lugar, que cuando el director de la película la invitó a ir a La Coupole, no pudo negarse. Era demasiado tentador. Sin embargo, sabía que haber aceptado aquella cita podía llevarla a una situación complicada con

Baroncelli. Complicada, o muy complicada, quizá.

Durante los meses de rodaje de *La femme et le pantin*, el trabajo había sido duro. Pero actuar no cansaba a Conchita. Lo más agotador había sido sostener el equilibrio entre las continuas insinuaciones de su coprotagonista, Raymond, y las atenciones de Baroncelli. Conchita había tenido que practicar mil y una piruetas de escape ante las proposiciones del actor, y también las del director. Sortear a Raymond le había resultado más sencillo. Raymond era más sencillo. Conchita pensaba que Raymond era un simple, realmente. Sus métodos de cortejo ignoraban la insinuación, el rodeo o la sugerencia. Sus acercamientos eran tan directos que permitían a la joven un rechazo fácil bajo el pretexto de sentirse azorada, o asustadiza, ante su ímpetu casi inocente. Las respuestas de Conchita, desde una simulada timidez de juventud, fueron siempre «no», pero aquel «no» firme y sucesivo podría sonar en algún momento a un prometedor «no, todavía». De esa forma, había venido rehuyendo a Raymond, sin contrariarle. Él era su *partenaire* en la película, y no era una medida inteligente herir o enojar a su coprotagonista. Un *partenaire* contento siempre rendía mejor en las grabaciones. Lo importante, y lo único, para Conchita, es que aquella película fuera un éxito, y eso no se lograría con un protagonista disgustado. Baroncelli era un asunto más difícil. Mucho más difícil. El director era inteligente, o muy inteligente. Sus propuestas eran elegantes, sutiles y, por tanto, soportables, pero siempre peligrosas. Además, Conchita admiraba mucho a Baroncelli. Y le estaba muy agradecida por haber apostado tanto por ella. Apenas quedaban ya unos días para que las grabaciones de la película terminasen. Hasta el momento, la joven había logrado que el director se mantuviera tras la línea que ella marcaba. Hasta el momento.

Conchita y Baroncelli conversaban apaciblemente mientras degustaban un delicado plato de cordero al curry, cuando se acercó a su mesa una criatura como venida de los fondos de la noche misma. Conchita la reconoció enseguida. Era Joséphine Baker, la Venus Negra. Joséphine era bailarina volcánica, y cantante planetaria, por famosa. Con las actrices Gloria Swanson y Mary Pickford se disputaba el podio de ser la mujer más fotografiada del mundo. Allí estaba, sí, en La Coupole, como venida del humo de los espejos, de la penumbra de siglo parado que era el restaurante a esa hora. Joséphine era bárbara, sonreidora y sexual. Había puesto en pie de delirio al público del Folies Bergère con su danza salvaje, su sensualidad provocadora y su vestimenta de nada, tan solo una falda que era más bien un jirón de jirones, una especie de cinturón de corsetería de bananas.

—*Mon chéri*, Baroncelli. *Quel plaisir* encontrarte —dijo Joséphine, mientras el cineasta se levantaba para besar la mano de la artista, con un amago de reverencia—. Eres el director más atractivo de París. El más atractivo y el más elegante. Los tuyos, los cineastas, están perdiendo las buenas costumbres. Ya veo que tú no. Pero ¿quién es esta jovencita que te acompaña? ¡Será posible! Qué tierna. Si es más joven aún que yo. —La artista acompañó sus últimas palabras de un gesto que pretendía resultar infantil.

—Joséphine, te presento a Conchita Montenegro. Es la protagonista de la película que estoy rodando ahora. Y también es bailarina. Conchita llega, baila y vence. Como tú.

Conchita sintió el impulso de levantarse para saludar a aquella mujer tan famosa, pero decidió quedarse sentada.

—*Enchanté* —dijo Joséphine, mientras extendía hacia Conchita su mano enfundada en un largo guante plateado, que decoraba con una abultada pulsera de esmeraldas.

—*Avec beaucoup plaisir*, mademoiselle Baker. Siento una profunda y sincera admiración por usted —contestó Conchita.

Fue entonces cuando la joven oyó algo parecido al ronroneo de un gato. Pero el sonido era más fuerte, más brusco, más rotundo. Entonces, tras el cuerpo opulento de la bailarina, asomó la cabeza de un animal, y enseguida el animal entero. Joséphine lo llevaba sujeto por una correa de diamantes.

—¡Dios mío, es un tigre! ¡Un tigre vivo! —casi gritó Conchita y dio un salto sobre su asiento.

—No es un tigre, sino una leoparda. Se llama Chiquita. No te inquietes, muchacha, no te hará nada.

Es muy buena —aseguró Joséphine y tiró de la correa para situar al animal más cerca aún de Conchita.

—Tranquila, Conchita. Está amaestrada. Joséphine siempre lleva a su leoparda a todas partes. Tranquila, de verdad —aseguró Baroncelli.

¿Tranquila?, pensó Conchita. ¿Cómo iba a tranquilizarse con esa fiera a unos centímetros de ella? Esa mujer la estaba provocando. Le había arrimado al animal solo para inquietarla, para avergonzarla. Pero no. No iba a lograrlo. Conchita se mantuvo todo lo quieta que fue capaz y dibujó una sonrisa en su rostro.

—Muy bonita, sí. *Très jolie* su leoparda. Quizá sea una leoparda no carnívora. ¿No come vestuario de bananas? —dijo Conchita con insolencia premeditada y sosteniendo el aplomo de la atrevida ironía.

Joséphine dedicó a Conchita una tensa mirada encendida, tras el comentario de malicia, y, de pronto, la artista explotó en una risa desproporcionada.

—Muy valiente tu nueva musa, Baroncelli. Muy valiente. Veo que sigue sin fallarte el gusto. Tengo que marcharme ya, mi querido director. Llámame, *chéri*. Estaré encantada de ser tu nueva musa. *Un plaisir* —dijo la Baker, y se alejó moviendo sugestivamente las caderas, con la leoparda de dócil compañía, componiendo entre las mesas una surreal estampa estupefaciente.

—¡Esa mujer está loca! ¡Quería desafiarme! —dijo Conchita a Baroncelli en cuanto aquella Venus Negra se alejó.

—Ella es así. No te lo tomes por lo personal. Ha hecho dos películas, y está fascinada por el cine. De ahí el interés en saludarme. Aspira a trabajar de actriz en alguna de mis próximas películas. Ha sentido celos de ti por ser mi protagonista, y porque te he comparado a ella en el baile. Eso es todo.

—¿Celos de mí? Eso es imposible. Si ella está en la cima del éxito. Es un verdadero monstruo escénico. Y conste que digo lo de monstruo en el mejor sentido. Aunque también me lo ha parecido en algún otro aspecto —apostilló Conchita.

—Bueno, bueno. Olvidémonos ya de la Baker. Como a toda gran diva es mejor conocerla solo en el escenario. ¿Qué te parece, Conchita, si nos vamos ya? Quiero llevarte a un pequeño sitio delicioso. Un lugar muy poco conocido de París. Es uno de mis secretos. La noche es larga, y mañana no hay rodaje.

La pareja abandonó La Coupole. Conchita estaba satisfecha de sí misma. Había sabido manejar a esas dos fieras, la Baker y su leoparda. Ahora, ya a solas con Baroncelli, empezaba lo difícil. Las cenas con los hombres raramente resultan solo una cena.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

El álbum de los recuerdos

Era la primera vez que Pelayo iba a abrir aquel cofre sin posibilidad alguna de compartir tanta memoria con Conchita. Conchita, su Conchita, ya no estaba. Conchita, que algún día fuera su futuro esperanzado, hoy era el pasado concluido. Pelayo mantenía la mirada fija en aquel baúl de los prodigios. Y de las nostalgias. Allí dentro se encontraba el almanaque de sus ilusiones, de sus deseos y de sus renunciadas. Inma creyó percibir que por las pupilas del anciano desfilaba su vida entera.

—Bien —dijo de pronto Pelayo—. No lo retrasemos más.

El anciano abrió con decisión los viejos cierres de la valija. Inma se aproximó al pequeño baúl con unos pasos casi ceremoniales. Entendía que para Pelayo aquel era un momento trascendental y, de alguna manera, lo era también para ella. Ante la mirada de Inma apareció una gran fotografía que servía de preludeo al gran álbum de los recuerdos. Pelayo alzó la instantánea en blanco y negro y, mostrándosela a Inma, le dijo con sentido énfasis:

—Inma, te presento a Conchita Montenegro.

La joven miró con atención el retrato. Era difícil concluir si los ojos de esa mujer te saludaban o te despedían. Su mirada tenía un voltaje de desafío.

Durante una hora o más, que duró un instante, Pelayo estuvo mostrándole a Inma estampas de aquella actriz de Hollywood. La Montenegro bailando. La Montenegro yacente en un sofá. La Montenegro retocándose el maquillaje en el set de un plató. La Montenegro descalza subida a una barandilla. La Montenegro acudiendo a una fiesta. La Montenegro de recreo, en la playa. La Montenegro llegando a un estreno. La Montenegro en el descanso de un rodaje. Inma estaba hipnotizada por los documentos biográficos de aquella Conchita Montenegro, cuya vida Pelayo estaba compartiendo ahora con ella. Cada instantánea despertaba en la memoria del anciano una escena de su existencia.

—Tiene usted aquí la vida entera de Conchita Montenegro en fotografías.

—Bueno, tengo recuerdos, momentos, instantes. La vida, la vida, Inma, es lo que hay entre una fotografía y otra fotografía. En mi caso, lo que hubo.

París, estudios cinematográficos de Joinville.

Lunes, 5 de mayo de 1930

Mujeres, mujeres

La femme et le pantin había resultado un éxito. Y el éxito asentó un ritual de tertulia del reparto de aquella película, cada mañana, o en muy frecuentes mañanas, dentro de los estudios de Joinville en París. Aquella tertulia tenía algo de cónclave de novedades del gremio, y en ella se barajaban las primicias de los proyectos nacientes, y la remembranza de los oficios cumplidos. Asimismo, se armaba debate, o polémica, sobre las películas últimas que cada uno había visto, y naturalmente se ponía a juicio el trabajo de los actores en esas historias o en otras. Tampoco faltaba en la charla una punta de confidencias, malvadas o no, sobre los avatares de las veladas noctámbulas de los artistas de la ciudad.

El equipo de rodaje había formado, en fin, una sólida pandilla, nada efímera. Una sostenida pandilla en la que Conchita era la única mujer. Esto a ella no la importunaba, sino que más bien le regalaba un sitio de comodidad. Se encontraba mejor, y más a su aire, entre hombres que entre mujeres. Era más ella misma, la verdad. A los hombres podía conquistarles, sí, era cierto. Pero no se trataba de eso. Había algo aún más importante. Podía llegar al rango de amistad. Con ellos, Conchita lograba sentirse uno más. Los sentimientos eran francos, pulcros, de camaradería. Con las mujeres, estos vínculos resultaban mucho más complicados. Eran, en rigor, casi imposibles.

Las mujeres siempre querían algo de ella, pero nunca la querían a ella. Las mujeres ambicionaban la belleza de la otra mujer, envidiaban su ropa, anhelaban su fama o codiciaban a su marido. Las mujeres, opinaba Conchita, son más sabias de rivalidad que de camaradería. Una sincera amistad con otra mujer se le antojaba algo impracticable. Un espejismo, una quimera. La relación entre mujeres acababa delatándose como un parentesco bastardo de la amistad. Eso le decía la experiencia. La amistad entre mujeres, si se daba, era antes una cosecha de la conveniencia que un futuro de la fraternidad.

Menos mal que en su vida sí había una mujer con la que podía disfrutar de ese vínculo de lealtad que encontraba entre los hombres. No era una mujer más, sino una mujer única. Juanita, su hermana.

París, 9 de mayo de 1930

Mi querida hermana Juanita:

París no es lo mismo sin ti. Pienso cada día en cuando actuábamos juntas, aquí, como bailarinas. Qué divertido resultaba aquello. Qué divertido y qué fácil. La pelea por la fama sigue siendo la misma, pero es una pelea más espinosa sin mi Juanita. Ya sabes, esto es mucho trabajo, mucho carmín y mucha esgrima. Y ahora lo hago sin compañera de armas. Pero no te preocupes, todo irá bien. Todo irá bien, mientras no me sepan vulnerable.

En la película salgo desnuda. Quiero decir completamente desnuda. No sé bien lo que pienso sobre esto. No soy capaz de discernir si es atrevimiento, o valentía, o acaso inconsciencia. No sé lo que pienso sobre mí. A veces lloro en mi apartamento cuando vuelvo del rodaje por las noches. Pero es solo a veces. Otras noches me siento feliz. Muy feliz. Aunque creo que la verdadera felicidad era tener ocho años y bailar en la cocina contigo para que nos viera mamá. Quizá la posteridad es la infancia. Quizá.

Estoy aprendiendo mucho del cine. Y también estoy aprendiendo mucho de los hombres. De la mafia de los hombres. Mi querida hermana, la única manera de cuidarse de los hombres es parecerse a ellos. O simular que te parecen.

Diles a nuestros padres que me va bien en París. No les hables del desnudo.

Te mando todos mis besos.

Conchita

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

Un león de compañía

—No quisiera yo que se pusiera usted triste por enseñarme las fotos. Si lo prefiere, lo dejamos —le ofreció Inma a Pelayo al comprobar que la mirada del anciano se iba afligiendo, mientras repasaba aquellos retratos de Conchita.

—En absoluto. No lo dejamos. Es solo que todo esto me emociona. Y no hay nada mejor para mi edad que seguir encontrando emoción. Aunque sea gracias a los recuerdos. Y que otra cosa tengo, más allá de ellos. Mira esta foto, Inma, mira qué foto —señaló Pelayo, inflando su ánimo—. Creo que este fue el día en el que más miedo pasó Conchita de toda su vida.

—¿Pero qué hace con un león? —preguntó Inma, al ver la instantánea.

—Es el león de la Metro. Era el recurso publicitario más exclusivo de los estudios, hacer posar a sus grandes estrellas junto a Leo. Leo era el nombre por el que se conocía popularmente a todos los leones que sucesivamente iban pasando por la Metro Goldwyn Mayer. No hubo solo un Leo, sino muchos Leos. Este león en concreto, con el que está Conchita, se llamaba Jackie. Jackie tuvo el honor de ser el primer felino cuyos rugidos se oyeron en los filmes sonoros. El león primigenio, Slats, bramaba en mudo —puntualizó Pelayo, sonriendo.

A Inma le vino rápidamente a la memoria la famosa imagen del logotipo de la Metro con la majestuosa fiera rugiendo, circundada siempre por la cinta histórica de una película de celuloide.

—«*Ars Gratia Artis*» —reveló en voz alta Inma.

—Exacto. Bien traído, Inma. «El arte por la gracia del arte» o, si quieres, «El arte por el arte», como lo traduce la mayoría. Sí, ese era el lema que rodeaba la imagen del león. Tienes buena memoria, muchacha.

—Esta es la primera foto en la que no se ve en Conchita la seguridad en sí misma que se refleja en todas las demás imágenes —apreció Inma.

—Conchita estaba aterrada —le confirmó Pelayo—. Completamente aterrada. Ella se había negado en rotundo a hacer esa foto. No estaba dispuesta en absoluto a entrar en la jaula de Jackie.

La joven observó la fotografía con más detenimiento. En primer término, se encontraba la peculiar pareja de la actriz y la fiera. Conchita llevaba un vestido de líneas muy delicadas cortado al bias con manga mariposa que contrastaba vivamente con la rudeza del animal. Miraba la actriz a cámara, mientras extendía su brazo izquierdo hacia el león, dejando su mano tan solo a unos escasos centímetros del lomo del animal. Al fondo, se distinguían los lejanos barrotes de un recinto enrejado.

—La verdad no me extraña que tuviera reparos en entrar sola en una jaula con un león.

—No estaba sola. Aunque no se nos ve, dentro de la jaula estamos más de diez personas, incluyendo el domador, el mozo, el fotógrafo, los ayudantes, los de los focos y yo mismo. Además, no había peligro ninguno. Jackie era un león muy bien amaestrado. Era la mascota de la Metro. Una mascota imponente, pero una mascota, al fin y al cabo. Jamás hizo daño a nadie. Yo iba a visitarlo a menudo al zoo de los estudios.

—¿Había un zoo dentro de los estudios?

—Claro que sí. Y muy grande, y con todo tipo de animales. Sobre todo de las especies más habitualmente utilizadas en los rodajes. Y todos estaban bien amaestrados. Como te digo, el león también, pero a Conchita le daba pánico. Por eso me mandaron a mí para convencerla. Sabían que solo yo podía conseguirlo. Y lo hice. Cuando me acerqué, parecía una chiquilla atemorizada. Estaba sentada frente a un tocador que habían instalado junto a la jaula. Conchita se miraba en el espejo y se repetía a sí misma en voz alta: «No tienes por qué hacerlo, no tienes por qué hacerlo. Es una locura, no tienes por qué

hacerlo». Me acerqué a ella y le dije: «En realidad, sí tienes que hacerlo Conchita». «En absoluto —me contestó—. Ya en cierta ocasión tuve que vencer el miedo frente a una fiera en París, y no pienso volver a pasarlo así de mal. Además, aquello me pilló por sorpresa. Aquí puedo negarme». «La Metro reserva la foto con el león solo para sus grandes divas. ¿De verdad vas a negarte a ese escogido reconocimiento? Tú misma. Pero, yo te creo capaz de superar esta foto».

Pelayo sonreía satisfecho mientras narraba a Inma aquella anécdota con Conchita.

—¿Y aquello fue suficiente para convencerla?

—Aquello, y una foto.

—¿Una foto?

—Sí. La imagen que los estudios habían hecho un par de años atrás de Greta Garbo con el león. Se la acerqué a Conchita. En aquella imagen, Greta estaba en un sillón de mimbre colocado cerca de Jackie. La Garbo estaba asustada también, y se sentaba arrinconada contra el borde del asiento más alejado del león, como queriendo ganar unos centímetros de lejanía a la fiera. Conchita miró y remiró la foto, y me dijo: «Está bien. Haré la dichosa fotografía». Se levantó entonces del tocador, y se dirigió a la jaula. Antes de entrar, me preguntó: «¿Crees que podría poner mi mano sobre el lomo de la fiera sin que me pase nada?».

—O sea, que quería que su foto con el león fuera aún más atrevida que la de la Garbo.

—Así era Conchita —remató Pelayo, con algo de novio orgulloso.

—¿Realmente Conchita y la Garbo se parecían? Ya sé que todos la conocían como la Garbo española, pero quiero saber su opinión personal y sincera, Pelayo. ¿Se parecían o fue todo publicidad?

—Ambas cosas. Fue publicidad, y se parecían. Eran semejantes y no solo en su perfecto perfil, como dijo el gran fotógrafo. Físicamente, su magnetismo parecía estar hecho del mismo metal.

—¿Y en la forma de ser?

—Algo tenían en común también. Las dos parecían pertenecer a un planeta diferente al de las personas que las rodeaban.

—Pero Conchita no se convirtió en una diva displicente y extravagante como la Garbo, ¿verdad?

—Si te soy sincero, como me pides, te diré que Conchita, con el tiempo, adquirió algunas costumbres un tanto excéntricas, eso sí.

—¿Excéntricas?

—Sí, excéntricas. Por ejemplo, llegó también a obligar a poner biombos cuando grababa una escena para que solo la viera el director. Eso eran cosas muy de la Garbo. Cogió algunos usos de gran diva.

—O sea, que sí se parecía bastante a la Garbo.

—La verdad es que hasta se hicieron amigas.

—¿Amigas la Garbo y Conchita?

—Así es. Fue nada más conocerse. La manera que Conchita tuvo de acercarse a ella debió de impactar lo suficientemente en la Garbo para que le diera a Conchita una singular oportunidad de amistad. De hecho, durante un tiempo llegaron a frecuentarse bastante. Pero ciertamente fue breve el tiempo que duró esa amistad.

—¿Se enfadaron por algún motivo?

—No. Simplemente, Conchita cometió el error de contar que era amiga de la Garbo. Y la Garbo no quería permitirse que la considerasen tan normal, tan accesible, como para tener amigas. Y puso brusco término a su amistad con Conchita.

—No se puede ser más tajante.

—Y en lo de resultar tajante también se parecían Greta y Conchita.

—¿Ah, sí?

—Mira si no cómo ambas pusieron fin a su carrera de un plumazo, en plena efervescencia del éxito y la juventud.

- Sé que Greta Garbo se retiró muy joven, sí.
- Con treinta y seis años. Para ser exactos.
- Y Conchita con treinta y dos, según me dijo usted.
- Y ambas en la cima más alta del triunfo.
- Tiene usted que contarme el misterioso motivo por el que desapareció repentinamente Conchita.
- Lo sé, lo sé.
- Y por qué causa se escondió del mundo y de sus gentes, durante sesenta y dos años, Pelayo.
- Impresionante, ¿no? Y estremecedor.

CXVIII

París, estudios cinematográficos de Joinville.

Lunes, 5 de mayo de 1930

Ni putitas, ni Monalisas

Cuando Conchita entró de mañana en los estudios de Joinville, ya estaban allí reunidos el director Baroncelli, y el protagonista del filme, Raymond, más el resto de los actores, Henri, Andrée, Raoul y Jean. Conchita, como siempre, llegaba la última, y lo hacía con un libro, o dos, bajo el brazo.

—*Bonjour*, Conchita. ¿No has encontrado todavía un vicio mayor que la literatura? —bromeó Henri, nada inocentemente.

A Conchita le fascinaba leer. Cada nuevo libro le prometía una expedición apasionante. Solo bailar superaba aquel placer. Bailar, y también actuar, naturalmente. Además, la lectura asidua de literatura en francés había logrado que Conchita tuviera un dominio solvente de aquel idioma en muy poco tiempo. La joven había convertido en costumbre prolongar con las lecturas sus desayunos en las terrazas de París. Y antes de llegar a los estudios, siempre aprovechaba para echar un vistazo en los puestos de libros que abundaban en el tramo entre el Barrio Latino y el Sena. Sus compañeros no entendían a qué venía leer tanto, pero Conchita no comprendía por qué ellos leían poco o muy poco. O nada. A la joven siempre le extrañó que los actores apenas dedicaban tiempo a la lectura. Solo para los guiones. Los actores salían muy lectores de guiones, pero poco más.

—En los libros encuentro lo que tú jamás podrás darme, querido Henri —contestó al actor Conchita, con una punta de perfidia.

—A ver, *mes enfants*. Tengamos paz —interrumpió el director Baroncelli—. Hoy es un día muy especial. Hoy es el día que se cumple exactamente un año del estreno de nuestra *La femme et le pantin*. Habrá que celebrarlo esta noche, pero todos juntos, *n'est-ce pas*?

—Por supuesto. ¡Hoy el equipo al completo se va de fiesta! —dijo Jean con entusiasmo.

—Perfecto. Entonces, esta noche quemaremos París —apoyó la iniciativa Raymond—. Estáis todos convidados al incendio. Y digo todos porque no sé si Andrée será capaz de faltar por una noche al burdel de la rue Quincampoix. ¿Qué dices, Andrée, podrás hacer ese sacrificio?

—Te pones siempre muy pesado con el mismo asunto, Raymond. ¿A ti qué más te da cómo paso yo las noches o dónde las paso? —replicó Andrée, molesto.

—Pero si yo estaré siempre encantado de que disfrutes, *mon ami* —le dijo Raymond pasándole el brazo por los hombros a su compañero—. Lo que intento es que, de una vez por todas, nos digas cómo se llama esa putita que parece haberte robado el corazón y a la que tanto visitas. Tendrás que presentárnosla. Por meterla en el grupo lo digo, vaya. Nada más lejos de mi intención que tener mala idea, créeme. Todo lo contrario. Somos ya como una familia y habrá que ir conociendo a las cuñadas —remató Raymond, riéndose.

—Ni putitas, ni cuñadas, ni Monalisas. Que no hay nadie a quien presentar. Nadie. Déjame ya tranquilo.

—Venga, Andrée, no te enfades, compañero —añadió Jean—. Aunque Raymond tiene razón. Todos nos preguntamos por qué acudes siempre al mismo burdel.

—Así es —se sumó Raoul al improvisado interrogatorio—. París tiene burdeles para ir cada día del año a uno distinto. Pero tú vas a diario al mismo. Algo especial habrás encontrado tú en ese lugar.

—Pues sí. Algo especial he encontrado en ese lugar.

—Bien. Al fin resolveremos el enigma.

—Los espejos —contestó Andrée tajante.

—¿Los espejos? —preguntaron todos a coro.

—Los espejos, sí. He encontrado los espejos —repitió el actor—. Tengo perfectamente comprobado que en el burdel de la rue Quincampoix todas las habitaciones tienen un armario de tres puertas con espejos. Nunca te arriesgas, lo que quiere decir que nunca te equivocas. Da igual la habitación que te toque, el espejo estará allí.

Y todos se quedaron pensando en qué súbita maravilla puede ser por un rato un espejo. Un armario de tres espejos.

Hubo un momento suficiente de silencio, que tuvo algo de voltereta secreta de la imaginación del grupo.

Baroncelli, aprovechando el trance, se acercó a Conchita.

—¿Puedes venir un momento conmigo? —le pidió el director.

Juntos entraron en un pequeño despacho. Entonces, Baroncelli cerró la puerta. Se acercó al escritorio y abrió uno de los primeros cajones. De él extrajo un pequeño y adornado paquete, y se lo entregó a la joven.

—¿Y esto, qué es? ¿Quizá un regalo para mí? —preguntó Conchita con una sonrisa de coquetería.

—Claro. Eres mi protagonista. Mi musa. ¿Recuerdas lo que te regalé cuando estrenamos la película?

—Cómo iba a olvidarlo. Si alguna fidelidad tengo clara, esa es la fidelidad a un perfume. Compruébalo —dijo la joven, mientras acercaba delicadamente su cuello al rostro del director—. Lo uso siempre.

—No te faltará nunca. De eso me encargo yo, mientras tú quieras. Estáis hechos el uno para el otro.

Conchita abrió el delicado obsequio. Era el frasco de Chanel N° 5.

—Perdón por interrumpir —se disculpó Raymond, abordando el despacho, mientras fumaba un Gauloises.

Conchita le miró. Pensaba que Raymond tenía erotismo fumando. Mucho. Lástima que solo tuviera erotismo fumando. El interés de Conchita por tipos como él le duraba lo que tardaba en acabar el cigarro.

—Perdón, insisto. Quería informaros de que ya nos hemos puesto de acuerdo en el lugar para la celebración de esta noche. ¡Nos vamos al Cielo y al Infierno! Y Andrée también se viene, con lo que perdona el burdel. Por una sola noche, eso sí.

—¿Y adónde dices que nos vamos? —preguntó Conchita divertida.

—¡No me digas que tú no conoces el Cielo y el Infierno! —se extrañó Raymond—. ¡Imposible! Pero si eso es lo tuyo. Tú, preciosa, llevas a cualquier hombre del cielo al infierno en lo que dices sí o dices no —añadió el actor con malicia.

Baroncelli ilustró la elección prometedora:

—Son dos locales que están juntos, pared con pared. El cabaré Le Ciel y el cabaré L'Enfer. Es una excelente elección. Te van a gustar, Conchita. Bien, pues allí nos vemos todos esta noche.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

Con la pistola al cinto

El anciano siguió mostrando más fotografías a Inma. Poco a poco, también fueron abriéndose paso en el baúl decenas de carátulas de revistas que llevaban a la Montenegro en la portada. La valija contenía también muchos recortes de prensa, americana y española. Recortes que anunciaban estrenos de la Montenegro o logros diversos de la estrella, o bien reportajes que recogían declaraciones de la actriz. Inma leyó algunos de los titulares: «Conchita Montenegro conquista Hollywood», «La Greta Garbo española protagoniza *Never the Twain Shall Meet*», «Conchita Montenegro alcanza un triunfo sin precedentes», «El imperioso hechizo de la Greta Garbo española», «Conchita Montenegro, nuestra estrella más internacional, niega que haya solicitado la nacionalidad estadounidense porque prefiere seguir siendo vasca», «Conchita Montenegro, una heroína del *western* en *The Cisco Kid*», «La Greta Garbo española aterriza en Madrid», «Conchita Montenegro, una mujer con magnetismo», «Conchita Montenegro, perfil, gracia y porte sin par», «La Montenegro convierte en notable cada escena en la que aparece».

Los titulares y las fotografías se sucedían. Una vez revisado el documento, Pelayo lo colocaba con mimo encima de la cama, creando una colcha de imágenes, un *patchwork* de recuerdos. De pronto, el anciano encontró en el baúl una estampa distinta.

—Toma, Inma, aquí puedes ver a la hermana de Conchita. Esta es Juanita —dijo Pelayo mientras entregaba a Inma una página de la publicación *Mundo Gráfico* del 30 de septiembre de 1936, que venía presidida por una foto de Juanita.

Inma miró atentamente la foto y se adentró en el texto.

—«La actriz de cine Juanita Montenegro se ha hecho chófer de la Unión Republicana —leyó Inma en voz alta—. Cuando la ven pasar los milicianos, tan esbelta, tan airosa, con su pistola al cinto, le dicen piropos. Ella sonríe y sigue su camino, cada día más contenta de estar sirviendo a la República. ¿No la conocen ustedes? Es Juanita Montenegro, la hermana de Conchita, artista de cine también, que ha dejado momentáneamente su arte para servir a la causa del pueblo. El día que los militares intentaron echarse a la calle en Madrid, Juanita estaba preparándose para rodar *La malquerida*. Lo del rodaje, claro estaba que se había estropeado; pero ella no quiso meterse en casa a esperar cómodamente a que todo pasara. No, de ninguna manera; había que hacer algo. Ella se olvidaría de que era una actriz cinematográfica, profesión absolutamente superflua en caso de guerra, y trabajaría en otro oficio más subalterno, pero más práctico. Se vistió con su ropa más sencilla y salió a la calle. En el garaje reluciente y coquetón, el coche que Juanita se había comprado hacía dos días. Se agarró al volante y atravesando aquel Madrid que era un bosque de fusiles se presentó en el local de Unión Republicana y les dijo a los jefes: “Aquí tienen ustedes un coche con chófer, para lo que quieran mandar”».

Al terminar de leer el texto, Inma se detuvo unos instantes para volver a mirar la fotografía que ilustraba el reportaje. Juanita vestía ropaje de miliciana y amartillaba una pistola. El parecido entre las hermanas era impresionante. Fascinador. Tanta similitud provocaba un escalofrío, casi entre el susto y la complacencia. Diríase que Juanita era la réplica exacta de Conchita. Pero, a pesar de lo marcial del uniforme y de lo inquietante del arma, a Juanita se la notaba mucho más cercana, y más real, pensó Inma. Más humana.

París, cabaré L'Enfer. Lunes, 5 de mayo de 1930

Le pantin. El pelele

Eran las siete de la tarde y Conchita ya estaba lista. Se había arreglado con tiempo suficiente para acudir sin prisa a la cita con sus compañeros. Todos se habían ofrecido a pasar a recogerla por su apartamento, pero ella se había negado. Prefería reunirse con ellos directamente en la puerta de los cabarés. «Está bien, nos vemos allí a las ocho y media». Con esa misma frase habían ido claudicando los actores ante el empecinamiento de la joven, un empecinamiento que en ella era una natural costumbre. «Recuerda la dirección, el 53 del boulevard de Clichy. Ahí te esperamos. Estaremos en la puerta. No querrás entrar allí sola».

—¡Conchita! ¡Conchita! ¡Aquí, estamos aquí! —gritó Raymond, mientras levantaba su brazo para hacerse ver en la calle.

El grupo ya estaba reunido delante de los dos locales.

La fachada del cabaré du Ciel estaba pintada en azul y blanco, previsiblemente. A su lado, la entrada del cabaré de L'Enfer estaba decorada en color negro y la remataba una gigantesca boca, diabólicamente abierta como para tragarse vivos a los clientes.

—Bien, ¿por cuál quieres empezar, Conchita? —preguntó Baroncelli—. Tú eliges. ¿Vamos primero al infierno o vamos al cielo?

—Creo que será más práctico terminar en el cielo, y que incluso nos recojan los ángeles. ¿No os parece? —contestó resueltamente la joven.

—¿Estás convencida de que quieres entrar en el cabaré de L'Enfer, Conchita? ¿Seguro que no te da miedo? Dicen que dentro se te aparecen siniestras figuras fantasmales, y que quienes visitan este lugar no tardan en morir —afirmó Henri, poniendo en su rostro un gesto de terror.

—Tú, Henri, entra detrás de mí, y verás cómo no te pasa nada. Yo te protejo —apuntó Conchita entre risas. Y se encaminó hacia el local.

En la puerta, delante de la gran boca de la entrada, un hombre, vestido con frac y con el rostro siniestramente demacrado, se dirigió a Conchita:

—Entra. Entra, querida condenada. Avanza, hermosura impura. Visita este paraíso infernal para encantadoras pecadoras.

Conchita, muy decidida, se adentró por la gran boca, seguida por sus compañeros.

Alcanzaron enseguida la llamada sala de intoxicación, y ahí un camarero vestido por entero de rojo se apresuró a preguntarles:

—¿Qué van a beber los condenados?

Tras cumplir los pedidos, el barman diabólico les entregó a cada uno un cirio encendido y su bebida. «Siete vasos de pecados fundidos», les dijo, y desapareció.

El grupo buscó un buen lugar donde acomodarse en la sala principal de aquel antro de emociones. Conchita se sentó en el centro de los seis hombres. Junto a ella, a su izquierda, estaba Raymond. A la derecha de la joven se sentó Baroncelli. El director colocó su brazo por encima del sofá, casi buscando el roce de la espalda de Conchita. El resto de los actores completaron el semicírculo de la pandilla. El lugar del espectáculo representaba una cueva. En las paredes unas figuras mortuorias dibujaban una danza infernal. Había un foso de Satanás, tras el cual una banda de seis músicos interpretaba «Fausto», mientras varios diablos de simulacro los fustigaban con hierros al rojo vivo. De pronto, el féretro que presidía el escenario se abrió. Un individuo que personalizaba a Belcebú salió de él. El espectro miraba de reojo a su público. Hasta que eligió convencidamente a su víctima.

—¡Ah, tú! ¿Por qué tiembles? ¿A cuántos hombres has enviado a la condenación de este sitio, con

esos hermosos ojos y esos tentadores labios? ¡Tú, tú te mereces todo el infierno en la tierra! —aseguró el individuo, señalando a Conchita. De inmediato, se dirigió a Baroncelli y le increpó—: ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? ¡Por idiota! ¡Por necio! Por prendarte del embrujo de esta mujer. Tú mismo has llenado el infierno con leña para tus propias llamas. Vas a sufrir el fuego, y la tortura, y el escarmiento, que solo un pelele se merece.

Pero el infierno no fue para tanto. O quizá sí. Porque ella salió de aquel cabaré con la etiqueta de mujer fatal y Baroncelli de pelele. La vida, a veces, si se pone, imita a las películas.

Hollywood, hotel Plaza. Madrugada del lunes, 31 de agosto de 1931

En la vida no hay ensayos

Sin pretenderlo, Conchita vio de reojo la hora en su reloj de pulsera. ¡Eran casi las cuatro de la madrugada! Tendida en la cama, pero aún vestida con su traje de chaqueta, las horas se habían esfumado mientras su mente se había puesto a viajar por los recuerdos de su estancia en París. Era muy tarde, tenía que dormir ya. Al día siguiente no tenía una cita de rodaje muy temprana, pero aun así debía descansar. Una buena actriz no podía permitirse las secuelas que la falta de sueño asoman siempre en el semblante. Se desvistió, y en la *toilette* se limpió delicadamente el rostro. Se aplicó una crema facial de oxigenación, y se ajustó el ligero camisón de seda.

Regresó a la cama con la firme intención de bloquear sus pensamientos y dejarse a merced de un reparador sueño. Echó su cabeza sobre la almohada y mirando al techo tomó una decisión. Una decisión que se la había enseñado París y que ayer se la había recordado Spencer Tracy. Efectivamente, la vida, a veces, imita a las películas. La imita, pero no es igual. En la vida no se ensaya, como le dijo Spencer. En la vida no hay ensayos, como Spencer aseguró.

En la vida una mala decisión no puede cambiarse nunca, y una mala decisión lo cambia todo.

Ahora lo sabía, claro que sí. Ahora lo sabía. Definitivamente, debía dejar a Leslie. Esa era la decisión correcta. Era la única decisión correcta y la única decisión posible. No era lo que quería hacer, pero era lo que tenía que hacer. Pasado mañana, tan pronto como llegara Leslie a Hollywood, rompería con él.

A una mujer no la gobierna el amor. A una mujer la gobierna su voluntad, se aconsejó Conchita a sí misma, y entonces se entregó al sueño que ya se iba acercando.

Estaba claro.

Tenía que dejar a Leslie.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

Un último clavel de papel

Pelayo miraba a Inma complacido.

—Si no me engaña la expresión de tu cara, que creo que no, veo que mi cofre de los recuerdos no te ha defraudado. Te gustó pasear por la vida de Conchita, foto a foto. Ni te imaginas lo que me alegra.

—Me ha gustado muchísimo, Pelayo. Además, asomarme a todos estos documentos me ha cambiado la manera de pensar en Conchita. A ver si me explico bien. Creo que antes de ver su rostro, y de descubrir también el de su hermana, antes de contemplar a Conchita en esas estampas de momentos reales, donde se inmortaliza su vida, la historia que usted me contaba era algo parecido a ir viendo una película dentro de mi imaginación. Asistía a la vida de Conchita como quien se asoma a una ficción. Ficción, sí, ese era en mí el sentimiento. Pero ahora su historia ha cobrado una forma nueva, se ha convertido en realidad, se ha transformado en vida vivida. »Nunca le agradeceré lo suficiente que me haya dejado compartir su tesoro. Sé que para usted el contenido de este baúl es muy preciado.

—Es lo más preciado que tengo en forma material. De hecho, es lo único valioso que poseo de un modo tangible. Pero no tienes nada que agradecerme, Inma. Al contrario, soy yo quien debe darte las gracias. Hacía tiempo que no repasaba el contenido de mi cofre de las nostalgias, y ha sido muy grato hacerlo contigo. Grato y excepcional. Nunca antes me había asomado a estos recuerdos en compañía —afirmó Pelayo, y su rostro adquirió de pronto una sombra de profunda tristeza.

—¿Está usted bien? —preguntó Inma, al advertir la repentina turbación del anciano.

—Sí. Enseguida se me pasa. Lo que ocurre es que he guardado estos recuerdos durante muchísimos años. Y en ese tiempo, aún conservaba la esperanza de que algún día, algún remoto día, Conchita y yo repasaríamos juntos estos pedazos de nuestra vida.

—Lo siento mucho, Pelayo —fue lo único que alcanzó a decir Inma. Había poca palabra de consuelo que ofrecer a alguien frente a una realidad tan triste como sólida. Pocas, o ninguna.

—No te preocupes. Ya te digo que se me pasa enseguida. Estoy acostumbrado a estos latigazos de la pena. Aunque es cierto que no me ocurren cuando estás tú. No quiero que te preocupes, insisto. Dame solo unos minutos, que enseguida me recompongo.

—Es normal que a veces le venza la pesadumbre. Es lo lógico. Es lo mínimo, vaya.

—¿Sabes, Inma? Han pasado muchos años desde la última vez que vi a Conchita. Cuando se alejó de todos, también se alejó de mí.

—Lo siento muchísimo, Pelayo —dijo Inma, de corazón.

—En la distancia, los años han ido invadiendo el tiempo de nuestra vida hasta convertimos a Conchita y a mí en verdaderos ancianos. Si ves que yo soy muy mayor, imagina a Conchita. Tenía más años aún que yo. Llevaba yo un tiempo trabajando la idea de que la muerte podía llamarnos a uno de los dos en cualquier momento. Pero nunca pensé que no podría despedirme de ella, si yo estaba vivo todavía, cuando ella se fuera. Nunca había imaginado este escenario. Me he quedado sin hacerle un último clavel de papel de regalo de adiós en el día de su entierro.

Hollywood, hotel Plaza. Lunes, 31 de agosto de 1931

El final de la pesadilla

Conchita se despertó sobresaltada, entre el sudor y el susto. Otra noche más, la pesadilla reincidente de la casa y la puerta, ambas anheladas, ambas inalcanzables, le había quebrado por completo el descanso. Aunque, en esta ocasión, había una novedad en el sueño angustioso: un hombre golpeaba la puerta y quería entrar en la casa. Ella había intentado correr aún más rápido, para llegar así antes que el hombre, pero no lo conseguía. No era capaz de llegar, nunca alcanzaba la puerta. Se despertó de golpe, y en el despertar convulso se preguntó qué pudo motivar ese nuevo elemento en el sueño repetido. Qué significado recóndito podría tener aquel hombre que golpeaba la entrada de la casa de su pesadilla. Estaba Conchita en aquella indagación confundida cuando, de pronto, oyó que llamaban realmente a la puerta, pero ya no era la de su sueño, sino la de su habitación.

Y entonces comprendió. El hombre que golpeaba la puerta en su sueño era el reflejo inconsciente del golpeo real de algún camarero en la puerta de su alcoba. Un golpeo que sin duda estaba oyendo mientras dormía. Pero Conchita se extrañó. Se extrañó mucho. ¿Un camarero? Ella aún no había pedido el desayuno. ¿Quién llamaba a su puerta? ¿Y por qué?

—Un momento, por favor —dijo en voz alta, y se apresuró a levantarse, vistiendo rápido su bata de seda. No sabía qué asunto había sucedido, tan importante o urgente, como para que quisieran despertarla con toda insistencia. No lo hacían nunca. Jamás.

Se dirigió a la puerta, la abrió, y un relámpago de estremecimiento le cruzó el cuerpo entero.

Allí, de pie, al otro lado de la entrada a su alcoba, estaba él. Leslie.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

Una alegría pendiente

Inma entendió que debía dejar a solas a Pelayo, durante algunos instantes por lo menos. El anciano se mostraba siempre tan atento y entregado a la narración de la historia de Conchita que era fácil olvidarse del sufrimiento que él mismo padecía. Pero, ahora, por primera vez, se mostraba triste delante de ella. No escondió su abatimiento, ni su pesadumbre profunda.

—Vuelvo dentro de un rato, que tengo que hacer una llamada —dijo Inma en un susurro, y salió de la habitación, muy probablemente sin que Pelayo se percatase de ello. El anciano tenía la mente abismada en su ausente Conchita.

Inma bajó a la cafetería del hospital. Pidió un café, se sentó en una mesa esquinada, y empezó a pensar en Pelayo. Sobre todo, en su confesión última: «Me he quedado sin hacerle un último clavel de papel de regalo de adiós en el día de su entierro».

Inma entendía lo desdichado que debía sentirse aquel anciano único. Había consumido la vida entera mientras pensaba en su gran amor. Y luego, cuando ella, su gran amor, muere, él ni siquiera puede salir de la habitación de hospital para ir a su entierro o a su funeral. «Hacerle un último clavel de papel», qué hermoso, y qué desgarrador, pensó Inma.

Y entonces dio con la idea. Ella podía enterarse de dónde habían enterrado a Conchita. Se lo contaría a Pelayo y, cuando él mejorase, podría llevarle su clavel pendiente a la tumba de Conchita. Eso podría animar al anciano o consolarle un poco, cuando menos.

Inma consultó la hora en su reloj, y salió con prisa de la cafetería por evitar el bullicio mientras llamaba urgentemente a su hermano Álvaro al periódico. Había que cazarle antes de los cierres de edición, que es cuando desatendía con todo el rigor las llamadas de móvil.

—Álvaro Ruiz al aparato —contestó el joven con energía.

—Álvaro, soy yo, Inma. Necesito que me hagas una gestión muy urgente y muy importante.

—Dime, hermanita, ¿de qué se trata?

—Hace dos semanas, el pasado domingo 22 de abril, concretamente, murió una persona, una actriz llamada Conchita Montenegro. —Inma trató de recordar durante un instante los datos y las fechas que sabía. No se le despistó que murió el día 22, porque fue ese el día en que Marcos rompió con ella. ¿Pero qué día le dijo Pelayo que vio la esquila en el periódico? ¿Cuándo la publicaron? Ese era un dato importante que darle a Álvaro.

—¿Inma? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Estoy tratando de acordarme de una fecha. —Inma forzó sus recuerdos, y logró atar los cabos. Sí. Ella llegó al hospital el viernes siguiente al domingo funesto. Eso era, sí. Y ese mismo viernes conoció a Pelayo, y fue entonces cuando él le contó que había visto la esquila del amor de su vida en el periódico. Lo siguiente fue despertarse en la cama del hospital, según le dijo. Eso debió de ocurrir el día anterior, el jueves, resolvió Inma—. La esquila seguramente salió en la prensa del jueves... del jueves 26. ¿Me oyes Álvaro?

—Sí, Inma. Estoy apuntando.

—Necesito saber el lugar de su entierro.

—Ese dato no se pone en las esquelas, hermanita. Como mucho, aparece el día y el lugar del funeral.

—¿Pero tú te puedes enterar? Es muy importante para mí. Ahora no te lo puedo explicar, pero es fundamental que me consigas ese dato. Y lo necesito para ya, hermanito. ¿Me ayudarás?

—Así que «para ya» ¡eh!, poniéndolo fácil. En fin, hoy no tengo demasiado lío en el periódico,

todavía, veré qué puedo hacer. Estate localizable. Te digo algo.

Inma regresó a la habitación de Pelayo, donde el anciano se había quedado dormido. Ocupó su acostumbrado asiento, esperando a que despertara. Mientras, acariciaba en la mano el teléfono móvil, como quien mimaba el artefacto culpable de una alegría pendiente. De un milagro.

Madrid, hospital La Paz. Martes, 8 de mayo de 2007

La esquila

Y, de pronto, sonó el teléfono móvil, haciéndole dar un respingo a Inma, como si fuera una alarma. Se había quedado dormida, inexplicablemente, en aquel asiento de hospital al lado de la cama de Pelayo. El anciano también salió de repente de su duermevela, por culpa de aquel timbre.

—¿Sí? —contestó ella—. Perdona, Pelayo —dijo, dirigiéndose al anciano—, tengo que atender esta llamada. —Y salió al pasillo—. ¿Sí, Álvaro?

—Sí, hermanita, soy yo. ¿Te pasa algo? Te noto como alterada.

—No. Es que me había quedado un poco traspuesta. ¿Has averiguado ya lo que te pedí?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Verás. Ya he localizado la esquila de la mujer que me dijiste. He tardado un poco más porque no se llamaba Conchita Montenegro, como me indicaste, sino Concepción de Andrés Picado. Este era su verdadero nombre. Conchita Montenegro sería un nombre artístico.

—¿Ah, sí? Concepción de Andrés Picado. Eso no lo sabía.

—Escucha, que te voy a leer la esquila: «Concepción de Andrés Picado. “Conchita Montenegro”. Viuda del embajador de España don Ricardo Giménez-Arnau y Gran. Falleció en Madrid. El día 22 de abril de 2007 a los noventa y cuatro años de edad. Confortada con los santos sacramentos. Por expresa voluntad de la finada, su cuerpo ha sido donado a la facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid. Sus sobrinos y María Antonia Marín ruegan una oración por su alma. El funeral se celebrará (D.m.) a las diecinueve horas del viernes, día 27 de abril, en la parroquia de la Virgen Peregrina, en Diego de León, 36».

—Viuda de un embajador... pero, ¿y Leslie?

—¿Cómo dices, Inma?

—No, nada, cosas mías, Álvaro, cosas mías.

—Bueno, ya has oído, donó su cuerpo a la ciencia, lo que quiere decir que no ha sido enterrada, ni va a serlo. Por tanto, no puedo darte el dato de localización de su tumba.

—Ya lo entiendo —contestó ella, desanimada.

—A ver, Inma, no te vengas abajo, que estás hablando con tu hermano el periodista de pro. ¿Crees que te iba a llamar sin poder ofrecerte algo más? He logrado averiguar la dirección de su casa. Su última dirección registrada, al menos. Si vas allí, quizá algún familiar pueda ayudarte en lo que sea que tú buscas de esa mujer. Que, por cierto, ¿quién era? ¿Una actriz, dijiste? ¿Por qué te interesa tanto?

—Es largo de explicar, Álvaro, muy largo de explicar, pero ya te lo contaré. Muchas gracias por tu investigación, hermano. Espera un momento, que saco papel y boli, y apunto. Dime.

Mientras copiaba la dirección, Inma decidió ir enseguida hacía allí. No sabía muy bien qué iba a conseguir con ello. Conocer algo, quizá, que sirviera para que Pelayo sintiese que podría cumplirse aún la despedida de su gran amor. Naturalmente, no tenía claro qué podía encontrar en aquella dirección, ni para qué podría servir acercarse hasta aquel sitio, pero no tenía dudas de que había que llegarse hasta aquella casa. Ya.

Antes, Inma regresó apresurada a la habitación 109.

—Pelayo, tengo que irme. Me ha surgido un asunto urgente —explicó Inma sin dar más datos.

—Veo que llevas una tarde muy movida. Claro, muchacha, atiende tus cosas, faltaría más. Demasiado tiempo pasas junto a este anciano. Debes de estar ya un poco cansada de una antigualla como yo.

—No, qué va. No es nada de eso. Pero sí tengo que irme con prisa. Mañana vuelvo por la mañana, sin falta. Descanse usted, y cuídese, ¡eh!, cuídese.

—Estás cogiendo maneras de enfermera sargento —remató Pelayo, bromeando.

Inma se acercó al asiento y recogió de allí su mochila y el clavel de papel que le había hecho Pelayo. Probó a guardar la flor dentro del macuto, pero temió que se dañara en el interior, tan repleto de objetos diversos. «Lo mejor será que la lleve en la mano», pensó Inma. Y se marchó ilusionada.

Hollywood, hotel Plaza. Lunes, 31 de agosto de 1931

De la duda no se vuelve

Conchita estuvo a un soplo de gritar, y también de cerrar con violencia la puerta de su alcoba frente al rostro de Leslie. Y le faltó poco para desmayarse, pero no lo hizo. Y tampoco soltó un grito, ni pegó un portazo. Era el momento decisivo y definitivo. Era el momento único de volver a sentirse libre. Era el momento de terminar con el poder que Leslie tenía sobre ella. De la duda no se vuelve, pensó. Ahora tenía que mostrarse decidida para decirle a Leslie que no quería volver a verle, de forma rotunda y convencida. Y debía hacerlo allí mismo. Sin que él atravesara el umbral de su habitación propia.

—¿Puedo pasar? Por favor, Conchita.

Ella se apartó despacio de la puerta, franqueándole el paso a Leslie hacia el interior de la alcoba. No era eso lo que tenía que hacer, pero eso fue lo que hizo. Nunca llegó a comprender del todo por qué actuó de esa manera, o más bien, siempre supo que no podía haber actuado de otra forma.

Leslie traía un ramo de espléndidas rosas rojas.

—Son para ti —le dijo, ciertamente cohibido. Y con amabilidad sedosa colocó las flores entre las manos de Conchita.

—¿Rosas? ¿Me traes rosas de amor rojas? —preguntó Conchita, entre el enojo y la impertinencia—. Muy previsibles. Yo hubiera preferido algo más original, algo como un ramo de tulipanes temerarios, por ejemplo —ironizó, mientras abandonaba con desdén las rosas sobre una esquina de la cama.

—Conchita, he adelantado mi regreso a Hollywood un día, porque ya no podía estar más tiempo sin ti. No lo soportaba.

—¿No lo soportabas? Y un día más o un día menos, entre tres meses de ausencia, a ti te parece algo fabuloso, algo extraordinario, algo digno de aplauso, ¿no?

—Entiendo tu enfado y tu desconcierto. Entiendo tus reproches. Es muy complicado para mí justificar un regreso anticipado ante mi familia, aunque la anticipación sea solo de un día. Puedes creerlo o no, pero es así. Y ha sido algo que solo he hecho por ti.

—¿Debo darte las gracias? —preguntó Conchita, con renovado desdén.

—Conchita, estoy casado y...

—No te costará mucho entender que eso es algo que no hace falta que me repitas —interrumpió la actriz con severidad.

Leslie entendió que las palabras no bastaban. Las palabras les estaban separando. Leslie tenía que hacer algo, y hacerlo rápido. La estaba perdiendo. Entonces se acercó a Conchita, la cogió por la cintura y la atrajo hacia él, con decisión casi desesperada. Con los cuerpos prácticamente en un nudo único, Conchita bajó su rostro. Leslie le levantó con dulzura la barbilla para mirarla a los ojos.

—Conchita, mírame, te lo ruego —suplicó el actor.

Ella había elevado el rostro, pero mantenía los ojos cerrados. Estaba siendo incapaz de despedirle, no conseguía decirle adiós, que abandonara de inmediato su vida, y para siempre. No podía acatar su propia decisión meditada. Era incapaz de poner término a esa relación sin futuro. Pero, aunque aún no lo había hecho, todavía podía lograrlo. Podía hacerlo siempre y cuando no mirara aquellos ojos color zafiro de Leslie. No, ella no iba a abrir los ojos. Tenía que resistirse.

Entonces Leslie la besó, y la besó apasionadamente. Fue un beso eterno, un beso hipnótico, un largo beso incendiario.

Conchita abrió los ojos.

Y regresó el amor más poderoso que la muerte.

Madrid, residencia de Conchita Montenegro.

Martes, 8 de mayo de 2007

El guardajoyas

Inma cogió el metro, y llegó en apenas media hora ante la dirección dada por su hermano Álvaro. Estaba, exactamente, frente al portal del último domicilio de Conchita Montenegro. Le pareció un momento único.

Antes de entrar, se quedó admirando un momento el elegante edificio. No estaba muy segura de qué, o a quién, podría encontrarse allí. Recordó que Pelayo, de momento, no había hecho ningún comentario sobre si Conchita había sido madre o no. Tampoco en la esquila que le había leído Álvaro se hablaba de hijos. La esquila solo mencionaba a sus sobrinos, y a una tal María Antonia.

Entró con resolución en el portal. No sabía qué es lo que iba a decir exactamente a quien abriera la puerta, si alguien lo hacía. Pero sí tenía clarísimo lo que quería conseguir: amainar un poco la tristeza de Pelayo, procurarle a aquel anciano una manera de despedirse de su amada. Ya concretaría sobre la marcha el modo de lograrlo.

Subió en el ascensor y sintió que se trasladaba a otra época. Se trataba de uno de esos elevadores antiguos hechos en madera noble. En su interior se abrían paso un rematado espejo y un asiento forrado en terciopelo. El habitáculo se cerraba primero con una puerta de fino forjado, y después con dos puertas de madera, terminadas con cristales ribeteados. El artilugio se desplazaba hacia arriba con velocidad moderada por el amplio hueco que dejaba una soberbia y esbelta escalera de caracol. Se trataba de un edificio de solera, cuya propiedad seguramente estaba en manos de personas adineradas, que podían permitirse la restauración y conservación de un elemento tan desfasado, nobiliar y exótico como ese prehistórico ascensor de lujo.

Inma llegó a la última planta. Allí debían de estar situadas las mejores casas, pensó. Salió del ascensor. Solo había dos puertas en el rellano, dos vecinos por vestíbulo. Se atusó un poco el pelo, y se estiró ligeramente el jersey. Llamó al timbre del quinto B. Esperó. Nada. Nadie abrió. Dudó entre irse y volver a llamar. Volvió a llamar al timbre. Nada de nuevo.

Llamar tres veces le pareció excesivo. O bien no había nadie o bien quien estuviese dentro no quería abrir. En cualquier caso, debía marcharse.

Decepcionada, dio media vuelta. Decepcionada, y casi abatida. Tiró del pomo de la puerta enrejada del ascensor, que aún estaba ahí. De pronto, oyó una voz a su espalda.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó una mujer.

Inma se giró, y vio a una señora de edad avanzada, que asomaba la cabeza por la gran puerta entreabierta del quinto B.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Inma. Perdona que la moleste. Vengo por Conchita, por Conchita Montenegro. Soy amiga de Pelayo, del señor Veleiro. No sé si usted le conoce. Él era muy amigo de la señora Montenegro. Y Pelayo está enfermo ahora, está ingresado en el hospital, por eso no pudo ir al funeral de Conchita. —Inma hablaba bastante atropelladamente, y sin terminar de aterrizar en alguna petición o aclaración concreta. Y es que tampoco tenía muy claro qué era lo que podía solicitar—. Señora, ya sé que Conchita donó su cuerpo a la universidad, que es algo que me parece una manera muy noble de proceder, y muy moderna, por cierto, pero yo me preguntaba si de algún modo...

La señora miraba con extrema curiosidad a Inma, pero prestando más atención a lo que la joven portaba en la mano que a sus palabras.

—Perdona que te interrumpa, joven, ¿me puedes enseñar eso que llevas en la mano?

—¿En la mano? —preguntó Inma, desconcertada, y se miró las dos manos, sin recordar que llevara algo. Entonces, cayó en la cuenta de que llevaba el clavel de papel que le había hecho Pelayo—. ¿Se

refiere a esta flor? —preguntó Inma, mientras la mostraba.

Con delicadeza, la anciana cogió la mano de Inma que portaba el clavel para poder mirarlo de cerca.

—¡Es increíble! —exclamó la señora.

—Sí, es muy bonito, ¿verdad? Precisamente, este clavel lo ha hecho Pelayo, el amigo de la señora Montenegro del que le hablo, y yo me preguntaba si...

—Pasa, pasa —dijo de pronto la señora, y cerró la puerta rápido, tan pronto como Inma entró—. Espérame aquí un momento, por favor —Sin más explicación, la señora desapareció en el interior de la casa.

La joven se quedó bastante desconcertada por el comportamiento de aquella mujer. La había dejado sola allí, de pie, en el gran recibidor de la vivienda.

Aprovechó la espera para observar el lugar. Los muebles de la entrada estaban todos cubiertos por sábanas blancas. Miró a través de la puerta entreabierta, que anunciaba un gran salón, y pudo distinguir que también el mobiliario de esa estancia estaba protegido de la misma manera.

La casa tenía algo de palacio fantasma, de gran buque al que le hubieran cubierto la tripulación de silencio bajo el blanco de unas sábanas mortuorias.

—¡Mira, muchacha, mira!

La señora había regresado al *hall* sin que Inma, inmersa en sus cavilaciones, se hubiera dado cuenta. En sus manos traía algo que acercaba y enseñaba con excitación a Inma. Algo que dejó a la joven sin palabras. Era un guardajoyas rectangular, hecho de cristal por todos sus costados y rematado por unos delicados y finos bordes en oro.

Dentro se distinguía con exacta nitidez perfecta el objeto que preservaba: un clavel de papel.

CXXVIII

Madrid, buhardilla C del número 3 de la glorieta de Bilbao.

Martes, 8 de mayo de 2007

Una flor de otro mundo

Pasó Inma más de una hora sentada en el centro de su cama, mirando la caja acristalada que trajo de regalo impredecible, con su visita al último domicilio de Conchita Montenegro. Observaba aquel clavel de papel de periódico dentro del joyero como quien observa una alhaja de rareza extrema, un botín de flor de otro mundo. Era increíble aquello, y era maravilloso. Inma se sentía desbordadamente feliz, y notablemente inquieta, si sopesaba el gran regalo que le iba a poder hacer a Pelayo al día siguiente. Si hoy mismo no se le hubiera hecho tan tarde, habría ido sin duda al hospital, pero ya había abierto el anochecer, cuando salió de la casa de Conchita Montenegro.

Inma miraba aquella caja antigua, y no dejaba de pensar en lo que le había contado la mujer a cargo de la casa de la actriz.

Se llamaba María. Así se le presentó a Inma. Fue doncella de Conchita Montenegro desde que la actriz regresó a Madrid, procedente de Hollywood, y de Europa, después de la Guerra Civil española, allá por los años cuarenta. Contaba María que después de tantos años trabajando y viviendo con la Montenegro, se sentía mucho más que una antigua empleada. Sentía que había sido parte de su familia. Lo sentía, y lo sabía. María nunca se casó, porque no quería dejar de trabajar y vivir con la actriz. Adoraba a su señora, y estaba segura de que la Montenegro también la había apreciado mucho a ella. Prueba del gran cariño que la señora le profesaba era que, aunque María contaba ya más de ochenta años, la Montenegro la mantuvo contratada y viviendo bajo su techo hasta el final de sus días. Y eso que hacía ya muchos años que María apenas tenía quehaceres en la casa. La Montenegro contaba en la casa con personal de servicio más joven, un personal que era quien realmente hacía las tareas de limpieza, o bien otras similares. Sin embargo, el cuarto de la señora era algo de lo que solo se ocupaba María. Allí solo entraba ella. Y fue así hasta el final.

Por eso, María conocía tan bien aquel clavel resguardado en la caja acristalada. María no sabía cuál era la historia que encerraba, secretamente, esa flor de papel de periódico, pero no dudaba de que se trataba de uno de los bienes más preciados por la actriz. La Montenegro tuvo aquel joyero transparente siempre colocado encima de su tocador. Nadie, salvo la propia actriz, debía abrirlo, ni siquiera María. Todos aquellos años, una vez al mes, en ritual reiterado, la Montenegro levantaba la tapa del guardajoyas, tomaba ella misma el clavel con cuidado amantísimo y le ordenaba a María que limpiara con pulcritud los cristales del recipiente. María debía realizar aquella tarea sin sacar el joyero de la alcoba.

Mientras, la actriz se sentaba siempre en una de las dos butacas de la habitación, y se quedaba con el clavel en la mano, observándolo. Lo contemplaba como si aquel liviano objeto tuviera la capacidad de transportar su mente, y hasta su cuerpo, a una orilla muy remota.

El clavel iba del interior del joyero a las manos de la actriz. Y de las manos de la actriz al interior del joyero, sin que Conchita lo soltara ni un instante durante el proceso de limpieza del cofre. Sin que nadie más que ella lo tocara.

María reconoció que el nombre de Pelayo Veleiro le resultaba realmente muy familiar, pero que debía de hacer muchos años que no había visto a ese caballero, porque no lo recordaba.

Confirmó que, en efecto, no había previsto ningún entierro para la actriz, y añadió que tenía entendido que la casa iba a ser vendida. Por eso, en aquellos días de duelo, María se iba ocupando de dejar todo cuidadosamente cubierto, y bien cerrado, para que los sobrinos de la Montenegro pudieran disponer de los bienes de la actriz en perfecto orden.

Sin embargo, al ver el idéntico clavel hecho en papel de periódico que portaba Inma, María supo que debía entregarle su clavel gemelo.

Estaba segura de que esa hubiera sido la voluntad de la Montenegro. Y le rogó a Inma, que aunque ella no recordara al tal Pelayo, le dijera de su parte que aquella flor fue algo muy importante en la vida de Conchita Montenegro. Muy importante. María estaba completamente segura de eso.

Después de la confesión de María, Inma supo que a veces la vida hace justicia en el amor.

Llevar de vuelta ese clavel a su creador era tanto como llevarle a Pelayo el Santo Grial de los recuerdos.

Hollywood, hotel Plaza. Lunes, 31 de agosto de 1931

Amaneció la felicidad

Leslie sujetaba con firmeza la cintura de Conchita, como si temiera que pudiera ocurrir el desvanecimiento, en cualquier instante. Pero no se hacía inminente el desvanecimiento, sino la pasión. A bordo de los besos, Leslie condujo a Conchita hasta la cama, donde retiró, de un solo aspaviento magistral de brazo, casi cinematográfico, el ramo de rosas rojas, que rodó por la moqueta, deshaciéndose bellamente.

En la cama solo había lugar para los amantes. Leslie fue dejando impreso por todo el cuerpo de Conchita lo mejor del repertorio de sus besos. El cuello, las orejas, los pechos, las palmas de las manos, las yemas de los dedos, el hoyuelo de su vientre, los muslos, el pubis, nada quedó sin ser besado, nada quedó sin ser acariciado. Después, Leslie giró aquel cuerpo entregado, y conquistó su espalda. Sus manos y sus labios fueron descendiendo, como una fiebre, como una tarea de dulce fiebre, hasta el esplendor del culo, que era un culo pugnaz, emocionante, de moreno monumento. Allí el amante se demoró sediento. Y auxilió de lengua al beso, y se entretuvo en el manjar entornado del coño.

Conchita, abandonada a sí misma, herida de gemidos, empapada en el sudor de los que aman, se despeñaba con Leslie al placer creciente.

El sexo se mezcló primero con lágrimas, luego con promesas, y por último con risas. Finalmente estalló el éxtasis, amaneció la felicidad.

Leslie y Conchita eran de nuevo solo uno. Leslie y Conchita debían ser siempre solo uno. Conchita nunca dejaría de amar a Leslie, y ella lo sabía. Apostaba apasionada por él. Sí, su sitio en el mundo estaba al lado de Leslie Howard. Su carta estaba echada, su destino también.

Si algo podía enamorar a Conchita era el arte de lo imposible.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 9 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace diecisiete días

Pelayo no había dejado de llorar desde que Inma, muy de mañana, le entregó el joyero con el antiguo clavel de Conchita. Sin embargo, el anciano había insistido en que la joven no debía abandonar la habitación. No le hacía falta quedarse solo, repetía.

—Estoy bien. Estoy mejor que nunca, Inma. Si lloro es de emoción. Si lloro es de alegría. Significa mucho que durante tanto tiempo Conchita guardara el primer clavel que le hice. Significa mucho, todo. Y lo que me has contado del cuidado y la ternura que puso siempre al conservarlo es algo precioso para mí. Me has hecho el mejor regalo del mundo, Inma. ¿Has visto la fecha impresa en uno de los bordes de un pétalo? Esa fecha dice que es el primer clavel de los muchos claveles que le fui regalando. La fecha, ¿la has visto?

—Sí, Pelayo. Me la ha enseñado usted varias veces. Es algo sin duda maravilloso.

Lo primero que hizo Pelayo, al recibir de Inma la caja con la flor de periódico, fue ponerse las gafas, por sacar con cuidado de orfebre aquel clavel de enamorado. Lo miró como quien escruta el alma de una alhaja, mientras lo iba girando ante la fija mirada embelesada. En uno de los pétalos exteriores dio enseguida con lo que buscaba. Ahí, en una doblez insignificante aparecía impresa la fecha del diario americano: 12 de junio de 1930. Ese fue el día que vio por primera vez a Conchita.

—De verdad, Inma, no sé si te haces cargo del tesoro excepcional que me has traído. Esto es un milagro, y tú eres otro milagro. Ya sabía yo que conocerte iba a ser maravilloso para mí.

—Bueno, Pelayo, yo no he hecho nada. Ya le he contado que todo ocurrió de manera imprevista. Ocurrió así porque yo casualmente llevaba en mi mano el clavel que usted hizo para mí ayer. Ha sido la suerte, ha sido el azar.

—El destino, Inma, el destino.

—A estas alturas, no le voy a llevar la contraria en eso —aseguró la joven, y ambos se echaron a reír.

—¿Sabes? Yo sí recuerdo a María, la doncella de Conchita que has conocido. Aunque solo la vi una vez, pero su voz no la olvidaré nunca. Ella era la que cogía el teléfono siempre. La oía antes de que Conchita se pusiera al aparato. La voz de María era siempre el preludeo de mi ilusión. Sí, siempre cogía el teléfono ella, incluso aquella vez... —Pelayo se calló de pronto y por su rostro asomó la amenaza de una profunda amargura.

—¿A qué vez se refiere usted?

—A un día que marcó por completo la vida de Conchita.

—Supongo que habla de cuando Conchita ya vivía en Madrid.

—Así es. Aquello ocurrió un par de años después de su regreso a España.

—¿Qué sucedió? ¿Qué fue tan crucial para marcar la vida de Conchita?

—Déjame que eso te lo cuente después. Conviene que sepas algunas cosas más que ocurrieron mientras Conchita estuvo en Hollywood, antes de volver a España.

Inma intuyó que Pelayo se autoimponía de pronto la tarea de reunir algunos datos biográficos más de Conchita. Pero en la intuición, Inma percibió además una sensación extraña, como si el anciano tuviera miedo de que algo importante se quedara sin contar.

—Como usted quiera, Pelayo.

—Quiero que sepas que a pesar de que Conchita fue muy feliz en su relación amorosa con Leslie Howard, también fue muy desgraciada en ese tiempo, que fueron cuatro años largos. Cada 1 de junio de cada uno de esos cuatro años, Howard regresaba a su Inglaterra natal para pasar tres meses con su mujer

y sus hijos. De manera que, cada 1 de junio, yo tenía que estar alerta, porque sabía que Conchita se rompería por dentro en mil pedazos, en esa fecha fatal. Alerta, y dispuesto a la acción. Me tocaba el trabajo duro del consuelo, del estímulo, en fin.

—Se comprende que usted tuviera a Leslie cierto odio.

—No, no fue así. Jamás le odié, créeme. Pero sí llegué a odiar profundamente aquella fecha, igual que le pasó a Conchita. Porque, además, después de aquellos años, mucho después, esa misma fecha, el 1 de junio, será de nuevo un trueno de dolor para Conchita.

—¿Por qué? ¿Qué pasó después, en otro 1 de junio?

—Ya llegaremos a ese momento. A ese trágico día. Antes, deja que avancemos en la época que Conchita vivió en Hollywood. Porque tienes que saber que, en esos años, ella no solo se dedicó a su amor por Leslie, por supuesto que no, sino que trabajó muchísimo, trabajó y triunfó sin descanso —aseguró Pelayo, cambiando el camino que tomaba su narración, mientras metía en la voz un tono más alegre—. Ella cambió de productora. De la Metro Goldwyn Mayer pasó a la Fox Film Corporation.

—¿Se fue a la Fox?

—Sí. Y rodó muchísimas películas en inglés. Pues, a ver, déjame recordar..., si con la Metro grabó por lo menos media docena de películas, con la Fox, si no me falla la memoria, filmaría más de diez cintas originales.

—Entonces, entre las películas primeras y las películas en inglés, nos sale que protagonizó algo así como veinte películas allí sin moverse de Hollywood. Es una gran carrera.

—Ya lo creo. Una impresionante carrera.

—Nada que ver con el resto de actores españoles.

—¡Qué va! Todos los españoles ya se habían ido de Hollywood. Ellos hicieron las versiones hispanas, pero, cuando llegó la época del doblaje, ya no les renovaron los contratos, como creo que ya te he contado. Poco después, también se fueron sus grandes amigos, Neville y Tono. El caso de Conchita Montenegro fue único. Esto es así. Ya te dije, cuando nos conocimos, que ella fue la primera actriz española que triunfó en Hollywood.

—Sí. Ya me señaló que no fue Sara Montiel, como siempre se dice por ahí.

—No, claro que no. Con todos mis respetos para Sara, que fue en su juventud muy bella mujer, a Hollywood llegó muchos años después que Conchita. Además, el triunfo de Conchita en Hollywood no tiene comparación. Conchita llegó a ser una más entre las divas americanas. Así como de Greta se olvidaba que era sueca o de Marlene se obviaba que era alemana, porque pasaban a ser estrellas americanas, estrellas totales de Hollywood, en Conchita se olvidaba que era española. Todas eran divas, estrellas. Y eso, desde luego, no pasó con Sara Montiel, que yo sepa, ¿verdad?

—Pero aún tiene que explicarme por qué desapareció de pronto, con lo que la olvidamos. La hemos borrado de nuestra historia del cine, que es como decir de nuestra historia.

—Sí, sé que lo tengo pendiente, sí. Lo sé perfectamente. Hablaremos de ello más adelante, antes hay que seguir cierto orden cronológico, Inma, cierto orden.

—Bien. Usted manda. Entonces, dice que hasta sus grandes amigos, Neville y Tono, se marcharon. Pero, supongo que sí conservó a sus otros amigos, Spencer Tracy o Jean Harlow, ¿verdad?

—Con Tracy siempre mantuvo un contacto y con Jean... ¿Sabes que mientras Conchita fichaba por la Fox, Jean Harlow fichaba por la Metro? Prácticamente, se cruzaron.

—Vaya. Pero entiendo que no por eso no dejaron de frecuentarse, ¿no? Jean me cae bien. No sé, me conmueve.

—Sí, a Conchita le pasaba lo mismo con ella. La conmovía. Mucho. Y sobre todo cuando ocurrió lo suyo... —Pelayo terminó la frase con un gesto de abatimiento.

—Lo dice como si hubiera ocurrido algo terrible.

—Porque ocurrió algo terrible. Lo de Jean acabó en tragedia, Inma. De hecho, Conchita fue de las

pocas actrices que apoyó a Jean tras todo lo ocurrido. Pero no nos desviemos, que tengo aún mucho por contarte de Conchita. Te decía que esos años en Hollywood...

—Espere un momento, por favor, Pelayo, no me deje así. ¿Qué le pasó a Jean Harlow? ¿Qué tragedia ocurrió para que nadie la apoyara, como dice usted?

—Lo que vivió aquella maravillosa rubia alocada superó cualquier guion dramático de Hollywood. Hubo de todo, Inma. De todo.

—¿Y qué es de todo?

—De todo. Matrimonio, asesinato y suicidio.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 9 de mayo de 2007

Jean Harlow

Pelayo recolocó las almohadas de su cama, por sentarse algo más erguido, y concedió a Inma el relato de la tragedia de Jean Harlow.

—En 1932, Jean Harlow firmó un succulento contrato con la Metro Goldwyn Mayer. Al tiempo, se casó con Paul Bern, un muy importante ejecutivo de la productora. Fue entonces cuando Jean se convirtió en una superestrella.

—¿Me está diciendo que la boda formó parte del contrato?

—Eso era algo bastante habitual en Hollywood. Pero Bern llevaba tiempo enamorado de Jean, según yo sabía.

—¿Y Jean estaba enamorada de ese tal Bern?

—Jean tenía un año más que Conchita. De modo que, en 1932, Jean tenía veintiún años, mientras que Bern tenía unos veintitantos años más. Es decir, más del doble. Aunque dicen que el amor no tiene edad.

—Eso dicen, sí.

—Lo terrible del asunto es que el matrimonio duró solo dos meses.

—¿Se divorciaron a los dos meses por la diferencia de edad?

—A los dos meses Jean se quedó viuda. A los dos meses de casarse, Bern se suicidó. O eso dijeron.

—¡Qué horror! ¿Y por qué?

—El mayordomo del matrimonio encontró a Paul Bern muerto en el cuarto de baño. Estaba completamente desnudo y con un tiro en la cabeza. Como Jean no estaba en la mansión, el mayordomo llamó a la Metro Goldwyn Mayer, y no a la policía, que es lo sensato en estos casos.

Jean estaba allí, en los estudios, grabando una película titulada *Tierra de pasión* con el Orejas, con Gable. La directiva obligó a Jean a quedarse en las instalaciones de la Metro, y una hora después de la llamada fatal el propio Louis B. Mayer y varios altos cargos de la productora ya estaban en la mansión del matrimonio explicándole al servicio doméstico que había sido el propio Paul Bern quien se había quitado la vida. Posteriormente, junto al cadáver, se encontró una oportuna nota de suicidio. Una nota que reprodujeron todos los periódicos y que era tan singular e impactante que creo que aún la recuerdo literal, de memoria. Decía así: «Queridísima amada: desgraciadamente, este es el único modo de recompensarte por todo lo malo que te he hecho, y limpiar mi humillación. Entenderás que lo de ayer fue fingido. Te amo. Paul».

—Pero no entiendo bien qué es lo que quería decir...

—No era fácil de entender, pero la Metro Goldwyn Mayer se ocupó de explicar a todo el mundo muy bien lo que le convenía. Los estudios se hartaron de repetir que Paul Bern era impotente, y que se suicidó porque no podía cumplir con su obligación marital. Bern no era capaz de satisfacer los apetitos sexuales de su explosiva y joven esposa. Y se quitó de en medio.

—¿Esa fue la razón? ¿De verdad se suicidó por eso?

—Eso fue lo que se dijo. Esa fue la explicación oficial.

—Pero no parece que usted la comparta.

—Lo que yo creyese entonces, o crea ahora, poca importancia tiene ya. Pero sí, todo fue muy extraño. La historia que trascendió empezó a relatar detalles bastante escabrosos. Decían que cuando Bern se disparó no solo se encontraba completamente desnudo sino que además su cuerpo estaba literalmente bañado en el perfume de Jean.

—Eso suena muy misterioso, y hasta demasiado morboso.

—Pues sí resulta morboso, y también tiene misterio. Verás, el perfume que usaba la Harlow era

Mitsouko, de Guerlain. Lo sé muy bien porque, al principio, fui yo el encargado de conseguírselo. Jean quería un personalísimo perfume francés como el que usaba Conchita y se decidió por ese en concreto. Y Mitsouko significa misterio en japonés.

—No voy a decir «vaya casualidad».

—No, no lo digas.

—¿Y Jean? ¿Cómo se tomó Jean el suicidio de su marido? Llevaban muy poco tiempo casados y quizá no estaba enamorada. En cualquier caso, un episodio así te destroza.

—Lo que yo recuerdo es que, aunque la productora no escatimó esfuerzos para proteger a su estrella, los propios compañeros de Jean la dejaron muy sola. Al menos, al principio. Después de algunas de las cosas que se dijeron, pocos apoyaron a la rubia platino. Pero Conchita sí lo hizo, Conchita siempre creyó en la inocencia de Jean.

—¿Cómo en la inocencia?

—En la inocencia, sí.

—¿Llegaron a pensar que fue un asesinato? ¿Dijeron que había sido Jean?

—Dijeron de todo. También que había sido un asesinato, sí. Esa versión tomó fuerza sobre todo cuando trascendió que la secretaria de Bern aseguraba con rotundidad que la letra de la nota de suicidio no era la caligrafía de su jefe. A pesar de que curiosamente la policía no le dio importancia a la declaración de la secretaria, entre los compañeros de los estudios algunos empezaron a señalar a Jean como la posible asesina de su marido. Decían que al poco de casarse habían visto a la actriz magullada en varias ocasiones, que eso debía ser porque su marido le pegaba y que Jean, harta de aquellos golpes, o en un arrebato, en defensa propia, le pudo pegar un tiro a su marido. También hubo quien aventuró que quien realmente podría haber disparado el arma fue el amante gánster que ella tuvo. Se extendió el rumor de que Jean habría llamado a aquel peligroso tipo cuando fue agredida por su marido y que el gánster se había encargado de defenderla y de vengarla. En fin, todo fueron teorías, o relatos, pero pruebas no hubo ninguna. No había pruebas, o no se encontraron. O se encontraron y no vieron la luz. Por lo tanto, todo quedó en especulaciones estériles frente a la firme versión oficial.

—Debió de ser un calvario para Jean. Que lleguen a pensar que eres una asesina. Qué complicada historia de novela.

—Pues aún se complicó más la historia de novela. Se complicó bastante más.

—Pero ¿qué más podía pasar?

—Resultó que Bern guardaba un gran secreto.

—¿Un secreto?

En ese momento, la enfermera asomó su cabeza por la puerta. Inma ya sabía el protocolo a seguir, sin que la mujer dijera una sola palabra: tocaba despedirse, y dejar descansar al paciente. Y así lo hacía, solo que la obediencia duraba poco. Muy poco. Inma salía de la habitación con cara de resignación, bajaba a la cafetería durante ocho o diez minutos, y luego regresaba al pasillo de la habitación de Pelayo. Ahí cumplía la espera acechante de poder introducirse de nuevo furtivamente en la 109, que tenía vistas al dorado Hollywood.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 9 de mayo de 2007

La verdad del bígamo

Inma llegó a la puerta de la cafetería, pero no llegó a entrar. Estaba alterada por la curiosidad. ¿Qué secreto tenía el marido de Jean? Quería saberlo cuanto antes. Se dio media vuelta, y regresó a los ascensores. Con un poco de suerte podría volver de inmediato a la habitación de Pelayo.

—Pues sí que te has dado prisa, sí. No te ha visto la sargento, ¿verdad?

—No. Soy ya una experta en las entradas furtivas —dijo Inma, forzando una mueca cómica de misterio—. Entonces, ¿qué secreto escondía el marido de Jean? —preguntó con la urgencia de quien ansía retomar de inmediato la narración del suceso misterioso.

—Bern tenía otra esposa a la que cuidaba en secreto.

—¿Era bígamo?!

—En realidad, no. Hacían vida de matrimonio, pero nunca llegaron a formalizar su unión. Ella se llamaba Dorothy Millette, una aspirante a actriz que Bern conoció cuando vivió en Nueva York. Luego, el ejecutivo se trasladó a Hollywood, pero no se trajo a Dorothy con él. Al parecer, ella sufría bastantes trastornos psicológicos, y Bern prefirió dejarla en Nueva York, aunque la seguía frecuentando, y no la descuidaba en la distancia. Bern se ocupaba de que tuviera una espléndida casa pagada por él, y una generosa manutención.

—¿Eso lo sabía Jean?

—No. No lo sabía nadie. Jean, como el resto del mundo, se enteró de la existencia de la otra mujer dos días después de la muerte de su marido. Cuando encontraron muerta a Dorothy Millette en el río Sacramento. Dorothy se había suicidado.

—¡Cielo santo, cuánta muerte! Y lo hizo por el suicidio de su pareja, claro.

—Esa sería una explicación. Quizá la explicación apropiada. Sin embargo, algunos llegaron a pensar que Dorothy pudo ser la asesina de Bern, y que los remordimientos la llevaron luego a quitarse la vida.

—¿Fue su asesina?

—No les pareció una teoría descabellada a los que creyeron que Dorothy no soportó los celos provocados por el matrimonio de Bern con otra.

—Qué historia tan extraordinaria, y tan terrible.

—Terrible sí, extraordinaria, no. Por desgracia, en el Hollywood dorado de aquellos años treinta, las peleas, las orgías y las bodas por contrato o los divorcios por orden de los estudios eran acontecimientos frecuentes. Pero también los suicidios, las muertes extrañas y los asesinatos. No eran algo tan sorprendente. Ocurrían bastante más a menudo de lo que te puedes imaginar.

—Pero si hubiera habido tanta página negra en el mundo del cine, aquello habría sido un escándalo perpetuo.

—Algunos escándalos sí trascendieron. Aunque no fueron muchos, si tenemos en cuenta todo lo que allí sucedía. Piensa, Inma, que todo se puede ocultar o transformar a voluntad si cuentas con el mago necesario. Todo, o casi todo.

—¿El mago necesario?

—El dinero de los poderosos, Inma, el dinero. Y en Hollywood había mucho dinero, y muchos poderosos, sin ninguna duda, con lo que la verdad se escondía, o bien se reescribía, según los intereses o la conveniencia.

—Pero en caso del marido de Jean, sí salió a la luz. El dinero no lo tapó.

—No lo tapó, pero manipuló por completo las consecuencias.

—¿A qué se refiere?

—No sabes la descomunal campaña propagandística que se hizo sobre la impotencia de Paul Bern como razón de su suicidio, abundando, de paso, sobre lo exigente que era Jean Harlow en sus apetitos sexuales. Se repitió hasta la saciedad que Paul Bern había sido incapaz de satisfacer la furia sexual de la Harlow. Hasta contaron que Clark Gable llegó a «pedir ayuda» una noche de pasión sexual con la rubia platino, porque él solo no podía calmar las ansias de su amante.

—¿Y a Jean todos esos comentarios le parecían bien? Yo diría que no. Incluso que le traerían más de un disgusto.

—Lo que más le hubiera disgustado a Jean es que la echaran de Hollywood. Lo que la hubiera hundido es que el público le hubiera dado la espalda por el terrible suceso de su marido. Si el público te da la espalda, las productoras no tienen piedad. Estás fuera del negocio, de un día para otro. En Hollywood el juez es la taquilla, Inma.

—Entonces, ¿salió bien parada Jean? ¿Siguió trabajando?

—Ya lo creo. El atractivo erótico de Jean era su mayor don, y tras el suceso de la muerte de su marido ese don salió fortalecido. Muy fortalecido. Jean se convirtió en el auténtico mito sexual de Hollywood.

—Sigo sin creermelo que Jean no lo pasara mal.

—Yo no he dicho eso, sino que podía haberlo pasado aún peor si se hubiera quedado fuera del juego de las estrellas, si la Metro Goldwyn Mayer la hubiera echado. Pero tienes razón, Inma, yo estuve allí y sé que la Harlow se resintió de aquel golpe.

—Seguro. Menos mal que Conchita la apoyó. La verdad, hay que ser muy valiente para quedarse en Hollywood tras lo sucedido y seguir trabajando allí.

—Jean siguió con su ajetreada vida. Tras la muerte de su marido, tuvo una aventura con un famoso boxeador de la época, Max Baer, que estaba casado. La mujer del púgil amenazó a los estudios con contar a la prensa que se separaría de su marido por culpa del mito platino, así que la Metro Goldwyn Mayer casó a Jean con el cineasta Harorld Rosson.

—Ya, no me lo diga, otro matrimonio por contrato.

—Claro. Pero a los siete meses ya dejaron que la Harlow se divorciara. Había pasado el peligro del escándalo del boxeador.

—No termino de entenderlo. Me dice que cuando se suicidó su marido fueron los propios estudios los que pregonaron a los cuatro vientos la fama de fiera sexual de Jean, entonces, ¿por qué no iba a ser peligroso que mantuviera un romance con el boxeador?

—Por el estricto código ético que las productoras de Hollywood vigilaban con enorme recelo. Pura hipocresía y puro negocio. Una estrella de Hollywood podía hacer papeles de vampiresa, de infiel, de *sex simbol*, y de lo que a los guionistas se les antojara, pero en su vida privada jamás podía mantener una relación con un hombre casado. O, por lo menos, no podía trascender al público. Si se llegaba a saber, habías cavado tu propia tumba. ¿Por qué? Porque a la puritana sociedad norteamericana no le habría gustado. Y la sociedad y el público, mandan. La taquilla manda, ya te lo he dicho. Los ídolos cinematográficos en la pantalla podían hacer de todo, pero en la vida tenían que ser respetables.

—¿Y Jean consiguió ser feliz en el amor? ¿Encontró algún hombre soltero que la hiciera feliz?

—Lo cierto es que poco después se enamoró del actor William Powell, otra de las estrellas de la Metro Goldwyn Mayer y...

—No me diga más, también estaba casado.

—La verdad es que no. William se acababa de separar de Carole Lombard cuando comenzó su romance con Jean.

—Entonces, los estudios la dejaron tranquila con ese actor, supongo. ¿Y se casó con él o se casó después con otro?

—No le dio tiempo.

—¿Cómo dice?

—Con William estuvo como un par de años. Y poco después de romper, mientras rodaba la película *Saratoga* compartiendo cartel de nuevo con Gable, Jean se desmayó en medio del plató. La ingresaron, pero no sobrevivió. Jean murió con solo veintiséis años.

—¡No me diga eso! ¡Si era muy, muy joven! ¿Y de qué murió, tan repentinamente?

—No recuerdo exactamente cómo se llamaba su dolencia. Sé que estaba relacionada con el riñón, y que fue a consecuencia de la escarlatina que padeció cuando era niña.

—Pobre Jean, pobre chica. Entonces tampoco cumplió su sueño de vivir en París.

—Inma, no te entristezcas. Es duro pensar que alguien pierde la vida muy pronto, en medio de la juventud, pero te aseguro que Jean duró veintiséis años, y no vivió en ese tiempo la vida. La devoró. Se puede vivir más en un cuarto de siglo que en un siglo entero.

—¿Conchita pudo acompañar a Jean en sus últimos momentos? —preguntó Inma conmovida, pues iba viviendo la narración de Pelayo como si se tratara de la aventura de una buena amiga suya.

—No. Cuando murió Jean, Conchita se había ido ya de Hollywood.

—¿Ya había vuelto a España, entonces? —preguntó la joven, aún algo ensimismada, sin quitarse de la cabeza la triste muerte de la jovencísima Jean.

—No. No había vuelto a España, todavía. Conchita estaba en Brasil, con su nuevo marido.

—¿En Brasil? ¿Y con un marido? —preguntó Inma, saliendo bruscamente de su cavilación—. ¡Ah, sí! Lo recuerdo, lo ponía en la esquela. Como era... viuda de... ¿de un embajador, no?

—No. Su boda con el embajador Giménez-Arnau tuvo lugar bastantes años después. En 1937, cuando murió Jean, Conchita estaba casada con un actor brasileño. Se llamaba Raoul Roulien.

—¿Con quién? De ese hombre no me ha hablado en ningún momento.

—Porque no creo que tenga gran importancia en la vida de Conchita.

—Se casó con él. ¿Y a usted le parece que no tuvo «gran importancia» en su vida?

—Se casó con aquel actor brasileño por venganza hacia Leslie Howard, que no se divorciaba de su esposa. Se casó para huir del amor por Leslie. Se casó, en fin, para huir de sí misma.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 9 de mayo de 2007

Los matrimonios de Conchita

—Entonces, Conchita se casó dos veces. Primero, con el actor, y luego con el embajador —señaló Inma, haciendo en voz alta una especie de contabilidad nupcial—. La verdad, la había imaginado siempre soltera, siempre independiente.

—Si somos rigurosos, puede que Conchita se casara tres veces.

—¿Tres veces? ¿Tres matrimonios? ¿Por qué dice «puede»? ¿Usted no lo sabe?

—No lo sé con seguridad. Algunos compatriotas de Conchita contaban allá en América que, siendo casi una adolescente, se había casado con el hijo de una gran actriz, pero que el matrimonio no duró porque él salió loco, y acabó internado en un psiquiátrico.

—¿Pues no es poco detalle biográfico! ¿Y Conchita qué decía de eso?

—Yo jamás le oí una sola palabra sobre ese asunto. Si realmente estuvo casada con otro hombre antes que con el actor Raoul, a mí no me lo dijo.

—¿Y usted nunca le preguntó por ello?

—Por supuesto que no. No me pareció en absoluto oportuno. La historia que contaban, de ser cierta, parecía tan triste como malintencionada. Yo no creía que debiera mencionarlo, si ella no lo hacía. Ten en cuenta que Conchita alcanzó muy pronto la fama, que es como decir que fue una envidiada por la vía rápida entre muchísimas compañeras del gremio. En torno a las personas que alcanzan el estrellato siempre florecen las historias, ciertas o no. No se suele llegar a saber del todo si son ciertas, o no, pero desde luego suelen ser siempre dañinas, eso seguro. El tema del marido loco no fue lo más duro que airearon de Conchita.

—¿Qué fue, entonces?

—Algunos de sus propios colegas españoles aireaban que tanto ella como su hermana Juanita eran, en realidad, hijas naturales de un ministro de la dictadura de Primo de Rivera, según un rumor tóxico y muy extendido en la ciudad de San Sebastián.

—¿Y Conchita sabía que decían eso de ella y de su hermana?

—Aquellos que hacen circular ese tipo de historias, quizá infundios, no buscan precisamente la discreción, Inma. Seguro estoy de que ella estaba enterada de lo que iban contando. Pero nunca se manifestó sobre si era verdad o no. Y tampoco dijo nunca nada sobre si esas cosas la herían o no.

—No debe ser fácil mantenerse callada, pasiva y al margen, mientras propagan detalles terribles y calumniantes sobre ti, sin pudor alguno.

—Ese es uno de los precios de la fama —sentenció Pelayo, a modo de despedida del asunto, y bienvenida de otro siguiente—. Como te decía, Inma, Conchita se fue de Hollywood con el actor brasileño Raoul, y de un modo repentino. Se marcharon a París. Conchita viajó hasta allí, contratada por la Paramount, para grabar varias películas. Después, cuando ella tuvo un rato libre, se casaron de forma rápida. Más tarde, ya marido y mujer, se trasladaron a Brasil, la tierra natal de Raoul. Y ahí vivieron y trabajaron juntos un par de años, hasta que se divorciaron. Conchita no quiso seguir más con él.

—Aprecio cierta frialdad en este relato. Cierta frialdad y cierta urgencia.

—Ya te he dicho que yo no creo que ese hombre significara gran cosa para Conchita —abrevió Pelayo—. Después de la etapa brasileña, ella regresó a Europa. Primero recaló de nuevo en Francia, y luego residió en Italia.

—De verdad, Pelayo, va usted contándome estos años de Conchita como si fueran un trámite. Casi como si esta racha de su vida no tuviera interés.

—En lo personal no creo que tenga interés. Sin embargo, en lo profesional sí fue muy interesante.

Mucho. En Francia y en Italia se la rifaban. En sus películas ya era una consolidada costumbre que el nombre de Conchita Montenegro apareciera antes que el título. En esa época, utilizar así el nombre, aupado incluso por encima de la película, como reclamo, pero también como reconocimiento, solo se hacía con ella, con la Garbo y con la Dietrich. No existía éxito mayor. ¿Ves, de nuevo, la relevancia de su estrellato?

—Claro que sí. Pero cuanto más descubro la fama internacional de Conchita, menos entiendo dónde puede estar el motivo misterioso por el que, de pronto, quiso desaparecer, ocultándose de todos, para el resto de su vida. Sí, ya sé..., eso me lo contará a su debido momento. Bien, entonces, siguiendo con su relato, dígame, ¿durante esos años de Conchita, viajando por ahí, perdieron el contacto?

—Claro que no. Conchita y yo mantuvimos una correspondencia constante. ¿No viste cuántas cartas tengo guardadas en el baúl? Todas son de ella.

En efecto, cuando Pelayo le había mostrado las fotografías y los recortes de prensa guardados en su baúl, Inma se había fijado en dos voluminosos paquetes de cartas que venían anudados delicadamente por cordeles de color verde. Eran unos fardos epistolares que el anciano conservaba con mucho cuidado, mientras iba sacando el resto de los recuerdos. Inma quiso pecar de prudente, y al comprobar que Pelayo no hacía mención a esas cartas, ella no preguntó nada en su momento.

—Sí. Claro que vi las cartas. Había muchas, cierto.

—Conchita siempre me tenía al tanto de su vida, y de sus películas.

—Entonces, se escribieron. Pero no se vieron.

—Durante esos casi seis años nos vimos una única vez.

—Vaya, no fue mucho frecuentarse, no.

—Una única cita que resultó magnífica. Memorable.

—¿Y dónde se vieron?

—En Francia, en la Costa Azul. Los estudios me mandaron a Niza, de chico vigía.

—¿Qué es eso de chico vigía? —preguntó Inma, divertida y extrañada.

—Cuando la Metro Goldwyn Mayer tenía miedo de que algún actor se perdiera, o descarrilara, en sus vacaciones y no regresara a tiempo para los rodajes, a veces, me enviaban a mí para que le vigilase. Mi misión era mantener a los estudios al tanto de dónde estaba el sujeto en cuestión en todo momento. Por si había que ir a por él o a por ella, ¿comprendes?

—¡Vaya! ¿Y a quién fue usted a vigilar en Niza?

—A Johnny Weissmüller.

—¿Johnny Weissmüller? ¿El nadador olímpico, el famoso Tarzán?

—El mismo que desviste y descalza —bromeó Pelayo.

—¿A ese atleta también había que vigilarle?

—A casi todos los actores, Inma. Y sin casi. A todos los actores. El caso es que Weissmüller iba a empezar a rodar la tercera, o la cuarta, o la quinta entrega de la película *Tarzán*, no me preguntes exactamente cuál, porque fueron muchas, y no me acuerdo. El asunto es que el actor se fue unos días de vacaciones a Niza, antes del trabajo. Dijo que iba a descansar y prepararse para los rodajes, pero realmente se fue tras la falda de una actriz francesa de aquellas costas.

—Y le mandaron a usted porque temían que no regresara.

—En este caso lo que temían era con quién podía regresar. Weissmüller estaba entonces casado con la actriz mexicana Lupe Vélez. Lupe era su segunda, o su tercera mujer, no estoy seguro, porque Weissmüller se casó mucho, unas cinco o seis veces. Lo seguro es que en ese momento la esposa era Lupe. Lupe era una mujer explosiva, de sangre caliente y celos a flor de piel. El matrimonio ya llevaba un tiempo de tensión o alta tensión. Los estudios necesitaban a Weissmüller tranquilo y concentrado en su regreso para el arranque del nuevo episodio del rey de los monos. La Metro Goldwyn Mayer tenía miedo de que el capricho por la francesa llevara al actor a traérsela con él, en su regreso a Hollywood.

Weissmüller era muy capaz de eso. Y a saber de lo que hubiera sido capaz Lupe en tal caso. Por eso fui a Niza, para avisar a la Metro si el romance se convertía en un peligroso paquete bomba en el retorno del actor. Pero no. Weissmüller se portó bien. Se divirtió con la francesa, pero volvió a Hollywood a tiempo y solo.

—Eso, para usted, es el buen comportamiento de un actor casado.

—Mujer, entiéndeme, en Hollywood a eso le llamábamos portarse bien. Y hasta portarse muy bien.

—Sin comentarios. ¿Pero qué tiene que ver el bueno de Weissmüller con su cita con Conchita?

—Gracias a mi seguimiento de Weissmüller hasta Niza, pude coincidir allí con Conchita. Por sus cartas yo estaba al tanto de que ella acababa de llegar a Francia procedente de Brasil. Tras su divorcio, se iba unos días de descanso a la Costa Azul, en ese otoño de 1937. Pocos días, pues enseguida empezaba a rodar una película en París. La telegrafí con la fecha de mi llegada a Niza y pudimos hacer coincidir un único día para citarnos, para vernos. Realmente fue una noche, el rato de una noche. Pero fue un rato que no olvidaré. Conchita estaba invitada a una importante cena en una villa de Niza. Era una cena de gala, con invitados de relevancia. Me dijo que tenía que asistir con su amigo el cónsul adjunto de Chile en Niza y que tendría poco tiempo para verme. Aun así me dio la dirección de la magnífica mansión. Yo abandoné la vigilancia de Weissmüller por unas horas y, tal y como habíamos acordado, la esperé en la parte trasera de la finca de la villa. Ella se escapó un buen rato de la velada solo para verme. Fue emocionante. Conchita estaba tan radiante, tan esplendorosa, con su vestido añil bordado con pequeñas flores plateadas.

—¿Después de tanto tiempo se acuerda usted perfectamente de cómo iba vestida?!

—Fue una noche, o parte de una noche, memorable para mí. Yo coloqué mi abrigo a modo de alfombra y allí, en el mismo jardín de atrás de la villa, escondidos tras unos frondosos rosales, estuvimos sentados, charlando y riéndonos casi una hora. ¿Cómo quieres que olvide cómo iba vestida, si estaba tan preciosa?

—¡Pero es que usted se acuerda hasta de que su acompañante era que un cónsul! Me parece impresionante.

—Exactamente era el cónsul adjunto de Chile en Niza y se llamaba Ernesto Keller.

—Resulta increíble que recuerde también su nombre.

—Tiene una explicación. Mientras estábamos juntos, escondidos en el jardín, nos imaginábamos a aquel diplomático desesperado buscándola por el interior de la villa. Por eso no se me ha olvidado su nombre, pues nos reímos muchísimo Conchita y yo pensando en lo que diría el tal Ernesto Keller si supiera dónde andaba la Montenegro —comentó Pelayo, divertido.

—¿Y esa fue la única vez que se vieron en tantos años?

—Así fue. La única vez.

—¿Entonces, menos esos viajes relámpago de chico vigía, usted se quedó en Hollywood?

—Me quedé en Hollywood. Así es. De hecho, te interesará saber que fue durante aquel tiempo cuando trabajé en *Lo que el viento se llevó*, la película basada en la novela que a ti tanto te gusta.

—¿De verdad?!

—Sabía que ese tema te iba a interesar.

—¡Por supuesto! Recuerdo que dijo que había estado presente durante el rodaje, pero no que además hubiera trabajado en la película. ¿Y qué era lo que hacía usted en esa película? ¡No me vaya ahora a decir que sale de actor secundario en *Lo que el viento se llevó* y yo no le he reconocido! —exclamó Inma, abriendo mucho los ojos y escudriñando los rasgos del anciano en busca de un rostro reconocible.

Madrid, hospital La Paz. Miércoles, 9 de mayo de 2007

Vivien Leigh y el electroshock

—No, Inma, no. Lo de ser actor nunca me atrajo. Quizá porque conocí a los actores demasiado bien. Quizás porque me sabía incapaz de llegar al fondo de su mundo, y por lo tanto a su cima. O quizás, simplemente, porque yo no tenía talento para eso. Yo trabajé en muchas cosas, como ayudante de carpintero junto a mi padre, después como regidor, como auxiliar de plató o del departamento en el que me necesitaran. Hasta llegué a ser ayudante de guion. Y, por cierto, hablando de guiones...

—Sí, sí. Ya sé. Tiene usted toda la razón. Toda la razón. Se lo prometí, y aún no le he traído ninguno de mis relatos para que los lea, lo sé. Lo haré. De verdad. Pero, volviendo a su trabajo en *Lo que el viento se llevó* —retomó excitada el tema—, me parece ¡una pasada! Déjeme que se lo repita: ¡una pasada! Hablamos de una de las películas más famosas de la historia del cine. Y usted, Pelayo, usted, que está aquí conmigo, trabajó en ella. ¡Es alucinante! ¿Y entonces cuál fue su trabajo exactamente en la película?

—Primero fui auxiliar en el *casting*. Se eternizó aquello, porque se hicieron pruebas a muchísimas actrices. Fue el primer *casting* multitudinario en la historia de Hollywood. Después, una vez elegida a la protagonista, Vivien Leigh, me encargaron que la ayudara.

—¿Qué tenía que hacer?

—Tenía que ocuparme de que no le faltara nada de lo que pudiera necesitar. Yo estaba a medio camino entre un ayudante personal y un chico de los recados. Me ocupaba de todo, o de casi todo. Desde que Vivien llegara puntual a los rodajes hasta que no le faltara su champú favorito.

—¿Y de verdad Vivien Leigh era tan insoportablemente caprichosa en la realidad como en su personaje de Escarlata O'Hara?

—¿Eso es lo que se dice de ella?

—Yo lo tengo bastante oído.

—Pues es rigurosamente falso. Vivien era una mujer muy dulce, y muy profesional. Lo que pasaba es que tenía..., bueno, tenía problemas.

—¿Problemas? ¿A qué tipo de problemas se refiere?

—Ahora llamarían a lo suyo trastorno bipolar. Pero en aquella época no tenían muy claro lo que le pasaba a Vivien. La trataron con fuertes descargas de electroshock. Muchas veces. Lo pasó francamente mal.

—¡Electroshock, qué espanto!

—Además, ten en cuenta que obtuvo el papel con el que muchas de las más grandes soñaban. La crueldad de las no elegidas acorraló durante un largo tiempo a Vivien. No la dejaban en paz.

—Qué selva era Hollywood, Pelayo. Y qué gentes sin piedad. ¿Y con Gable y Leslie Howard también tuvo usted que desempeñar algún trabajo en la película?

—Con ellos, directamente, no tenía una faena asignada. Pero, claro, al estar por allí, sí que realicé algunas tareas puntuales, tanto para el uno como para el otro.

—Lo que es la vida. Mientras Conchita se alejó de Hollywood para olvidar a Leslie, a usted le tocó estar todo el día trabajando cerca de él.

—Sí, a veces el destino deja una propina de ironía.

—Debió de ser duro para usted.

—Pero luego llegó el momento en que volvimos a vernos, y volvimos a trabajar juntos.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿En Hollywood de nuevo?

—En 1941. El año no puedo olvidarlo, porque fue cuando Conchita regresó a España, su patria, que

ahora ya es la mía, y entonces yo decidí venirme también a vivir a Madrid.

—¿Usted se vino de América a vivir aquí por ella?

—Por supuesto. Qué mejor lugar en el mundo, para mí, que estar donde estaba Conchita. Además, mis padres ya habían fallecido. En Hollywood ya no me quedaba nadie a quien amar, en ningún sentido.

—Y entonces Conchita y usted retomaron el trato como antes, como en Hollywood.

—Ella misma me consiguió trabajo en la industria del cine español en cuanto llegué. Conchita era un figurón. Era la estrella de cine más internacional que tenía el país, y usó sus contactos para colocarme en Madrid. Sí, estábamos muy unidos pero, aquí en Madrid, nuestra relación transcurrió de manera diferente a la época de Hollywood.

—¿En qué sentido fue diferente?

—En Madrid, Conchita se movía en unos círculos sociales de muy alto copete, yo a ella la frecuentaba mucho sí, pero solo en el ámbito del trabajo. Yo no iba a su casa, por resumirlo rápido y claro. Pero en todas las películas que grabó en España volví a ser su «escudero», como ella me llamaba.

—Entiendo. Aquí en España les separaban los distintos rangos sociales.

—Ten en cuenta que en Hollywood todo era más arbitrario. Todos estábamos más mezclados, todo era más dorado y todos éramos más jóvenes. El Madrid de los años cuarenta, que es el Madrid del que te hablo, era un oscuro Madrid de posguerra, difícil y antiguo. Un Madrid de diferencias sociales, sí. Aunque Conchita siempre me trató con la misma cercanía de siempre y con el mismo cariño. Piensa que ella era una gran diva, mientras que yo seguía siendo un humilde auxiliar de lo que me mandaran. Pero ella siempre quiso que estuviese a su lado en todos los rodajes. Y yo, tan feliz de hacerlo. La acompañé desde la primera película que rodó en España a su regreso, *Rojo y negro*. A su lado estuve después en el rodaje del filme *Boda en el infierno* y también en el de *Aventura*, película en la que conocí a la singular María Asquerino. Y con Conchita estuve cuando trabajó con Ismael Merlo en la película *Ídolos*. Me mantuve trabajando a su lado en todas sus películas españolas, incluida la última, *Lola Montes* donde lució espectacular con todos los trajes que Cristóbal Balenciaga hizo para ella. Además, *Lola Montes* fue una película que curiosamente cierra un círculo del destino, o el azar, con la vida de Marlene Dietrich.

—¿Marlene? ¿Qué tiene que ver ahora Marlene Dietrich?

—La primera película de Conchita, como protagonista, fue *La femme et le pantin, La mujer y el pelele*, en español. Se rodó en París, en el 1928, y catapultó a Conchita a Hollywood. Una película que fue toda una provocación, y un escándalo, porque Conchita salió completamente desnuda, ¿recuerdas?

—Recuerdo perfectamente.

—Pues de esa película se hizo luego, en 1935, otra versión, que se titulaba *El diablo era mujer*, y la protagonizaba Marlene Dietrich. Bien. Pues aún más adelante, el círculo del destino se cierra cuando Conchita interpreta, en 1944, a la famosa cupletista Lola Montes, en una película que se titula así, *Lola Montes*. Hace Conchita, ahí, el mismo papel con el que Marlene Dietrich se estrenó como protagonista, en 1930, en la cinta *El ángel azul*, que fue una revolución porque Marlene enseñaba los muslos desnudos, impúdicos y desafiantes. Parece como si ambas actrices se persiguieran y replicaran en las películas y en las provocaciones.

—Es muy llamativa la casualidad, o el azar, o el destino, o la suerte, o como usted quiera llamarlo, Pelayo.

—Lo cierto es que da igual cómo lo llames. Todo es lo mismo. La vida, que acaba teniendo un afán concéntrico.

Pelayo, tras aquella frase, que sonó con prestigio de sentencia, se quedó unos segundos en un apenado silencio.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se ha puesto triste?

—Pensaba esa última película, *Lola Montes*, y en lo que ocurrió durante el rodaje. Conchita me necesitó entonces más que nunca.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Ocurrió que Leslie Howard regresó a la vida de Conchita Montenegro.

—¿¿Cómo?! ¿Se volvieron a reunir?

—Sí. Y aquel reencuentro fue definitivo para los dos. Definitivo —recalcó Pelayo—. Lo que ocurrió con Conchita y con Leslie cuando volvieron a cruzar sus vidas no lo mejora ni el guion más temerario del cine dramático. Seguro que conoces la frase manida de que «A veces la realidad supera a la ficción». Igual me abarata utilizarla, pero en el caso de Conchita y Leslie lo hago, porque se cumple al pie de la letra: la realidad superó a la ficción. Sí. Desmedidamente.

Con aquel reencuentro llegó la alegría. Y llegó la tragedia.

Madrid, viernes 21 de mayo de 1943

Mi querida hermana Juanita:

Parece que tuviéramos el destino en contra, porque cuando se cumplen los momentos más importantes o decisivos de mi vida, tú estás lejos. Te preferiría en Madrid, pero qué se le va a hacer. Me pesa en el alma no tenerte aquí para compartir contigo mi gran júbilo. Mi gran júbilo, sí, Juanita. Mi enorme alegría. Mi mayor ilusión. Mi total entusiasmo. La mejor noticia de mi vida.

Aquí va, Juanita: Leslie ha venido a Madrid. Leslie ha regresado a mí, y nos estamos viendo. Leslie, al fin, Leslie, después de ocho años sin él.

Está resultando todo bastante complicado, pero muy apasionante.

Él debe acudir a los actos y las fiestas convocadas en su honor. Yo asisto también, pero en calidad de antigua amiga, de compañera del cine. Entonces, debo limitarme a resultar superficial con naturalidad. Ya sabes, hay que gastar de esa superficialidad tan eficaz en las fiestas, con algo de astucia, y algo también de hipocresía. Pero, después, a solas, me libero de la apariencia.

Después, a solas, en la clandestinidad de nuestros encuentros furtivos, me disfrazo para pasar inadvertida. Y así soy yo de nuevo. Cuánta razón tenía Virginia Woolf al asegurar que la ropa cambia nuestra visión del mundo y la visión que tiene el mundo sobre nosotros. Después, a solas y disfrazada, soy al fin yo misma, la mujer más dichosa del mundo.

No me preguntes por mi pretendiente Ricardo. Aún no. Tengo muchas dudas, pero sobre todo tengo una ilusión: volver a ser una mujer enamorada. Una mujer plenamente enamorada.

Te quiere tanto,

Conchita

Madrid, residencia de la Montenegro. Sábado, 22 de mayo de 1943

Las escapadas misteriosas

La doncella estaba completamente desconcertada. La señora se manejaba con un muy extraño comportamiento, que se había hecho costumbre sorprendente, durante dos semanas largas, o más. En los primeros días, la señora se mostró muy alterada, pero luego, en los días siguientes, el asunto se enrevesó más todavía. Porque la señora empezó a desaparecer.

Se iba horas enteras sin dar noticia de su paradero y regresaba igualmente, sin decir nada. Eso no era en absoluto normal en ella. Muy al contrario, era alarmantemente anómalo. La señora siempre tenía a María al corriente de sus salidas, sus eventos, sus horarios de rodaje, sus compromisos, y sus caprichos, incluso. María se ocupaba a diario de todas las necesidades de su señora. Obviamente, la casa incluía otro personal de servicio, pero María se encargaba de atender las exigencias más personales de la actriz. Bien informada de los horarios y menesteres de la señora, María podía adelantarse, y organizar sus necesidades o requisitos. Que hoy la señora tiene cena y deberán estar listos varios vestidos de gala para que la señora pueda escoger. Que hoy vienen a merendar las señoras del club, y habrá que preparar el servicio de café de La Cartuja, porque es el más abundante. Que hoy no se puede despertar temprano a la señora, porque el rodaje de ayer terminó tarde, o tardísimo. Que hoy el desayuno habrá de ser más consistente, porque la señora no va a tener tiempo para comer. Que hoy hay que poner doble ración de sales en su baño, porque luego hay sesión de fotos. Que hoy esto, que hoy aquello, que mañana lo mismo de anteayer. María siempre sabía qué era lo que tocaba cada día, avisada invariablemente por la señora, con la antelación suficiente, o sobrante, incluso.

Sin embargo, esas dos últimas semanas, esos últimos días, María se sentía muy perdida. La señora había salido de la casa en numerosas ocasiones sin prevenirla nunca. No le decía nada. Y tras regresar del rodaje de la película, volvía a marcharse con indescifrables urgencias. Con aquel comportamiento enigmático, silencioso, casi subrepticio, de la señora, María no podía cumplir su tarea bajo la perfección natural de siempre, porque le pillaban de sorpresa las salidas de la señora, y de sorpresa también los regresos. María no sabía dónde iba la actriz, ni tampoco con quién se reunía, pero estaba segura de que no era con ninguna de sus amistades habituales, ni tampoco con su importante novio, don Ricardo Giménez-Arnau. De ser así, María lo habría sabido. Claro que lo habría sabido.

Iban resultando, sin embargo, unos días muy alocados, cuando lo previsible era lo contrario, una racha de plácidas fechas. La actriz acababa de empezar el rodaje de su película *Lola Montes*. Conchita Montenegro defendía siempre la costumbre innegociable de no alternar jamás en las dos primeras semanas de rodaje. Jamás. Sostenía que en los quince días de arranque de toda película era cuando nacía dentro de ti el personaje, ese era el tiempo que tenías para el gran parto cinematográfico. De manera que esas dos semanas primeras se consagraban rigurosamente a la película. Todo el tiempo era entonces ese tiempo. Esa era siempre la norma fija y convencida, la ley de oficio que ella se imponía. Y ahora la actriz estaba destruyendo por completo su propia premisa inquebrantable.

Al principio, tal desorden no solo desorientó a María, llegó también a preocuparla. Sin embargo, la doncella apreció que, aunque la señora se conducía de manera tan anómala, también se mostraba feliz. Se mostraba muy feliz. En esos días, la señora estaba jovial, alegre, radiante. María podría llegar a asegurar que, por primera vez desde que empezó a trabajar para ella, la había visto verdaderamente dichosa. ¡Por primera vez! Conchita Montenegro, la Montenegro, parecía otra.

La señora estaba acostumbrada a una vida social muy intensa, en ese arte del trato de gentes siempre mostraba su aspecto más fascinador. Era difícil que los demás adivinaran el velo de amargura que asomaba siempre en el rostro de Conchita Montenegro, cuando se quedaba a solas. Pero María conocía

bien ese rescoldo de desilusión, melancolía o desgaste que tenía un íntimo sitio antiguo en el espíritu de la actriz. Y ese rescoldo dañino había desaparecido por completo en las últimas dos semanas atípicas e inexplicables, de momento. Estaba claro que la señora ocultaba algo. María no alcanzaba a imaginar de qué pudiera tratarse, pero aquel misterio estaba resultando benéfico, prodigioso casi, inaugural. La señora vivía inusualmente feliz. Y esa felicidad tenía a María contenta, aunque desconcertada en la ignorancia. La señora había liberado un mal remoto y profundo, eso seguro.

Pero era su alegría un enigma.

Madrid, glorieta de Bilbao, buhardilla de Inma.

Miércoles, 9 de mayo de 2007

Nunca quinientas noches

Inma se sentaba a menudo en el suelo del altillo de su buhardilla, soltaba los pies por los huecos de la baranda de madera que daba seguridad al espacio, y dejaba que sus piernas colgaran alegres al vacío. Le gustaba colocarse así: las piernas flotando en el aire, y la cabeza apoyada por encima de la barandilla. Asomada de esa forma al salón que había en el piso inferior, sentía como si estuviera en una casa colgada de un árbol. Un buen sitio para relajarse. Un buen sitio para pensar. De fondo, nacía de un reproductor una canción de Joaquín Sabina.

Había llegado ciertamente abrumada del hospital. En las últimas horas, Pelayo había puesto al relato una intensidad casi extenuante. Parecía como si al anciano le hubiera invadido una urgencia inaplazable en acelerar la historia de su amada. El relato había alcanzado un reprís de vehemencia. Inma estaba convencida de que esas súbitas urgencias brotaron justo después de que ella le hiciera entrega del antiguo clavel de Conchita. Pelayo siempre se condujo como un entusiasta de la historia de la actriz, pero en este día había amontonado rápido las referencias, los acontecimientos, las fechas, casi sin respirar. Fue tal el acelerón de novedades que Inma sospechaba que algún detalle, o varios, se le habían perdido en la escucha, por otra parte atentísima y embelesada.

Respiró profundamente desde su barandilla de árbol ilusorio. Pensó en el gran personaje que había resultado Pelayo. Era increíble cómo en apenas unos días, un completo desconocido, como él, se había convertido para Inma en un pilar tan sólido, íntimo e irremplazable. En esas reflexiones navegaba cuando se abrió paso en sus oídos aquel estribillo de la canción canalla de Sabina, que bailaba el desamor con brinco rumbero: «Tanto la quería que tardé en aprender a olvidarla diecinueve días y quinientas noches».

Gracias a Pelayo, era más que probable que Inma invirtiera en la tarea de olvidar a Marcos solo diecinueve días, y nunca quinientas noches. Lo pensó convencida. Tan convencida como satisfecha.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace dieciocho días

Inma se encontraba esperando al otro lado de la puerta de la habitación 109. Cuando llegó, la enfermera sargento estaba en la faena de cambiar las sábanas a la cama de Pelayo. Con una única seña casi marcial, la sanitaria le apuntó a Inma que debía aguardar fuera.

Inma había acudido al hospital más temprano que nunca. Ante el aluvión desbordado de episodios que Pelayo le regaló en la víspera, a propósito de la biografía fabulosa de Conchita, la joven buscó regresar con el tiempo máximo. Había ganas, había urgencia.

El día anterior, el anciano le había contado, en la ráfaga rápida de unas cuantas horas, la partida apresurada de Conchita de Hollywood, los matrimonios de la actriz, las maledicencias malignas de algunos compañeros, el trabajo de Pelayo con Vivien Leigh, el triunfal regreso a España de Conchita como una diosa de Hollywood. Hasta detalló sus películas en el Madrid de posguerra. El anciano solo se detuvo por orden y mando de la enfermera sargento que señaló lo de siempre, como una profesional de la antipatía: las horas de visita habían terminado hacía rato.

Pelayo había dejado el relato en un momento inquietante. Muy inquietante. Se trataba del reencuentro de Conchita y Leslie Howard en Madrid, un reencuentro determinante para los dos, había adelantado Pelayo. Inma estaba deseando que le explicara qué fue lo que ocurrió cuando volvieron a reunirse. Pero, antes, quería preguntarle por otro asunto. Porque había quedado contrariada, y confusa, tras una frase que el anciano había dejado caer en la sesión anterior. La joven le había dado muchas vueltas desasosegadas a aquella frase durante la noche.

La enfermera salió de la 109, con lo que se levantaba el veto para visitas.

—Buenos días, Pelayo —saludó alegremente, entrando en la habitación.

—Buenos días, Inma. Qué bien que hayas venido hoy tan temprano. Tengo mucho que contarte. Estábamos en la llegada de Leslie a Madrid...

—Sí, sí, estoy deseando que me lo cuente —le interrumpió Inma—, pero antes de llegar a un momento de tanta trascendencia, déjeme que le haga una pregunta.

—Como quieras, Inma.

—Hay un asunto anterior que no me cuadra y que casi me desveló anoche.

—¿Cuál es tu pregunta?

—¿Conchita era cobarde?

—¿Cobarde?

—Cobarde, sí.

—En absoluto. Creo que con lo que ya sabes de su biografía ajetreada es suficiente para que tú misma hubieras respondido a esa pregunta. ¿Pero por qué me preguntas eso ahora?

—Ayer, cuando me contó cómo Conchita abandonó repentinamente Hollywood para casarse con el actor brasileño, porque Leslie no terminaba de divorciarse, usted dijo que Conchita «Se casó para huir de sí misma». Literalmente. Y eso solo lo hacen los cobardes.

—Inma, Inma, la cobardía y la valentía pueden convivir en algún momento, en la vida. Al igual que nada es solo blanco o solo es negro, tampoco nadie es solo valiente o solo cobarde. Conchita cumplió sus huidas, sí, y padeció sus miedos, también. Sin embargo, era lo que cualquier mortal distingue como una persona con coraje, como una persona valiente.

—¿Miedos? ¿Dice miedos? ¿A qué le tenía miedo?

—Yo creo que, al principio, le tuvo miedo al amor, y después al desamor. Pero, antes y por encima de todo, tuvo un miedo muy concreto, muy acentuado. Había algo a lo que le tenía terror.

—¿Terror? ¿A qué podía tenerle terror?

—Te contaré cómo me enteré yo de qué le causaba a Conchita verdadero pánico. —Pelayo se incorporó un poco más en la cama, igual que hacía cuando se adentraba en lo más importante o emocionante de su relato—. Hay que remontarse al principio. En concreto, a las pocas semanas de la llegada de Conchita a Hollywood. Yo ya me empleaba como su «escudero», y por tanto iba a todas partes con ella.

»Un día le dieron aviso de que la esperaban en los comedores de los estudios. La había citado Louella Parsons, que quería hablar con la nueva actriz española que tanto revuelo había formado por negarse a besar a Clark Gable.

—¿Quién era Louella Parsons? Louella —repitió despacio Inma—. Suena a nombre de la malvada de un cuento de Walt Disney.

—No te equivocas mucho. Quita lo de Disney, y quédate con lo de malvada. Louella Parsons era una de las personas más influyentes en Hollywood, y también de las más crueles. Fue la primera columnista de espectáculos estadounidenses. Ella escribió la primera columna de chismes en 1924 para el *Chicago Record Herald*. De allí se trasladó a Nueva York, y finalmente desembarcó en Hollywood. El mundo del cine y su farándula abrían un paraíso de posibilidades para Louella. Además, contaba con la bendición del todopoderoso Hearst, que incluía en esa bendición el agradecimiento. Louella había escrito de Marion Davies, la amante de Hearts, recomendando a los lectores que debían «darle una oportunidad a esta chica», en contra de la mayoría unánime del resto de los críticos del gremio, que vieron en Marion más peluquería que talento. Marion fue una privilegiada, en la pluma de Louella, que era una pluma homicida para los artistas, en general. A Louella en Hollywood la odiaban, pero sobre todo en Hollywood la temían. Escribía en *Los Ángeles Examiner*, y su columna llegó a aparecer en más de seiscientos periódicos de todo el mundo. Sus chismes sobrepasaban la clientela de veinte millones de personas. Imagínate su influencia. Sus palabras en su columna o en su programa de radio, porque también hacía radio, podían consagrar a un actor en dos o tres semanas, o destruir su carrera, en el mismo tiempo. No había voz más poderosa que Louella, y había que ser muy astuto para no contrariarla. Obviamente, aconsejé a Conchita el encuentro, sin rechistar.

—Vaya con la Louella. ¿Y qué quería de Conchita? ¿Sacar algún chisme de su vida?

—No. Quería invitarla a una fiesta.

—No parece esa una propuesta peligrosa.

—Claro que sí, ingenua Inma. Las fiestas, para Louella, eran un modo de descubrir secretos y confidencias. Tras varias, o muchas, o muchísimas, copas de champán, los actores y las actrices suelen soltar con facilidad la lengua, sobre todo si se habla sobre el resto de actores y actrices. A veces, hasta largan sobre sí mismos. Y como nadie se atrevía a rechazar una invitación de Louella, el festín de los chismorreos era cosa segura. Recuerda que Conchita era una recién llegada a Hollywood que había levantado todas las habladurías por no besar al Orejas. Podía ser una nueva presa codiciada, y cotizada, para la columna de Louella. Se entiende que la columnista quisiera conocerla. A pesar del riesgo, Conchita tenía que ir. La negación era un peligro aún mayor.

—Perdóneme, Pelayo, ¿pero qué tiene que ver todo esto con el miedo o el terror de Conchita?

—Tiene todo que ver. Si eres un poco paciente, lo verás.

—De acuerdo, perdón, ya me callo —dijo Inma, marcando un gracioso mohín escolar.

—Yo mismo acompañé a Conchita a los comedores en busca de Louella. La cronista esperaba solitaria en una de las mesas de esquina, mientras tomaba un té. Conchita se acercó a su mesa y se presentó. Yo me quedé en la mesa que había detrás, para no perderme detalle, y para que ella se sintiera arropada.

—Y entonces la malvada invitó a Conchita a su fiesta.

—Sí, pero no era una fiesta cualquiera. A Louella se le había ocurrido hacer una fiesta de disfraces.

—Bueno, esas son fiestas habituales. Imagino que en aquella época también. ¿Por qué dice que no era una fiesta cualquiera?

—Por la especial temática del evento.

—¿Cuál era el tema de los disfraces? —preguntó Inma intrigada.

—A la fiesta había que ir disfrazado de tu peor enemigo.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

El disfraz

Inma se quedó meditando unos segundos sobre la propuesta exótica y envenenada de la fiesta de la cronista.

—Era lista, esa Louella, muy lista —afirmó.

—Era muy lista y era muy retorcida. Sabía de la perniciosa atracción que sentían los actores, o las actrices, sobre todo, por burlarse de sus más destacados rivales. Louella sabía que una fiesta también puede ser un ajusticiamiento, porque los artistas tienen a menudo el vicio de hablar mal de los colegas de gremio. Basta con invitarles a una juerga, con invitarles a un disfraz de enemigo. Louella sabía que en el alma ególatra de tantos artistas suele vivir un profesional de la envidia. Y este aparece en cuanto se toman algunas copas de más.

—¿Y de quién se disfrazó Conchita? A ella la envidiaban muchas, pero, que yo sepa, Conchita no consideraba a ninguna especialmente su enemiga, ¿verdad?

—Conchita se disfrazó de sí misma.

—¿Cómo dice?

—Se disfrazó de ella misma, pero caracterizándose de mayor, con arrugas y pelo canoso.

—¿Y por qué hizo eso? —preguntó Inma, contrariada.

—Porque para Conchita su peor enemigo era la edad.

—¿Pero qué dice?! Conchita ya pensaba en eso con... ¿cuántos años tenía cuando fue esa fiesta?

—Dieciocho años.

—¿Y con dieciocho años ya le tenía miedo a envejecer?!

—Miedo es poco. Le tenía terror.

Inma guardó silencio. De pronto, todo cobraba sentido. De pronto, había descubierto el gran secreto de Conchita Montenegro.

—¡Claro, y por eso dejó el cine! —exclamó Inma ante la revelación aún vibrante—. ¡Por eso se ocultó de pronto de todos! ¡Por eso se escondió para siempre! —continuó Inma, eufórica ante el descubrimiento—. Conchita no quería que la viesan envejecer y finalmente hizo como Greta Garbo. Se retiró muy pronto, prontísimo, para que todos la recordaran eternamente joven. Ni la Garbo ni Conchita podían soportar que el paso de los años arruinara su imagen de divas del cine en su momento de esplendor. Lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Debe de ser muy duro tenerlo todo: juventud, belleza y fama, y que los años te conviertan en una vieja gloria pasada de moda.

Inma respiró hondo. Ahí estaba el motivo por el que la actriz quiso desaparecer durante sesenta y tres años. Ahí estaba el motivo por el que con solo treinta y dos años y en lo más alto de su carrera, Conchita Montenegro se alejó de todo lo que tuviera que ver con el cine y con el público y con la prensa. Al fin Inma hallaba una explicación para la enigmática desaparición de la Montenegro. Ahora, al fin, Inma ya entendía por qué a Conchita la habíamos borrado de nuestra historia, cuando había llegado a la cumbre de la gloria, al podio mayor de la fama. Tantos años de desaparecida acaban borrando cualquier huella.

—Parece, Inma, como si te hubieras quedado por fin tranquila.

—Pues sí, Pelayo, me quedo más tranquila, porque en todo este tiempo no podía entender cómo Conchita había renunciado de pronto a todo. Le he dado mil vueltas, y no encontraba una respuesta convincente. Y ahora lo entiendo. No lo comparto, pero lo entiendo. El miedo a envejecer, el temor a que tu deterioro físico sea un espectáculo público, puede llevarte sin duda a esa decisión. Mejor ahorrarse ese infierno. Lo hizo la Garbo, lo hizo ella. Lo entiendo, claro que sí.

—Ya veo.

—Pelayo, que le conozco. ¿A qué viene ese «ya veo»?

—Quizás tengas razón en lo que dices, Inma. De hecho, lo que razones tiene mucho sentido. Mucho.

Pero aún no conoces la historia completa de Conchita.

—¿Qué quiere decir? ¿Todavía ocurrieron más cosas que la motivaron para desaparecer del mundo?

—Antes de asegurar la causa del retiro de Conchita, tienes que escuchar lo que pasó cuando se reencontró con Leslie Howard.

Inma se quedó desconcertada. Y entonces recordó la frase que había dicho Pelayo el día anterior: «Con aquel reencuentro llegó la alegría y llegó la tragedia». La tragedia, se repitió Inma para sí misma. La tragedia. ¿Qué tragedia?

Madrid, parque del Retiro. Domingo, 23 de mayo de 1943

Huidos de la fama

En un Madrid absurdo, herido y hambriento, había también sitio para el despilfarro, el teatro, la juerga. Y en ese Madrid se le había preparado a Leslie Howard una fiesta de homenaje y agasajo. Se trataba de una velada de cócteles locos y bailes flamencos, donde en torno al actor se reunirían diplomáticos, políticos, militares y hasta condesas de dudoso postín.

En las horas previas a estos lujos previstos, Leslie y Conchita se disfrazaron de amantes en el parque del Retiro. Conchita iba embozada con un abrigo y sombrero de caballero, que era un préstamo de Pelayo, y Leslie iba vestido de sí mismo, con su impecable porte aristocrático.

Eran dos huidos de la fama que se besaban tras el escudo de las nostálgicas ruinas de la ermita de San Isidoro. El beso, los besos, eran besos doblemente, pues prosperaban bajo el rigor de lo furtivo.

—No te vayas, Leslie. Sigue besándome, y no te vayas. No te vayas nunca —rogó Conchita, dejando entreabiertos sus labios incitantes—. Óyeme, nunca.

—Mi hermosa Conchita, mi nereida española —susurró Leslie, y volvió a besarla—. No me lo pongas difícil. No me lo pongas todavía más difícil. Sabes que mañana debo marcharme a Portugal. No tengo ningunas ganas, pero regreso en breve. Estoy de vuelta enseguida. Lo sabes. Ya queda poco para que no vuelva a irme. Muy poco. Pasaré una semana en Lisboa, y después, el martes 1 de junio, cojo un vuelo de regreso junto a ti. Y de regreso para siempre.

Conchita fijó la mente en aquel día, el 1 de junio. Una fecha que había maldecido, despreciado y odiado durante muchos años. Una fecha, ese 1 de junio, que ahora se le antojaba el inicio del calendario de la plena felicidad.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

La misión secreta de Leslie Howard

—Que te cuente lo que pasó cuando se reencontraron, me dices. Pues pasó de todo, Inma. Y también se dijo de todo. Se dijo que Leslie Howard era un espía británico que utilizó a Conchita para conseguir reunirse con Franco. También se llegó a asegurar que el verdadero motivo de la llegada de Howard a Madrid era el rodaje de una película sobre Cristóbal Colón, para la que él mismo buscaba financiación en una coproducción hispano-británica. Y luego estaba una versión más poética, digamos, que fijaba la presencia del actor en la capital de España para dar unas charlas sobre *Hamlet*, de William Shakespeare. Y por supuesto estaba, finalmente, y como principio de todo, la afirmación defendida por Conchita donde lo importante de aquel viaje de Leslie a Madrid era que había vuelto por ella, y que con ella iba a quedarse para siempre.

—¡Pelayo, tiene que ir más despacio! ¡Me pierdo! ¿Cómo que Leslie era un espía? ¿Y Franco que tenía que ver con Conchita? ¿Y lo de la película de Colón era verdad? Y si Leslie vino para estar con Conchita para siempre, ¿eso significaba que había dejado por fin a su esposa? Y a todo esto, ¿no tenía Conchita ya un novio, el novio embajador? Pelayo, no entiendo nada, la verdad.

—Normal que no lo entiendas. Se dijeron tantas cosas al principio, y tantas cosas después, que no había quien supiera con certeza dónde estaba la verdad. Intentaré ser más concreto, a ver si así dejo las cosas más claras. La versión oficial del viaje de Leslie Howard era el compromiso de dar unas conferencias sobre *Hamlet*, primero en Madrid y luego en Lisboa. Y las conferencias las dio, entre otros lugares, incluyendo el Instituto Británico de Madrid. Pero muchos sospecharon, y hasta creyeron, que esas charlas sobre la obra de Shakespeare eran solo la tapadera de su verdadera misión secreta.

—¿Una misión secreta? ¿Cuál?

—Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Leslie Howard mostró abiertamente su apoyo a los aliados. El actor fue muy beligerante y ofreció su ayuda al Gobierno de Winston Churchill para impedir que el nazismo se apoderara de Europa. Leslie utilizó su fama y su prestigio para escribir varios artículos en contra de Hitler, participar en programas radiofónicos y dirigir él mismo varias películas propagandísticas en las que parodiaba a los nazis. Ese afán por combatir el nazismo le llevó a enrolarse en una difícil misión secreta en Madrid. Según la versión de algunos, el actor habría venido aquí como espía del Gobierno británico para convencer a Franco de que se mantuviera neutral en la guerra. Para los aliados eso era fundamental. Y ahí era donde Conchita jugaba un papel fundamental.

—¿Creían que Conchita también era una espía?

—No. Lo que los británicos conocían era que Conchita Montenegro había sido amante de Leslie en Hollywood. Sabían también que en ese momento concreto, en ese año de 1943, Conchita era la prometida de Ricardo Giménez-Arnau, que era un alto diplomático de la Falange, un cargo importante, o mejor importantísimo, en el régimen de Franco. Así, según los seguidores de esta teoría, Conchita se convertía en una pieza fundamental en la partida de ajedrez orquestada por Churchill. Los británicos consideraron que ella podría, a través de su novio, concertar una reunión secreta entre Leslie y Franco para que el actor le convenciese de que España debía quedar al margen de la guerra.

—¿Y realmente Conchita utilizó a su prometido para conseguirle a Leslie esa reunión con Franco?

—Yo eso no te lo puedo asegurar, pero tampoco me atrevo a negarlo. A mí Conchita no me lo reveló y, si fue cierto, entiendo que no pudiera hablar de ello con nadie, ni siquiera conmigo. Todo era muy complicado. Bajo los destellos de las fiestas y el confeti de las recepciones a las que Howard era invitado, había varios extraños personajes infiltrados. Decían, por ejemplo, que Hans Lazar, jefe de la propaganda alemana en España, sabiendo de la debilidad de Howard por las mujeres hermosas, enviaba

exuberantes bellezas a todos los eventos del actor, a ver si le sacaban en el trato alguna información. La estancia de Leslie Howard en Madrid fue objeto de muchas crónicas, pero todas confusas. De esa reunión con Franco se habló tanto que surgió una segunda versión donde se afirmaba que el encuentro entre Howard y Franco no tenía nada que ver con la guerra.

—¿Y por qué otro motivo iba a querer reunirse Leslie con Franco?

—Se dijo que lo que buscaba Leslie Howard era hacer una película sobre Cristóbal Colón. Pero que necesitaba financiación del proyecto, que se había pensado como una gran superproducción. De ahí que quisiera verse con Franco, para hacerle partícipe de ese proyecto cinematográfico y conseguir financiación española. Obviamente, a Franco le iban a dar garantías de que en la película se ensalzaría el papel del descubridor, y muy especialmente la grandeza de España. El papel de Colón lo interpretaría Leslie, Conchita Montenegro sería la encargada de dar vida a la reina Isabel la Católica y el guion lo escribiría, bajo seudónimo, el propio Franco, para que la película quedara absolutamente a su gusto.

—Pero qué me dice.

—No se me ha ido la cabeza, no. Como lo oyes.

—Tenía usted toda la razón al decirme que la realidad superó a la ficción.

—Y no te he contado todavía lo más escalofriante y perturbador de lo ocurrido. Vamos poco a poco, como siempre. Estamos aún en esas dos primeras semanas felices de Leslie en Madrid. Estamos en unos días en los que todos trataban a Howard como la gran estrella cinematográfica que era. Le invitaban a fiestas, recepciones, cócteles, noches de flamenco y tardes de toros. Naturalmente, esas dos semanas fueron maravillosas para Conchita porque había recuperado a su verdadero amor. ¡Le había recuperado después de ocho años sin verle!

»El reencuentro de Conchita y Leslie fue tan extraordinario que a veces le tuve que dejar a Conchita abrigos, gabardinas y sombreros míos, para que se disfrazase. Formalmente se citaban en público por asuntos cinematográficos, pero luego quedaban a solas, a escondidas.

—¿Para qué se disfrazaba?

—Piensa que Leslie era un actor muy reconocido en la calle. Entre otras cosas, por la película de *Lo que el viento se llevó*. Pero Conchita Montenegro aquí era aún más famosa que él. Eran dos superestrellas que tenían que vivir su reencuentro en secreto, ocultándose como dos espías.

—Y dígame, ¿Conchita estaba segura de que el motivo de aquel viaje era exclusivamente el amor hacia ella?

—No sé si creía que era el único motivo. Pero sí que era la razón más importante de Leslie para haber venido a Madrid.

—¿Leslie ya había dejado a su mujer?

—No. Pero Conchita pensaba que eso iba a ocurrir de manera inminente. Estaba convencida de que en cuanto Leslie regresara de Lisboa, su amor ya no tendría obstáculos.

—Pero ella misma tenía aún un novio, el de la Falange ¿Qué iba a hacer con su prometido?

—Espera y verás lo que es el destino, Inma, o el azar, dilo ya como quieras. Porque ocurrió lo impensable. Llegó la monumental tragedia que le dio la vuelta a la vida.

Madrid, mansión de la Montenegro. Martes, 1 de junio de 1943

Empezó la catástrofe

La actriz lanzaba todo por los aires, en un arrebató violento. Histérica, desgarrada, desesperada, lo destruía todo, airadamente. Rompía las fotografías, rompía los recortes de prensa, rompía también las cartas, aquellos miles de cartas. Cartas de amor, cartas de amigos, cartas de admiradores. Los rollos de sus propias películas los sacó de las cajas diversas, con furia loca, y los fue arrojando por ahí, en un rincón, sobre la cama, o sobre algún mueble, como rastros maltrechos de algún delito sin nombre.

—¡Hay que quemarlo todo! —gritaba Conchita—. ¡Todo! ¡Nadie volverá a verme! ¡Nadie! ¡Jamás!

María, la doncella, intentaba calmarla, mientras probaba a recoger algunos pedazos de aquellas fotos de Hollywood. Pero en el fondo no sabía qué hacer ni tampoco qué decir. La señora estaba fuera de sí. Nunca la había visto de esa forma. Su tormento era agresivo, y cruel, y creciente, y por momentos se parecía a la locura.

María no entendía nada. Tras los extraordinarios días de felicidad de la última semana, que incluyeron un abierto trajín, y mucha salida secreta, la señora estaba más tranquila. Seguía igual de feliz, pero había recuperado la calma. Las escapadas misteriosas se acabaron. La señora iba a los rodajes de la película en curso, y al finalizar en los estudios regresaba a la casa.

¿Qué había ocurrido, entonces, para que ese día la actriz llegara repentinamente a una desesperación brutal?

María solo sabía que había sonado el teléfono apenas una hora antes del aterrador cambio anímico de la señora. María descolgó el aparato, y tras atender al interlocutor pasó la llamada a su señora. La actriz colgó el auricular, apenas pasados unos minutos. Ahí empezó la catástrofe.

La señora corrió hacia su alcoba, y entabló una agresiva batalla contra sus recuerdos.

Y ahora, además, la actriz gritaba que iba a dejar el cine.

—¡Nunca más! ¡Se acabaron las películas! ¡Se acabó todo! ¡No más rodajes! ¡No más actores! ¡No quiero saber de nada! ¡No quiero saber nada de nadie!

El susto de María iba en aumento. ¿Cómo iba su señora a dejar el cine si solo tenía treinta y un años?, pensaba alarmada. ¿Cómo iba a dejar el cine si acababa de comenzar el rodaje de una película muy importante? ¿Por qué decía que no quería saber de nadie? ¿Pero qué le estaba pasando a su señora? María estaba a un paso del pánico. Del espanto.

—María, óyeme bien. Si llama algún periodista, no estoy —dijo de pronto Conchita muy alterada—. Y ya no estaré nunca. Para nadie. No existo. No me puedo poner. ¿Me has oído bien, María? Nunca. Sea quien sea, desde hoy, la señora no puede ponerse. Eso es lo que tienes que decir. La señora no puede ponerse, eso es.

—Descuide, señora, así lo haré.

—Y ahora, déjame sola, te lo ruego.

A María le preocupaba abandonarla en aquella alcoba con desórdenes de naufragio. ¿Qué debía hacer? Quizá debería llamar a su novio. Tal vez él podría venir y calmarla. Pero la señora podría entender que María se entrometía en sus cosas, en su vida. Y eso ella nunca lo haría. Nunca lo había hecho, ni lo iba a hacer.

Muy a su pesar, la doncella salió de la alcoba, y cerró la puerta tras de sí. La señora se había quedado en el suelo derrotada, llorando sobre una fotografía.

Llorando sobre la única fotografía que no había roto.

CXLII

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

Tarea de amargura

—¿Y quién aparecía en aquella fotografía que no rompió?

—Eso yo no lo sé. No la vi. No estaba allí. Pero, lo puedo imaginar. Supongo que sería una fotografía de Leslie Howard. Es más, no lo supongo. Estoy seguro.

—¿Y quién llamó al teléfono? ¿Qué le dijeron para que Conchita se trastornara así, para que gritara que ya no quería saber de nadie, para que asegurara que ya no quería volver a hacer cine jamás?

—Fui yo.

—¿Usted?!

—Sí, fui yo. Yo llamé por teléfono ese día a la casa de Conchita Montenegro.

—¿Y por qué llamó ese día a casa de Conchita?

—Verás, yo siempre tuve contactos. Si quería estar atento a alguien o a algo, sabía cómo informarme. Sabía cómo hacerlo, como lo había hecho siempre con todos en Hollywood. Siempre tuve mis mañas, y mis confidentes. Cuando Leslie llegó a Madrid, Conchita me pidió que estuviera pendiente de él, y yo lo hice. Por eso me llegó con rapidez la noticia, y no tuve otro remedio que llamar a Conchita para comunicárselo, para que lo supiera por mí. Para que se enterara de aquello por una voz amiga.

—¿Para que se enterara de qué? ¿Qué noticia le dio a Conchita en esa llamada telefónica?

—Le dije que Leslie Howard había muerto.

CXLIII

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

La muerte de Leslie Howard

—¡Leslie muerto!

—Quizás debería decir asesinado, y así sería quizá más exacto.

—¿Asesinado? ¡Pelayo, por Dios! ¿Pero qué está diciendo? De pronto, no entiendo nada. Leslie estaba en Lisboa con lo de las charlas, y Conchita esperaba, entretanto, que llegara pronto el día 1 de junio, que es cuando Leslie iba a regresar a Madrid, junto a ella. Ese 1 de junio que iba a dejar de ser la fecha que odiaba para pasar a ser el primer día de su regreso definitivo. ¿No era así? ¿No fue eso lo que usted me contó?

—Sí, Inma. Eso fue lo que te conté, porque eso era lo que Conchita esperaba que pasara. Pero no fue eso lo que ocurrió. Por desgracia, no fue eso lo que pasó, no.

—¿Pero cómo va a morir ahora de pronto Leslie? ¿Y además asesinado, dice?

La enfermera entró en la habitación. Pero la mirada de Inma cargaba tanta súplica que, por primera vez, la auxiliar se retiró sin decir nada, y volvió a cerrar sigilosamente la puerta.

Entonces Pelayo ofreció a Inma el relato sorprendente de aquel trágico 1 de junio de 1943.

—Leslie Howard tomó aquella mañana el vuelo 777 de la línea aérea civil que cubría la ruta Lisboa-Bristol. El DC-3 tenía prevista su hora de despegue a las siete y media de la mañana. Pero la salida se retrasó unos minutos precisamente porque Howard se había olvidado un paquete en la terminal. Bajó del avión con rapidez para ir a recogerlo y regresó a su asiento en pocos minutos. Hubo quien apuntó después que quizás Howard se bajara con esa excusa porque era muy supersticioso y había contado que, con él, el pasaje sumaba precisamente trece personas. Si realmente el asunto del paquete olvidado en el aeropuerto fue o no fue una mentira, no importa, pues en cualquier caso Leslie decidió regresar al avión, y tomó asiento junto a su compañero de viaje, su amigo y representante Alfred Chenhalls.

El aparato despegó sin percance alguno.

Al mismo tiempo, desde Francia, una patrulla de ocho cazas alemanes Junkers 88 despegaron con dirección al golfo de Vizcaya para escoltar a dos submarinos alemanes. Sin embargo, las malas condiciones climatológicas llevaron a los bombarderos a cambiar su trayectoria. A la una menos cuarto los cazas alemanes se cruzaron con el avión donde viajaba Leslie Howard. Inmediatamente el escuadrón nazi ametralló el aparato, que cayó ciegamente sobre la escarpada costa gallega. Los acantilados de Cedeira, muy cerca de San Andrés de Teixido, fueron testigos de cómo el avión de Leslie Howard se estrelló contra ese mar que siempre parece enfurecido y frío.

Del avión abatido solo quedaron escombros.

No hubo ningún superviviente.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

Un bumerán envenenado

Cuando Inma se decidió a hablar lo hizo muy excitada.

—¡Qué espanto! ¡Qué muerte tan terrible! ¡Qué mala suerte que su avión se cruzara con los cazas alemanes!

—Quizás no se cruzaron por mala suerte.

—¿Qué quiere decir?

—La muerte de Leslie Howard salió en los periódicos del mundo entero. Fue un escándalo que un actor tan famoso perdiera la vida de esa manera tan agresiva. Además, el derribo del avión se convirtió también en un peliagudo asunto de guerra. Ten en cuenta que los aviones alemanes habían atacado y derribado un aparato civil. Los nazis ametrallaron un avión de pasajeros extranjeros, no un avión militar. Eso no debería haber pasado nunca. La prensa alemana se apresuró a señalar que los cazas confundieron el DC-3 de Howard con un avión del ejército, y que, cuando comprobaron que era un avión civil, el error ya era letal. Era demasiado tarde, y el aparato caía en picado. Pero en varios foros ingleses, y también españoles, se contaba otra versión de los hechos. Se hablaba de un asesinato planificado.

—¿Cómo un asesinato planificado?

—Sí. Se decía que no fue un error, sino un ataque intencionado. Se aseguraba que los alemanes querían derribar ese avión precisamente.

—¿Y por qué iban a querer los alemanes matar a los pasajeros de ese avión? ¿Acaso querían matar a Leslie por ser espía?! —preguntó Inma, alarmada por su propia suposición.

—Pues la verdad es que no faltó quien propuso esa teoría. Pero apostaban mayoritariamente por otro argumento. Pensaban que los nazis abatieron ese avión porque creyeron que en él viajaba el primer ministro británico Winston Churchill.

—¿Y por qué creyeron que iba Churchill en el avión de Leslie?

—Por Alfred Chenhalls, el representante e íntimo amigo de Leslie Howard.

—¿Quién?

—Te conté que Leslie viajaba con su representante, ¿lo recuerdas?

—¡Ah! Sí, recuerdo que Leslie se sentó a su lado cuando regresó de recoger el paquete olvidado.

—Bien, pues resulta que confundieron a Chenhalls con Churchill. Creyeron que quien viajaba en el avión era el primer ministro británico en lugar del representante de Howard.

—¿Y cómo pudieron cometer un error así?

—Lo cierto es que el parecido físico entre ambos hombres resultaba extraordinario. El representante de Howard era también un hombre grueso, y de calvicie acusada, como Churchill. Además, tanto Chenhalls como Churchill solían llevar un puro habano en la mano y hasta los sombreros y los trajes que vestían eran del mismo corte, y en tonos similares. Al parecer, un espía alemán infiltrado en el aeropuerto de Lisboa vio a Chenhalls, que subía a ese avión, y creyó que se trataba de Churchill, con lo que dio aviso inmediato a sus superiores. Y los jefes ordenaron la muerte del supuesto Churchill.

—Realmente, parece el guion de una película. Tenía usted razón. La realidad supera, y con mucho, a la ficción en este caso. ¡Me parece increíble que Leslie Howard acabara asesinado porque confundieron a su representante con Winston Churchill! —La excitación de Inma dio paso al pesar—. Pobre Conchita. Debió de ser terrible para ella recibir esa noticia tan inesperada como atroz. Ella, que estaba reilusionada pensando que ese 1 de junio iba a borrar el mal de tanto 1 de junio anterior. Ella, que estaba tan esperanzada con que ese 1 de junio iba a ser el principio de... —repentinamente Inma detuvo sus palabras—. ¡Un momento! ¡¿Pelayo?!

—Sí —contestó lánguidamente el anciano, desde la intuición convencida de lo que iba a plantearle Inma.

—¿Qué ruta dijo que cubría el vuelo? —remarcó Inma, con miedo, recordando de pronto un dato que había quedado diluido en el inicio del relato y que ahora retornaba como un bumerán envenenado.

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

El mal del abandono

Sabía el anciano que no quedaba otro remedio que contestar con la verdad a Inma, aunque esta verdad doliera.

A una idéntica pregunta ya tuvo que responder Pelayo hace mucho tiempo. Fue Conchita quien hizo la misma pregunta, y la respuesta de Pelayo, que tenía hierro de veredicto, destrozó a la actriz tanto como saber de la propia muerte de Leslie Howard.

—El vuelo 777 que cogió Leslie Howard en Lisboa tenía como destino Bristol, Inglaterra —soltó Pelayo, inapelable.

Aquellas palabras fueron para Inma como un terremoto en las entrañas. Una lágrima impaciente cayó despacio por su rostro, cifrando su joven pómulo. Inma se tapó los ojos con las manos. Lloraba sostenida, hacia adentro, en silencio. No le parecía oportuno mostrar en exceso su daño. Ni oportuno, ni justo. Sabía que el dolor que ella sentía era poco, o nada, si lo comparaba con el que padeció Conchita. Pero no podía evitar sentirse tan desconsolada por ella.

—Entonces —alcanzó a decir Inma—, la verdad era que Leslie no volvía con Conchita.

—Así fue, Inma, así fue. Conchita conoció el mal del abandono y el mal de la muerte en un mismo día, ese 1 de junio, cuando supo la verdad dolorosa. Para Conchita esa verdad nunca tuvo remedio.

Inma se quedó pensando en la dureza clara y en la nítida clarividencia de las palabras de Pelayo: «Para Conchita esa verdad nunca tuvo remedio». Era una manera de descubrir cómo una mujer con tanto oficio de mundo, y tan libre, por tanto, o tan audaz, incluso, puede llegar a manejarse estúpidamente ingenua, cuando el amor domina.

—Y por eso dejó el cine y quiso alejarse y ocultarse de todos, porque ese mismo día ella había muerto también —arriesgó Inma, con énfasis—. Se fue del mundo antes de irse, y lo hizo por Leslie, no por la edad.

—Es posible. Conchita entró en una terrible depresión, pero ocultó su ánimo verdadero a todos. Se concentró en concluir la película que rodaba, y que sería la última, según su propia decisión fulminante. Trabajaba sin descanso, como queriendo acelerar el final del rodaje. Mantenía un empaque de soldado que tiene que cumplir una costosa misión, pero que sabe que esa es su última misión. Ni el director ni los compañeros del rodaje podían intuir, o entrever, el infierno por el que estaba pasando Conchita. También aquí bordó su papel de actriz. Nadie sospechaba cuánto sufría. Solo yo lo sabía, y precisamente por eso se apartaba de mí. Era como quien escapa del único testigo de su dolor, porque así parece que el dolor no está tan cerca, tan dentro.

»Conchita terminó la película, se casó enseguida con el señor Giménez-Arnau, y desapareció. No la volvió a ver nadie. Siguió los destinos diplomáticos de su esposo embajador y vivió en México, Washington, Londres, Viena, Rabat, Santo Domingo, Rumanía, Marruecos, en fin, en medio mundo.

—Y por eso la hemos olvidado. ¡Tenemos que hacer algo! —exclamó de pronto Inma, como descubriendo en ese preciso instante su propia misión—. ¡No es justo!

Inma se levantó con impulso, recogió ágil su mochila y le dijo atropelladamente a Pelayo que tenía que hacer una llamada urgente y que volvería enseguida. Salió de la habitación, se fue a la sala de espera, que estaba desierta, sacó su móvil, y marcó rápidamente.

—Álvaro Ruiz al aparato.

—Hermano, necesito que me pongas al jefe al teléfono ahora mismo. Confía en mí. Es urgente y es importante. ¡Es muy urgente y es muy importante!

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

El titular

—¡Ha muerto la Greta Garbo española, jefe! ¿Me oyes? Que ha muerto la Greta Garbo española. Hay que ponerse a hacer algo en el periódico, ya.

—Inma, pero ¿qué dices? —replicó el director del diario removiéndose en el sillón de su despacho, entre inquieto y desconcertado—. ¿Cómo que ha muerto la Greta Garbo española? ¿Y quién es esa?

—Así la llamaban todos. Es la primera actriz española que triunfó en Hollywood. Era. Y cuando te digo que triunfó quiero decir que triunfó a lo grande. Fue una diva entre las divas de su época, que fue por cierto una época de mucha diva. Era el momento de Gloria Swanson, Carole Lombard o Joan Crawford. Todas unas maravillosas locas de póster. Para que te orientes, fue amiga de la propia Greta Garbo, y se codeó con Marlene Dietrich.

—Joder, pues sí llegó alto, sí.

—Y la pretendieron y persiguieron muchos hombres que seguro también te suenan: Charles Chaplin, Charles Boyer, Buster Keaton.

—Es increíble lo que me cuentas.

—Lo increíble es que la hemos olvidado por completo. Te estoy hablando de una de las actrices más importantes de la historia del cine español. Y sin ninguna duda la más internacional. Llevó una auténtica vida de novela, empezó en París. Allí se desnudó para una película y luego brilló en lo más alto de Hollywood. Pero la teníamos perfectamente olvidada. Eso es lo increíble.

—Espera, Inma, espera. A ver si me aclaro. ¿Dices que fue la primera actriz española que triunfó en Hollywood? ¿No fue Sara Montiel?

—No, Julián, no. Estás equivocado, estábamos todos equivocados. La primera actriz española que conquistó Hollywood no fue Sara Montiel. Fue Conchita. Conchita Montenegro. Ella estuvo en Hollywood muchos años antes que Sara Montiel. La Montenegro llegó a Hollywood en 1930, y vivió allí mucho tiempo siendo la protagonista de un montón de películas en lengua española y lengua inglesa. Te estoy hablando, Julián, de que Conchita Montenegro ya era una diosa en Hollywood por lo menos veinte años antes de que la Montiel pisara los Estados Unidos. Eso, y que fue mucho más famosa que Sara Montiel.

—Mucho más famosa que la Montiel, dices. ¿Conchita Montenegro? Pues, la verdad, Inma, yo nunca había oído hablar de ella.

—Claro que no. Tampoco hace falta que me lo jures. Resulta que nuestra estrella desapareció de pronto, en los años cuarenta. Estaba en la cima de su carrera y repentinamente se escondió de todo, y de todos. Se apartó del mundo, Julián, le pegó un portazo al mundo.

—Oye, Inma, no me estarás gastando una broma, ¿verdad? Estás de baja y de pronto me llamas con un historión así.

—Te hablo completamente en serio, Julián. Dejó todo atrás, a poco de cumplir los treinta y dos, y se ocultó durante sesenta y tres años, ¡sesenta y tres años sin querer saber de nada ni de nadie! Y sin dejarse ver siquiera. Te lo repito: vivió en el anonimato, por voluntad propia, durante sesenta y tres años. ¿Cómo ibas a saber de ella? Existía, pero no. Existía, pero no estaba. ¿Me explico?

—Te explicas.

—O sea, que de pronto sabemos de su vida porque ha muerto. Ha muerto hace unos días.

—¿Y tú cómo te has enterado de todo esto, Inma?

—Pues por casualidad, por pura y dura casualidad. Bueno, quizás Pelayo diría que me he enterado por asuntos del destino.

—¿Cómo dices? ¿Quién es Pelayo?

—Nada, olvídale de momento, cosas mías. Eso, ya te lo contaré, cuando toque, porque es también flipante cómo ha llegado a mí esta historia y por quién. De momento, créetelo, tenemos notición, y primicia, porque nadie sabe nada, nadie ha dicho nada. Murió hace un par de semanas, a los noventa y cuatro años.

—Has salido una becaria muy enterada, la verdad.

—La historia es maravillosa. Única.

—¿Entonces de Hollywood ya no volvió a España?

—Sí, claro que sí. Regresó a España en los años cuarenta, y los directores de cine de aquí se la rifaban. Le ofrecieron los proyectos más importantes del momento, salía en las portadas de todas las revistas. No había figura más relevante en nuestro cine. Pero luego, en un instante, todo cambió. Y eso ya te lo sabes: dio la espalda al mundo.

—Sí, dices que esa mujer, en lo mejor de su carrera, va y lo deja todo. Y se esconde. ¿Por qué hace eso?

—Esa pregunta puede tener varias respuestas, aunque yo tengo mi versión. Tampoco es cosa de explicártelo por teléfono. Su historia es un novelón. No sé ni por dónde empezar. Pasaron muchas cosas. Mataron a Leslie Howard, por ejemplo.

—¿Leslie Howard?

—Sí, Leslie Howard.

—¿Ese es el actor de *Lo que el viento se llevó*, no?

—Sí, sí. El mismo. El que hace uno de los papeles protagonistas, el que hace de Ashley.

—¿Y le mataron?

—Derribaron el avión en el que viajaba. Ese avión cayó en España. En las costas gallegas, concretamente.

—Sí. Ahora que lo dices, ese suceso me suena. Fue una historia muy enredada de la posguerra. Recuerdo haber leído que ese actor fue espía, o algo así. Eso se dijo. Pero ¿qué tiene que ver Leslie Howard con la Conchita Montenegro de la que me hablas?

—La Montenegro se enamoró de Leslie, pero él estaba casado y, luego, bueno, luego le mataron.

—Pero, entonces, ¿la actriz desapareció por la muerte de Leslie Howard?

—Pudo ser por la muerte de Leslie Howard. Pero también pudo ser por las mentiras, por decepción. Era una mujer malignamente dotada para el amor. Eso sí. Pero también pudo ocultarse para que no la vieran envejecer, o porque se iba a casar por segunda vez con un hombre muy importante del Gobierno de Franco —añadió Inma pensando sobre la marcha en esa tercera opción—. Aunque, en realidad, decían que ese era su tercer matrimonio. De su primera boda ella no habló jamás. Contaban que su primer marido terminó en un psiquiátrico.

—Joder, qué personaje.

—Pero no me quiero desviar. Hay mucho tema, jefe. Ya lo ves.

—Lo que no comprendo es cómo la prensa la dejó en paz.

—Es que la prensa no la dejó en paz. Pero ella se negó durante décadas a conceder ni una sola entrevista. Es más, no hizo ni una breve declaración. Ni una palabra. Nada. La prensa insistía, pero nada. Querían saber qué hacía la gran estrella, y por qué se había apartado de todo. Pero ella nunca aparecía, ni respondía. Se ocultó. Y enmudeció y se marchó.

—¿Y tienes algún modo de avalar todo lo que cuentas, Inma?

—Por supuesto. Te doy otro dato más: Conchita ni siquiera hizo caso a los premios que le concedieron. Y no eran una bobada de premios. Fíjate, Julián, que le hicieron un homenaje en el festival de cine de San Sebastián, y no se presentó. El Ministerio de Cultura le quiso otorgar la Medalla al Mérito Artístico, y no la aceptó. ¿Me avalo, jefe?

—¿Y tienes alguna foto, algún reportaje de la época, algo?

—He visto documentación, sí. Aunque insisto en que se borró de la historia, y así se borró también de nuestro recuerdo. Es tan grande como olvidada.

—Vente rápido para el periódico, Inma. Venga, vente. Rápido. Y tú, Álvaro —le dijo el director al joven que se había mantenido a su lado durante toda la conversación telefónica—, en cuanto llegue tu hermana Inma, te pones a trabajar con ella en el texto. Quiero sin retraso la fabulosa historia de esa mujer en el periódico. Para la edición de mañana. Le damos una doble página, en principio. Y sacamos recuadro a portada. El titular ya lo tenemos: «Ha muerto la Greta Garbo española»

CXLVII

Madrid, hospital La Paz. Jueves, 10 de mayo de 2007

Una buena noticia para mañana

Inma regresó a la habitación, en la alegría de una carrera. Abrió apresuradamente la puerta de la 109, y se quedó parada de golpe. La enfermera sargento estaba allí cambiándole los goteros a Pelayo.

—Señorita, por hoy ya es suficiente. El paciente debe descansar —señaló la auxiliar severamente.

Inma se moría de ganas de contarle a Pelayo que iba a conseguir que su periódico sacara a la luz la historia de Conchita. Quería decirle que por fin todo el mundo sabría quién fue Conchita Montenegro y todo lo que logró, pero le iba a resultar imposible, con la enfermera allí apostada, como un general en guardia. Además, Inma sabía que no debía perder tiempo en llegar a la redacción del periódico, para preparar en condiciones el reportaje, sin el ahogo del cierre.

—Pelayo —dijo desde la misma puerta—, mañana le voy a traer una muy buena noticia. Le voy a traer algo que le va a hacer feliz. Mañana, Pelayo, mañana. Espere a mañana, ya verá.

La enfermera miró con intransigencia a Inma, y repitió con inflexibilidad que debía abandonar ya la habitación.

—¡Inma! —alertó el anciano a la joven, justo antes de que cerrara la puerta tras de sí—. Tú ya me has hecho feliz. Me has hecho muy feliz.

CXLVIII

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 11 de mayo de 2007

La Montenegro ha muerto hace diecinueve días

La mañana era radiante, con un espíritu de equilibrio planetario. El sol tenía sitio alto, como un dios soberbio, y navegaba en lo abierto el optimismo de la mejor brisa de mayo. Las flores estallaban en los balcones de Madrid, y por fin los paseantes habían mudado su contraído caminar de invierno por un confiado paso primaveral.

Al llegar al hospital La Paz, Inma se detuvo unos instantes frente a la entrada principal. Miró la fachada y sonrió abiertamente. Parecía mentira que la llegada a un hospital le trajera tanto contento. Pero así era. Inma se gustaba contenta, y en aquel sentimiento se reunían la exaltación, y el propósito, y el entusiasmo. Dentro de su mochila llevaba por fin uno de sus relatos, para que Pelayo lo leyera. Aquello iba a alegrar al anciano, sin duda. Pero su escrito no era el mayor tesoro que guardaba su macuto. A buen recaudo, dentro del bolsón, portaba Inma dos ejemplares de la primera edición de su periódico.

Julián, su jefe, se había portado, ciertamente. El reportaje sobre Conchita Montenegro abría en espectacular amplitud, a doble página, la sección de cultura de ese día. El texto sobre Conchita, su vida y su gesta en el cine americano, europeo y español, estaba firmado por Inma. Había puesto en la prosa pasión y esmero. Además, su hermano Álvaro había logrado rescatar de archivos de antiguas revistas varias fotografías, que avivaban de estampa la crónica: un primer plano de Conchita en plena explosión de su belleza, una fotografía de la actriz junto a Chaplin posando en Hollywood, y una reproducción del cartel promocional de la película que Leslie Howard y Conchita protagonizaron juntos. Estas eran las tres imágenes que ilustraban el reportaje, muy nutrido, por lo demás, de un apetecido énfasis reivindicador, y mucho detalle de fecha, o dato.

Definitivamente, Inma estaba satisfecha con el resultado. Estaba muy satisfecha.

Ese día, esa misma mañana, el país entero iba a recuperar a una de sus artistas más importantes. Ese día, esa misma mañana, había resucitado la historia de Conchita Montenegro para siempre. Conchita lo tuvo todo, desde la gloria a la tragedia, pero le faltaba la posteridad. Inma se la había regalado.

Y ese día, esa misma mañana, Inma iba a regalar a Pelayo la felicidad completa.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 11 de mayo de 2007

La habitación 109

La escalada del ascensor se le antojó eterna a Inma. Parecían haberse puesto de acuerdo los visitantes y el personal de hospital para acaparar el trajín del elevador. El transporte paró con medida tranquilidad en cada una de las plantas anteriores a la de Pelayo. La impaciencia crecía en Inma. Estaba deseando llegar a la habitación 109. Estaba deseando ver la cara del anciano cuando le entregara el periódico.

En cuanto el ascensor llegó a la planta de su destino y las puertas se abrieron, Inma salió precipitadamente, y casi corrió por la galería. Unos metros antes de llegar a la puerta 109, distinguió a Cristóbal en el pasillo. La alegró encontrarse a su hermano en una mañana tan especial.

—¡Hola, hermano! —saludó Inma con gran efusividad, mientras se entregaba a Cristóbal en un animoso abrazo—. ¡Qué bien verte hoy! Luego te voy a contar algo maravilloso, algo excepcional que me ha pasado y que he hecho. Pero ahora tengo que entrar rápido a ver a Pelayo. ¡Vas a alucinar, Cristóbal! Luego te busco y te cuento, ya verás —remató, apresurada, y se dispuso a abrir la puerta de la 109 para entrar de inmediato.

—Espera un momento, Inma —le pidió Cristóbal, mientras la retenía con suavidad por el brazo.

—No. Ahora no puedo esperar, Cristóbal. Luego hablamos. Ahora tengo que ver corriendo a Pelayo.

—Inma —repitió Cristóbal, sin soltar el brazo de su hermana—. No estoy aquí por casualidad, te estaba esperando. Tengo que hablar contigo ahora. Es importante. No entres.

Inma miró a los ojos de su hermano, y la asustó lo que intuyó. Moviéndose con ligereza el brazo para librarse de la mano de Cristóbal, y así irrumpió urgente en la habitación.

La 109 estaba vacía. Solo el baúl de Pelayo reposaba sobre la cama. Inma se quedó inmóvil, sin ser capaz de hacer otra cosa que mirar fijamente aquella valija huérfana en la cama solitaria. Casi como si estuviera dentro de una ensoñación, la joven oyó cómo tras ella su hermano le hablaba y le decía que Pelayo había muerto. Que había muerto esa misma madrugada. Que no había sufrido. Que había muerto mientras dormía.

Alguien más entró en la habitación. La enfermera sargento se acercó a Inma y le dio un abrazo sentido. Un abrazo de franco apego y de tierno apoyo. Después le acercó un sobre, que acompañó de las precisas palabras emocionadas.

—Ayer, poco después de irte, el señor Veleiro me dio esta carta para ti.

Madrid, hospital La Paz. Viernes, 11 de mayo de 2007

El adiós

Inma quería estar un rato a solas en aquella habitación 109. Se sentó en su butaca habitual, junto a la ventana. Miró la cabecera de la cama, y le pareció distinguir una nebulosa donde se concretaba el rostro de Pelayo. Un rostro que la miraba, un rostro en el que brotó la luz entornada de la sonrisa cómplice.

Abrió entonces el sobre, y leyó la carta:

Mi muy querida Inma:

Seguro que es este un momento triste para ti. Pero no te apenes, haz caso de este terco viejo sentimental. No te preocupes. Has de saber que yo no lo hago, por si de algo te sirve.

Como diría el poeta, si no me preocupé de nacer, no debo preocuparme por morir.

Ya nada me queda por hacer en este mundo. Sé dónde voy. Voy ahí donde ya quiero estar. Voy junto a Conchita, mi amor verdadero y único. Mi mente está lista, y mi cuerpo va a estarlo enseguida. Poco queda para que el corazón vuele, porque aquí se le acabó la empresa, porque ha de reunirse en otros cielos con un amor eterno.

Por eso te escribo ya. Debo hacerlo ya, para que hoy, sea cuando sea este hoy, esta carta quede resuelta y cerrada para ti.

Conocerte, Inma, ha sido un prodigio. Conocerte me ha devuelto la vida. Conocerte ha sido un viaje impensable por el que mi cuerpo ha peleado sacando ahíncos no sé de dónde, como quien quiere y no quiere evitar la orilla última. Hasta que la orilla última ha llegado, porque ya nada le queda a mi viaje.

Mi amigo Chaplin me repetía a menudo que hay dos suertes de viajes: aquellos viajes en los que conoces otra tierra, y aquellos otros, tan distintos, en los que te conoces a ti mismo. Mi amigo Chaplin se equivocaba, porque Chaplin, en el fondo, siempre fue, más que un solitario, un marginado.

Inma, no hay dos suertes de viajes, sino tres. También están aquellos que realizas con otra persona. Es el viaje del nosotros, el viaje del «contigo», la aventura de lo compartido. Ese es un viaje portentoso, que se da muy poco, y ese es el viaje que he cumplido contigo, asombrosamente.

Como a estas alturas ya no podremos discutir, no voy a pleitear contigo a propósito de si fue el azar o fue el destino lo que nos unió. Sea lo que fuere, a través de ti he vivido el retorno del clavel de Conchita y con él tuve el mensaje definitivo de que jamás me olvidó.

¿Sabes cuánta felicidad me procuraste con ello? Toda. Te lo repito: toda. Jamás lo olvides. Sé que jamás vas a olvidarlo.

Mi único tesoro terrenal te lo dejo a ti. Para ti es mi baúl de la memoria, mi valija de la vida, la maleta de mi historia, la historia de Conchita.

Espero que tú escribas ese libro que falta todavía sobre la vida de Conchita. Mi deseo tiene mucho de encargo. Si alguien debe hacerlo, si alguien puede hacerlo, esa eres tú. Hazlo, mi Inma. Hazlo, mi otra Conchita.

Haz que Conchita, Conchita Montenegro, vuelva a brillar.

Porque hay gente que vive la vida que luego otros leemos.

Te quiere hasta el final,

Pelayo

THE END

De Conchita Montenegro supe, por laberintos del azar, mientras empujaba la búsqueda de personajes recónditos con que nutrir mi sección, «La vida de los otros», en las noches de Radio Nacional de España. Conchita Montenegro asomó por sorpresa, de rebote, mientras iba yo ensanchando un álbum de familia de hemeroteca donde reunía actores, poetas, músicos, pintores y otra fauna del mejor malvivir. Y aquel hallazgo casual fue mucho hallazgo. Resultó que Conchita Montenegro era española de San Sebastián, la primera española que triunfó en el Hollywood clásico. Tuvo una vida donde se reunieron la gloria y la tragedia, el escándalo y la fiesta, el lujo y el ocultamiento. Era, Conchita Montenegro, una mujer distinta, pionera, apasionante y única. Era, en fin, una novela.

La mujer estaba ahí, en algunas fotos de época, pero la novela no existía.

Durante meses largos, estuve en el buceo de datos de la actriz, más movida por el placer de una curiosidad creciente, que por cualquier otra cosa. No encontré mucha información, aunque sí alguna. Suficiente, en todo caso. Quiero decir suficiente para avalar que comenzó de adolescente en el albedrío de los oficios artísticos, que sacudió París con un desnudo de escándalo, y que en Hollywood llegó al tuteo directo, profesional y personal, con los grandes del momento, de Clark Gable a Greta Garbo. Eso, y una vida de célebres romances numerosos y varios matrimonios, alrededor de un único amor poderoso y al cabo imposible, Leslie Howard, el galán planetario de *Lo que el viento se llevó*.

En síntesis, armé el croquis escueto de una vida donde habían sucedido varias vidas: Conchita Montenegro existió, tocó la cumbre y estaba perfectamente olvidada.

De modo que la curiosidad desembocó en el afán de escribir la novela que su vida merecía, esta misma novela, con un pie en el justo homenaje a una diva borrada de la historia, y otro pie en el relato puro y duro de la existencia de la mujer, en general, cuya ambición se llama libertad. Guillermo Cabrera Infante aupó a Conchita ante Marlene Dietrich, Juan Manuel de Prada la alude con reverencia, Arturo Pérez Reverte la cita desde la admiración.

Este libro no es un libro de documento, ni tampoco un acta de dato histórico, sino la narración abierta de la pasión de vivir, una pasión inspirada en la vida fabulosa y casi secreta de Conchita Montenegro, que fue diosa en Hollywood y luego en España forzó un porvenir de varias décadas de mujer oculta.

Van mechadas las páginas de episodios reales de la protagonista, pero es a menudo el espíritu de la fabulación quien resuelve o no resuelve a su antojo esos momentos, según la norma sin normas de la novela que prefiero, donde «la verdad se inventa». Obviamente, esta «invención de verdades» también afecta a muchos otros personajes de estas páginas, unos personajes que son reales de la época contada, a menudo, pero que acaban siendo siempre otras gentes, unos personajes rehechos de ficción por las conveniencias de la imaginación más o menos rebelde del relato. A veces, las cosas ocurrieron en la vida de todos ellos, y otras veces ocurren en la vida que les invento dentro de la novela. Escribir es arriesgar, y arriesgar es exagerar, más tarde o más temprano. La escritura suele encontrar mayor vitamina en la libertad de la ensoñación que en la matemática de la hemeroteca.

Es de justicia citar aquí que en mi acercamiento a la vida de Conchita Montenegro me han servido de revelación, o auxilio, los libros *Una aventura americana. Españoles en Hollywood*, de Álvaro Armero, y *Nos vamos a Hollywood*, de Jesús García de Dueñas. Ambos han sido una linterna de claridad cuando me sentía extraviada, o confusa. Gracias sinceras a ambos. He arañado instantes, o escenas, en las páginas de *Hollywood en los años 30*, de Robert Nippoldt y Daniel Kothenschulte, *Stars, el fenómeno del estrellato en Hollywood*, de Alexander Walker, o *Historia negra de Hollywood*, de Kieron Connolly. Naturalmente, cogí adicción a las enciclopedias diversas del cine de la época, mudo y sonoro.

He consultado asimismo las obras *Charlie Chaplin*, de Peter Ackroyd, *Hollywood y la mafia*, de

Tim Alder, *El vuelo de Ibis* de José Rey-Ximena o *Garbo*, de John Bainbridge, todas esclarecedoras, entre muchos otros títulos de interés, pero de menor provecho. Pasé muchas tardes de afinación documental en la Biblioteca Nacional, donde vi a Conchita de portada apoteósica de la revista *Primer plano*, una biblia del género. Hice, ahí, la cátedra preceptiva de periódicos y revistas de la época, gremiales o no tanto. De toda la documentación indagada, me resultó felizmente reveladora la entrevista que en el mes de mayo de 1942 le hizo a la actriz Martín Abizanda, en la revista *Cámara*. De ella me he servido para lucrar de confesión concreta algunos pasajes de mi novela.

La revista *Cinegramas*, en varias ediciones de los años 1935 y 1936, y las hemerotecas respectivas de los periódicos *ABC*, *El País* y *El Mundo* han ido completando el baúl de los recuerdos perdidos que fue la Montenegro. También la hemeroteca de *Diario Vasco* y *La Opinión A Coruña*. Obviamente, en la Filmoteca Española están algunas de sus películas, entre la penumbra de la nostalgia y la luz del milagro.

Sin el entusiasmo soleado y la complicidad fraterna de Carmen Fernández de Blas este proyecto nunca habría sido próspero. Bendita seas, morena.

Hasta llegar aquí, he pasado rachas en Hollywood, incluso sin salir de Madrid, he frecuentado en la fantasía a algunos gigantes del cine clásico, he vivido a fondo, en fin, lo que otros soñaron, empezando o acabando por la gran Conchita Montenegro, a la que le he imaginado la memoria. A ella, y a tantas otras gentes ilustres o exóticas de su momento.

No otra cosa es, en síntesis, esta novela: imaginación de una memoria. Pero de una memoria de la que constaban los detalles justos, que a veces son también los detalles confusos.

En cualquier caso, no he pretendido nunca escribir la verdad de una vida, sino una vida de verdad. Ojalá encienda por ahí el cine de la emoción.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carmen Rodríguez Saiz, 2017

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-9164-123-0 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.